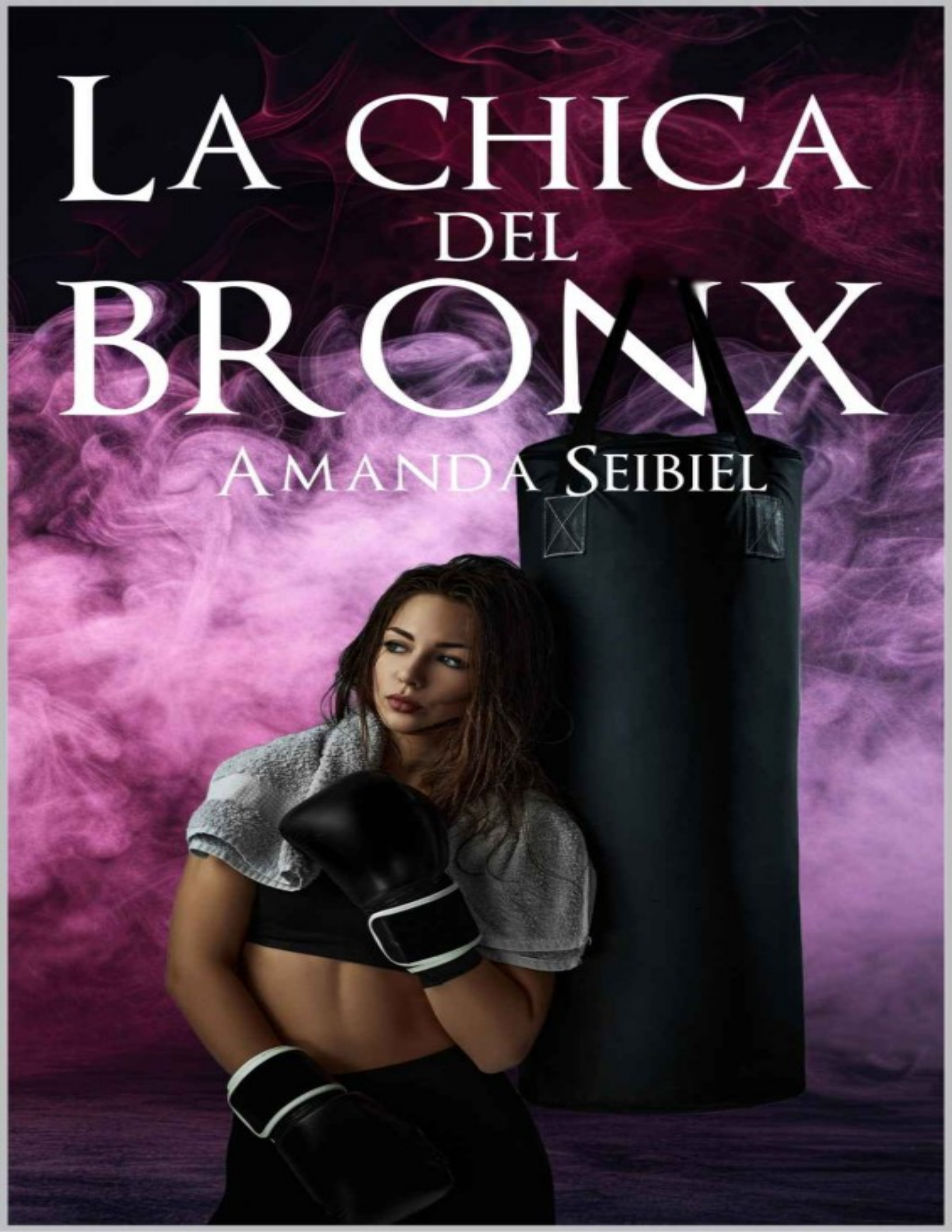
La chica del Bronx

Amanda Seibiel



La chica del Bronx

Amanda Seibiel

ISBN: 9798281986847

Título: LA CHICA DEL BRONX
Amanda Seibiel © 2025
amandaseibiel@gmail.com www.amandaseibiel.es

Cubierta: Fanny Ramírez
Corrección y maquetación: Sandra García.
@correccionessandrag

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

A María José,
una mujer luchadora, valiente y generosa,
como mi chica del Bronx.
Te quiero, amiga.
Espero que algún día la vida te devuelva todo lo
bueno que has dado, das y seguirás dando.
Lo mínimo que puedo hacer por ti es dedicarte este libro,
para que el mundo sepa que existe un ángel en la tierra…
y que tengo la suerte de que me quiera tanto como yo a él.
Adoras los libros.
Ahora tienes uno que siempre será solo tuyo.
Es tu momento. Brilla.
Te quiero con el alma.

Amanda Seibiel

Prólogo

Me llamo Sloane, tengo veintiocho años y nací en el Bronx. Hablo cuatro idiomas: inglés, español, italiano y alemán. Soy guía turística y me encanta mi trabajo. Así es como empieza mi currículum… y también como termina.

Llevo trabajando de guía turística en Nueva York casi tres años. Mis padres han hecho muchos sacrificios para que me sacase la carrera y he trabajado duro para conseguir este empleo. Hoy llevo un grupo de italianos en una excursión por Harlem. Todo va bien hasta que llegamos a la esquina de la calle 125 con Malcolm X Boulevard.

—Y aquí, señoras y señores —explico al grupo en italiano con mi mejor sonrisa—, es donde podemos ver el famoso Teatro Apollo, conocido por sus noches de talentos y leyendas musicales…

Mientras hablo, siento que alguien me agarra el culo con la mano como si amasara una barra de pan. Me doy la vuelta rápidamente, sorprendida y veo a un hombre con traje oscuro, de esos que valen un pastizal, de unos cuarenta años y con una sonrisa cínica en su rostro.

—Vaya, vaya, vaya, ¿qué tenemos aquí? —masculla en un tono arrogante—. Creo que podrías enseñarme algo más que esta mugrienta ciudad, guapa.

El grupo de turistas se queda en silencio, algunas miradas incómodas se cruzan entre ellos. Siento cómo la ira sube por mi garganta.

—¿Perdone? —le digo, tratando de mantener la calma.

—Vamos, cariño, no te hagas la difícil. Estoy seguro de que puedes hacer mucho más que hablar en italiano —continúa él con una risita.

Sin pensarlo dos veces, siento cómo mi mano se cierra en un puño y, antes de darme cuenta, ya se lo he estampado en la cara. Un golpe directo a su nariz que suena como un crujido seco. Él se tambalea hacia atrás, cubriéndose la cara con las manos mientras la

sangre empieza a brotar de su nariz a borbotones. No puedo evitar mostrar una sonrisa de satisfacción.

—¡Estás loca! —grita el hombre, visiblemente enfurecido—. ¡Soy Richard De Luca, y te aseguro que esto no se va a quedar así!

Los turistas se quedan pasmados, algunos sacan sus teléfonos y comienzan a grabar. Yo respiro profundamente, temblando por la rabia y adrenalina.

—Me importa una mierda quién seas, De Luca —le espeto—. ¡A mí nadie me pone la mano encima, pedazo de cerdo!

De Luca se retira entre gemidos de dolor y maldiciones, pero su mirada de odio me deja claro que esto no ha terminado. Va acompañado de un tipo que hace ademán de venir hacia mí, pero el baboso De Luca, le coge de la muñeca y lo detiene. Le susurra algo y asiente con la cabeza. Ambos hombres vuelven a mirarme de una manera que me ponen los pelos de punta…

—Señorita, esos no son buena gente, no debió pegarle —me dice uno de los turistas italianos.

—El que no debió tocarme el culo es él. Yo solo actué por instinto, ya no hay nada que hacer. —Me encojo de hombros.

—Ese hombre es peligroso, tenga cuidado —me advierte de nuevo.

Me mosqueo y empiezo a preocuparme.

—¿Lo conoce?

La mujer del turista se acerca y se lo lleva a rastras, no sin antes advertirle que mantenga la boca cerrada.

Dos días después, me llega una carta de la agencia donde trabajo. La abro y me quedo muda al ver lo que pone dentro.

¡Me han despedido!

El italiano al que agredí en la excursión por sobarme el culo me ha denunciado. En la carta pone que el denunciante exige mi despido inminente y no tomará acciones legales contra la empresa en la que trabajo y retirará la denuncia si acceden a sus peticiones. Mi jefa no lo ha dudado. Me comunican que, para evitar un bochorno a la empresa, me despiden. Su denuncia, acompañada de varios vídeos

grabados por turistas de ese día, me dejan quedar como una persona agresiva en la que no pueden confiar.

Arrugo la carta y la tiro al suelo. Me siento impotente, frustrada. Me encanta ser guía turística, conocer gente de todo el mundo, compartir mi amor por Nueva York, ejercer la profesión que tanto me ha costado ganar, pero ahora todo se ha ido a la mierda por un tipo que se cree intocable y no me conoce de nada.

Investigo en internet, para saber quién es ese cretino. No hay mucho sobre él, pero lo suficiente para saber que Richard De Luca es un hombre poderoso, con muchos amigos en la ciudad, y que ha tirado de todo su arsenal de contactos solo para joderme. He perdido un trabajo que me he ganado con lágrimas y sudor, y que ya no solo me fastidia a mí, sino a toda mi familia.

Mis opciones son limitadas. Necesito encontrar trabajo rápido para seguir pagando mis facturas y ayudar a mis padres. Tengo una hermana pequeña de quince años, Elina, que está estudiando y no puedo arruinarle la vida. Mis padres no pueden con todos los gastos y este trabajo nos permitía vivir humildemente en nuestro apartamento de Mott Haven, en el Bronx. Tengo que hacer algo, no pueden dejar de entrar ingresos en casa.

Oculto lo de la denuncia a mis padres y me presento en todas las agencias de viaje que conozco para entregar mi currículum. Todas empiezan a darme largas y mi mosqueo va en aumento. Soy buena, sé que lo soy. No es fácil encontrar una guía que hable cuatro idiomas y algo me huele mal.

Me acerco a la agencia donde trabaja mi amiga Lisa. Entro y me la encuentro justo por los pelos.

—Sloane, ¿qué haces por aquí? —me pregunta.

—Quiero que seas sincera conmigo, ya que nos conocemos desde la facultad. —La miro a los ojos y noto que baja levemente la cabeza.

—No hace falta que me preguntes nada, ya te lo voy a decir yo. —Toma aire y me mira—. Te han vetado en todas las agencias de viaje de Nueva York. Ya no tienes ninguna oportunidad de trabajar en lo tuyo, en esta ciudad.

Me tengo que sentar, pues estoy a punto del colapso.

—¿Por qué? —grito con impotencia.

—Porque te has metido con el tipo equivocado. No es culpa tuya —me consuela.

Me pongo de pie como un resorte.

—Él se metió conmigo. Maldito hijo de puta, te juro que antes o después, pagará por esto.

Estoy indignada y me parece surrealista todo lo que está pasando.

—Sloane, no te metas con esa gente. Eres buena, hablas idiomas, te saldrá trabajo en otra cosa —argumenta Lisa.

—Pero no en lo que yo quiero —suspiro—. Gracias por contarme la verdad.

Me voy enrabiada caminando hacia mi casa. El cuerpo me arde de la ira y aprieto las uñas tanto, que me voy a hacer sangre en las palmas de las manos. No tengo ni idea de cómo contarles a mis padres que me he quedado sin trabajo por culpa de un gilipollas narcisista.

—Uffff.

Paso por delante de un bar en Mott Haven, El Refugio. Veo un letrero pegado en el cristal que pone: «Se necesita personal».

Entro a curiosear y es un bar con iluminación tenue, un ambiente elegante y misterioso, decorado con maderas oscuras, espejos antiguos, y una barra de mármol. Sigo caminando y observo que hay unos reservados en la parte trasera, están aislados por gruesas cortinas de terciopelo negro, no quiero saber qué se tramará ahí dentro. Mejor no preguntar. Llego hasta la barra y me topo con el que supongo que es el dueño: un hombre grande con una cicatriz en la mejilla. Me mira con curiosidad.

—Muchacha, ¿estás buscando trabajo? —me pregunta sin rodeos.

—Hola… sí… necesito un trabajo, y lo necesito ya.

Sueno desesperada… y realmente lo estoy.

El dueño sonríe y asiente.

—Bienvenida al Refugio, llámame Joe, el trabajo es tuyo.

Me quedo a cuadros.

—¿Ni siquiera me pregunta mi nombre, ni si sé trabajar de camarera? —inquiero.

—¿Sabes ser discreta?

Asiento con la cabeza.

Pues es el único requisito de este bar. Todo lo demás, se puede aprender, pero la discreción es un don. Nada más verte, supe que eras de fiar.

—Gracias… supongo

Y así, mi vida toma otro rumbo… uno que nunca imaginé.

1

El Refugio

Vivo con mis padres en un apartamento de tres habitaciones en Mott Haven. Aprendí a moverme por las calles del Bronx con confianza y determinación y a defenderme en una comunidad donde la lealtad y la fuerza son esenciales para sobrevivir. El ruido constante del tráfico, los gritos de los niños jugando en la calle y las conversaciones en español de los vecinos, forman parte de mi día a día. Soy de origen humilde, me considero una mujer valiente y con confianza en mí misma, por eso le reventé la cara al gilipollas que ahora me está jodiendo la vida, no me amilano fácilmente y no dejo que nadie me intimide.

Sí, me da mucha rabia que todo el esfuerzo que puse para estudiar en la Universidad Comunitaria, gracias a becas, sacrificios personales y la ayuda de mis padres, se haya ido a la mierda.

Los ricos siempre tienen el poder; con un simple chasquido de dedos pueden hundir la vida de cualquiera sin pensar en las consecuencias.

Tengo que levantarme. Me da mucha pereza, porque tengo que contarle la verdad a mi familia. No creo que les haga mucha gracia que vaya a trabajar de camarera en un garito del Bronx…

Me desperezo y me pongo una chaqueta gorda de lana. Todos están en la cocina desayunando como cada día. Mi hermana Elina está zampando un bol de cereales y mi padre un café cargado y tostadas. Mi madre me mira sorprendida al verme en pijama.

—Sloane, ¿no vas a trabajar hoy? —pregunta, sosteniendo una tostada.

Me siento, le arrebato la tostada y me la llevo a la boca. Todos me miran, hasta mi hermana pequeña ha dejado de comer sus cereales favoritos...

—Hija, ¿qué ocurre? —pregunta mi padre, con el ceño fruncido.

Lo miro y siento que se me encoge el corazón. Parece mucho mayor de lo que es. A sus cincuenta y ocho años, su pelo es completamente blanco y su piel, curtida y arrugada, refleja el desgaste de su trabajo como mecánico, aunque no pisa la playa ni le da el sol. Nunca se queja, pero cada día se le ve más cansado.

—¡Sloane! —me grita para sacarme de mi ensimismamiento.

—Perdona, papá, solo estaba divagando… Me han echado del trabajo —suelto de golpe, así sin anestesia.

Se hace el silencio unos segundos que a mí me parecen minutos.

—¿Qué has dicho? —titubea mi madre en un hilo de voz.

—No ha sido por mi culpa. Un tío me tocó el culo en una excursión y ya sabéis cómo tengo el pronto —intento justificarme.

Mi padre le da un sorbo a la taza del café con media sonrisa en los labios. Luego baja la taza y me mira.

—Vamos, que le has dado una buena hostia, eso como mínimo. —Sonríe abiertamente y mi madre se cabrea.

—¡Oliver! —exclama indignada.

—Alma, ese tío se merecía eso y más, deja que lo cuente Sloane.

Ya no sé si reír o llorar.

—Le partí la nariz, papá. No pude evitarlo, ya sabes que no me gusta que nadie me toque sin permiso —le recuerdo.

—Y con permiso, seguro que se arriesgan a que le saltes los dientes. ¡Ja, ja, ja! —Mi padre se desternilla de risa.

Mi madre lo mira atónita y le da una patada en la espinilla, él se queja y se calla, luego me mira a mí.

—Sloane, tu trabajo es lo más importante para ti. Seguro que te aceptan en otra agencia, eres la mejor de Nueva York —dice orgullosa.

Bajo la mirada.

—No, mamá.

—¿Cómo? —Se lleva la mano al pecho.

—El idiota al que golpeé es alguien importante, por lo poco que sé. Me denunció y eso arrastró a la agencia. Hicieron un trato para salvarse el culo y joderme a mí.

—No entiendo. —Niega con la cabeza mi madre.

—El tipo solo retiraba la denuncia con la condición de echarme a la calle —aclaro al fin.

—Será hijo de puta… —gruñe mi padre.

—Eso no es lo peor —sigo contando.

—¿Hay algo peor que eso? —pregunta mi madre al borde del colapso.

Veo a mi madre nerviosa y temo que le suba la tensión. Últimamente ha tenido algunos achaques y está más delgada, pero sigue siendo fuerte, guapa, la mejor madre del mundo. Adoro su cabello negro rizado, muy español, como ella, y que yo no heredé. Mi pelo es moreno, pero lacio. Lo único que tengo de mi madre son sus ojos color miel y la mala leche.

—Me han vetado de todas las agencias de viaje de Nueva York e imagino que de cualquier puesto de trabajo decente. Ese capullo me ha puesto un letrero en la frente que dice «no contratar». —Alzo la voz de la rabia que siento.

Mi madre me abraza y mi hermana pequeña también.

—No es justo, si eres la mejor —dice Elina.

—No te preocupes, Sloane, saldremos adelante, así tenga que doblar turno en el taller —me anima mi padre.

—No hace falta, papá. Ya tengo trabajo. Se ve que ese imbécil no puede llegar con sus asquerosos tentáculos a todas partes —escupo con rabia.

Se separa de mí y mi madre parece que recobra el color de la cara.

—¿Dónde vas a trabajar, hija?

Trago saliva antes de contestar y soltar la bomba.

—De camarera en un bar que se llama El Refugio —digo al fin.

A mi padre le cambia la cara.

—¿El que está cerca de la calle 138? —Se le entrecorta la voz.

—Creo que sí, no hay otro. Lo lleva un tío alto con una cicatriz en la cara. Un personaje curioso —suelto una risa nerviosa.

—Se llama Joe, fue un gran boxeador en su tiempo. He oído rumores de que acuden personajes de dudosa reputación a su bar,

pero sé que Joe cuidará de ti, ya le haré una llamadita. —Me guiña un ojo.

—¿A qué te refieres con eso? —pregunto curiosa.

—¿No será una casa de putas? —interrumpe mi madre.

—Joder, mamá, ya te vale. Es un bar normal, ¡no es para tanto! Lo importante es que me va a pagar y que no tengo más opciones ahora mismo. No voy a dejar que papá haga más horas y tú tampoco, ya te rompes bastante la espalda limpiando cristales y fregando suelos. Voy a trabajar y creo que ya os he dejado claro que sé defenderme.

Los miro, uno por uno, por si hay más objeciones.

—Está bien, pero si ves cualquier cosa rara, acude a Joe, y si no está, sal de ahí cagando hostias —me ordena mi padre.

—De verdad, yo no entiendo cómo he salido tan educada, porque mira que soltáis tacos en esta casa. No pienso hablar como vosotros, ¡jamás! —dice Elina, echándose la melena negra y rizada hacia atrás, herencia de mi madre.

No podemos hacer otra cosa que echarnos a reír, pero tiene más razón que un santo.

Es la hora de salir de casa, como cada mañana, menos yo.

Mis padres se van cada uno para su trabajo. Elina al instituto y yo me quedo sola. No entro a trabajar hasta la tarde, pero iré antes para que me enseñen lo que tengo que hacer. No me preocupa mucho, aprendo rápido.

Es hora de ir al nuevo trabajo. Me pongo unos vaqueros elásticos, unas botas negras planas de cordones y un jersey de lana de cuello alto negro. Me ato el pelo en una cola y me pongo el plumas. Hace frío, así que decido ir andando. No está tan lejos de donde vivo, apenas unas manzanas. Cuando llego frente al edificio de ladrillos rojos, típico de Mott Haven, suspiro profundamente y entro con decisión. El lugar está vacío, lo que me relaja un poco. Camino hasta el fondo y llego a la barra de mármol.

—¿Hola? —Alzo la voz para que me oigan.

—¡Ya voy! —Escucho a Joe.

Sale de detrás de una puerta que hay al final de la barra y la cierra con llave.

—Veo que no te has arrepentido. Sabía que eras un buen fichaje. —Chasquea la lengua.

—Tengo palabra y necesito el trabajo —le recuerdo.

Me mira y hace un gesto de disgusto con la cara.

—Así no puedes ir vestida en mi bar. Aquí viene gente muy importante y mis camareros tienen un código de vestimenta —me informa.

Abro los ojos como dos farolas. Espero que no me vista como una fulana, porque si no, salgo por donde he entrado. Ve el terror en mi cara y se echa a reír.

—Tranquila, es un pantalón y camisa negra. No sé qué se te ha pasado por la cabeza, pero bórralo.

Se acerca con una bolsa doblada pulcramente y me la entrega.

—Gracias…

—Joe, me llamo Joe Mullen.

—Soy Sloane Moses. Ayer no me lo preguntó.

—Conozco a todo el mundo en el mundo en Mott Haven. Sé que eres la hija de Oliver Moses, un buen hombre. No contrato a cualquiera. —Me guiña un ojo.

—¿Por qué no me lo dijo ayer?

—¿Cambiaría algo?

Pienso unos segundos.

—La verdad es que no. —Soy sincera.

—Pues ponte el uniforme y te muestro lo que tienes que hacer. Pronto llegarán tus compañeros y te ayudarán. Somos buena gente, quédate tranquila. Tú trabaja y de lo que escuches y veas, calladita. Lo que pasa en El Refugio, se queda aquí. ¿Entendido?

—Alto y claro. No tendrá que repetírmelo. —Asiento con la cabeza.

Me indica un cuarto pequeño en el que puedo cambiarme. Hay taquillas para que pueda dejar mis pertenencias y de momento la cosa no pinta mal, aunque hay un halo de misterio que me da mucha curiosidad. Es algo innato en mí.

Me pongo el uniforme de trabajo y me queda clavado. El pantalón me marca un poco el culo y a la camisa le faltan un par de botones en la parte superior. No es que esté rota; es así. Se ve el incipiente canalillo de mis pechos y, aunque no es una vestimenta vulgar, es bastante sensual. A veces el insinuar excita más que el mostrar toda la carnada. Me siento cómoda, aunque procuraré no agacharme demasiado.

Se abre la puerta y aparecen dos chicas en el vestuario y me miran sorprendidas, luego me sonríen y reciben con júbilo.

—Hola, soy Joana Young, ¿eres la camarera nueva? —pregunta emocionada.

—Pues no ves que sí. Bienvenida, soy Lara Scott —se presenta la otra.

—Sloane Moses —digo con timidez.

No pueden ser más distintas las dos.

Joana es morena, muy delgada, bajita y tiene unos impresionantes ojos azules. Rezuma dulzura por todos los poros de su piel, nada más verla.

Lara es más seria, morena, media melena rizada y ojos oscuros. Está mazada del gimnasio y tiene unos brazos que si me da un golpe me deja tiesa. Pero se la ve buena gente.

—¿Te han enseñado cómo va este garito? —pregunta Lara.

—No, ni siquiera he trabajado antes de camarera —confieso.

Rueda los ojos y se desnuda para vestirse. No puedo evitar mirarla. Es la mujer con más músculos que he visto en mi vida.

Joana se echa a reír ante la cara que pongo.

—No te preocupes, todas reaccionamos igual cuando la vemos en ropa interior, es una mole. —Se ríe Joana.

—Joana, déjate de idioteces y explícale a la nueva lo que tiene que hacer, hasta que sepa manejar una bandeja sin que se le caiga encima todo —dice muy seria.

Eso me ofende un poco.

—Soy rápida aprendiendo —respondo molesta por su tono.

Lara me mira de reojo.

—No lo dudo, pero hoy no me la voy a jugar.

Joana interviene y se sienta a mi lado.

—Nosotras dos somos las encargadas de servir las copas. En la barra está Joe y dos camareros más, que ahora te presentaré. Tú te encargarás de tomar los pedidos y de ir recogiendo los vasos vacíos y también de colocar el lavavajillas. Si te ves apurada, me llamas. Puede que te agobies el primer día, pero luego irá todo rodado —me explica en una clase rápida.

—Creo que ya me estoy agobiando.

—Entonces, ¿para qué te metes en este antro? —pregunta a la defensiva Lara.

Me levanto y la miro a la cara.

—Porque necesito el dinero. Tengo que ayudar a mi familia. —Aprieto la boca y los puños con rabia.

Ella se relaja y baja el tono.

—Bienvenida al club, cielo. Aquí nadie trabaja por placer, te lo aseguro.

Ese comentario me mosquea un poco.

—¿Por qué lo dices? —inquiero.

—Ya lo sabrás.

—Tranquila, Sloane, no hay nada de qué preocuparse, Lara es una exagerada —interviene Joana.

Sonrío, pero no estoy tranquila para nada.

—¡Venga, que hoy hay faena! —ordena Lara.

Yo solo pido a Dios que me dé fuerzas y que no sea tan malo como lo pinta…

Salimos del cuarto y nos dirigimos hacia la barra. Flipo cuando veo a los dos camareros. Son gemelos y están cuadrados. Se diferencian en que uno lleva el pelo corto y el otro en una coleta recogida hacia atrás, muy pegada a la cabeza. Son muy morenos de piel y también les va el gimnasio.

Lara se acerca al del pelo corto y le da un beso en los labios.

—¿Cómo está mi chica hoy? —le pregunta él.

Le susurra algo verde al oído por la cara que pone él. Luego se gira hacia donde estoy yo.

—Sloane, te presento a Brian, mi pareja y camarero del Refugio —dice con brillo en sus ojos.

—Y yo te presento a mi novio Angus, cómo verás, son gemelos pero muy distintos. —Se ríe Joana, mientras se morrea con el otro camarero.

—Encantada, ya veo que sois una pequeña familia. —Sonrío a los cuatro.

—No te preocupes, con nosotros estás a salvo —dice Brian.

Lara le lanza una mirada de advertencia que él pilla al momento.

—Tranquila, no soy una amenaza. Solo quiero mantener mi empleo y que todos nos llevemos bien —les aclaro para que no haya confusiones.

Nos relajamos todos y me dan las indicaciones de dónde están las cosas y de lo que debo hacer. Tengo que aprender poco a poco, antes de salir a servir copas con una bandeja y tirarle encima las bebidas a los clientes. Son personas majas y se esfuerzan por ayudarme, siempre bajo la atenta mirada de Joe Mullen…

El Refugio se llena de gente. La música resuena en mis oídos, una mezcla de jazz y blues que se mezcla entre el sonido de las conversaciones y las risas. Las luces son tenues, y el humo de cigarrillos se arremolina en el aire, dándole al lugar un ambiente denso, casi irreal. Estoy nerviosa, pero mi cuerpo se mueve casi automáticamente, recogiendo y llevando los vasos de las mesas, respondiendo a las órdenes rápidas que me llegan de los gemelos, Joe, Lara y Joana. Voy como yegua desbocada.

A pesar de ser mi primera noche, estoy empezando a entender cómo funciona todo aquí, quiénes son los clientes habituales y quiénes podrían traer problemas. Solo hay que fijarse en cómo visten y lo que beben.

—Ve al reservado de la esquina a recoger los vasos, que tienen la mesa llena y quieren otra ronda —me ordena Brian.

Voy cagando leches y entro un poco acelerada. Me pongo a recoger los vasos y tengo una sensación extraña. Levanto la cabeza y es entonces cuando mi mirada se cruza con la de un hombre sentado que no me quita los ojos de encima. Es moreno, pelo ondulado, ojos oscuros con unas inmensas pestañas, barba de dos

días, viste un traje impecable y una expresión en la cara que denota poder y misterio.

—Nicodemo Baresi, se te van a saltar los ojos mirando a esa muchacha —se burla el que está sentado a su lado, en italiano.

Bajo la mirada y me doy prisa por recoger todos los vasos de la mesa. No saben que entiendo su idioma.

Está rodeado de dos hombres más, ambos parecen tensos. Su conversación es intensa, susurran en italiano, intercambiando miradas de desconfianza. Siento un escalofrío recorriéndome el cuerpo, trato de concentrarme en mis tareas, pero me cuesta mucho al notar sus ojos clavados en mi espalda… o en mi trasero.

Mientras termino de recoger, noto un movimiento extraño en la penumbra. Un hombre se mueve con sigilo detrás de la mesa de Baresi. Lleva la mano oculta en la chaqueta de forma sospechosa. Veo un destello metálico: es una navaja. Mi corazón se detiene un segundo y, sin pensarlo, le tiro la bandeja llena de vasos y me lanzo contra él pasando por encima de la mesa y del propio Baresi. Me miran como si hubiera tenido un ataque de locura transitoria. Golpeo al tío con la bandeja en la mano hasta que la navaja cae ante la mirada atónita de todos.

El bar estalla en caos. Algunos clientes gritan y corren hacia la salida; otros miran sorprendidos. Los hombres de Baresi se levantan de golpe, listos para actuar, el asaltante huye, pero él se queda sentado, inmóvil, con una ligera sonrisa en los labios, observándome.

Me levanto rápidamente, jadeando, con el pulso acelerado.

—Me cago en la puta —maldigo al ver que me he cortado con un vaso.

Mis ojos se encuentran con los de Baresi, y en su mirada veo algo que no sé cómo interpretar. ¿Gratitud? ¿Curiosidad? ¿Interés? Se acerca a mí con una calma que parece fuera de lugar en medio de todo el caos.

—Gracias. —Su voz es grave, tranquila—. Muy pocos tendrían agallas de arriesgar su vida por un desconocido.

Saca un pañuelo blanco con las iniciales N B y me lo enrolla en la mano para limpiar mi sangre. El jodido es el hombre más

intrigante y seductor que he visto en mi vida, pero hay algo en él que me crea inquietud.

—No me gustan los tipos que atacan a traición —respondo, tratando de sonar más tranquila de lo que me siento.

Baresi sonríe, y hay algo en esa sonrisa que me intriga y me asusta al mismo tiempo.

—Por cierto, soy Nicodemo Baresi, pero puedes llamarme Nico.

Su voz es tan sensual que anestesia mis sentidos. Ya no siento dolor en la mano.

—Soy Sloane. —No doy más datos.

—¿Cómo puedo compensarte por salvarme la vida? —Sonríe de nuevo.

Joder, ese hombre es realmente peligroso con sus armas de seducción. Llevo un año sin echar un polvo y me está subiendo toda la libido de golpe.

Antes de que pueda responder, Joe se acerca, visiblemente preocupado.

—Sloane, has hecho bastante por hoy. Vete a casa, esto se ha puesto feo —dice, echando una mirada de advertencia hacia Baresi.

—Pero…

—No, en serio, vete. Ya me ocupo yo.

Por una parte, doy gracias de que aparezca Joe.

Miro a Baresi una última vez. Sus ojos siguen fijos en mí, intensos, como si quisieran saberlo todo.

Cojo mis cosas y salgo, sintiendo su mirada en mi espalda hasta que cruzo la puerta. Mientras camino hacia la calle solo pido que ese hombre no vuelva a cruzarse en mi camino, es peligroso, aunque trabajo en El Refugio y sé que eso es imposible.

2

Nicodemo Baresi

Paso la noche intranquila y no dejo de pensar en lo imprudente que fui con aquel tipo que intentó agredir a Baresi, pero mi instinto de protección me pudo. Me levanto pensando en el italiano con mirada penetrante. No me lo quito de la mente.

Hace muchísimo tiempo que no siento atracción por un hombre desde que rompí con Buster, un imbécil del barrio que me hizo el favor de dejar embarazada a la que era mi mejor amiga, Evia, y se marcharon a vivir a Boston. Me rompieron el corazón y los hombres ya no son mi prioridad. Son peligrosos, maquiavélicos y no te puedes fiar de ellos. Desde que estoy sola, ando a mi bola y no tengo que dar explicaciones a nadie. Por eso me da rabia que mi mente esté jugando conmigo y no me deje en paz, atormentándome con la visión de ese italiano inquietante.

Me levanto y veo que casi es mediodía. Me llevo las manos a la cabeza.

—¡Joder! —exclamo sorprendida.

Ayer, o mejor dicho hoy, he llegado de madrugada y dándole vueltas a la cabeza, me he dormido muy tarde.

Me meto en la ducha y espero a que salga el agua caliente. Me lavo la melena larga y lisa y me enjabono bien. Salgo y me seco. Me pongo el albornoz y oigo voces en casa. Supongo que es mi padre y Elina que vienen a comer. Mi madre siempre nos deja la comida hecha. Ella siempre come en el trabajo, pues apenas le da tiempo a venir desde Manhattan. Si tiene que hacer el trayecto de ida y vuelta y preparar la comida, ya no tendría trabajo. La empresa de limpieza donde trabaja, apenas le deja tiempo para respirar…

—Hola —saludo a mi familia.

Me miran extrañados.

—¿Te acabas de levantar? —pregunta mi hermana.

Me siento un poco abochornada.

—Llegué muy tarde y estaba reventada. El primer día no es fácil —les explico.

—¿Todo bien? —Me analiza con la mirada mi padre.

—Claro, solo estuve recogiendo vasos sucios y poniendo el lavavajillas. No me van a ascender a camarera hasta que no sepa servir copas y me conozca las mezclas, no vaya a ser que envenene a alguien —bromeo.

Elina se ríe, pero mi padre permanece serio.

—He oído que ayer hubo bronca en El Refugio —sentencia, muy serio.

Trago saliva sin saber qué contestar, no quiero mentirle, ni perder el trabajo. Escondo el corte de la mano con la manga del pijama.

—Hubo un pequeño percance, nada de lo que te tengas preocupar. Joe y los gemelos están ahí para protegerme —digo para su tranquilidad, aunque sabe perfectamente que no necesito ayuda de nadie.

—Hummmm. —Se rasca la barbilla.

—Papá, no tienes de qué preocuparte. Tengo unos compañeros geniales y siempre habrá algún borracho que dé la nota. ¡Es un bar donde hay alcohol! —exclamo levantando las manos en alto.

—Ya, pero ya te avisé que en ese bar se mueve gente muy especial. Todo el mundo lo sabe.

—¿No me digas? —dice Elina entusiasmada.

—No le hagas caso.

—¿No habrás visto a Lady Gaga o a Katy Perry? —Se le agrandan los ojos.

Soplo al escuchar tanta tontería.

—Elina, ¡que vivimos en el Bronx! —exploto.

Ella me mira indignada.

—¿Quieres que te enumere cuántos personajes famosos han salido del Bronx? —Pone cara de cabreo.

—No hace falta.

Pero ella me ignora y se levanta. Abre la mano para empezar a contar con los dedos y yo resoplo para aguantar el chaparrón.

—La primera, Jennifer López, Cardi B, Kerry Washington, Tracy Morgan, Fat Joe… ¿Quieres que siga? —pregunta con las manos en la cintura.

—No te pongas así, ya sé que hay gente muy famosa que ha salido del Bronx, pero no, no estaba Lady Gaga, ni J.Lo en el bar… ¡Ojalá! —digo mirando al techo.

Mi hermana está al día de todo el famoseo y el cotilleo típico de los adolescentes de su edad. Aunque estuviera Lady Gaga en El Refugio, seguro que no me doy ni cuenta. No me fijo demasiado en la gente, salvo en Nico Baresi.

Dejamos la discusión y comemos tranquilamente un guiso de carne con verduras que nos ha preparado mi madre…

Llego al Refugio muy justa de tiempo. Entro apresurada en el pequeño vestidor que tenemos. Lara y Joana ya están con el uniforme puesto y yo con la ropa de calle todavía. Me miran al ver que llego casi sin aliento.

—Tía, necesitas ir al gimnasio. —Se ríe Lara.

La fulmino con la mirada, aunque no le quitó razón.

—¿Qué te ha pasado? Vienes como si te siguiera el lobo de Caperucita —comenta Joana, con su inocencia habitual.

Me sonrojo hasta el nacimiento del pelo.

—Nunca me había pasado, pero me he quedado dormida después de comer —confieso avergonzada.

Ellas rompen a reír y yo no entiendo dónde está la gracia.

—Es normal —dice Joana—. Tu primer día de trabajo y salvas a un capo de la mafia de ser asesinado. —Suelta una carcajada.

La miro estupefacta.

—El señor Baresi… ¿Es un mafioso? —pregunto incrédula.

—Sloane, por Dios, ¿en qué mundo vives? Casi todos los que están en los reservados, lo son. Aquí cierran sus tratos y chanchullos —me cuenta Lara tan tranquilamente.

Se me hace un nudo en la garganta y el mito del italiano se me cae al suelo.

—No tenía ni idea, os lo prometo. Soy una idiota. —Me fustigo mentalmente.

Ellas se acercan y se sientan a mi lado, mientras me visto aturdida por el impacto de la noticia.

—Todo el mundo conoce a Baresi en el Bronx —dice Lara—. Es un tío inteligente, guapo y estratega. Pero no te recomiendo que te acerques a él. Pertenece al clan Baresi y son conocidos por su brutalidad. Es un clan siciliano antiguo que controla el Mediterráneo: tráfico de armas, comercio ilegal de arte, artefactos robados… Otros clanes ha intentado usurparles el territorio y acabaron muy mal. Tienen muchas influencias políticas —me narra Lara.

—¡Para, para! —le digo moviendo las manos—. ¿Cómo sabes todo eso? Y si es siciliano, ¿qué hace en el Bronx?

Es demasiada información para mí. Me está aterrando un poco saber que voy a estar limpiado mesas para capos de la mafia.

—Nicodemo fue enviado hace cuatro años, para hacerse cargo de las operaciones familiares que tienen aquí, en Nueva York. Es un tipo muy ambicioso y no se deja conocer mucho. Es celoso de su privacidad y hasta ahí puedo contarte. Pero no te acerques a él —insiste.

—¿Me lo dices ahora? Ayer pasé por encima de su pecho, literalmente —le recuerdo asustada.

—Ya, pero le salvaste la vida —me tranquiliza Joana—. Por cierto, ¿cómo llevas la mano?

—Apenas es un rasguño, la he desinfectado y le he puesto una tirita. —Le quito importancia.

—Pues Baresi parecía muy preocupado e interesado en ti —ronronea al decirlo.

—No me asustes, Joana, no quiero saber nada de la mafia. —Me altero.

Lara me sujeta de los hombros y me mira a los ojos.

—Respira, haz tu trabajo, y si viene hoy por el bar, no te acerques a su mesa. Nos ocupamos Joana y yo. ¿Entendido?

Asiento con la cabeza. Y tanto que lo he entendido.

—Voy saliendo que ya está entrando gente —comenta Joana.

—Acaba de vestirte, maquíllate, ponte guapa y sal a trabajar. Hoy es una noche nueva y solo pasarán cosas buenas si tú lo crees así.

Lara me da un cachetazo con la mano y me pongo las pilas. Termino de vestirme, recojo la melena en una cola alta y me pinto la línea del ojo negro y los labios de un rosa natural, que destaca mi piel morena. Respiro profundamente y salgo a una sala que ya está repleta de gente. Me meto en la barra y saludo a los gemelos y a Joe.

—Buenas noches, chicos. —Sonrío sinceramente.

—Hola, campeona, menudo placaje le hiciste al tipo de anoche —dice Angus.

—Lástima que se escapara para poder rematarlo nosotros —agrega Brian.

Joe interviene y ni imagina cuánto lo agradezco.

—Dejaos de cháchara y a trabajar. Lo de ayer ya pasó y hoy es otro día —nos organiza Joe.

—¡Oído, jefe! —gorjean los gemelos.

Joe se acerca y me susurra al oído.

—¿Cómo tienes la mano? —se preocupa.

—Solo fue un rasguño, tranquilo, jefe. —Sonrío.

Asiente con la cabeza y se pone tieso de nuevo, manteniendo la compostura.

—Sloane, hoy recoge solo las mesas de fuera, de los reservados se encargarán Joana y Lara, ¿entendido? —me ordena.

—Alto y claro.

Vamos, que no hace falta que me lo repita dos veces. Con lo que me ha contado Lara, ya es más que suficiente para no acercarme ni lo más mínimo.

La noche pasa con tranquilidad. El murmullo de la gente se mezcla con la música habitual del local. Me fijo más de lo normal en la gente que va entrando. Cierto es, que en las mesas centrales hay gente más común, tomando cerveza, alguna copa, parejas, algún grupo de amigos… y el ambiente es bueno en general. En cuanto

alguien se emborracha, los gemelos lo sacan con discreción a la calle, y se da orden al portero de que le niegue de nuevo el acceso.

Los reservados son harina de otro costal. Entra gente muy elegante, con trajes que yo no podría pagar ni con el sueldo de un año. Siempre llevan guardaespaldas y beben el *whisky* más caro que hay en el local. Joe lo tiene guardado en la puerta trasera de la barra bajo llave. Ayer le pregunté por curiosidad qué costaba una botella de un *whisky* que mandó servir a Lara a uno de los reservados. Era un Macallan especial, para mí no deja de ser una botella bonita de *whisky*.

—Sloane, esta botella a mí me cuesta 35.000 dólares —me dijo serio.

La cara que puse tuvo que ser para pintar un cuadro, porque Joe se rio de mí todo lo que pudo y más. Yo solo le respondí, que a mí no me ordene servir ninguna.

Pues hoy veo cómo siguen saliendo botellas de esas para los reservados y se me hiela la sangre, solo de pensar que se caiga una al suelo. Se maneja muchísimo dinero en El Refugio y también se orquestan planes entre gente «especial» de la que yo no quiero saber nada.

Brian me hace un gesto desde la barra para que me acerque y voy de inmediato.

—Cielo, estamos a tope, necesito que recojas el reservado número tres. Lara y Joana no dan abasto —me ordena.

Se me acelera el corazón.

—Joe me ha prohibido que me acerque a los reservados —le digo lo que hay.

Él suda a chorros de lo agobiado que está.

—Pues Joe podía estar aquí echando una mano, así no iríamos de culo, ¡joder! —exclama enfadado.

Me entra el remordimiento.

—No te preocupes, yo lo hago.

Me salto las órdenes por el forro… No soy ninguna cobarde, para empezar hoy a tener miedo.

—No sabes cómo te lo agradezco. —Pone las manos en un gesto de plegaria.

Agarro la bandeja, que ya le voy cogiendo el punto, y me dirijo al reservado número tres. Está cerrado a cal y canto con las cortinas pesadas de terciopelo negro. Oigo que hablan en italiano y acerco la oreja.

—Tenemos que hacerlo ya o Baresi conseguirá que su clan se haga con todo el imperio de Nueva York —dice una voz grave y decidida.

Escucho el ruido del hielo tintineando en un vaso, mientras el hombre habla como si estuviera calculando cada palabra.

—Está ganando terreno, ya controla el sur de Manhattan y si sigue así, no podremos detenerlo. Es demasiado temerario, demasiado audaz —agrega otra voz con el mismo tono amenazante.

El primer hombre habla de nuevo, esta vez con una intensidad que hace que contenga el aliento

—La única forma de hacerle retroceder es... dándole donde más le duele.

—¿Quieres decir… jodiéndolo con su hermana? —La otra voz suena sorprendida, casi dubitativa.

—Exacto. Bianca Baresi. Es su única debilidad. Si la secuestramos, obligaremos a ese cabrón a que deje de expandirse. No tendrá otra opción. Y entonces... podríamos tomar lo que es nuestro por derecho.

El nombre de Bianca me causa un escalofrío. No sabía que Baresi tiene una hermana, realmente, no sé nada de ese tío y creo que tampoco quiero saberlo.

La conversación continúa, y siento que me acerco demasiado a algo peligroso, así que abro la cortina con una sonrisa y los dos hombres al verme se callan.

—Buenas noches, caballeros, vengo a recoger y a limpiar su mesa. —Finjo la sonrisa más falsa de toda mi vida y ellos caen rendidos a mis pies.

—¡Qué maravilla de mujer! ¿Eres nueva? —pregunta el gordo con un bigote muy peculiar.

Me armo de valor y sigo con la sonrisa.

—Sí, señor —contesto correctamente.

Recojo los vasos y la botella vacía de *whisky*. Paso la bayeta húmeda por la mesa y me doy cuenta de que me están mirando el escote, sobre todo el joven. Es muy atractivo, juraría que hasta le da un aire a Nicodemo, pero este tiene unos increíbles ojos verdes que me están taladrando hasta el alma.

Me incorporo de golpe.

—Ya está listo, caballeros. Ahora aviso a su camarera. —Sonrío de nuevo y hago el ademán de irme.

—No te muevas —dice el más joven y me quedo paralizada de espaldas a él.

Me doy la vuelta lentamente. Oigo como el gordo le dice en el italiano.

—Matteo, deja a la camarera tranquila, no te metas en problemas —le susurra.

—Cállate, Fausto, aquí el que da las órdenes soy yo —responde en italiano.

Yo los miro con cara de tonta, como si no entendiera nada, pero tengo que hacer un gran esfuerzo para no echar a correr.

—¿Hay algún problema? —pregunto con aparente tranquilidad.

El joven, que ya sé que se llama Matteo, me da un buen repaso.

—Quiero que nos sirvas tú toda la noche —dice con autoridad.

Vale, ya estoy hasta las narices de tanta mafia y órdenes.

—Lo siento, todavía no sé llevar una bandeja y no creo que les haga mucha gracia que desparrame una botella de miles de dólares por el suelo. Solo soy la novata que recoge y limpia las mesas. Avisaré a su camarera —insisto con la sonrisa forzada.

El tal Matteo muestra una sonrisa de medio lado que deja ver su tremendo atractivo. Si todos los mafiosos italianos están así de buenorros… ¡Que Dios nos ampare!

—Pues trae la botella en la mano —suelta sin más.

—¿Cómo?

No puedo evitar echarme a reír.

—Lo que has escuchado y no me gusta repetir las cosas dos veces. —Se pone serio.

Pienso en lo que acabo de oír hace unos minutos. La conspiración para secuestrar a la hermana de Nicodemo. No quiero

pensar en lo que puede hacerme a mí que soy una don nadie, pero tampoco voy a dejar que me humille.

—Muy bien, ahora se la traigo.

Salgo del reservado agitada. Tengo que procesar todo lo que acaba de ocurrir, pero ahora no puedo pararme.

Voy a la barra y me dirijo a Brian.

—Los del reservado tres quieren una botella de Macallan, ese que vale un riñón y parte del otro —le pido sin más.

Me mira desconcertado.

—Tú no puedes servir eso. —Niega con la cabeza.

—Pues me ha dicho que la tengo que llevar yo, sí o sí. O el señorito se enfadará muchísimo —me burlo del italiano.

Brian duda. Llama a Joe por teléfono y le cuenta el caso. Cuelga y se va a la puerta trasera a por la botella.

—Espera que te voy a preparar todo con detalle para que lo sirvas correctamente. Esta botella vale una fortuna —me informa Brian nervioso.

—Ya lo sé, pero no prepares nada. Solo dame dos vasos y la botella —le pido.

—¿Qué dices, loca?

—Lo que me han pedido. Ya les he comunicado que no soy camarera todavía y que no voy a llevar bandeja.

—¿En serio?

—Pues ahora lo verás.

Meto los dedos dentro de los vasos y los agarro con una mano y con la otra cojo la botella. Brian me mira asombrado por el sacrilegio que estoy cometiendo. Camino derecha al reservado número tres y aparto la cortina con el pie. Los dos hombres me miran desconcertados. Dejo los vasos y la botella en la mesa. Me chupo los dedos.

—Que lo disfruten. —Muestro una espléndida sonrisa.

No se esperaban esa reacción por mi parte. Se miran entre ellos, el joven sonríe de medio lado y me guiña un ojo. Me doy media vuelta y sigo con lo mío.

Nunca el corazón me ha ido tan rápido. Pero lo a gusto que me he quedado, no tiene precio…

El subidón me dura poco, porque justo cuando salgo del reservado tres, al girar para ir a las mesas centrales, del número uno sale Nicodemo y me choco literalmente con él. Me atrapa con sus brazos para evitar que me vaya al suelo. Lo sé, suena a cliché, pero sucede tal cual.

—Lo siento —me disculpo al momento.

Él sonríe y me sujeta con más fuerza.

—Yo no. Es lo mejor que me podía pasar hoy. —Sonríe.

—Ya puedes soltarme —le pido incómoda.

—¿No estás bien?

Forcejeo y me libro de su amarre.

—Pues no, no me gusta que me toquen sin permiso, pero gracias por evitarme una caída.

—Todo un placer, Sloane. Es lo menos que puedo hacer, después de haberme salvado la vida. ¿Cómo llevas la mano?

Me la agarra y mira donde está la tirita. Posa sus labios sobre ella y se me acelera el corazón. Susurra algo y aparto la mano.

Su voz es tan sensual que mi libido vuelve a la vida de nuevo. Me pongo colorada.

—¿Lo han atrapado? —pregunto intentando distraer la atención de mi incipiente calentón.

Su semblante cambia y se pone serio.

—No, pero caerá. Cualquiera que intente hacerme daño, no saldrá indemne —asegura sin dudar.

Se me eriza la piel al escucharlo.

—Bueno, que tengas una buena noche. —Intento irme, pero me agarra de la mano y me mete dentro del reservado, pillándome desprevenida.

—No será una buena noche si no hago algo que me lleva rondando en la cabeza desde ayer —me susurra al oído y me atrapa contra su cuerpo.

Mi respiración se acelera, los pezones casi traspasan la camisa de los duros que se han puesto y noto la humedad entre mis piernas. Todo eso con solo un susurro…

—Te-ten-ten-go que ir-me… —titubeo.

—Luego…

Su voz es como un sedante para mis oídos.

Acerca su cara a mi cuello y me huele. Respira profundamente y los pelos de todo mi cuerpo se erizan al momento. Me paralizo y también noto su aroma. Es varonil, embriagador, seductor, sexual…

Madre mía, hasta he dejado de oír a la gente del bar. Ha puesto a sus gorilas delante de las cortinas del reservado para que no entre… ni salga nadie.

—Hueles especial, pero quiero que algún día mi olor impregne toda tu piel —susurra.

—Nico… —se me entrecorta la voz.

—Tranquila, no voy a hacerte nada. Solo quiero un minuto a solas contigo. Jamás he forzado a una mujer y no lo haré nunca. Serás tú quien me busque.

Me separo de él por su arrogancia, pero me quedo prendada al ver sus ojos brillar por el deseo. Nunca me han mirado así.

No sé el tiempo que me quedo flipando con sus ojos oscuros, hasta que él me roza los labios con sus dedos. Otra explosión dentro de mí hace que me encienda de una manera desconocida. Mi tanga pide auxilio de lo mojado que está y yo deseo socorrerlo, pero no puedo hacerlo, es muy tentador, pero este hombre es peligroso.

—Nico… —intento hablar de nuevo.

Sus labios se deslizan suavemente sobre los míos.

Un gemido se escapa involuntariamente de mi boca. Solo me roza y me estremezco. Me mojo los labios inconscientemente y es cuando él saca su lengua y atrapa la mía… casi me desmayo de gusto. Me está haciendo sufrir con su lentitud. Me muerde el labio inferior y su mano se cuela por mi camisa y me toca la espalda, quema y mi piel arde.

—Diosss —jadeo.

—Dios no está aquí, soy yo —gime en mi boca.

Su mano recorre mi espalda mientras su lengua humedece mis labios. Esto es tortura nivel dios.

Le paso los brazos alrededor del cuello y no aguanto más. Busco sus labios con desesperación y él reacciona. Me besa con fervor y enrosca su lengua con la mía. Su pasión ahora es desbordante. No me deja respirar y me aprieta contra su cuerpo. Noto su erección

contra mi sexo y me está enloqueciendo. Me froto contra su dureza mientras nos devoramos la boca hasta hacerme daño en el mentón, pero me da igual. Noto que su polla quiere salir del pantalón para traspasar la tela fina del mío. Me restriego y me restriego, hasta que sin darme cuenta tengo un orgasmo mientras me devora la boca…

Tengo que separarme para tomar aire. Tengo el pelo revuelto, la camisa fuera del pantalón, el mentón colorado y el tanga chorreando. El corazón me va a mil y miro a Nico avergonzada. No sé cómo me he dejado seducir tan fácilmente. Bueno, sí lo sé. El tío está como un tren y yo no soy de hierro.

—Sloane, me has hecho un regalo —dice acariciándome la cara.

Me separo, coloco la ropa apresuradamente y me peino como puedo.

—Lo siento, esto ha sido un error. Espero que no me despidan —lo digo en serio.

—No te van a despedir, tranquila.

Me giro avergonzada y cabreada. Me siento vulnerable y no me gusta.

—Para ti es fácil. Lo tienes todo, pero yo necesito este trabajo para ayudar a mi familia. No soy así, no me enrollo con desconocidos y menos en el trabajo. No sé por qué has aparecido en el peor momento de mi vida —suelto con rabia.

—Sloane, simplemente tenía que pasar. Eso se llama destino y tú naciste para mí. Te he estado esperando mucho tiempo —dice en italiano.

Me cuesta digerir lo que escucho y más fingir que no lo entiendo.

No sé si debo contarle lo que he oído sobre su hermana, pero no quiero involucrarme entre guerra de mafias. Tal vez lo avise con un anónimo. Me empieza a doler la cabeza de tanto pensar.

—Adiós, Nico, tengo que trabajar.

—*Ciao, cara mía…*

3

Richard De Luca

De nuevo me levanto a las tantas. Lo de ayer fue algo que no me quito de la cabeza, cada vez que lo pienso, me muero de la vergüenza. ¡Me he corrido restregándome contra su pierna como si fuera una perra en celo! Tengo ganas de llorar por el sentimiento de ridículo tan grande que hay dentro de mí.

Me lavo la cara para despejarme y veo el pañuelo con sus iniciales manchado con mi sangre, en el cesto de la ropa sucia. Ni lo recordaba. El corte ya casi no está, fue más el escándalo de la sangre, que la herida. Lo cojo y lo huelo. Me erizo al instante y lo suelto como si quemase… pero vuelvo a cogerlo.

Lo huelo y me pierdo en el aroma inconfundible de Nicodemo Baresi. Ese perfume que me hizo perder el norte ayer por la noche. Es tan peculiar… Noto que me estoy excitando solo con su esencia. Sin verlo, sin tocarlo... Muevo la cabeza para salir de mi nube particular, exótica y con aroma italiano. Guardo el pañuelo en mi mesita de noche. No pienso lavarlo, no quiero que se pierda ese olor por nada del mundo…

Entro en la cocina con los ojos medio cerrados, pero se me abren de golpe al ver a mi madre cocinando. Mi padre y hermana no han llegado todavía.

—Mamá, ¿qué haces aquí? ¿Te han dado el día libre? —pregunto un poco mosqueada.

Veo que se le caen las lágrimas por las mejillas y mi corazón pega un vuelco dentro de mi pecho. La abrazo al instante.

—Me han despedido —dice entre sollozos.

—¿Por qué? Si eres la más antigua de la empresa y la más trabajadora.

La estrecho entre mis brazos, pero sé que no hay consuelo que valga.

—Esa es la cuestión, que no me han dado un motivo. Dicen que tienen que reducir plantilla, que no hay trabajo suficiente —solloza.

—¡Anda ya! —exclamo incrédula—. Otra cosa no habrá, pero mierda y ricos en Nueva York, hay para dar y tomar. No me creo que te hayan puesto una disculpa tan ridícula.

Estoy que me arde la sangre. Primero me echan a mí injustamente y ahora a mi madre. Se me enciende una luz en la mente y abro los ojos como platos. No quiero pensar lo que estoy pensando, pero no puedo evitarlo.

Me callo y me lo guardo.

—¿Qué vamos a hacer, hija? Sin mi sueldo no vamos a llegar a fin de mes. —Llora desconsoladamente.

—No te preocupes de nada, mamá, todo va a ir bien. Te lo prometo.

Me mira como si se me hubiera ido la pinza.

—¿Qué vas a poder hacer tú trabajando en un bar, Sloane?

—Lo que sea, pero tú, papá y Elina, no vais a pasar necesidad. Os lo prometo.

En eso llegan mi padre y Elina y se topan con el panorama. Él enseguida se preocupa por mi madre. Va hacia ella y la abraza.

—No te preocupes, amor mío, sea lo que sea, lo superaremos.

Elina me mira con cara de interrogación. No soporto ver a mis padres con el agua hasta el cuello y más sabiendo que es por mi culpa…

Me voy a mi habitación. No tengo ni la menor duda que el hijo de puta de Richard De Luca tiene algo que ver con todo esto. Me la tiene jurada y ahora va a por mi familia y eso es sagrado para mí. No sabe dónde se ha metido. Me da igual si voy a la cárcel, pero este tipo me va a oír.

Me meto en internet de nuevo y hago una búsqueda más exhaustiva. Como la primera vez que investigué, aparece como un hombre muy bien relacionado, de la alta sociedad y que tiene una galería de arte en Nueva York, eso es nuevo. Sigo navegando y parece un hombre intachable, hasta que veo una fotografía de él con el hombre del reservado número tres. Es una fotografía de una fiesta

benéfica y están charlando y bebiendo champán. No es Matteo, el hombre guapo, sino el otro, el del bigote curioso.

—La madre que te parió —susurro, llevándome la mano a la boca.

Ahora caigo de que también tiene que estar metido en la pandilla de los mafiosos, de ahí tanto poder e influencia.

Me levanto y camino de un lado a otro de la habitación sin saber qué hacer, pero este cabrón no puede salirse con la suya.

Regreso al ordenador y escribo su nombre, le doy a buscar solo imágenes.

—¡Joder! —abro la boca como un pez globo.

Encuentro más imágenes de él con el tipo del bigote. Siempre son fotos indirectas, sacadas por casualidad, creo que ni ellos saben que están ahí. Pero están.

Pienso en la conversación que escuché en el reservado de secuestrar a la hermana de Nicodemo. ¿Y si este hijo de puta está metido en el ajo? No me extrañaría nada.

Me toco las sienes, estoy al borde de un ataque de ansiedad, pero me impone meterme entre lucha de clanes. Mi madre ha perdido el trabajo, pero no quiero que pierda la vida. Tengo que ser razonable y templar los nervios. Pero también tengo que saber al cien por cien que ha sido él quien ha hecho esto a mi madre. Busco el teléfono de la galería de Richard De Luca. Sé que él no va a estar ahí, pero si la cosa es cómo yo sospecho, contactará conmigo. Marco él número desde mi móvil y me da tono.

—Galería De Luca, ¿en qué puedo ayudarle? —me contesta una mujer.

—Hola, quisiera hablar con el señor De Luca, es importante. —Intento mantenerme firme.

—El señor De Luca no atiende llamadas si no es con una cita previa —dice la mujer con voz de pito.

—La mía la atenderá. Dígale que le llama Sloane Moses —digo con autoridad.

La línea se queda un momento en silencio y pienso que me ha colgado, pero de nuevo me responde la mujer.

—Enseguida le traspaso la llamada, no cuelgue.

El corazón se me acelera mientras escucho los tonos de llamada al móvil de ese desgraciado.

—Sloane Moses... —Su voz es tan fría como siempre. Se acuerda de mí. Sabe que llamaría—. Me preguntaba cuándo darías señales de vida —dice con ironía.

Mi corazón casi se detiene al oírlo. Mi ira sale por la boca.

—¡Cállate! —escupo con furia—. No te andes con chorradas conmigo. ¿Por qué te has metido con mi madre? ¿Qué clase de cobarde eres para ir metiéndote con gente que no conoces?

—Tu madre… —dice, como si el tema fuera trivial—. Era un daño colateral necesario. No te equivoques, Sloane. No te he declarado la guerra por gusto. Has empezado tú.

—¡Has destrozado el sustento de mi familia! ¿Por qué vas a por mí? ¡Ven a buscarme personalmente sin tus esbirros si tienes cojones! —Chirrío los dientes de la rabia.

Oigo que suelta una carcajada que me enfurece aún más.

—¿Por qué? Porque tu familia es tu punto débil, Sloane. Y me resulta más fácil quebrarte atacando donde más te duele. Si quisiera podría aplastarte con un chasquido de dedos, pero... hay algo en ti que me interesa. No te rompes con facilidad, ¿verdad? —sisea como una serpiente asquerosa.

—Tú no sabes de qué soy capaz, De Luca. No me intimidas. Deberías tener miedo de mí —susurro amenazándolo.

—¿Miedo? —Se ríe suavemente—. No, querida, eres tú la que no sabes con quién estás hablando. Miedo dice, pobre insensata.

—Esto va a terminar hoy —digo con firmeza—. Vas a devolverle el trabajo a mi madre. Yo también puedo hacerte mucho daño. No soy una matada y tampoco sabes con quién te metes.

—Eres valiente, lo admito. Pero te advierto, Sloane, que en este juego... las reglas las pongo yo. Y si decides enfrentarte a mí, estarás muy sola —me amenaza.

Me estoy calentando más de lo debido, pero no voy a dejar que me humille y que juegue con mi familia.

—¿Sola? —Me río con sarcasmo—. No sabes lo que puedo hacer cuando me enfurezco. Te veré caer, De Luca. Eso te lo juro.

Y cuelgo el teléfono.

Ya no soporto hablar más con esa rata de alcantarilla, pero ahora tengo la certeza que es él quien está jodiendo a mi familia.

Necesito hablar con alguien…

Llamo a Lara, es seria, pero confío en ella, además, sabe de qué va esta gente…

Quedo con Lara en El Refugio, una hora antes de que abra al público. No le comento nada por teléfono, pero ella me nota agobiada y no pone pegas.

Estoy esperando fuera cuando llega y abre la puerta.

—Espero que sea importante, porque me has robado una hora de sueño —gruñe un poco, pero sé que no está enfadada.

—Muchas gracias por venir, no sabía a quién llamar y necesito hablar con alguien.

Me mira de reojo y entramos en el bar. Por lo menos no hace tanto frío como en la calle.

Lara va hacia la barra y abre un par de cervezas. Me entrega una. Dudo un poco, pero luego le doy un trago. Creo que la voy a necesitar.

—A ver, suelta por esa boquita. La verdad es que me tienes intrigada. —Me mira seria y luego le da un trago a su cerveza.

—No sé por dónde empezar. —Se me atragantan las palabras.

—Pues por el principio. —Se encoge de hombros.

Empiezo a contarle cómo pierdo mi trabajo de guía turística por culpa de Richard De Luca y por eso aterrizo aquí. Veo que le cambia la cara en un gesto de desagrado, pero no me interrumpe. Luego le cuento lo que escucho en el reservado número tres, de cómo Matteo y otro hombre conspiran contra Baresi, y después, me enrollo con él en el reservado uno…

La cara de Lara cambia a peor a medida que continúo con la historia, hasta llegar al despido de mi madre y las mutuas amenazas que hemos intercambiado De Luca y yo. Lo suelto todo de carrerilla, para que no se me escape nada. Tomo aire y bebo otro trago de cerveza. Lara me mira fijamente y muy seria.

—¿Te has enrollado con Nicodemo Baresi? —pregunta muy despacio.

—Sí, pero no es lo que yo quería. No sé qué tiene ese hombre, pero no volverá a pasar. La duda que tengo es si debo contarle lo que escuché en el otro reservado. —Me muerdo una uña.

Lara se mueve inquieta en el taburete.

—Perdona, todavía estoy asimilando que te hayas enrollado con uno de los mafiosos más famosos de Nueva York y que hayas escuchado a su enemigo conspirar contra él, es algo surrealista —dice asombrada.

Se abre otra cerveza y le da un trago largo.

—¡Yo no sabía que esto era un puto bar de gánsteres! —Me enojo.

—No, si al primero ya lo conociste fuera y le partiste la nariz, lo demás te vino rodado —ironiza.

—¿De Luca? —inquiero.

—Ese no te lo pierdas de vista. Trabaja con todos, pero no se casa con ninguno. Es el peor. No tiene escrúpulos y vendería a su propia madre si es que la tiene —dice con asco.

Mi moral se viene abajo.

—Lara, quieren secuestrar a la hermana de Baresi, ¿qué hago? —sollozo de la impotencia.

Ella se rasca la barbilla pensando en alguna respuesta coherente.

—Sloane, creo que deberías alejarte de Baresi, Matteo y, sobre todo, del hijo puta de Richard De Luca. Ellos tienen el poder y lo controlan todo. No vas a conseguir que tu madre recupere el trabajo y tampoco vas a salvar a la hermana de Baresi. Sé realista y conserva tu puesto, pero lo que tienes que hacer es; ver, oír y, sobre todo, callar. Si no, no vivirás para contarlo. —Es el consejo que me da.

Cierro los ojos y niego con la cabeza.

—Solo son hombres y si les pinchas, sangran. Igual que tú o yo. No voy a dejar que De Luca se salga con la suya e intimide a mi familia. —Aprieto los dientes de la rabia.

Lara se baja del taburete y me pone las manos en los hombros.

—Sloane, ¿qué vas a hacer tú contra toda una red de mafiosos? —Me mira con pena.

—Lo que sea necesario. Si hay que jugar a su juego, lo haré, pero tendrán que matarme antes que dejar que toquen a mi familia.

—Te ha jodido la vida De Luca, ¿verdad?

—Ni te lo imaginas. Un día estás bien y en un segundo, todo lo que te ha costado conseguir en la vida, se desmorona, solo porque un gilipollas que no te conoce, lo ha decidido. Yo puedo buscarme la vida, aún soy joven, pero mis padres…

Pego un puñetazo sobre la barra de mármol. La impotencia que siento, me supera.

—Tranquila, te puedes romper la mano. —Lara me sujeta y me abraza.

—Lo que quiero es romperle la cara. —Me echo a llorar.

—¡Mírame! —Me zarandea—. No sé cómo va a acabar esto, pero te sugiero que te protejas. Te conseguiré un arma y no te vendría mal acompañarme al gimnasio, para que aprendas a defenderte.

—¡Un arma! —exclamo sorprendida.

—Vivimos en el Bronx, no sé de qué te sorprendes. Lo raro es que no tengas una en el bolso.

—¿Tú llevas una?

—A veces, no te voy a mentir, pero eso no es un problema. Lo tuyo sí que es gordo de cojones —me recuerda.

—Lo sé. Estoy muy perdida y ya no sé cómo reaccionar si veo a alguno de ellos hoy en el bar —le confieso.

—No, no, no. —Me pone el dedo delante de la cara.

—¿Qué pasa? —me sorprendo.

—Hoy te quedas detrás de la barra fregando los vasos. De ahí no te mueves. Déjame pensar cómo vamos a gestionar todo esto. Te voy a ayudar, pero debes hacer todo lo que te diga.

Me deja boquiabierta.

—¿En serio?

—Yo también tengo amigos y mis contactos, no te preocupes.

Le doy un abrazo que casi la estrangulo.

—Ya está, ya está, que estas cursiladas no me van.

—Gracias, Lara, no sé cómo agradecerte lo que haces por mí.

—Sloane: oír, ver y callar.

En eso entra Joe y detrás, los gemelos y Joana. Ya es casi la hora de abrir el bar.

—¿Es que habéis hecho una fiesta sin invitarnos? —gorjea Brian, el novio de Lara.

—Cállate que, si hubiera fiesta, serías el primero en saberlo —contesta Lara.

Va hacia él y se funden en un beso.

Me hace recordar los labios de Baresi pegados a los míos y me entra un calor sofocante. Me voy al cuarto a cambiarme, mientras oigo como Lara le comunica a Joe, que hoy me quedo detrás de la barra. Por lo menos estaré lejos de la tentación y tendré tiempo de pensar en cómo salgo de este lío y sueño en cargarme a Richard De Luca…

Paso toda la noche enjuagando vasos y metiéndolos en lavavajillas. Así sistemáticamente sin parar. Estoy en bucle y me mantengo entretenida. Eso y los chistes que sueltan los gemelos Evans hacen que la noche vaya pasando más rápida.

Estoy en lo mío cuando escucho una voz con marcado acento italiano que pronuncia mi nombre. Se me hiela la sangre y me quedo con un vaso en la mano, pero no me giro.

—Señorita Sloane —insiste.

—La señorita está trabajando y no puede salir de la barra. ¿Puedo ayudarle, caballero? —interviene Brian.

Yo sigo sin girarme, no quiero mirar.

—El señor Nicodemo Baresi quiere que la señorita Sloane atienda su mesa —pide el italiano.

—Le enviaré a una de nuestras y maravillosas camareras. Sloane todavía no puede servir mesas, pero dígale a su jefe, que le atenderemos en un minuto —le contesta con toda la amabilidad del mundo.

—No creo que a mi jefe le guste esa respuesta —gruñe el italiano.

—Lo comprendo, pero será bien atendido y compensado por la casa. En cuanto Sloane sea camarera oficial, no tendré ningún

inconveniente en enviársela. Será la primera mesa que sirva. Pídale disculpas al señor Baresi —le dice Brian con una galantería que me deja boquiabierta.

—*Va bene.* —Asiente con la cabeza y se va.

Brian envía a Joana y luego se gira hacia mí.

—¿Te encuentras bien?

Asiento con la cabeza.

—Gracias.

—Estos italianos se creen los reyes del mambo, pero solo hay que saberlos manejar. No te preocupes, Angus y yo te protegemos, ¿verdad?

—Sin duda —asiente su gemelo.

Sigo con lo mío, pero no puedo evitar pasar la noche intranquila y mirar de reojo hacia el reservado de Nicodemo. Pienso que va a salir de un momento a otro y se va a liar parda, pero, afortunadamente, pasa la noche tranquila, sin altercados ni apariciones estelares de Baresi. Tengo que reconocer que, en el fondo de mi corazón, esperaba que viniera a por mí, pero no. Sigo fregando vasos hasta la hora del cierre y me voy al vestidor un tanto desencantada.

—¿Qué tal estás? —me pregunta Lara mientras nos cambiamos.

—Bien, aunque sigo preocupada.

—Es normal. Mañana quiero verte en el gimnasio sobre las doce. —Me da una tarjeta con la dirección.

—No puedo pagarlo.

—Es de mi primo, no hay problema.

—Gracias de nuevo.

Me guiña un ojo y nos vamos cada uno por su lado a nuestras respectivas casas. Ha sido una noche larga y estoy agotada.

Es tarde, apenas queda nadie por la calle. Los típicos borrachos de última hora y algún vagabundo durmiendo sobre cartones. Me dan mucha pena, no puedo mirar a esta gente que duerme a la intemperie. Oigo el ruido de un vehículo y me subo a la acera, pero este no pasa. Me doy la vuelta y veo un coche negro de alta gama que se detiene. Se me eriza la piel. Esto me da muy mal rollo.

Apuro el paso y el automóvil también empieza a moverse muy lentamente, detrás de mí, guardando una distancia prudente.

—Mierda, mierda, mierda —susurro para mí.

Me están siguiendo y lo primero que me viene a la mente es Richard De Luca.

Estoy en el Bronx, aquí la gente desaparece y no hacen muchas preguntas. El corazón me va a mil y parece que se me vaya a salir del pecho.

—Ahora o nunca —me digo a mí misma para convencerme.

Echo a correr y me meto por un callejón un tanto turbio, pero lo bastante estrecho para que no pase un coche. Corro como una gacela y me desvío por caminos y callejuelas que conozco como la palma de mi mano. He nacido y me he criado aquí. En eso les saco ventaja.

Vuelvo a desviarme y por fin los esquivo. Antes de entrar en mi casa, estoy oculta en una esquina para ver si hay algún coche cerca vigilando. Cuando veo la vía libre, es cuando cruzo como un rayo y entro en el portal de mi edificio y subo corriendo a mi hogar. Entro y cierro con llave. Pego la espalda a la puerta e intento recuperar el aliento.

—¿Eres tú, cariño? —me pregunta mi madre desde su habitación.

Respiro aliviada al oír su voz. Todo sigue igual en casa.

—Sí, soy yo. Buenas noches, mamá.

—Buenas noches, hija. Descansa.

Entro en mi habitación y miro por la ventana. Fuera hay un coche negro aparcado. Al ver que me asomo, arranca y se va…

4

No me rompas el corazón

Las pesadillas me persiguen durante toda la noche. Doy más vueltas que un molino en la cama, pero al final, consigo dormirme. Cuando la alarma del móvil suena a las once, casi lo tiro al suelo. Me quedo dormida y a los diez minutos vuelve a sonar. Entonces lo agarro y miro la pantalla.

—¡Ostras!

Me levanto de golpe al recordar que a las doce tengo que estar en el gimnasio con Lara. No es que me haga mucha gracia, pero después de ver ese coche anoche, quizá no me venga mal.

Hace años que no entreno y busco en el armario algo que ponerme. Encuentro unas mallas y una sudadera que me pueden sacar del apuro. Me calzo mis viejas Nike y guardo una muda limpia, toalla y un peine, por si me ducho en el gimnasio. Salgo con prisa y me sorprende no ver a nadie en casa. Reina el silencio absoluto.

—¿Mamá? —Alzo la voz para que me oiga. Pero no obtengo respuesta.

Abro las puertas de las habitaciones y todo está en silencio. Voy a la cocina y, encima de la mesa, hay una nota. No sé por qué, pero me erizo y tengo un mal presentimiento. La leo y me quedo muerta:

Sloane, no quería despertarte, pero ayer por la noche recibí una llamada para hacer una entrevista de empleo para limpiar en un domicilio privado en Nueva York. Ya te contaré cuando regrese hoy, pero parece que Dios ha escuchado mis plegarias. No te preocupes, hija, todo está bien.

Te quiero.

Estoy alucinando con lo que leo, pero al mismo tiempo contenta con mi madre. Sabía que no iban a dejar escapar una mujer tan

trabajadora, responsable y de confianza. No es fácil encontrar gente así hoy en día. Mi madre vale una fortuna en todo lo que hace.

Salgo hacia el gimnasio con una sonrisa en la boca. Camino a paso ligero, pues no quiero llegar tarde. Hace mucho frío y me subo el cuello del plumas hasta la nariz. La ciudad está en pleno apogeo y es difícil distinguir si ese coche negro anda por ahí siguiéndome. De todas formas, a estas horas no me preocupa.

El gimnasio en el que Lara me ha metido está en una esquina oscura de Mott Haven, casi oculto entre tanto edificio. Lara insiste en que su primo, Antonio, nos enseñará algunas técnicas básicas de defensa personal. Y bueno, no nos cobrará ni un centavo.

El cartel del gimnasio apenas se ve, está descolorido y tiene un par de letras caídas, pero Lara camina con total seguridad. Al abrir la puerta, me inunda un olor a sudor y macho cabrío. El lugar no tiene lujos: el suelo es de cemento pulido, hay varias colchonetas desgastadas, sacos de boxeo colgando del techo, y pesas de hierro apiladas en una esquina. Las paredes están cubiertas de espejos viejos, con manchas que tienen más años que yo. Sin embargo, hay algo en el lugar que me gusta: es auténtico.

Antonio se acerca con una sonrisa. Es un tipo robusto, de piel morena, con un tatuaje de la cara de Jesús en el brazo. Lleva una camiseta sin mangas y los guantes de boxeo colgados al cuello.

—Sloane, este es mi primo Antonio —me presenta.

—Encantando, espero que mi prima te haya avisado que aquí se viene a trabajar duro —se burla.

—No seas petardo, la vas a asustar —le riñe Lara.

—Bueno, ¿preparada para patear traseros? —dice con una risa, dándome una palmada en el hombro.

—No me vendría mal. —Miro a Lara que asiente con la cabeza.

—Vamos a empezar con lo básico —continúa Antonio—. La defensa personal no se trata de ser fuerte, sino de saber cómo salir de una situación peligrosa. Lo primero que te voy a enseñar es a liberarte si te agarran de la muñeca.

Antonio me toma suave de la muñeca y yo me tenso automáticamente.

—Relájate —dice—, es fácil. Si alguien te agarra así, lo que tienes que hacer es usar tu pulgar para empujar hacia el lado débil del agarre, es decir, entre su pulgar y su dedo índice. Gira tu muñeca y tira hacia ti, como si quisieras escapar.

Hago lo que me dice, giro la muñeca y, para mi sorpresa, me suelto fácilmente.

—¡Eso es! —me anima—. Ahora inténtalo con más fuerza.

Repito el movimiento, esta vez con más confianza, y él me suelta al instante.

—¿Ves? No se trata de fuerza, se trata de técnica —explica, mientras camina alrededor de mí y de Lara—. Ahora, si te agarran del cuello, lo primero que debes hacer es proteger tu respiración. Llevas las manos a sus muñecas para reducir la presión. Luego, con el codo, golpeas hacia arriba en el costado de su cara o en la mandíbula. ¡Con todo lo que tengas!

—¿Y si son más grandes que yo? —pregunto, recordando lo intimidante que puede ser alguien como De Luca.

—No importa el tamaño —me dice Antonio con seriedad—. Los puntos vulnerables siempre son los mismos: ojos, garganta, rodillas. Un buen golpe en cualquiera de esos puntos y tendrás la oportunidad de correr. Siempre corre si puedes.

Me muestra el movimiento, lento al principio, y luego me pide que lo intente con Lara haciendo de atacante. Cuando Lara me agarra del cuello —aunque obviamente sin fuerza—, hago lo que Antonio me enseña: llevo mis manos a sus muñecas, levanto el codo y golpeo con fuerza hacia su mandíbula. Lara suelta un gemido y sonríe, frotándose la cara con la mano.

—¡Oye, lo has hecho bien! —Se ríe.

Sigo practicando, mientras Antonio nos enseña a evitar los golpes y cómo usar la fuerza del oponente en su contra.

—Otra cosa importante: nunca mires hacia abajo cuando te enfrentes a alguien. Mantén el contacto visual, muestra que no tienes miedo —dice Antonio mientras me corrige la postura.

—Fácil de decir —murmuro.

—Lo sé, pero créeme, eso asusta a mucha gente.

Entrenamos y me gusta lo que me enseña. Las horas pasan más rápido de lo que imaginaba, y me siento más confiada, aunque todavía sigo nerviosa por todo lo que está pasando. Al final de la clase, Antonio se acerca y me da una palmadita en el hombro.

—Hazme caso, Sloane. No necesitas ser una máquina de guerra. Solo necesitas saber cómo defenderte y ya has aprendido algunas cosas. Si alguna vez te encuentras en problemas, recuérdalas y no dudes en usarlas.

—Gracias, Antonio. Lo intentaré —digo con una sonrisa tímida.

Lara me lleva a las pesas y me pone unos ejercicios de levantamiento de fuerza que, cuando termino, me tiemblan hasta las pestañas.

—Ya vale por hoy, ¿no? —pido en un hilo de voz.

—Sí, pero mañana más. Estás muy verde y hay trabajo por delante —se burla Lara.

Nos vamos a la ducha y mi cuerpo lo agradece eternamente. Salgo del gimnasio con Lara a mi lado, y aunque mis músculos están doloridos, siento una extraña paz dentro de mí. Sin embargo, cuando veo el coche negro aparcado al otro lado de la calle, mi corazón se acelera. El miedo vuelve a apoderarse de mí, pero esta vez no voy a dejar que me paralice.

—Es ese, ¿verdad? —pregunta Lara, señalando el coche.

Asiento en silencio.

—No estás sola, Sloane. Recuerda eso.

Y la muy temeraria echa a correr hacia el misterioso coche negro como alma que lleva el diablo, pero este arranca y desaparece antes de que Lara pueda ver algo. Voy hacia ella.

—¡Joder! —chilla frustrada.

—¿Has visto algo?

—No, llevan los cristales tintados y no llevaba matrícula. Lo que sí te puedo decir, que ese coche es de alguno de la mafia. Solo ellos pueden permitirse esos cochazos tan blindados —escupe con rabia.

—Seguro que es De Luca. Seguro que es él. ¡Mierda! —Pego un pisotón al suelo.

—Tranquila, ya te dije que tengo mis contactos. No estás sola, ¿vale? —Me tranquiliza.

—No sé, ¿y si le cuento a Baresi lo de su hermana y le pido protección? —Pienso en voz alta.

Lara me mira como si hubiera perdido un tornillo.

—Sloane, ¿tú te has escuchado? ¿Quieres meterte más en la boca del lobo?

Niego con la cabeza.

—No, pero si fuera a mi hermana a la que intentan secuestrar, me gustaría saberlo. Me da igual la clase social que tenga. Para mí es una persona a la que van a hundir y a una inocente que le van a hacer daño solo por ser hermana de… —reflexiono con el corazón.

Lara se calla y se queda pensativa. Pega una patada a un bote de cerveza que hay en el suelo y lo hace rodar calle abajo.

—¡Mira que eres rara! Ahora me haces tener remordimiento de conciencia —gruñe molesta.

—Lo siento, pero es que es mi forma de ser y no puedo cambiarla. Odio las injusticias, me da igual de dónde provengan —me sincero.

—Ya lo veo, ya. Pero si vas de salvadora por la vida, acabarás sola. La gente no se arrima a esa clase de personas porque solo traen problemas, ¿lo sabes?

—Lo sé. Si fuera más fría, dejaría que De Luca me siguiera sobando el trasero y le sonreiría, pero no, preferí romperle la nariz. Y sí, me salió muy caro y por eso ahora estoy en esta tesitura —suspiro con tristeza.

—Dirás, *estamos*. Yo no pienso dejarte sola. También soy de esas gilipollas que no me gustan que me mangoneen. Soy una rebelde, pero con causa. —Se ríe y yo la acompaño.

—Gracias, Lara.

—No tienes que dármelas. Sé que tú harías lo mismo por mí.

—Eso sin duda alguna.

Nos despedimos con un abrazo y cada una nos vamos a nuestras respectivas casas…

Al llegar veo que la comida está hecha. Mi padre y Elina ya están sentados a comer una suculenta lasaña y mi estómago ruge del

hambre que tengo. Me siento con ellos y me sirvo un plato.

—¿Te has apuntado al gimnasio? —observa mi hermana.

—Sí y estoy reventada —suspiro.

—No te viene nada mal, estar en forma es muy saludable —comenta mi padre.

Claro y ahora me zampo una porción de lasaña tan grande como la isla de Alcatraz, pienso para mí.

—Papá, he leído la nota de mamá esta mañana. ¡Qué bien que le haya salido tan pronto un nuevo trabajo! Porque la van a contratar —aseguro contenta.

—¿Acaso lo dudabas? Tu madre vale su peso en oro. No hay otra igual como mi Alma —dice orgulloso.

—¿Sabes dónde es la entrevista?

Mi padre se rasca la cabeza pensando.

—Pues no lo sé, pero creo que es en una casa privada. Luego que te lo cuente ella. Fue muy curioso, la llamaron ayer por la noche y les urgía que fuera hoy a la entrevista. El sueldo es magnífico y las condiciones laborales también. Se fue muy ilusionada esta mañana —dice mientras le da un bocado a la lasaña.

—Pues ya le preguntaré cuando la vea, porque entre mi trabajo y el suyo, que sé que la van a contratar, es difícil coincidir, aunque hoy es mi día libre y puede que la vea cuando venga a la noche. —Sonrío.

—Se alegrará de verte y que te cuente todo. Estamos aún en *shock* con la sorpresa. Es un alivio, la verdad. Crucemos los dedos y que todo salga bien —musita mi padre.

Cierto, todo ha sucedido muy rápido y espero que la cosa siga en racha y nos dejemos de sustos.

Terminamos de comer y recojo la mesa. Friego los platos y poco después, mi padre y Elina regresan, uno al trabajo y mi hermana al instituto. Me quedo sola y me tumbo en el salón a ver la televisión. Estoy viendo las noticias y mis ojos empiezan a cerrarse a causa del sueño y de la paliza del gimnasio. Suena mi móvil y doy un brinco en el sofá.

—¡Dios, qué susto!

Lo miro y no conozco el número. Rechazo la llamada y vuelvo a relajarme. El móvil vuelve a interrumpirme. Es el mismo número. Descuelgo cabreada.

—¿Quién es? —contesto molesta.

—¿Alguien está de mal humor hoy? —pregunta esa voz sensual que reconozco al momento. Casi me da un infarto.

—¿Perdona? —Me hago la tonta.

—Sloane, creo que ya eres mayor para andarte con juegos de adolescente. Sabes perfectamente quién soy —habla y sus palabras me van hechizando.

—¿Qué quieres, Baresi? —Me tiembla la voz.

Suelta una carcajada que me descoloca las neuronas.

—Creo que no es cortés decirte por teléfono lo que realmente quiero, pero te diré que me conformo, de momento, con salir a tomar algo contigo. Quiero verte en privado, pero no en El Refugio —dice con su voz seductora.

Me caigo del sofá al oír su proposición y me incorporo avergonzada, rezando de que no haya escuchado el ruido del golpe.

—Creo que no es buena idea —titubeo.

—¿Quién lo dice? Tú estás soltera, yo lo estoy, ¿dónde está el problema? ¿O es que no te gusto? —Me abruma con su sinceridad.

La madre que lo parió.

—No… es que… Somos muy diferentes —suelto al fin.

—Hummmm… los polos opuestos se atraen. Paso a recogerte en una hora. Te envío un coche. *Ciao, cara.*

Y me cuelga sin dar opción a replicar.

Me dejo caer en el sofá mirando fijamente el móvil como si la llamada nunca hubiera existido, pero ha pasado de verdad. Mi cerebro entra en conflicto, la razón o el corazón. Ese hombre me vuelve loca desde que lo vi y si voy, sé que estoy a su merced. Me aprieto las sienes con las manos y me devano los sesos pensando en qué hacer.

—¡Joder!

Me incorporo y voy hacia mi armario para ver si tengo algo decente para ponerme. Todo es muy sobrio, pues la ropa que usaba para el trabajo de guía, así lo requería. Lo mío personal, pues:

vaqueros, camisetas y sudaderas viejas. Mi presupuesto no da para más y en el Bronx no te vas a vestir de Carolina Herrera, precisamente. Estoy a punto de perder los nervios cuando hago un alto…

—Vamos a ver, Sloane, vives en Mott Haven, eres de familia humilde, trabajas de camarera y no tienes que aparentar lo que no eres. Así que, sé tú misma —le digo a mi yo interior, recordándome quién soy.

Después de darme una ducha, decido dejarme la larga melena lisa, suelta. Me maquillo para la ocasión y regreso al armario. Así que cojo mis pantalones de cuero negro favoritos, una camiseta desgastada de Los Ramones y la cazadora gruesa de cuero. Me calzo las botas militares negras… y esa soy yo. Vamos a ver si a Míster Mafia, no le da vergüenza estar con una chica del Bronx.

A la hora suena el timbre de mi casa, me asomo a la ventana y hay un cochazo de esos negros esperando en la puerta. Bajo corriendo las escaleras. No quiero que los vecinos me vean entrar en ese vehículo. Menuda vergüenza, luego las cotillas me pondrán a caldo. Un chófer sale para abrirme la puerta y entro como un cohete en el interior del coche.

—¡Guau! —exclamo alucinada.

Los asientos son de piel y reclinables, tienen hasta calefacción. Es tan amplio, que puedo estirar las piernas cómodamente. Hay una pantalla de vidrio que me separa del conductor, también me fijo que hay cámaras y que por dentro se parece más a un proyecto de la NASA que un vehículo de andar por la carretera de los botones y pantallas que tiene.

—Enseguida la llevo con el señor Baresi —me dice el chófer por el intercomunicador—. Si quiere beber algo, en el centro hay una nevera con bebidas.

Parpadeo, atónita. Me parece surrealista todo lo que está pasando.

—¿Y a dónde vamos? —pregunto.

—En breve lo verá.

Oscurece el vidrio que nos separa y los cristales de las ventanillas también. No veo nada.

—¡Eh! —grito.

Pero me pone música clásica a todo volumen y tengo que controlar la respiración para que no me dé un ataque de claustrofobia.

Noto que el coche se mueve, pero no oigo ni veo nada del exterior, solo al puto Beethoven a todo volumen que me está volviendo loca. Al final opto por cruzarme de brazos y relajarme, o por lo menos, lo intento. Al cabo de media hora, el coche se detiene. Me arrimo a la puerta y cuando el chófer la abre, empujo con fuerza y le doy con ella en toda la cara.

—¡Jódete, cabrón! Esto por torturarme con Beethoven.

Me doy la vuelta para echar a correr, pero choco con el cuerpo de Nicodemo, que también estaba esperando. Sus ojos se clavan en los míos y dejo de respirar.

—La próxima vez le diré que ponga música de tu gusto. —Me guiña un ojo y me suelta.

Reacciono y me separo.

—No habrá próxima vez. No pienso venir encerrada en un ataúd de lujo. —Levanto la voz.

—Es por tu seguridad, solo intento protegerte. Sígueme.

Estira la mano para que se la agarre.

Estamos en un garaje privado, amplio y con algún coche de lujo, pero no tengo ni idea de dónde estoy. Me guía hasta un ascensor privado e introduce una llave especial. Entramos y le da al último botón. Deduzco que estamos en un edificio alto. Lo observo a través del cristal. Va vestido impecable, con su traje azul marino de Tom Ford, camisa celeste y corbata oscura con diminutos topos celestes. Es una maravilla de hombre y huele como la gloria, si es que tiene olor. Me pilla observándolo y desvío la mirada al suelo.

—Tenía ganas de verte —me dice.

—No entiendo a qué viene tanto misterio. Mañana trabajo en El Refugio y podrías verme allí tranquilamente —respondo.

—No, te quiero solo para mí. Allí estás vetada para todos —me informa para mi asombro.

—Yo no tengo dueño para que me vete nadie. Voy con quién me dé la gana —respondo ofendida.

—Lo sé, pero tu jefe te protege y lo entiendo, así que prefiero conquistarte en mi terreno.

Parpadeo, atónita.

—¿Cómo?

Las puertas del ascensor se abren y entramos en un ático de lujo con unas vistas a Nueva York impresionantes. Nunca he visto nada igual. Camino hasta el ventanal gigante y miro todo con gran curiosidad.

—Es precioso.

—No tanto como tú —me susurra al oído.

Se pega a mi espalda y me rodea con sus brazos.

Noto que mi cuerpo está a punto de entrar en combustión espontánea.

—Nico… Creo que estamos yendo demasiado rápido. No te conozco y no quiero estrellarme antes de despegar. —Me aparto de él.

Se quita la chaqueta y se afloja la corbata. Aflora el vello de su pecho con la camisa medio abierta y no puedo apartar la mirada, una no es de piedra.

—No tengo prisa, Sloane. Solo quiero pasar tiempo contigo y conocerte. ¿Quieres tomar algo? —Me sonríe y yo tengo que contenerme por no echarme sobre él.

—Agua —digo con la garganta seca.

—¿Agua? —Parece ofendido—. ¿Cómo vas a beber agua en casa de Nicodemo Baresi? Para ti lo mejor, *principessa.*

Me sirve una copa de champán y otra para él. Me lleva hasta el sofá de piel color gris tamaño XXL que tiene en el enorme salón, nos sentamos y bebemos tranquilamente. Tengo un calor que me ahogo y me quito la cazadora. Me sube el rubor cuando descubro la camiseta vieja de Los Ramones a la vista.

—Me gusta esa camiseta, creo que tengo una igual en el armario —dice para quitar hierro al asunto.

—Lo dudo, pero yo no tengo un armario como el tuyo.

—¿Y para qué lo quieres? Eres hermosa con cualquier cosa que lleves encima y seguro que desnuda aún más —susurra de nuevo.

Apuro la copa de golpe para quitarme la imagen de él desnudo de mi cabeza.

—¿Tienes hermanos? —pregunto para cambiar de tema.

Le cambia el semblante. Acabo de meter la pata.

—Mi hermana Bianca, de veinte años, vive conmigo. Es mi pasión y lo único que me queda, ya que mi padre y yo chocamos mucho, no me gustan sus ideas. Tuve otro hermano, Ricardo. Lo asesinaron y no pararé hasta vengar su muerte —comenta con amargura.

—Lo siento, Nico, no lo sabía y no pretendía hacerte pasar un mal trago. De verdad que lo siento muchísimo.

Lo abrazo para consolarlo.

Él me abraza con fuerza y hunde su cabeza en mi cuello. Echo la cabeza hacia atrás cuando su boca empieza a besarme detrás de la oreja y va bajando lentamente hasta llegar a la comisura de mis labios.

—Tú eres el bálsamo que cura todas mis heridas. Cúrame con tus caricias, *principessa.*

Caigo en la tentación, no hay vuelta atrás.

Me separo y lo miro a los ojos.

—No me rompas el corazón o jamás te lo perdonaré.

Me mira muy fijamente y asiente con la cabeza. Acto seguido me besa con suavidad. Sus labios cálidos abrasan los míos. Me enciendo y me erizo entera. Le voy quitando la camisa y él da muerte súbita a la mía de Los Ramones de un tirón, dejando mis pechos al aire. No llevo sujetador y eso le excita mucho.

—*Mamma mia* —gruñe

Nuestras lenguas se enroscan en un apasionado beso mientras sus manos me estrujan los pechos y me mojo de tanto placer. Los gemidos retumban por el salón, pero parece no haber nadie.

Mis manos se pierden entre su pelo y tiro de él. Lo tiene algo largo y disfruto cada vez que quiere morderme un pezón, lo separo y lo beso con voracidad.

Lo tengo encima y noto lo duro que está. Su camisa yace en el suelo junto a mi camiseta rota y ahora lucha por quitarme los pantalones.

—Déjame a mí, esto es más complicado —digo entre jadeos.

Me levanto del sofá y empiezo a sacarme el cinturón mientras él se quita los pantalones a toda velocidad y se desnuda por completo. Me maravillo al ver el cuerpo tan fantástico que tiene.

—Despacio, desnúdate despacio —me pide.

Yo sigo quitándome los pantalones con mucha calma ante la mirada lujuriosa de Nico, mientras él se toca la polla y se masturba mirándome.

—Joder…

Esto nunca lo he vivido.

Me da mucho morbo y me contoneo un poco subiendo así su excitación. Me quito una bota, luego la otra…

Nico suda y se pasa la lengua por los labios. Yo estoy hipnotizada, viendo cómo se masturba mirándome. Me está poniendo a mil. Me libero del pantalón y me quedo con un escueto tanga negro. Estoy allí delante de él y no lo veo venir.

Se levanta como un león a por su presa y me coge en su regazo. Lo rodeo con mis piernas y me besa con desesperación. No me da tiempo a respirar. Me tumba sobre un piano de cola que ni había visto y me quedo quieta. No sé cómo reaccionar. Nico se sienta en el banco y me quita el tanga lentamente. Muevo la cabeza hacia los lados desesperada porque me haga suya, pero él no tiene prisa. El tanga vuela por la estancia y noto como sus manos van subiendo desde mis tobillos hasta el interior de mis muslos… muy lentamente.

—Nico, Nico… —gimo.

Pero él sigue a lo suyo.

Ya está muy cerca del punto más caliente de mi cuerpo y me mete un dedo.

—¡Diooooooosssss! —grito.

Me masturba con una mano y con la otra me acaricia el vientre y va subiendo hasta mis pechos.

—Eres tan hermosa, tan cálida, tan perfecta…

Y luego baja de golpe y me deja en la nada. Intento incorporarme y me tumbo en el instante que noto su boca en mi coño.

No puedo articular palabra.

Me separa más las piernas para ponerse cómodo y las teclas del piano suenan al son de mis pies. Su lengua entra dentro de mí y siento un maravilloso mareo que me lleva más allá de este salón. Muevo mis caderas en busca de más. Su boca se clava en mi coño y luego succiona mi clítoris. Creo que me voy a desmayar de gusto. Me lame, me chupa, me está haciendo la mejor comida de coño de toda mi vida. Tanto es así, que me arqueo en el puto piano, las teclas suenan y emiten la banda sonora de mi orgasmo épico.

—Sí, sí, sí…

Cuando ya no puedo más, me dejo caer extasiada sobre la fría madera del piano.

Veo la cara de Nico sonriente y mojada de mi orgasmo. Me coge en brazos y me lleva hasta la habitación. No veo muy claro qué hay alrededor, pues estoy en una nube de éxtasis. Siento el mullido colchón en mi espalda y a Nico que se pone entre mis piernas.

—¿Estás bien, *principessa*? —me pregunta.

—Mejor que bien —susurro.

—¿Puedes aguantar otro asalto?

Abro los ojos como dos linternas y me asombro de cómo me sube la libido de nuevo.

—Los que quieras —le contesto sin pudor y me enrosco en su cuello y lo beso.

Noto cómo su polla entra dentro de mí y otra explosión de placer se apodera de mi ser. Nico empieza a follarme y es lo más mágico que he vivido nunca. Me agarro a su trasero y le insto a que apure el ritmo.

—Más fuerte —le animo.

—Sloane, no quiero perder el control contigo.

—No tengas miedo.

—No me conoces.

—Pues déjame conocerte.

Le beso y le meto la lengua hasta la campanilla, se excita y embiste con fuerza, lo cual es fascinante. Le acaricio el pecho y su abdomen duro. Es una delicia acariciar a ese hombre. De pronto sale de mi interior y me descoloco.

—Date la vuelta —me ordena excitado.

Yo también lo estoy y obedezco.

Me pone a cuatro patas y se inserta en mí de nuevo.

—¡Joder! —chillo al sentirlo tan profundo y él se asusta.

—¿Te hago daño?

—No pares, por Dios —le imploro.

Y me agarra de las caderas y empieza a penetrarme como si no hubiera un mañana.

Me embiste hasta que las caderas se me ponen coloradas. Tengo dos orgasmos más y estoy al borde del desvanecimiento. Nico sigue duro y su sudor moja mi cuerpo. Se tumba sobre mi espalda y me aplasta contra la cama. Me pone de lado, empieza a masturbarme sin dejar de embestir y los ojos se me ponen en blanco. No sé de dónde saca tanta energía. Estoy a punto de tener otro orgasmo y es cuando por fin él revienta y yo también. Gruñe mientras se vacía en mi interior y yo ya no tengo fuerzas ni para emitir un jadeo. No me queda saliva en la boca. Cuando termina de correrse, me da la vuelta y me abraza. Me besa los ojos, la cara, los labios.

—No me rompas el corazón tú a mí, ahora que te he encontrado.

Esas palabras deberían hacerme sentir bien, pero no es el caso. Tengo que contarle lo que sé, o esta relación va a terminar antes de empezar y no es lo que quiero.

Ahora no.

5

Principessa

Me despierto y casi es de noche. Nicodemo no está en la cama y mi ropa, salvo los pantalones, está hecha trizas. Cojo su camisa, que está en el suelo arrugada, y me la pongo. Huele de maravilla. Salgo en su busca y me lo encuentro en el salón con un hombre calvo, no muy alto, pero muy musculoso. En cuanto me ven, se callan.

—Perdón, solo quiero irme a mi casa y no tengo ropa —digo ruborizada.

El tipo calvo le echa una mirada inquisitiva a Nicodemo.

—¿La has traído aquí? ¿No sabes que puede ponerte en peligro? —le regaña como si fuera su padre.

—Tranquilo, Jason, no conoce la entrada y lo tengo todo controlado. No existe peligro alguno —responde con calma viniendo hacia mí.

—Lo siento, no quería interrumpir. —Bajo la mirada.

Él me levanta el mentón con la mano y me da un beso en los labios. Me estremezco nada más sentir su contacto.

—No interrumpes nada, *principessa*, tú tienes prioridad.

Y vuelve a besarme hasta que me desarma por completo.

—Nico, ¡tenemos asuntos que resolver! —Alza la voz el otro.

Nico se vuelve y se pone tan serio que hace que me excite.

—Jason, el que da las órdenes aquí soy yo. Si digo que ella es mi prioridad, todo lo demás puede esperar. ¡Mírala bien! A partir de ahora, la cuidarás como si fuera yo mismo. ¿*Capito*?

—Alto y claro, jefe. Solo una cosa y no te molestes, tenéis que llevar esta relación con discreción de momento, para no ponerla en peligro a ella. Sabes que van a por ti —le recuerda más calmado.

Asiente con la cabeza y le hace una seña con la mano para que se vaya.

Me muevo inquieta y no sé si he hecho bien en meterme en este berenjenal.

—Sloane, tranquila. Sé que no soy el novio perfecto, pero no dejaré que te suceda nada —aclara Nico.

—¿Te refieres a los clanes que van a por ti? Sé quién eres, todo el mundo lo sabe —suspiro.

—Y aun así has venido. ¿No te doy miedo? —Me mira con curiosidad.

—¿Por qué te iba a tener miedo? ¿Y por qué le dices a tu matón que me cuide? Nadie me va a hacer daño. Soy una persona insignificante para el mundo, una camarera del Bronx. ¿Por qué dice que me vas a poner en peligro? —Lo hincho a preguntas.

Verás —me coge de la mano—, en primer lugar, no eres insignificante. Quiero que te cuide porque me importas. En cuanto a que estés en peligro, es porque si mis enemigos se enteran de que tengo un punto flaco, irán a por ti para hacerme daño, por eso Jason dice que lo llevemos con discreción y es el motivo de traerte aquí —me explica.

—¡Vaya! Ahora entiendo muchas cosas. Supongo que la entrada a este ático solo la conoces tú y poco más —deduzco.

—Exacto, por eso te han traído en el ataúd de lujo, como has dicho tú —se burla.

Lo miro con ternura.

—¿Cómo puedes vivir así? Tanto lujo y luego siempre rodeado de guardaespaldas por si hay alguien te quiere pegar un tiro. Eso es vivir con miedo —reflexiono con tristeza.

—¡No vivo con miedo! Protejo y lucho por lo que es mío y no dejaré que nadie me lo arrebate. Ya me quitaron a mi hermano y no dejaré que eso vuelva a pasar —dice exaltado.

Se va al mueble bar y se pone un vaso de *whisky*. Yo le sigo, intentando comprender su estilo de vida, tan diferente al mío.

—Mi abuelo fundó en Clan Baresi en Sicilia, un clan que ha prosperado durante décadas y controlamos solos las rutas del Mediterráneo. Otros clanes han intentado arrebatarnos el territorio, pero siempre nos hemos mantenido firmes gracias a nuestra inteligencia, astucia y buenos contactos, sobre todo con políticos. Mi

padre y mi hermano Ricardo se movían en todos los sectores; armas, drogas, arte… pero yo no estaba de acuerdo en la agresividad que tenía mi padre en algún negocio, por eso me vine a Nueva York. Quiero consolidarme en negocios legales, invertir en arte, inmobiliaria y dejar el mundo criminal aparte, pero no es fácil —me cuenta su vida de una manera tan natural que empatizo con él, quizá demasiado.

Eso no es lo que me contó Lara de él. Me dijo todo lo contrario, que era un mafioso muy peligroso y que se dedicaba a todo lo malo. Ahora me doy cuenta de que quiere escapar de ese mundo y hacer las cosas bien.

Le abrazo por la espalda y me acaricia la mano.

—Has sufrido y sufres mucho, lo siento. —Le devuelvo la caricia y sigue hablando.

—Había otro clan que nos queríamos como familia, me crie con su hijo, mis hermanos y yo, hasta que un día Ricardo vino a Nueva York a pasar un tiempo conmigo y lo mataron —recuerda con rabia.

Me llevo las manos a la boca.

—¿Los de ese clan que eran como tu familia? —pregunto asombrada.

Afirma con la cabeza.

—Romano Marchese, el patriarca del clan, el que fue como nuestro padre. Le tendió una trampa a mi hermano y lo asesinaron a sangre fría en un motel de mala muerte en Newark, a las afueras de Nueva York. —Bebe del *whisky.*

—¿Cómo lo sabes? ¿No entiendo nada?

—En las noticias dijeron que le habían asaltado, unos ladrones de poca monta, pero la realidad es que lo asesinaron y prendieron fuego a su cadáver. —Cierra los ojos al recordar—. Pero yo sé que fue una orden de Romano y no descansaré hasta ver exterminado todo su clan —escupe con rabia.

Me llevo las manos a la boca horrorizada, solo de imaginarlo.

—¿Tienes alguna prueba? No puedes acusar a ese tal Romano solo por intuición.

—Una de sus putas, Marlem, me lo contó todo, una noche en la que me vio roto de dolor en El Refugio. Me dijo que había

engatusado a mi hermano y se lo había llevado a ese maldito motel. Allí le hicieron la encerrona, unos encapuchados se lo llevaron y apareció quemado en una cuneta. Ella me contó que fue Romano quien le ordenó llevarlo hasta ese maldito motel, que no sabía que lo iban a matar y que estaba muy arrepentida —me lo cuenta desgarrado por la rabia y el dolor.

—¿Por qué no lo denunciaste? Tenías a la testigo…

—¡Porque la puta desapareció! —Se levanta enervado—. Huyó antes de que pudiera retenerla, estaba demasiado borracho. Sigo buscándola sin cesar. Es la única que me puede ayudar a demostrar que Romano encargó el asesinato de Ricardo —confiesa con rabia y amargura.

Deja el vaso de *whisky* y me coge la cara con las dos manos. Veo el dolor en sus ojos. Me besa con furia y desesperación.

Le devuelvo el beso y le rodeo con mis brazos. Me necesita, sé que me necesita más que nunca. Abre mi camisa, que es suya, y me aprieta los pechos. Gimo en su boca y me va a arrastrando hasta topar con la pared. Es una necesidad urgente la que tiene de poseerme. Me ha abierto su alma y ahora quiere entrar en la mía, pero primero tiene que traspasar mi cuerpo.

Su lengua no da tregua. Me duele el mentón de los raspones de su incipiente barba, pero no me importa. Se desabrocha el cinturón de nuevo y el pantalón. Caen al suelo y guía su polla hasta mi vagina. Se mete dentro de mí y me empotra contra la pared. Siempre soñé con algo así, con un buen polvo a lo bestia y él me lo está dando.

Le muerdo el hombro mientras me embiste. El sudor me cae por el cuerpo, pero es como un animal salvaje desbocado que necesita liberarse de toda su ira y lo hace a través de sus embestidas.

—Nico, Nico —jadeo su nombre.

—*Ho bisogno di te più che della mia vita. Non lasciarmi, principessa* —murmura en italiano.

Me quedo helada un segundo. Nico no sabe que entiendo lo que acaba de decir: «Te necesito más que a mi vida. No me dejes, princesa». Creo que en este momento me enamoro de Nicodemo Baresi y de esa sensibilidad que finge no tener.

Le beso con más pasión si cabe y él me levanta en el aire. Me estremezco de ver la fuerza que tiene. Mi melena da tumbos para todos los lados y se enreda a causa del sudor, formando una imagen muy erótica. Me agarra de las nalgas y me aprieta contra él, clavándome la polla hasta lo más profundo de mis entrañas. Yo me muevo sobre él apoyándome en sus hombros y fluye esa fricción tan deliciosa y me deslizo con mucha facilidad sobre su miembro, ya que estamos empapados por nuestros fluidos y me estremezco de nuevo entre sus piernas…

—Nico, Nico, Nicoooo…

—*Santa Madonna* —suelta un gruñido y se corre.

Tiene que apoyar las manos en la pared y yo bajarme de mi árbol follador, porque a los dos nos tiemblan las piernas. Nos sentamos en el suelo y me abraza. Apoyo la cabeza contra su pecho.

—Lo hemos dejado todo perdido. —Sonrío.

—No te preocupes, tengo servicio de limpieza —musita.

Pienso en mi madre.

—¡Ay, Dios! —exclamo.

—¿Qué pasa? —se preocupa.

—Debo irme. Esta noche tengo que hablar con mi madre de un asunto serio.

Miro mi cuerpo y me doy cuenta de que no tengo camiseta, ni bragas. Me echo a reír de la ridícula situación. Nico me mira sin entender nada.

—¿Qué ocurre?

—Vas a tener que dejarme esa camiseta que dices que tienes de Los Ramones o me llevaré tu camisa de Tom Ford. —Sonrío.

Vuelve a atraparme con sus brazos.

—Puedes llevarte lo que quieras, pero antes dúchate conmigo.

Pongo los ojos en blanco.

Lo acompaño a la ducha y me quedan muchas cosas por hablar con él. No puedo callarme lo de su hermana, aunque en este ático, hoy no parece estar. Dios, me va a petar la cabeza de tanto pensar, pero este hombre me tiene tan cautivada, que me da un miedo atroz cagarla y perderlo.

Y no quiero.

Al final me llevan a casa, pero le digo al chófer que me deje una manzana más abajo de donde vivo. La camisa de Tom Ford se viene conmigo. No sé cómo se entra al ático de Nico, aunque el edificio intuyo más o menos por dónde puede estar, por las vistas, pero es que puede ser cualquiera. Hemos quedado de llevar esta relación en secreto por el bien de los dos y estoy de acuerdo.

Entro en casa y, por suerte, mi madre no ha llegado. Voy corriendo a mi habitación para que no me vea Elina. Papá debe estar al caer también. Me desvisto y me pongo el pijama y guardo la camisa de Tom Ford, como oro en paño. No quiero que pierda su olor, su esencia…

Oigo la puerta de la entrada y las risas de mis padres. Nunca han llegado a la vez, mi madre siempre es la última en llegar, la pobre. Salgo hacia la cocina y me la encuentro radiante.

—Hola, ¡qué ganas tenía de verte! —Le doy un abrazo.

—¿Y a mí no? —Se pone celoso mi padre.

—También, pero es que quiero que me cuente todo sobre el nuevo trabajo, porque me imagino que te lo han dado, por las horas que son. —Cruzo los dedos.

—Ya va, pero deja que me quite el abrigo, que pesa una tonelada. A ver si empieza el buen tiempo de una vez.

—Ya queda menos —dice mi padre.

—¡Ja! Eso llevas diciendo desde que empezó el invierno y estamos en enero todavía. No queda nada por delante. —Me río.

—Pero a finales de enero. El veintiocho es tu cumpleaños —dice mi padre.

—Ya ves, veintinueve años ya. Pasa el tiempo volando. —Mi madre divaga y no habla de lo que a mí me interesa.

—Vale, vale, ¿nos sentamos en la cocina y me cuentas? —insisto.

—Qué pesadita estás, hija. Tendré que hacer la cena, ¿no? —replica mi madre.

—Hay lasaña del mediodía. Si has hecho para un ejército. Ahora la pongo en el horno a calentar —digo resignada.

—¿Y Elina? —pregunta.

—En su habitación, enredando con el móvil y sus amigas. A esta edad, ¿qué quieres que haga? —suspiro.

—Que estudie, como hiciste tú. Los móviles solo traen problemas. Las redes sociales contaminan la mente y hay mucho degenerado por ahí. No son seguras —murmura indignada.

—No te preocupes, le tengo puesto el controlador parental y restringido el acceso a páginas y redes de adultos. La pobre no tiene ni Instagram —la tranquilizo.

—Sí, soy la única del insti que no lo tiene. Parezco una monja o una friki. No es justo —salta mi hermana que nos ha oído.

—En un futuro, me lo agradecerás —afirmo sin dudar.

—¿Por qué tú tampoco lo tienes? Eres muy rara hermanita —se burla de mí.

—Yo no tengo que contar mi vida a nadie.

Le saco la lengua.

—Si tuvieras vida que contar, por lo menos —se burla de nuevo.

Me muerdo los carrillos por dentro. Si ella supiera…

—Por eso, como no tengo una vida interesante, ¿para qué lo quiero? Lo mismo que tú, enana. Siéntate y ayuda a poner la mesa, que mamá está cansada.

—No soy una enana. Tengo amigas de mi edad que ya tienen novio. No me trates como a una cría —refunfuña ofendida.

—Vale, vale…

Mi madre nos mira, no sé si con admiración o con ganas de lanzarnos la zapatilla a la cabeza a las dos. Cuando nos picamos, yo me pongo a su nivel, es decir, cría de quince años. Menos mal que no puede leerme la mente y ver lo que he hecho en las últimas horas…

Mientras mi hermana pone la mesa, saco la lasaña del horno y la sirvo. Dejo que mi madre cene tranquila, no quiero agobiarla, cuando terminemos, le pregunto. Estoy que me como las uñas.

Remuevo la cena con el tenedor, pero no doy bocado. Mi mente está dispersa en los besos y caricias de Nico. En el placer que me ha hecho sentir y las ganas que tengo de volver a verlo. Suelto un suspiro pensando en él.

—¡Niña! —exclama mi madre.

—¡Qué!

—Sal de las nubes o de dónde te hayas ido. ¿Te encuentras bien? —inquiere.

—Solo estoy cansada, no te preocupes.

—¿Seguro?

—Que sí. Esta mañana he ido al gimnasio con Lara y tengo agujetas —miento, solo un poquito.

—Pues después de cenar, a la cama y a descansar. Yo también estoy cansada. Ha sido un día intenso —comenta de pasada.

—¡Cuéntanos! ¿Dónde vas a trabajar ahora?

Me mata la curiosidad.

—Pues en un piso de lujo en la Quinta Avenida, frente a Central Park. Da gusto trabajar en un sitio fijo sin tener que moverte de un lado a otro cogiendo el metro y con el tiempo pisándote los talones.

—¿Ya has empezado hoy? ¿Llevas tú sola la vivienda? ¿Quién te ha recomendado? —interrogo a mi madre.

Mi madre sonríe y levanta las manos para que me calle y deje de hincharla a preguntas.

—Está bien, ya vale, hija. —Sonríe—. Somos dos asistentas y un mayordomo en el piso. También hay un chófer. El piso es grande y la dueña es bastante pija, pero no trabajo ni la mitad que antes y cobro casi el doble —comenta llena de alegría.

—¿Solo vive una mujer? —pregunto.

—He visto la foto del matrimonio y un hijo un poco más mayor que tú, pero me han dicho que casi nunca están —nos explica.

—¡Vaya!, pues sí que has tenido suerte. ¿Cómo se llama tu jefa y cómo es?

—La señora Francesca es rubia, alta, un poco gordita y siempre lleva los labios muy rojos. Es bastante risueña y charlatana cuando quiere. Es italiana, aunque habla muy bien nuestro idioma —explica mi madre.

A mí se me pasa una nube negra por la cabeza cuando dice que es italiana. No puede ser tanta casualidad.

—¿Italiana? Mamá, no será…

Mi madre levanta la mano y no me deja proseguir.

—No te preocupes, hija. Yo también pensé en ese malnacido, el Lucas ese que nos hizo perder el trabajo, pero le hablé muy claro a

la señora y no conoce a ese personaje. Tuvo referencias de mí por otros lugares en los que he trabajado. No pienses que tu madre es tonta.

Me señala con el dedo delante de la nariz.

—Nunca lo he pensado, pero al decirme que es italiana…

—Ya lo sé, hija, pero quédate tranquila. Esa mujer es buena gente. Nueva York está lleno de italianos y no todos son mafiosos —insiste sin duda alguna.

Si lo dice mi madre, es que es así.

—Bueno, me voy a la cama, que estoy rota y mañana sí que trabajo de verdad. Hoy ha sido el día de mostrarme la casa y enseñarme dónde está todo.

Le doy las buenas noches, feliz de que mi madre ya no esté desempleada y más o menos volvamos a la normalidad.

Entro en mi cuarto y voy al baño a lavarme los dientes. Termino y veo la camisa de Tom Ford de Nico en el cesto de la ropa sucia. La huelo y me viene a la mente todo lo que hemos hecho esta tarde; sus caricias, besos y su acento italiano que me vuelve loca. «Te necesito más que a mi vida». Esas palabras se me quedan marcadas a fuego en el corazón. El hombre que todo el mundo teme y, conmigo se abre en canal. Me muestra sus sentimientos y no duda en dejarme ver su lado más tierno.

Suspiro como una tonta enamorada.

Me levanto a guardar mi preciado tesoro en el armario. Paso por delante de la ventana y tengo un pálpito. Me asomo y aparto la cortina. Un coche negro está aparcado al otro lado de la calle. Ese vehículo tan peculiar que tiene todos los cristales tintados y no lleva matrícula. Intuyo que me ve asomar la cabeza por la ventana, porque inmediatamente, arranca y se va.

El corazón me va tan rápido que no sé si podré dormir. ¿Por qué me están vigilando? Tengo que contárselo a Nico…

6

Bianca

Llego al trabajo con los nervios de punta. He dado mil vueltas toda la noche y al final me dormí de madrugada y me levanto a las tantas, con el tiempo justo para ducharme, pegar un bocado y venir a toda prisa para El Refugio. Al entrar, todos están con el uniforme puesto, menos yo. Me miran con cara de reproche, sobre todo Lara.

—Lo siento, he pasado una noche de perros y no me he enterado de la alarma del móvil —me disculpo y voy directa a cambiarme.

Lara me sigue.

—No has venido al gimnasio esta mañana, si no eres constante, pierdes el tiempo —me reprocha.

Sigo a lo mío y cojo el uniforme para cambiarme.

—Ya te he dicho que me he dormido, lo siento.

Me analiza con la mirada.

—¿Has vuelto a ver el coche negro? —inquiere.

Me pongo tensa un segundo y vuelvo a lo mío.

—Anoche, por eso no he pegado ojo —le cuento la verdad.

Me agarra por los brazos y me da la vuelta para que la mire.

—No puedes tomarte esto a coña, te has metido con gente muy peligrosa y tienes que ser precavida. No dejes el gimnasio y piensa lo de la pistola —me recuerda.

—Lara, yo no me he metido con nadie. De Luca es el que ha venido a por mí y no me voy a dejar amedrentar.

Intento mantener la calma, aunque sé que tiene razón.

—¿Y Baresi?

—¿Qué pasa con Baresi?

Me pongo a la defensiva.

—¿Le vas a contar lo de su hermana? ¿Vas a seguir liada con él? —me interroga.

Abro la boca y luego la cierro. Me llevo la mano al pecho haciéndome la ofendida.

—¡No voy a enrollarme más con ese tío! —miento como una cosaca.

—¿Y lo de su hermana? ¿Qué piensas hacer? ¿Vas a esperar a que Matteo Marchese y su esbirro la secuestre?

Me quedó como si me hubieran dado un bofetón con toda la mano abierta en la cara.

—¿Has dicho Marchese? Matteo… ¿Es el hijo de Romano Marchese? —pregunto atónita.

—¡No me jodas que no lo sabías! —suelta un bufido.

—Es la primera noticia que tengo. Soy guía turística, no experta en clanes de la mafia —digo con la voz apagada.

—Tía, parece mentira que te hayas criado en el Bronx. Aquí se cuece de todo. Los Baresi y Marchese se odian a muerte y son de los más conocidos en Nueva York —dice con sorna.

—Sé lo que ocurre en el Bronx, no soy idiota. Pero procuraba estudiar y mantenerme alejada de la mierda que me rodeaba. Tengo unos padres que me educaron bien: Humilde, pero honrada. Aunque ya dudo lo que soy y en qué mundo vivo —susurro, mientras pienso en todo lo que me está pasando.

Lara me toca el hombro.

—Perdona, no quería ofenderte. Mi vida fue más difícil. Con doce años ya estaba sola y buscándome las castañas. No tuve unos padres como los tuyos… ¡Ojalá! —recuerda con tristeza.

—Lara, lo siento, no quería hacerte sentir mal. Simplemente somos diferentes en algunas cosas, nada más. No pretendía ofenderte y agradezco que me ayudes, en serio. —Sonrío tímidamente.

—Lo sé. Por eso no te voy a dejar a tu suerte con esa gente. Por desgracia sé cómo se mueven y no creo que te dejen tranquila tan fácilmente.

—¿Y cómo pretendes ayudarme? —inquiero.

—Eso déjamelo a mí. Mientras tanto, procura no acercarte mucho a Baresi ni a Marchese y menos que sepan que tonteas con los dos —me advierte.

—¡Joder, Lara! Yo no tonteo con los dos. —Me enfado.

—Sé lo que me digo. Quédate en las mesas centrales y en la barra. Los reservados están vetados. Y ya tendré noticias de alguien que me debe un favor, pronto. Él puede ayudarnos.

—¿Quién?

—En su momento, Sloane. Cualquier cosa, no dudes en llamarme. No te metas en líos —insiste mi compañera.

Lara sale del cuarto y yo la sigo.

El Refugio está repleto de gente. Hay caras conocidas y gente nueva. Los reservados están completos, pero Nico y Matteo Marchese no están en ninguno de ellos. Casi me da un síncope cuando Lara me cuenta que Matteo es del clan Marchese. El niño que se crio con Nico y su hermana. No puedo imaginar el odio que se tienen ahora y el sufrimiento que padece Nico por la muerte de su hermano Ricardo. Si le pasa algo a Bianca… lo mataría.

Mi mente no deja de darle vueltas al asunto. Prefiero no pensar y sigo a lo mío; limpiando mesas y fregando vasos. No estoy de humor para nada. Solo quiero que termine la jornada e irme a casa a descansar, pero hoy hay mucho movimiento en el bar y creo que voy a tener que aguantar todavía bastante rato…

Estoy en la barra secando unos vasos cuando oigo mi nombre. La piel se me eriza.

—Sloane no sirve mesas, tengo otras camareras, ella solo es una ayudante —dice Joe.

Menos mal que está él aquí.

—Mi jefe quiere que vaya ella —insiste el matón de turno.

Me giro para ver quién es. No lo reconozco, este es nuevo.

—Este es mi bar y aquí las normas las pongo yo. Sloane no es una de vuestras chicas y no va a ir al reservado, ¿te ha quedado claro?

Joe se pone serio y al otro tío no le hace gracia.

—Se lo diré a mi jefe, pero no te conviene tenernos en contra, o este chiringuito puede desaparecer y nosotros buscarnos otro —le amenaza y escupe en el suelo.

Se va de mal humor hacia el reservado.

—Joe, yo no quiero causarte problemas. Creo que voy a dejar el trabajo —le comunico con tristeza. Necesito el dinero, pero aprecio

mi vida y no quiero que le quemen el bar por mi culpa.

—No te vas a ninguna parte. Llevo años tratando con esta gentuza y saben que, si quieren hacer sus trapicheos en este local, pueden hacerlo; siempre que mantengan el orden y cumplan mis reglas —me explica.

—¿Y cuáles son tus reglas? —pregunto por curiosidad.

—Ni armas, ni putas, ni peleas. Mi personal es sagrado y solo yo doy las órdenes sobre él. Aquí el jefe soy yo, ¿te ha quedado claro? —Me guiña un ojo.

—Gracias, Joe.

Me giro y veo al mismísimo Matteo Marchese acercarse a la barra con su pelo castaño, medio rizado, vestido de Hugo Boss y sus increíbles ojos verdes.

—Hola, Joe.

Le tiende la mano y Joe se la estrecha.

—Cómo va, Matteo. ¿Necesitas algo? —le pregunta serio.

Matteo me mira fijamente, se mete las manos en los bolsillos y sonríe. Es un espécimen espectacular.

—Me gustaría charlar con Sloane, si tú y ella me lo permitís —dice con una educación impecable.

—Pregúntale a ella —dice Joe.

El corazón me va a mil. No sé qué responder. Creo que es la peor idea del mundo, aunque la curiosidad me puede. La cabeza me empieza a doler.

—¿Y bien? —Me mira fijamente con esos ojos verdes.

—Creo que no tenemos nada de qué hablar, no lo conozco y tampoco me apetece. —Le pego el corte.

A pesar de mi respuesta, él sigue sonriendo.

—Creo que deberías venir a charlar conmigo, no muerdo —insiste.

—Te ha dicho que no. No insistas, Matteo. Vuelve a tu reservado. Si Sloane decide hablar contigo, ya sabe dónde encontrarte —interviene Joe.

Matteo levanta las manos en son de paz y se va con una sonrisa. Me da escalofríos y me pongo muy nerviosa. No sé a qué ha venido eso.

—Joe, ¿te importa que me vaya a casa? No me encuentro nada bien —le pido por favor.

—Creo que es una buena idea. Sal por la puerta trasera para que Matteo ni ninguno de sus esbirros te vean, no vaya a ser que te sigan. Te acompañaría, pero esto está a reventar. Creo que te voy a pedir un taxi.

Joe está nervioso y no quiere dejarme sola y eso me altera más.

—Tranquilo, mi casa está muy cerca y sé moverme por estas calles, no te preocupes. —Intento calmarlo.

—Está bien, pero cualquier cosa, llámame. ¿Tienes mi número?

—¡Pues claro! Gracias por todo.

Salgo de la barra y me voy al cuarto donde nos cambiamos. Recojo mis cosas y me voy por una puerta trasera a la que solo tenemos acceso los empleados.

Me subo el plumas, hace un frío que pela y echo a andar con paso rápido. Hay más gente de lo normal por las calles, será la luna que les altera. Enfilo hacia mi casa y de pronto veo el puñetero coche negro que me pisa los talones.

—¡Mierda! —exclamo en voz alta.

Echo a correr por los callejones como el otro día para esquivarlo y lo pierdo de vista. Asomo la cabeza desde el callejón y veo que no está. Cuando voy a salir, alguien me agarra por la espalda.

—Ven aquí, bombón, vamos a pasarlo bien. —Oigo dos voces masculinas.

Me inmovilizan dos pandilleros del barrio y entro en pánico. Empiezo a patalear y grito antes de que me tapen la boca. Intento recordar lo de la clase del gimnasio, pero es imposible con este nivel de estrés y miedo. Me tapan la cabeza y me tiran al suelo. De pronto oigo pisadas y golpes. Me quedo libre de sus asquerosas manos y no me muevo por temor. Me quitan la capucha de la cabeza y veo a un tío vestido de negro, típico guardaespaldas, que me da la mano y me ayuda a levantarme. Los dos pandilleros están inconscientes encima de un contenedor de basura.

—Gra-cias —titubeo.

—Sígame, por favor. Alguien quiere hablar con usted —dice con un vozarrón serio y neutro.

—¿Van a matarme? —suelto la estupidez del día.

—Señorita, si quisiera matarla, la hubiera dejado en mano de esos dos despojos humanos. Nadie va a hacerle daño, se lo aseguro.

Algo me dice que me fíe de él.

Le sigo y caminamos hacia el coche negro que me ha estado siguiendo estos días. Me quedo parada ante él cuando abre la puerta.

—Suba, por favor —dice con voz gélida.

Lo miro asombrada.

—¿Ha sido usted quien me ha estado siguiendo?

Asiente con la cabeza.

—Cumplo órdenes.

—¿De quién? ¿Por qué?

—Suba y lo sabrá.

He pasado tanto miedo hoy, que no sé si estoy preparada para otra sorpresa, grado infarto de miocardio.

—No sé si quiero saberlo —digo sin acercarme a la puerta.

—Yo no voy a obligarla, es su decisión, esas son mis órdenes —contesta en su tono neutro.

Miro la puerta abierta y la oscuridad de su interior. No sé qué debo hacer. He pasado de una vida que la única intriga era pelearme con los gamberros del Bronx a lidiar con la mafia. Es subir a una escala mayor y en un tiempo récord. No sé si estoy preparada.

—Creo que voy a declinar su oferta —decido al fin.

—Es su decisión, señorita.

Va a cerrar la puerta y me doy media vuelta cuando escucho que alguien sale del coche.

—Sloane, por favor, no te vayas —dice una mujer que no conozco.

Me giro y veo una chica más joven que yo. Pelo marrón, ojos castaños, delgada, guapa y se parece a alguien que me tiene enamorada. Entonces ya caigo en quién es.

—¿Bianca? —pregunto con dudas.

Ella asiente tímidamente.

—Necesito hablar contigo, sube al coche, por favor. No puedo arriesgarme a que nos vean juntas y menos mi hermano —dice asustada.

Si me pinchan, no sangro. Esto no puede ser más surrealista. Me subo con ella y el guardaespaldas se queda fuera vigilando el coche negro misterioso que tanto me ha llevado de cabeza, en el que ahora estoy sentada.

Ella me mira y yo a ella. Se forma un silencio incómodo unos segundos, hasta que, por fin, Bianca rompe el hielo.

—Te estarás haciendo un millón de preguntas de por qué estoy aquí, si no me conoces de nada —empieza a hablar.

—Esa es una de ellas, sí. La otra es ¿por qué me ha estado siguiendo tu gorila? No entiendo nada. —Me encojo de hombros.

—Sé que mi hermano siente algo especial por ti, nunca lo había visto así con una mujer. Ha tenido muchas historias, pero como contigo jamás —me dice tan tranquila.

—Yo, yo… —Las palabras se me atragantan.

—No te preocupes, él no me ha dicho nada. Os vi el otro día cuando te ibas del ático y además le noto cambiado. He oído dar órdenes de que te tengan protegida sin que te enteres. Eso no lo hace por cualquiera. Lo hace por mí y ahora por ti —me informa de las costumbres de Nico.

—Es muy abrumador todo lo que me estás contando y precisamente no me da tranquilidad saber que me espían y controlan, pero ¿en qué puedo ayudarte? —le pregunto.

Ella toma aire y noto que le cuesta soltar lo que me quiere decir.

—Sloane, tienes que contarle a mi hermano lo que sabes, que intentan conspirar contra él —suelta al fin.

Casi me da un parraque cuando la escucho.

—Que, ¿qué?

—Sabes perfectamente de lo que hablo. Lo escuchaste la otra noche en El Refugio.

Me coge de las manos y me mira con lágrimas en los ojos.

—Díselo tú. Si esto parece un secreto a voces. No entiendo por qué no se lo cuentas si ya estás enterada. Es más, ¿por qué no estás asustada? —pregunto aturdida.

—Porque si se lo cuento yo, se enterará de mi relación con Matteo. Estamos enamorados. Nos conocemos desde que somos niños, pero cuando vine a Nueva York, nos encontramos antes de

que pasara lo de Ricardo. Nos enamoramos y teníamos pensado contarlo, pero sucedió la tragedia y se armó la guerra entre las familias y si Nico lo sabe, me enviará de vuelta a Sicilia para separarme de él. —Se mueve inquieta.

Ahora mi cabeza sufre un cortocircuito. Ya no entiendo nada. ¿O tal vez sí? Por eso Matteo tenía tanto interés en hablar conmigo en el bar. Ahora empiezo a verlo claro.

—Vamos a ver, si por lo que yo escuché, Matteo y el bigotes eran los que estaban hablando de secuestrarte, para hacerle daño a tu hermano. No entiendo nada de lo que me estás contando. ¿Me estás tomando el pelo? —Sonrío nerviosa.

—No, no me burlo de ti—dice ofendida.

—Pues parece una broma de mal gusto, lo que dices no tiene sentido. ¿Tu novio planea tu secuestro para hacer daño a tu hermano y te quedas tan tranquila?

Vuelve a tomar aire para intentar contarme la historia para que encaje.

—Matteo y yo planeábamos escaparnos juntos, casarnos y desaparecer, pero esto, con los clanes, no funciona así y más en nuestras familias que están enfrentadas.

—Lo sé, Nico me contó lo de tu hermano, pero sigo sin entender nada —la interrumpo.

—Fausto, el bigotes, como tú lo llamas, escuchó una conversación de Matteo cuando planeaba nuestra fuga y la interpretó como que intentaba hacer algo en mi contra —sigue relatando y vuelvo a interrumpir.

—¿Quieres decir que por una mala interpretación del bigotes, de una conversación de Matteo, llegó a la conclusión de que pretendía secuestrarte? —pregunto sin dar crédito.

Asiente con la cara colorada.

—Así es. Como nadie sabe de nuestra relación, le siguió la corriente a Fausto con lo del secuestro. Pensó que luego él se quedaría conmigo, se desharía de Fausto por una buena suma de dinero y seguiríamos con el plan —sigue narrando.

—Pero tu hermano quedaría destrozado —me indigno.

—Espera… Una vez juntos, llamaría a Nico y le contaría todo. Pero cuando estuviéramos ya casados y no pudieran hacer nada. Ese era el plan, pero se ha ido torciendo todo. —Baja la mirada.

—¿Por qué lo dices? Aunque la verdad, muy buen plan no es. Tu hermano va a salir jodido, sí o sí —digo lo que siento.

—Lo sé. Por eso tienes que intervenir tú. Fausto se ha ido de la lengua con alguien de mi secuestro y quiere sacar tajada —me cuenta angustiada—. Matteo no sabe con quién ha negociado y se le ha ido de las manos. Ya no sabe cuándo van a hacerlo ni con quién. Está muy preocupado, porque si dice algo, su familia se le echará encima y ya no podremos estar juntos, pero teme por mi vida. Por eso ni él, ni yo podemos decir nada. Tienes que avisar tú a Nico de que alguien quiere conspirar para secuestrarme, porque ahora sí que estoy en peligro de verdad. —Rompe a llorar.

Madre mía, qué lío más grande ha organizado la muchacha, aunque la entiendo, por amor se hacen locuras, pero Bianca lo ha hecho a gran escala.

—Si se lo digo yo, corro el riesgo de que tu hermano me odie por no contárselo antes y tendré que mencionarle a Matteo, cosa que le va a encabronar bastante —le explico.

—¡No! A Matteo, no —grita asustada.

—Bianca, yo no sé mentir. Me va a pillar. Tú no quieres perder a Matteo y yo no quiero perder a Nico. ¿Por qué no decimos la verdad y zanjamos el tema? —le propongo.

Me mira con los ojos llorosos.

—No somos gente normal. Pertenecemos a clanes en que la familia es lo primero y las nuestras se odian a muerte. Sloane, si decimos la verdad, las dos perderemos…

La miro a los ojos y sé que es sincera. Está aterrorizada y se la ve vulnerable y desamparada, pero yo voy por el mismo camino. No sé cómo ayudarla sin exponerme a perder al hombre del cual estoy enamorada hasta la médula.

—¿Vas a ayudarme? —pregunta sollozando.

Cojo aire con mis pulmones.

—Las cosas que tiene la vida. —Sonrío con ironía.

—¿A qué te refieres?

—Que el destino de la unión de dos clanes de la mafia enfrentados dependa de una simple chica del Bronx. ¿Puede ser más absurda y surrealista la situación?

—Sloane, ayúdanos, por favor —implora Bianca.

—Yo no quiero que te ocurra nada, pero tampoco quiero esa responsabilidad en mi conciencia. No podría dormir tranquila el resto de mi vida. Supongo que se lo contaré a tu hermano y lo perderé, pero no quiero una muerte en mi conciencia y menos la tuya.

Abro la puerta del coche para irme a mi casa.

—No tiene por qué terminar así la cosa. Mi hermano te necesita. —Alza la voz.

—Ya, yo también lo necesito, pero supongo que es cuestión de prioridades y hoy, yo no lo soy. Adiós, Bianca, me alegro de haberte conocido.

Salgo del coche y me agarra de la muñeca.

—No renuncies a Nico. Solo tienes que tergiversar la verdad un poco. Las dos podemos tener al hombre que amamos. Yo tampoco puedo quedarme con el remordimiento de que para que yo tenga mi felicidad, tú renuncies a la tuya.

Me giro y la miro.

—Tampoco lo conozco de tanto, seguro que se me pasa pronto. Que seas feliz, Bianca. —Ahogo un sollozo.

Me suelto de su mano y me voy hacia mi casa arrastrando los pies. Esta no es la manera que imaginaba de conocer a la que, en un futuro que ya no existe, podría llegar a ser mi cuñada.

7

Feliz cumpleaños

Hoy cumplo veintinueve años y no es un día feliz. Desde mi encuentro con Bianca, hace tres días, no me encuentro nada bien. La ansiedad me consume y no soy capaz de pisar El Refugio. Le he pedido tiempo a Joe para pensar si voy a seguir trabajando en el bar o si me busco otra cosa.

El ataque de los pandilleros y todo lo que me contó Bianca han puesto mi mundo del revés. He pasado este tiempo metida en el gimnasio, entrenando como una bestia. No lo hago para ponerme fuerte ni para aprender a defenderme, sino para liberar adrenalina y dejar de pensar. Todavía no he hablado con Nico. No sé si seré capaz de mentirle a la cara y hacer lo que su hermana me pide. Me ha enviado varios mensajes, pero no le he contestado. Al final, decido apagar el móvil; así nadie me molesta y, al menos, tengo un poco de paz. Me aterra enfrentarme a él, y no porque le tenga miedo, sino porque temo perderle. Sé que apenas lo conozco, pero me he enamorado de él de una forma extraña que me ha calado hasta los huesos. Pensar en él duele, y estar sin él sería una muerte en vida. No quiero ni pensarlo. Pero no puedo demorar lo inevitable. Si tardo en contarle lo del secuestro de Bianca, todo podría terminar muy mal, y no voy a permitir que eso ocurra.

Me doy una ducha en el gimnasio, me cambio y recojo la mochila. Lara también dijo que me iba a ayudar, pero desde que me fui del bar… Si te he visto no me acuerdo.

Hace frío y cubro la cara con una bufanda. Un coche se acerca, y mi cuerpo se tensa. Imagino que es Bianca de nuevo, pero no, es Jason, el guardaespaldas de Nico. Baja la ventanilla y me observa con seriedad.

—El jefe está preocupado porque no le contestas a los mensajes. Quiere verte —suelta con su voz áspera.

Hago una mueca con la boca que él no ve. La bufanda la oculta.

—No puedo, tengo lío —miento muy mal.

—Pues me parece que vas a tener que desliarte. Sube al coche —ordena.

El corazón me va a mil. No sé si estoy lista para ver a Nico.

—Jason… —Intento esquivarlo.

—Sloane, o subes o salgo y te meto yo a la fuerza —amenaza con hacerlo sin dudar.

Respiro profundamente. Sé que no va de farol.

—Está bien —me rindo y subo al coche.

Como la vez anterior, voy totalmente a oscuras, pero hoy es diferente. Me da igual, porque mi ánimo está muy negro y siento que este recorrido no se repetirá en cuanto Nico sepa la verdad.

Mi corazón se va encogiendo como una uva pasa. No quiero perderlo, pero sé que va a pasar. Odio las mentiras y si a mí me lo hicieran, también reaccionaría igual.

—¡Mierda!

Miro hacia la ventanilla, pero solo hay negrura y rompo a llorar en soledad…

El móvil suena y me saca de mis tristes pensamientos. No conozco el número y dudo en responder, pero al final lo hago.

—¿Diga?

—Soy Lara, dime que no le has contado nada a tu *Espagueti sexy* lo del complot para secuestrar a su hermana —habla agitada.

Me quedo sin palabras.

—Pues estoy en el coche de su guardaespaldas camino de su casa —susurro para que no me oigan.

—No hables, no digas nada, lo tengo todo controlado. Es más, da la vuelta y vente al gimnasio ahora mismo. Aquí estaremos seguras.

Me cuelga y me quedo mirando el móvil como una tonta. ¿Y ahora qué hago?

Me muevo inquieta en el asiento trasero del coche y me entra la vena loca de supervivencia. Empiezo a aporrear el cristal que me separa de Jason. Golpeo como una posesa.

—Baja el cristal, ¡joder! —grito desesperada.

Oigo que me habla por el intercomunicador.

—¿Y ahora qué mosca te ha picado? —pregunta en tono desagradable.

—Llévame de vuelta a casa. Me acaban de llamar y tengo una urgencia. Mi padre ha tenido un accidente —me invento lo primero que me viene a la cabeza.

Odio mentir, y más con algo tan grave. Dios quiera que el karma no se vengue y le pase algo a mi padre, pero estoy desesperada.

No me responde. Se hace el silencio y vuelvo a aporrear el cristal como una loca.

—Abre, ¡tienes que llevarme a mi casa! ¡Por favor! —imploro, llorando con desesperación.

Oigo el chasquido del intercomunicador.

—Está bien, he hablado con el jefe y tengo autorización. Si necesitas cualquier cosa, me lo haces saber —habla serio.

—Gracias. Dile que lo llamaré más tarde, pero llévame a casa…

Noto que da la vuelta al coche y me lleva de regreso. Estoy deseando llegar para que Lara me cuente la solución a mis problemas y, sobre todo, los de Bianca…

Entro en casa y cuando veo que Jason se va, salgo a toda pastilla hacia el gimnasio. Me aseguro de que nadie me sigue y cierro la puerta tras de mí. No veo a nadie, está vacío y me sorprende.

—¡Hola! —chillo para ver dónde están.

Espero unos segundos y oigo pasos.

—Sloane, ¡ven hacia las oficinas! —grita Lara.

Camino entre sacos de boxeo, mancuernas y demás trastos que hay en un gimnasio hasta llegar a la oficina del primo de Lara. Abro la puerta y me encuentro a mi amiga y a dos hombres trajeados que no podían ser más diferentes. Los observo y sus caras me suenan de algo, pero no sé de qué. Uno es muy moreno, el pelo necesita un corte, aunque le queda de muerte con los rizos colgando en la cara, se aparta un mechón y es arrebatadamente *sexy*. El que está a su lado es calvo, más alto que el otro, que no es bajo precisamente, y también muy apuesto. Es más mayor, pero también desprende mucha sensualidad. Dios, entre los dos emanan testosterona que se

condensa en la pequeña oficina. No había visto nada igual, a excepción de Nicodemo Baresi, ni que fueran familia.

—Sloane. —Lara chasquea los dedos delante de mi cara para que reaccione.

—Perdón, me he ido a otro mundo. —Soy sincera.

El calvo alto se ríe.

—Solemos causar ese efecto, preciosa. Me llamo Leone Romeo y este es mi hermano Mario —se presenta y me besa la mano.

¡Dios, ya sé quiénes son!

—Vosotros sois los que salisteis en prensa por un tema de testigos protegidos. —Miro a Mario—. A ti te llamaban Marco y te casaste con Verónica, fue una historia preciosa que dio la vuelta al mundo —digo emocionada.

—*Certo, bella*. Felizmente casado y con dos hijos —me dice.

—Yo sigo soltero, por si te interesa. —Me guiña un ojo Leone.

Lara se pone en medio e interrumpe, como siempre.

—Vamos a dejarnos de ligoteos que, por eso precisamente, estamos metidos en este lío padre —sisea.

La miro con admiración.

—¿Cómo es que los conoces? —pregunto con curiosidad.

—Ya te conté que con doce años me piré de casa. Pues hace bastante tiempo, tuve problemas de dinero y acudí a una tía loca, hermana de mi madre, que está igual de loca que ella. Mi tía Amelia —lo cuenta con arrepentimiento.

—Esa tía loca salió conmigo un tiempo y conocí a Lara muy brevemente, pero me gustó mucho su personalidad. Nos hicimos amigos y le dije que, si alguna vez me necesitaba, que me llamara —sigue Leone.

Ella le sonríe con cariño.

—Nunca perdimos el contacto, con mi tía loca sí, solo iba por la pasta. Cuando le dije que trabajaba en El Refugio, vino un par de veces a visitarme, pero al ver lo que se cocía allí, prefirió no regresar más —me explica.

—Ya tenemos nuestra familia y pasamos de clanes, no necesitamos de ninguno y ellos nos tienen el suficiente respeto para no meterse con nosotros —comenta Mario.

Parpadeo para salir de mi asombro.

—Vale, estoy muy de acuerdo con vosotros, pero ¿en qué podéis ayudarme? Supongo que Lara os ha puesto al día, ¿no? —Me encojo de hombros.

—Que ya no estemos metidos en la mafia, no significa que no sepamos qué se cuece en los clanes —me corrige Mario.

Cierro la boca y me pongo colorada, ante ese hombre tan fascinante.

—Ya sabemos quién quiere secuestrar a la hermana de tu «novio» y los tenemos vigilados, eso ya no es un problema. Tenemos contactos en la calle y en las altas esferas. Además, estimamos mucho a Matteo Marchese y también creo que merece ser feliz con Bianca, aunque no va a ser un camino fácil —dice Leone.

—¿Matteo lo sabe? —pregunto.

En eso se abre la puerta y aparece él como por arte de magia.

—Lo sé. No sabes lo agradecido que te estoy por querer arriesgarte por nosotros. —Me da un abrazo y me quedo helada.

Muevo la cabeza nerviosa.

—¿Qué hago yo aquí? Si ya lo tenéis todo controlado, ¿no entiendo en qué pieza del puzle encajo yo? —Estoy fuera de mis casillas.

Lara me coge de la mano e intenta tranquilizarme.

—Dije que te iba a ayudar —me recuerda.

—¿Ayudar? Esto lo empeora. Ahora tengo más información que ocultarle a Nicodemo. ¿Cómo voy a gestionar esto? Estoy hablando con dos personajes que han salido en los periódicos y revistas de todo el mundo y ahora, Matteo Marchese, el enemigo de Nicodemo Baresi, me da un abrazo. ¿Os dais cuenta en el lío que me habéis metido?

Rompo a llorar de la impotencia.

—Tranquila, *bella.* Nicodemo es una buena persona, no tiene que enterarse de nada. Tú sigue igual, como si no hubiera pasado nada. —Intenta tranquilizarme Mario.

Lo miro asombrada.

—¿Tú perdonaste a tu mujer cuando te enteraste de todo lo que te ocultó para salvar la vida? Porque lo que yo leí en las revistas, fue

tremendo —le espeto.

—¡Sloane! —me regaña Lara.

—Tranquila, tiene razón. No está diciendo nada que no sea verdad. Lo cierto es que sí lo hemos complicado un poco. A veces queriendo hacer bien a una persona, acabamos haciendo justo lo contrario. Te pido disculpas —dice Mario.

No puedo parar de llorar. Estoy metida en una película que no me corresponde el papel que me han otorgado.

—Yo solo quería ayudarte —susurra Lara.

—Todos pensamos que era lo mejor para ti —añade Matteo.

Vuelvo a envalentonarme con la rabia.

—¿Te imaginas si me ve contigo? ¿Lo has pensado? ¡Dios!

Me llevo las manos a la cabeza.

—Bueno, vamos a dejar el drama. Lo importante es que Bianca está a salvo. No vamos a entrar en detalles, no queremos exponeros más a ningún peligro. Todavía hay un cabo suelto y es lo que nos preocupa —corta por lo sano Leone.

—¿Un cabo suelto? —inquiere preocupado Matteo.

—Los que iban a perpetrar el secuestro están fuera de juego, pero no sabemos quién es el que mueve los hilos. No creo que lo intente de nuevo, sabe que nosotros lo buscamos y no se arriesgará, pero hay que estar con los ojos abiertos —informa Mario.

—¡Ay, Dios! ¿Puede ser Richard De Luca el que esté detrás de esto?

—Ya nos ha comentado Lara. Es un esbirro que se vende al mejor postor, pero no llegaría tan lejos. Sabe que sería su sentencia de muerte —dice Leone muy seguro.

—Pues yo no lo tengo tan claro, es muy mala persona, un hijo de puta ambicioso.

—Tranquila, a ti no te va a pasar nada. Cualquier cosa, díselo a Lara y nosotros nos ocupamos, olvídate de Richard De Luca —me consuela Leone.

Ese hombre me mira de una forma, que creo que el consuelo que quiere darme no es precisamente el de un amigo afectuoso. La lujuria brilla en sus ojos. Aparto la mirada.

—¿Y ahora qué? —pregunto.

—Pues cada uno a su casa y a descansar. Mi mujer y mis hijos me esperan y eso es sagrado. Tengo que coger el avión para la República Dominicana —dice Mario.

Los hermanos Romeo se levantan y se van. Se despiden con un leve movimiento de cabeza y desaparecen silenciosamente.

Me toco la frente nerviosa.

—Sloane, olvida todo lo que has oído, visto y demás. Haz como si esto no hubiera pasado. Vuelve al trabajo y sigue con Nico si te gusta de verdad —me aconseja mi amiga.

—¡Ja! —Me echo a reír por el nerviosismo.

—Hazle caso, yo también te ayudaré en todo lo que pueda. Esto te lo debo a ti y ahora Bianca está a salvo —me agradece Matteo.

—¿Os estáis escuchando? ¡Qué soy una camarera del Bronx que acaba de tener una reunión clandestina con gánsteres de la mafia! Mi vida ya nunca volverá a ser normal. Me acuesto con uno de ellos y estoy hablando con su peor enemigo, ¿qué más puede pasar? —Mi voz suena estridente.

—Tienes que calmarte —me aconseja Lara.

—¡Ah! Y hoy es mi cumpleaños. Será que esto es la fiesta sorpresa que me habéis preparado. Pues ha sido cojonuda. Me voy a mi casa.

Salgo de la oficina como una bala y cruzo el gimnasio a toda prisa. Matteo y Lara me siguen y este me alcanza justo cuando pongo un pie en la calle, me agarra y abraza.

—Gracias. No quiero verte sufrir. Sé que no me crees, pero mi familia no tuvo nada que ver con la muerte de Ricardo Baresi. Era como un hermano para mí y todos lo queríamos. Mi padre quedó destrozado. Nico está equivocado. Alguien compró a esa prostituta para que mintiera, pero la encontraré y esta guerra se terminará. Amo a Bianca y lucharé por ella, no te rindas con Nico —me cuenta al oído sin soltarme.

Me separo y miro esos increíbles ojos verdes. Las lágrimas ruedan por mis mejillas.

—Te creo, Matteo.

Él me limpia las lágrimas.

—Feliz cumpleaños, Sloane. Eres una mujer muy especial. Si Nico te deja escapar, es que es un auténtico gilipollas.

Me da un beso tierno en la cara.

El ruido de unas ruedas derrapando en el asfalto, rompe ese momento tan bonito y hace que mi corazón se desboque de nuevo.

—¡Mierda!

Es el coche de Jason.

—¿Qué pasa?

—De todo y nada. Ya se terminó —le digo sin fuerzas.

—¿Qué dices, Sloane? —pregunta nervioso.

—Acaba de vernos abrazados el guardaespaldas de Nico. ¿Cómo crees que se lo va a tomar? —digo en un hilo de voz.

—¡Hostias! Lo siento. ¿Cómo he sido tan imprudente? Hablaré con él…

—¡No! ¿Para qué hemos hecho todo esto? ¿Para que lo tires todo por la borda? Mira el lado bueno. Si piensa que estás liado conmigo, no desconfiará que estás con su hermana —suspiro.

—No puedo hacerte esto.

—Por desgracia, ya está hecho.

Empiezo a caminar con lentitud hacia mi casa. Es de noche y estoy cansada.

—¡Sloane! —grita Lara.

Pero ya no quiero oír nada más, estoy saturada.

—Déjala, ha sido demasiado para ella. Yo me encargaré de que esté bien. —Oigo como le contesta Matteo.

—¡Joder! Creo que la hemos presionado demasiado —le dice Lara.

—No es su mundo —le responde Matteo.

Y cuánta razón tiene, no es mi mundo ni nunca lo será.

Llego a casa cabizbaja y deprimida. Demasiadas emociones y ninguna buena. Al abrir la puerta de la cocina, me encuentro una tarta de galleta que me ha preparado mi madre, mi favorita. Hay globos y dos cajas de regalo encima de la mesa.

Ellos ya están durmiendo. Enciendo las velas y me quedo pillada mirando el fuego. Las lágrimas asoman a las cuencas de mis ojos. Los cierro y pienso un deseo, a la vez que las lágrimas resbalan como en un tobogán por mis mejillas. Soplo y tomo aire. Corto un

trozo de tarta y le doy un bocado. Sabe deliciosa, aunque me cuesta tragar del nudo que tengo en la garganta. Aparto la tarta y abro un paquete con delicadeza. Es una cadena de oro con una medalla de un santo. La miro con más detenimiento y casi me caigo redonda al leer el papelito que trae la explicación y significado de la medalla. El niño santo italiano, Carlo Acutis.

¿Por qué mi madre me regala un santo italiano? Es de locos. El otro regalo, una bufanda. Típico de mi hermana.

Me entra la curiosidad y busco información sobre el santo que me ha regalado mi madre. ¡Bua! Estoy alucinada cómo un niño de quince años ha hecho tantas cosas buenas en tan poco tiempo de vida. Lo curioso es que las sigue haciendo después de muerto. Veo que su cuerpo incorrupto está en San Francisco de Asís. Las imágenes son tremendas. Ves a un crío con su chándal de color azul, en una tumba de cristal y… está dormido. Lleva años ahí, sin corromperse y da una tranquilidad y paz que, al verlo, me entran ganas de llorar y toco la medalla que llevo al cuello. En este momento, sé que ese niño, ese ángel, me ayudará para siempre. Me dará fuerzas cuando las necesite y nunca me dejará sola. Estoy experimentando una catarsis espiritual, que hasta me sorprendo.

—Gracias, mamá —susurro.

La pantalla se desvanece porque me entra un mensaje de Nico y el corazón me da un vuelco.

Lo abro y aparece una imagen mía y de Matteo abrazados. Debajo pone: Feliz cumpleaños, traidora.

Cierro los ojos e intento respirar y contener el llanto. Bloqueo el contacto para que no me haga más daño. No se hace una idea del dolor que siento en este momento. Si pudiera desvanecerme e irme con el niño santo a su tumba de cristal, lo haría ipso facto.

Me voy a mi habitación y me tiro en la cama vestida. Rompo a llorar y mi mano agarra esa medalla como si fuera mi salvavidas. Es lo único que tengo ahora mismo. Rezo interiormente a Carlo Acutis y le pido que me dé fuerzas para poder sobrevivir sin el amor de mi vida. Es muy duro amar a un hombre cuando sabes que él te odia a muerte.

8

Las apariencias engañan

No quiero levantarme de la cama. Tengo los ojos hinchados de llorar y el corazón roto porque ahora Nicodemo me odia. «Traidora», esa fue la última palabra que salió de su boca y no me la saco de la cabeza. Ni se imagina lo que estoy haciendo por su hermana, pero ya da igual. Pensar en él me duele, porque me he colado mucho por ese gilipollas italiano y ahora se me hace imposible concebir la vida sin él. Es absurdo, porque hace poco tiempo que nos encontramos, pero tengo la sensación de que lo conozco de toda la vida, como si hubiese estado esperando a que se me cruzara y entonces dije: ¡Es él!

—¡Mierda! —exclamo dando un salto de la cama y me voy hacia el aseo.

Me lavo la cara que tiene un aspecto horrible. Suspiro y el pecho me duele de la tristeza que siento.

—Sloane, ¿estás despierta? —Mi madre grita a través de la puerta, me extraña que esté en casa.

—Sí, ya voy —contesto y me cepillo el pelo a toda prisa y me enjuago la cara de nuevo.

Abro la puerta y ella me mira fijamente.

—Cielo, ¿qué te pasa?

Su rostro es de preocupación, imagino que al ver la mía.

—Nada, creo que me he resfriado —miento, es algo que se me da de pena, pero le voy cogiendo el tranquillo.

Mi madre me agarra la mano y me lleva hasta la cama donde nos sentamos.

—A mí no me engañas. Te he criado y he pasado mil catarros contigo y lo que tú tienes, no es un resfriado. Has llorado —afirma sin temblarle la voz.

—Mamá, son cosas mías de las que prefiero no hablar. Ya se me pasará —esquivo darle explicaciones.

—Cielo, ayer fue tu cumpleaños y ¿vas a empezar los veintinueve llorando? No lo pienso permitir. Vamos a dar un paseo, como cuando eras pequeña —canturrea alegremente.

La miro sorprendida.

—¿Y tu trabajo? —pregunto con temor.

—Me han dado la tarde libre. Mi jefa es un encanto, si quieres salimos a comer por el centro, ya que no celebraste tu cumple y luego pasamos a saludarla. Ya les he dejado la comida hecha a tu padre y Elina. —Me mira sonriente.

—Mamá, ¿cómo vamos a ir a la casa dónde trabajas a saludar a tu jefa? —La miro como si se le hubiera ido la pinza.

Ella arruga la nariz y me mira ofendida. Levanta el dedo índice y me señala directamente a la cara. Me echo hacia atrás.

—Para que lo sepas, señorita, fue mi jefa quien me lo ha sugerido. Le hablo continuamente de mis hijas, de las cuales, me siento muy orgullosa, y me comentó que cuando quisiera pasara a presentaros, que tiene ganas de conoceros. ¿Te has enterado? —dice sin dejar de mover su dedo como si fuera la varita de Harry Potter.

—Vale, tranquila. Baja el dedo a ver si me vas a hechizar o algo parecido. —Me río.

—Eso me gusta más. Quiero verte sonreír un millón de veces, pero llorar, ni un solo segundo. —Me abraza.

—Te quiero, mamá.

—Y yo a ti.

Se fija que llevo puesta la medalla que me regaló y la coge con la mano. La caricia y se santigua.

—¿Cómo has sabido de este santo tan especial? —le pregunto con curiosidad.

—¿Lo has buscado en internet? ¿A que es maravilloso? —A mi madre le brillan los ojos.

—¡Claro que lo he buscado! Me parece increíble su historia.

—Qué alegría que te guste mi regalo. Me lo sugirió la señora Francesca. A ella le ayudó mucho en una situación muy difícil. Ella lo lleva siempre encima, claro que su cadena es mucho más…

Mi madre pone los ojos en blanco.

—A mí me encanta la que me has regalado. Dale las gracias por hablarte de él. Espero que a mí también me ayude —suspiro.

—Seguro que sí. Ahora vístete que nos vamos —me ordena.

—Mamá, no estoy de humor —me quejo.

—Yo tampoco quiero hacer muchas cosas y me aguanto, así que, ¡arriba! —chilla y tira de mí, sacándome de la cama.

—¡Mamá! —me quejo de nuevo.

—Sloane, eres joven y se supone que tienes toda la vida por delante, pero eso no lo sabemos seguro. Mira el niño santo, quince años y Dios se lo llevó. Así que cuando no te quieras levantar de la cama o pienses que ya lo harás más adelante, piensa en Carlo. Él no llegó a hacer todo lo que quiso y como él, millones de personas. Así que mueve el culo y ponte guapa.

Sale de mi habitación dando un portazo.

Me deja sin palabras. Tiene toda la razón del mundo. No puedo quedarme en la cama llorando toda la vida. Estoy sufriendo, sí, pero hay que seguir, porque no sabemos cuándo se nos puede terminar…

Salimos de casa una fría tarde de enero y llegamos a Central Park. Nos sentamos en una pequeña mesa de un café que no parece muy caro, en un rincón acogedor del parque. El aroma de café recién hecho y bollos calientes inunda el aire y las hojas de los árboles vuelan con el viento.

—¿Te gusta aquí? —me pregunta mi madre

—Es perfecto, mamá. Me encanta —respondo, tratando de ocultar la tristeza que me pesa en el pecho.

Un camarero simpático nos toma nota y yo sigo perdida en mis pensamientos: Nicodemo Baresi.

La comida llega: un par de sándwiches de pavo, con lechuga crujiente y mayonesa, acompañados de una porción de patatas fritas. De postre, *brownie* relleno con chocolate caliente. Mi madre sonríe mientras empieza a comer. Me mira como si quisiera que este momento no se terminara nunca.

—¿Y qué tal te fue ayer? —Me da conversación.

Mi cumpleaños no fue exactamente festivo. La realidad es que Nico no está aquí, y eso me duele más de lo que puedo admitir.

—Fue… tranquilo. Solo salí a tomar algo con los compañeros del bar —miento, dándole un mordisco a mi sándwich, evitando hablar de lo que realmente me molesta.

Ella asiente, satisfecha con lo que escucha, y luego me cuenta sobre su día en la casa de la señora Francesca, su jefa, que vive en un elegante piso de la Quinta Avenida. Me recuerda que quiere que vayamos a visitarla más tarde, pero la idea me hace sentir incómoda.

—No me apetece ir a ver a la señora Francesca, mamá. Estamos bien aquí. —Me atrevo a decir, deseando que no insista.

—Ay, Sloane, solo un rato. Ella quiere conocerte. —Intenta convencerme.

Miro hacia el parque, donde los niños juegan y las parejas pasean, y me siento fuera de lugar. Con el frío calando en los huesos, siento que me voy a quebrar en cualquier momento y no quiero que mi madre presencie algo así.

—Vale, vamos, pero no prometo quedarme mucho —acepto, resignada.

—Eso está bien. Solo será un rato —responde, sonriendo con dulzura, pero en su mirada hay un destello de preocupación.

Al terminar de comer, nos levantamos y empezamos a caminar hacia la Quinta Avenida, con mis pensamientos atrapados entre el frío del invierno y los recuerdos de un amor que me odia a muerte. Siento un escalofrío por la columna vertebral al pensarlo.

Salimos de Central Park y cruzamos hacia el edificio imponente donde trabaja mi madre. Nos recibe el conserje y la saluda cordialmente.

—Buenos tardes, Alma, ¿va al piso de la señora Francesca? —le pregunta amablemente.

—Sí, Donald. —Sonríe—. Esta es mi hija Sloane—me presenta.

—Es un placer, señorita.

—Igualmente. —Bajo la cabeza avergonzada.

—Firmen en el libro de entradas, por favor —nos pide el conserje.

Mi madre y yo firmamos en el libro de registros del edificio. Tienen más control que en una cárcel.

—Muchas gracias, Donald —dice mi madre mientras entramos en el ascensor.

El hombre, que ya está mayorcito, nos hace una reverencia con la gorra de su uniforme y se cierran las puertas. Empiezo a mover el pie con nerviosismo.

—Nena, ¡para ya con el pie! —me regaña mi madre.

—No sé cómo me he dejado convencer por ti. No es una buena idea —mascullo entre dientes.

—No seas tonta, ni que tuvieras quince años. Estoy segura de que tu hermana vendría encantada —gruñe.

—Haberla traído a ella. No me cabe la menor duda de que fliparía —contesto con ironía.

Mi madre va a darme la réplica, cuando las puertas se abren. Respiro profundamente y salimos al pasillo. Solo hay dos puertas, con lo que imagino que el piso tiene que ser enorme. Mi madre toca el timbre y enseguida un mayordomo nos abre.

—Alma, ¿hoy no es tu tarde libre? —Frunce el ceño.

—Hola, Javier, he venido a ver a la señora Francesca. Le he enviado un mensaje avisándola que pasaría con mi hija mayor.

Me muerdo el labio inferior. Mi madre lo tenía todo planeado.

—Pasad, ahora mismo la aviso. —Nos sonríe el mayordomo, desgarbado, flaco y con el pelo cano.

—Mamá, esta me la pagas —le susurro al oído.

Mi madre me da un pellizco en el brazo que me hace ver las estrellas.

—Cállate, niña, y pórtate bien —me ordena muy seria.

La miro anonadada. Me acaba de tratar como una chiquilla malcriada. En el fondo me hace gracia y tengo que aguantarme la risa.

Javier nos guía hasta el salón, que es más grande que nuestra casa entera, me quedo sin aliento.

La decoración es una mezcla perfecta de opulencia y tradición italiana, un reflejo del poder que ostentan sus dueños, que no pueden ocultar sus raíces.

En el centro del salón, una mesa de mármol blanco sostiene un elegante ramo de flores frescas, y unos sofás de terciopelo rojo y dorado que no los querría ni regalados. Me recuerdan a la sangre y el dorado al dinero. Dicen muchas cosas solo al mirarlos. Retratos antiguos de antepasados, cuelgan de las paredes. Todo este lugar grita riqueza, pero se mezcla con algo siniestro. Lo salva las increíbles vistas a Central Park, pero no es un lugar en el que me gustaría vivir, a pesar de toda su opulencia.

—Alma, *cara mía.* —Aparece la famosa Francesca con los brazos abiertos y sonriendo.

Es una mujer más mayor que mi madre, poco más, rondará los sesenta y cinco años, pero se conserva muy bien. Tiene el pelo rubio platino, ojos verdes y está algo rellena, aunque lo que lleva puesto, le queda divinamente. Un conjunto de dos piezas de pantalón y blusa holgados, de color azul marino, y tacones blancos, que luce espectacular. Las joyas que lleva, creo que podría comprarme una casa nueva con ellas.

—Señora Francesca, esta es mi hija Sloane —me presenta.

La mujer me mira de arriba abajo y me siento incómoda con mis vaqueros comprados en tiendas de segunda mano y mi jersey de lana negro, deformado de tanto lavarlo. Mis botas negras de cuero, es lo único bueno que tengo y ahorré mucho para poder comprármelas.

—Es muy guapa y seguro que valiente. —Cambia el tono de voz.

Levanto la cabeza de sopetón. ¿Qué ha sido eso? ¿A qué viene ese comentario?

—Mi hija es muy valiente, señora. No le ha quedado otra, criándose en el Bronx. —Sale mi madre al paso.

—Sé lo que es eso, yo no nací rica y el mundo puede ser muy cruel —recuerda con tristeza.

Vaya, ya empieza a caerme bien esta mujer.

—Gracias por recibirnos, no tenía que perder el tiempo con nosotras —digo con respeto.

Se sienta a mi lado y me sujeta la mano.

—*È un piacere che tu sia a casa mia* —me habla en italiano.

Acaba de decir: Es un placer tenerte en mi casa.

Menudo cumplido. Me hago la loca, sonrío, pero mi madre mete la pata hasta el ombligo.

—Puede dirigirse a ella en italiano, Sloane lo habla perfectamente —presume de mí, orgullosa.

Cierro los ojos, deseando que me trague la tierra en este momento. La mujer se gira sorprendida.

—*È vero?* —pregunta sorprendida

Asiento con la cabeza.

—Prefiero hablar en mi idioma, más que nada para que mi madre se entere. —Evito llevar el tema por donde ellas quieren.

—Perdona, pero es una grata sorpresa. Veo que tu madre te educó bien. —Sonríe con sinceridad.

Mi madre está tan orgullosa, que no le cabe el culo dentro del sofá.

Seguimos hablando de cosas triviales, sin importancia, casi una hora. Estoy que me comen los demonios por dentro, aunque la mujer es muy amable, pero aquí huele a casa de mafioso, lo presiento, y no me hace gracia que mi madre trabaje aquí.

—Señora Francesca, ¿a qué se dedica su marido? —digo sin darle relevancia, algo normal.

—¡Sloane! —me riñe mi madre.

Francesca hace un gesto con la mano indicando que todo está bien.

—Es marchante de arte y viaja mucho. ¿Por qué lo preguntas?

Dejo de respirar cuando veo entrar por la puerta a Matteo Marchese. Él está igual de sorprendido que yo. Mi madre nos mira como si estuviera en un partido de tenis: primero a uno, luego a otro, así sucesivamente. La señora se levanta y va hacia él.

—*Caro*, ya estás en casa. ¿Cómo ha ido el día? —Le besa en la cara.

—*Tutto bene, mamma* —contesta en italiano.

No me puedo creer que Francesca sea la madre de Matteo, eso quiere decir que es la esposa de Romano Marchese. Me tapo la boca con la mano y me levanto.

—Mamá, volvamos a casa. —La agarro de la mano y tiro de ella.

—¿Qué pasa, Sloane? —pregunta aturdida.

Matteo abre los ojos, sorprendido.

—Alma… ¿es tu madre? —farfulla confuso.

—Como si no lo supieras —espeto con rabia.

Mi madre se suelta de mi amarre y se queda tiesa en el salón.

—¿Conoces al señorito Matteo? —pregunta desconcertada.

Suelto un bufido.

—¡No le llames señorito! —chillo, indignada—. Claro que lo conozco y tú no deberías trabajar aquí. —Alzo la voz muy seria.

—*Cara*, tranquilízate, mi hijo no sabía nada. El que viniera tu madre a trabajar aquí, ha sido cosa mía —confiesa Francesca.

Ahora estamos todos desconcertados, menos Francesca. Mi madre tiene una cara que le llega al suelo y cuando se enfada… que se aparten los italianos.

—¿Me podéis explicar qué está pasando aquí? —se enfada mi madre.

—Mamá, vámonos. Es mejor que nos alejemos de esta gente. Confía en mí —insisto.

—*¿Hai parlato a tua madre della tua relazione con Baresi?* —pregunta Francesca.

Me quedo muda. Me está preguntando si le he hablado a mi madre de mi relación con Nico.

—¡*Mamm*a! —exclama Matteo horrorizado. Claro que él no sabe que la entiendo.

Me doy la vuelta y voy hacia Francesca.

—*Ho salvato suo figlio, lascia in pace la mia famiglia* —la amenazo.

Le digo que salvé a su hijo y que deje en paz a mi familia. Matteo flipa al escucharme.

—¿Qué pasa aquí, hija? —Mi madre está perdida.

Levanto las manos, muy cabreada.

—Sloane, tranquila, tiene que haber una explicación —dice Matteo.

—Pues que lo explique tu madre y en un idioma que entendamos todos. No voy a ocultarle nada a mi madre. Estoy cansada de mentir, yo no sirvo para esto. —Rompo a llorar.

Mi madre me abraza y le digo lo mucho que lo siento por haberla metido en este follón.

—Tú no la has metido en ningún problema. Lo que pretendía era proteger a tu familia —habla Francesca.

—¿Qué estás diciendo, mamá? —pregunta Matteo incrédulo.

—Sentaos, por favor, os voy a contar una historia y luego lo entenderéis… Hijo, esto no va a ser fácil para ti.

Nos quedamos sin habla los tres mientras ella ordena a Javier que le traiga una botella de *whisky.* Yo sujeto la mano de mi madre nerviosa. Matteo es el primero que se sirve un vaso del líquido ámbar y luego le sigue Francesca. Yo solo quiero que cuente la historia y regresar a mi casa.

—Cuando apenas tenía dieciocho años, me casé en Sicilia con uno de los capos más importantes de la época, Paolo Carsini. Al principio todo era muy bonito, lujo, riqueza, pero ignoraba a lo que se dedicaba. Miento, lo sabía, pero el amor es ciego. Tuve dos hijos con él, gemelos. Era la mujer más feliz del mundo.

—Mamá, ¿qué dices? —Su hijo se levanta espantado de lo que sale de la boca de Francesca.

—¡Siéntate y cállate! —le ordena.

Hace caso y ella prosigue con su relato.

—Viajamos a Nueva York cuando los niños eran pequeños y todo cambió. Paolo ansiaba el poder más que nada en su vida. Empezó a viajar y a dejarme sola. Sabía que me engañaba con putas y le cogí asco. Me cansé y quise abandonarlo. Me pegó una paliza y me rompió dos costillas, la cara nunca la tocaba. Así empezó mi tortura de vivir con un monstruo—. Hace una pausa y bebe un poco de *whisky*.

Matteo se acerca y la abraza. Ella cierra los ojos y le da unas palmadas en el brazo.

Estoy horrorizada escuchando lo que ha vivido esa mujer y mi madre tiene los ojos y la boca abierta como un pez globo. Me aprieta la mano con fuerza de los nervios que está pasando.

—Puso a unos de sus hombres de confianza para que me vigilara. Llevaba semanas sin salir a la calle y Paolo se llevaba a los niños con

otras mujeres. Mis propios hijos dejaron de quererme porque se lo pasaban mejor con las amantes de mi marido —solloza al recordarlo.

—Lo siento muchísimo.

Me sale del corazón.

Ella asiente y sigue con el relato.

—Una noche vino borracho y yo dormía. Me sacó de la cama por los pelos y, de no ser por el vigilante que me había asignado, me hubiera matado de la paliza tan grande que me dio. Ese hombre lo detuvo y me llevó al hospital muy malherida.

Hace otra pausa para tomar aire.

Bebo *whisky*, aunque no me guste, pero estoy atacada escuchando lo que nos cuenta esa mujer. Matteo está llorando en silencio y mi madre también.

—En el hospital no daban mucho por mi vida. Le supliqué a mi vigilante que me matara, que no aguantaba más ese infierno de vida. Recuerdo que me miró y me dijo: no volverás a esa vida.

Francesca se toma unos segundos y estamos todos expectantes.

—¿Qué pasó, señora? —pregunta mi madre entre sollozos.

—Ese hombre lo preparó todo y fingió mi muerte. Paolo no quería problemas y tampoco puso mucho interés en que investigaran. Esta vez me había desfigurado la cara y mi salvador usó un cadáver de la morgue que nadie reclamó y lo incineraron. Todos se lo creyeron.

Madre mía, tengo los pelos de punta y casi no me quedan uñas que morder.

—¿Por qué nunca has contado nada, mamá? ¿Y mis hermanos? —pregunta Matteo.

Ella hace un gesto con la mano para que espere, que todavía no ha terminado.

—El hombre que me salvó fue Romano Marchese.

Todos estamos con la boca abierta. Mi madre no entiende mucho, aun así, está conmocionada.

—Me trajo de vuelta a Sicilia, a nuestros orígenes y a los de su clan. Estaba en Nueva York para espiar a Carsini, pero se enamoró de mí en silencio y no soportó ver las torturas a las que me tenía sometida. En cuanto vio la oportunidad, planeó mi muerte y me salvó. No quería verme envuelta de nuevo en clanes de la mafia,

pero Romano es un hombre que me quiere y me ha respetado siempre. Al final me enamoré de él, y tuve a Matteo, mi querido hijo. —Lo mira con amor.

—¿Y tus hijos? ¿No tienes miedo de que Paolo Carsini te encuentre? —pregunto con curiosidad.

—Murieron todos hace cinco años en un accidente de coche, por eso hemos vuelto a Nueva York. Ya no hay peligro que temer. Mis hijos dejaron de serlo hace mucho, cuando Paolo me los arrebató. Les seguí la pista y todo lo que leí de ellos, es que se habían convertido en unos monstruos igual que su padre. No siento nada por algo que no he querido —dice sin remordimientos.

Matteo la mira consternado. Desconocía esa historia trágica de su madre y está desubicado. Tiene que procesar toda esa información.

—Sé que todo esto es muy duro, no quiero ser grosera ni parecer insensible, pero ¿qué tiene que ver todo esto con la contratación de mi madre? —pregunto con tacto.

—No te preocupes —dice ella acomodándose en el sofá rojo sangre—. Habías salvado la vida de Baresi en el bar que trabajas y a Matteo lo pusiste en su sitio cuando se quiso pasar de listo. Yo sabía lo que escuchaste ese día en el reservado y no te chivaste a Baresi. Te investigué y supe que tu madre necesitaba trabajo, así que la contraté, cosa de la que no me arrepiento, pues es una estupenda cocinera y como empleada es ejemplar —lo suelta así, como si nada.

—¿Cómo puede saber lo del reservado? —pregunto atónita.

—Es cierto, ¿cómo puedes saberlo? —repite Matteo.

Francesca suspira.

—Cariño, porque a ti te controlo más que a nadie. Tengo ojos y oídos en todas partes. Ella fue un daño colateral —dice suavemente, como si cantara una nana.

Matteo se levanta indignado, justo lo que iba a hacer yo.

—Tengo treinta y dos años, no puedes tratarme como un crío —se rebela.

—Me arrebataron a dos hijos que no pude criar. Murieron sin conocerme ni yo a ellos, no estoy dispuesta a perder a mi único hijo, te guste o no —dice enervada—. Antes de regresar a Nueva York, conocí la historia de un niño santo, murió con quince años y me

llegó al corazón. Me hice muy devota de él, pero no imagino lo que es perder a un hijo al que amas de verdad —añade mirando a Matteo con ternura.

—El santo de la medalla —susurra mi madre.

Estoy muy confusa y quiero salir corriendo. También necesito procesar muchas cosas. No entiendo cómo he podido llegar a esta situación y lo peor, involucrar a mi madre.

—Mamá, vámonos.

Francesca coge suavemente a mi madre de la mano.

—Alma, ¿te espero mañana? —pregunta con normalidad.

Miro a mi madre muy seria, pero ella solo tiene ojos para la italiana. Parece abducida.

—Sí, señora, hasta mañana.

Francesca sonríe y tiro de mi madre hacia la puerta de salida. Entramos al ascensor.

—¿Cómo que sí señora?

—Necesito el trabajo, no me repliques. —Levanta el dedito—. Y ya me explicarás quién es ese Baresi —añade.

—¡Nadie, no es nadie! —Alzo la voz.

Doy golpecitos con el pie en el suelo, nerviosa por salir de ese edificio.

—Es alguien y seguro que también es de los italianos esos que ha hablado la señora. —Su tono de voz es amenazante.

Me giro e intento mantener la calma.

—¿Te has enterado de lo que ha contado tu jefa? Clanes, mafia, asesinatos, fingir muertes, ocultar identidad… ¿Quieres que siga?

Me cruzo de brazos.

—Hija, vivimos en el Bronx. Eso ocurre todos los días y más cosas horribles, solo que tu padre y yo hemos intentado protegeros de toda la chusma que hay al nuestro alrededor. No soy estúpida, créeme. Si tengo que limpiar la mierda de la casa de un mafioso, claro que lo haré. Mientras me paguen, para mí todos son iguales. Mi prioridad es alimentar y cuidar a mi familia. ¿Te has enterado? —Me pone el dedo otra vez delante de la nariz.

Me deja sin palabras. Tengo a la madre más maravillosa del mundo.

Se abren las puertas del ascensor y salimos directamente a la calle. Donald llama a mi madre para contarle algo que no me interesa.

—Mamá, te espero fuera, necesito aire fresco —le digo la verdad.

—Espérame que ahora voy. Tengo que arreglar una cosa de horarios con Donald.

Casi ni la escucho. Me apoyo en la pared del edificio y miro hacia el cielo, aunque no se ve nada. Solo edificios gigantes que lo tapan todo. El bullicio de la gente, los coches pasar… la ciudad está en pleno apogeo.

—Sloane, menos mal que te he pillado a tiempo.

Aparece Matteo casi sin aliento y me pongo tensa de nuevo.

—¿Sabías que mi madre trabajaba en tu casa? —le grito como una loca.

—¡No!, no tenía ni idea. Me he quedado tan sorprendido como tú. Todavía estoy en *shock* con lo que ha contado mi madre. Me acabo de enterar de que he tenido dos hermanos y que ya están muertos. ¿Cómo crees que estoy?

Mueve los brazos haciendo aspavientos y camina de un lado a otro sin sentido.

Me arrepiento de haberle gritado. Lo cierto que tiene que ser una putada digerir todo lo que ha soltado su madre por esa boquita.

—Lo siento, para mí ha sido muy fuerte también. Tranquilízate, que me estás mareando.

Lo agarro por los hombros y lo paro.

—Solo quiero tener una vida normal, casarme con Bianca e irme lejos de aquí, te lo juro.

—¿Tu madre sabe lo de Bianca?

—Pues al parecer sí, y por lo que veo, lo tenía muy callado. Hablaré con ella al subir. Todo esto me sobrepasa. Demasiada información y ya no sé quién es mi madre. —Rompe a llorar en medio de la calle.

Me ruborizo al ver a un tío grande con traje sollozando en plena acera de la Quinta Avenida, y no sé cómo actuar. Al final lo abrazo y lo consuelo.

—No llores por Dios. La gente nos mira y no me siento cómoda en esta situación. Ya la hemos liado bastante —le susurro al oído.

Matteo me rodea la cintura con sus brazos y me aprieta contra su pecho. Me pilla desprevenida, pero solo busca consuelo. Hunde su cabeza en mi cuello y llora por todo lo que acaba de descubrir.

—Está bien, desahógate.

Le paso las manos alrededor del cuello y le acaricio los hombros para que se calme.

—Gracias, Sloane, no sé cómo pagarte lo que haces por mí y por Bianca —gimotea.

—Tranquilo, ya vendrán tiempos mejores, seguro que tu madre tenía sus razones para no contártelo hasta ahora —intento animarlo.

Él está mirando hacia el edificio, pero yo estoy de cara a la carretera. Veo pasar un coche negro que reconozco al instante. Pasa muy despacio y la ventanilla trasera se baja, puedo ver la cara de Nicodemo llena de rabia y los ojos inyectados en sangre. Me quedo paralizada imaginando lo que le está pasando por la cabeza ahora mismo, viéndome abrazada de nuevo al hombre que más odia en este mundo y delante del edificio donde vive.

Matteo en ese momento se separa y me coge la cara con las dos manos. Se acerca para darme un beso en la cara. Pero Nico ya no está para ver el beso inocente de agradecimiento que recibo. Su imaginación se habrá ido a lo más sucio, pero es que las circunstancias dan a entender lo que su mente quiera.

—Gracias de nuevo, Sloane.

—No tienes que dármelas. Solo te pido que cuides de mi madre.

—Eso está hecho.

Me besa la mano y regresa al edificio más tranquilo mientras yo estoy al borde del colapso. Esa mirada de Nicodemo, no la olvidaré nunca. Me tiemblan las piernas y me fumaría un cigarro sin ser fumadora.

—Ala, ya podemos irnos. —Mi madre me mira—. Hija, por Dios, ni que hubieras visto un fantasma. ¿Te encuentras bien?

Me toca la frente con la mano.

—No, mamá. No me encuentro bien. Quiero irme a casa. —Se me quiebra la voz.

Aparece un Mercedes negro delante del edificio y baja un chófer al que ni le veo la cara.

—La señora Francesca me ha enviado para que las acompañe, se ha hecho tarde y quiere que lleguen bien a casa —dice con mucha educación.

Por una vez en la vida, no le voy a decir que no, porque estoy deseando llegar a mi casa y hundirme en la pura depresión.

Me meto en el coche y mi madre me sigue. Ella está privada y emocionada de ir en un coche de lujo. Me habla, pero no la escucho. Solo tengo en mente a Nico y una frase muy popular que me viene a la cabeza.

A veces, las apariencias engañan.

¿Cómo se lo explico?

9

Y voló la bandeja

Mi madre y yo no hablamos del tema y menos en casa. Paso dos días como una zombi y mi única vía de escape es el gimnasio. Me encuentro con Lara, pero no me atrevo a contarle lo del trabajo de mi madre y menos lo que sé de la señora Francesca. No estoy preparada y tampoco quiero poner en peligro a más gente. Bastante la he expuesto ya.

Mi moral está por los suelos y mi único desahogo es el saco de boxeo y machacarme con las clases de Antonio. Salgo tan agotada, que no tengo fuerzas para pensar. Eso es lo que busco y necesito.

Me doy una ducha y recojo mis cosas para irme. Suena el móvil en mi mochila y veo que es Joe. Hago una mueca con la boca y dudo en responder, pero al final lo hago.

—Hola, Joe —contesto con desgana.

—Sloane, sé que últimamente no estás bien, pero necesito saber si vas a regresar al trabajo. No puedo mantener tu puesto libre y necesito gente. ¿Vas a volver o contrato a alguien? Me sabe mal, pero es lo que hay. Tengo que mirar por mi negocio. —Es sincero.

Dudo durante unos segundos que se me hacen eternos. No sé qué debo hacer, pero el dinero me hace falta y también la tentación de poder ver a Nico, aunque me cueste admitirlo.

—Cuenta conmigo —respondo al fin.

—No esperaba menos de ti.

Y termina la llamada.

Regreso a casa y me cambio de ropa. Estoy un poco nerviosa porque no sé qué me deparará esta noche. Me muero por ver a mi italiano, pero sé que me odia por lo que ha visto, aunque es falso, pero ya ha sacado sus conclusiones. Aun así, no puedo evitar lo que siento por él.

Salgo de casa y camino por las calles de Mott Haven y hace frío. Me tapo la cara con la bufanda y apuro el paso. La gente va estresada por la calle y nos tropezamos a veces, vamos como pollos sin cabeza por la vida.

Entro en El Refugio y todavía no han llegado los clientes. Me acerco a la barra, Joe le está sacando brillo.

—Al final has venido. —Me dedica una sonrisa.

—Gracias por tener paciencia conmigo, has sido muy generoso. Espero no fallarte —le agradezco la nueva oportunidad.

—Me alegra oír eso. No te preocupes, cuidaremos de ti.

Me pico un poco con esas últimas palabras. ¿Por qué iban a tener que cuidar de mí? No sé, quizá sean paranoias mías. Últimamente es lo que ronda por mi cabeza; paranoias y conspiraciones inexistentes.

Entro en el vestidor para ponerme el uniforme y suena el móvil en la mochila.

—¿Diga?

Escucho una respiración profunda y cuelgan. La verdad, no sé cómo me quedo.

Busco el número en llamadas recientes y veo que es un número desconocido. No quiero pensar en cosas raras, seguro que es una llamada de esos teleoperadores que no hacen más que llamar para querer venderte a sus madres si les dejas.

Sigo vistiéndome y el móvil vuelve a sonar. Esta vez ya me está tocando las narices. Veo que es el número oculto de nuevo. Respondo de mala manera.

—¿Quién coño eres? —Soy grosera y le grito.

De nuevo esa respiración profunda.

—Oye, no tengo tiempo para perder el tiempo con llamadas de mierda, así que, ¡deja de molestar y piérdete! —le grito.

Otra vez la respiración, cae vez más profunda y agitada. Eso me cabrea muchísimo.

—¡Degenerado!¡Me cago en tu puta madre!

Y corto la llamada.

Me pongo nerviosa. Al principio pienso que es una equivocación o un vendedor, pero dos seguidas… ya no es una casualidad. Opto por apagar el móvil y termino de ponerme el uniforme.

Cuando salgo al bar, todos me dan la bienvenida. Los gemelos Evans, Joana, Lara y, por supuesto, Joe. Tengo que reconocer que los echaba de menos y me emociono.

—Sois geniales. —Hago un puchero.

—No seas tonta, ¿dónde vas a estar mejor que con nosotros? —Me abraza Lara.

—¿No estás enfadada?

—Qué va, tonta. Me alegra que hayas vuelto. Ahora a trabajar. —Me da una palmada en un culo.

Me siento agradecida y miro con otros ojos a la clientela que entra, ya que sé de qué van la mayoría de ellos. Jamás pensé verme rodeada y tratando con los grandes clanes de la mafia de Nueva York… pero aquí estoy.

—Recoger vasos y fregar, ¿no? —pregunto a Joe.

Este me sonríe.

—Creo que ya va siendo hora de que te estrenes como camarera. Además, sabes llevar la bandeja perfectamente. —Me guiña un ojo.

—¡Ala! Ya eres una de las nuestras —festeja Joana.

Me pongo colorada.

—Gracias, espero hacerlo bien. —Me ruborizo.

—No me cabe la menor duda. Si sabes traer los vasos vacíos en una bandeja, sabrás llevarlos llenos, solo que pesarán un poco más —añade Angus, el novio de Joana.

—Seguro que puede, ha entrenado en el gimnasio y que no se le ponga nadie delante —bromea Lara.

—¡Por favor, dejadlo ya! Solo voy a servir mesas, igual que vosotros. Gracias por vuestro apoyo, de verdad. Os echaba de menos —digo emocionada.

—Venga, a trabajar que esto empieza a llenarse —nos ordena Joe.

Nos ponemos en marcha, ya que en El Refugio empiezan a entrar los primeros clientes y hay que tomar nota de las comandas.

Todo va genial y estoy entretenida, hasta que entra Matteo Marchese con dos colegas suyos que no conozco, ni me interesa hacerlo. Me ve y giro la cabeza yéndome hacia otro lado. No quiero que me cause más problemas. Me cae bien, no puedo negarlo, pero cada vez que me acerco a él, algo malo pasa.

Voy hacia la barra y Lara coincide conmigo.

—Oye, ¿has visto a Matteo? —cuchichea bajo.

—Sí, lo he visto entrar. —No le doy importancia.

—¿Te ha contado algo de cómo va con Bianca? —insiste en el tema.

—Lara, no lo sé ni me importa. Ya hicimos por él todo lo que pudimos y más. Ella está a salvo. Ahora que se arreglen entre ellos. No le vamos a organizar la boda, ¿no? —respondo irascible.

Ella me mira con los ojos muy abiertos.

—Tranquila, fiera. Solo era una pregunta sin importancia, pero ya veo que a ti sí que te afecta. No te molesto más.

Hace el amago de irse, pero la detengo.

—Lo siento. Tú no tienes la culpa, pero el echarle una mano a Matteo, me ha salido caro. No quiero pagarlo contigo cuando me has ayudado en todo.

Le doy un abrazo.

—Si lo dices por Baresi, seguro que tarde o temprano se dará cuenta de que no tienes nada con Matteo y se arreglará la cosa. Tranquila. —Me da ánimos.

—Eso ya no es posible, pero solo quiero que deje de dolerme —me sincero.

—Te diría que es fácil, pero te mentiría, las… —Lara se calla.

Sigo su mirada y veo que Nicodemo Baresi acaba de entrar en el local.

—¡Joder!

Me escondo detrás de mi compañera.

—No te va a servir de nada, creo que ya sabe que estás aquí —susurra.

—¿Por qué dices eso?

—Porque lleva días sin venir y justo reaparece hoy, cuando vuelves al trabajo. Esta gente lo sabe todo —dice mi amiga con inquina.

—Voy al cuarto donde nos cambiamos a tomar un descanso, díselo a Joe.

Me esfumo a hurtadillas sin que Nico me vea. Entro y apoyo mi espalda contra la puerta mientras intento controlar la respiración

agitada. El corazón me va a mil revoluciones y estoy al borde del infarto.

—¡Mierda! —maldigo en voz alta.

Si es que lo sabía, esto iba a pasar. Si vengo a meterme en la boca del lobo. Intento respirar y tranquilizarme. Me doblo y apoyo las manos en las rodillas. Respiro profundamente e intento despejar la mente para pensar con claridad. Soy fuerte, solo es un hombre que tengo que olvidar y, para superarlo, tengo que enfrentarme a mis miedos, yo puedo.

Toco la medalla que me regaló mi madre y la agarro con fuerza. Le pido a ese niño santo que me dé fuerzas y que sea lo que tenga que ser. Beso la medalla y me levanto. Estiro los brazos y crujo el cuello como si fuera a entrenar y salgo al *ring*…

Me dirijo a la barra y veo a Brian, el novio de Lara que me hace señas.

—¿Dónde estabas? Necesito que lleves estas bebidas a la mesa ocho —me apremia.

—Lo siento, he ido al baño. Voy derrapando.

Cojo la bandeja y me la pongo a la altura de la cara para no ver a Nicodemo. Tengo que pasar por delante de su reservado. Debería estar cerrado, pero lo tiene abierto a cal y canto. Justo cuando paso por delante, oigo que me llama.

—Camarera, ¿puede tomarnos nota?

Su voz es seria y autoritaria.

Me encrespo como un gato, pero intento mantener la compostura.

—Voy a servir estas copas y luego vengo a tomarles nota —respondo con la misma seriedad.

—No tarde que hay sed —me increpa.

Respiro hondo.

—Pues vaya pidiendo a otra camarera, señor. Yo no puedo clonarme y estar en dos sitios a la vez. —Intento no perder los nervios.

—¡Mueva el culo y dese prisa, coño! —me dice de malas maneras.

Ahora Nicodemo se ha pasado tres pueblos.

Me detengo con la bandeja en lo alto y le miro a los ojos.

—¿Me puede repetir lo que ha dicho? —Mi voz es amenazante.

Lara se da cuenta de la situación, bueno, ella y todo el bar. Suena la música, pero no se oye ni un murmullo de la gente. Se ha creado una atmósfera tan tensa entre los dos, que se puede cortar con una navaja.

Nicodemo se pone en pie y me desafía todavía más con su arrogancia.

—Que muevas el culo y que te des prisa en traerme las putas copas —suelta con desprecio—.¡*Sei una traditrice!*

Lo de llamarme traidora al final, su coletilla mortal, acaba encendiendo una mecha en mí, que me hace perder la cabeza.

Le tiro la bandeja llena de copas encima.

—¡Aquí tienes tus copas, cabrón de mierda! —le grito.

Se produce un cataclismo.

Nico se protege la cara con los brazos por puro instinto y los esbirros que lo acompañan, también. El reservado es un caos de cristales rotos y mezcla de olor a bebidas fuertes. La gente chilla y otros ni hablan.

Joe se lleva las manos a la cabeza y corre hacia el reservado, y Lara me saca de allí en volandas y me lleva al cuarto mientras se desata el caos en El Refugio. Lo último que oigo, es a Joe gritar que estoy despedida. No es algo que me sorprenda.

—¿Se te ha ido la pinza? ¡¿Pero ¿qué has hecho loca?! —me grita Lara.

—¡Me ha insultado! Me da igual quién sea, pero no tiene derecho a humillarme —grito frustrada.

—¡Joder, Sloane! Menuda has liado. ¡Coge tus cosas y vete por la puerta trasera! Ya te llamaré —me invita a irme.

Agarro mi mochila y me voy como los ladrones por la puerta de atrás. Antes echo un vistazo y veo que Nico está liando un pollo de los grandes en el bar. Matteo sale y los dos se miran a muerte. Joe intenta mediar, pero uno de los esbirros de Nico lo aparta de manera intimidante.

—¡No! —exclamo angustiada para mí.

No puedo irme y dejar que haga daño a Matteo.

Medio bar se ha despejado y el otro se está yendo al ver que Baresi y Marchese están a punto de enfrentarse en público. Hablan

en italiano y se insultan y maldicen. Nico ataca a Matteo por la muerte de su hermano y jura que matará a su padre y todo su clan. Matteo le dice que son inocentes y que no le amenace o irán a por él. Van a enzarzarse cuando hago otra estupidez de las mías.

—¡Basta! —grito a pleno pulmón.

Todos se giran hacia mí y veo que Nico muestra una sonrisa cínica.

—Vaya, veo que has vuelto para la fiesta final —se burla.

—No, vengo a disculparme por lo que he hecho. Este bar tiene unas reglas y yo me he saltado una que ha provocado otra más grande —les recuerdo.

—¿De qué habla esta tía? —pregunta un esbirro.

Matteo y Nicodemo se miran y lo entienden.

—Ni armas, ni putas, ni peleas —las enumera Joe.

—Exacto. A mí ya me han despedido por no tener aguante a las groserías de un cliente, pero si destrozáis este bar, ya no tendréis dónde reuniros con tranquilidad y sin que haya rivalidades como las que se están creando ahora. Aquí se viene a disfrutar, a beber y a desconectar de lo que sea que hagáis ahí fuera. Os recomiendo que os lo penséis bien, antes de destrozar El Refugio, no encontraréis un lugar igual —termino mi discurso y le pido perdón a Joe.

Nico señala a Matteo.

—Hoy te salvas, pero ya te pillaré fuera —le amenaza.

—No te tengo miedo, Baresi —responde Matteo.

Nico me mira y viene hacia mí. Me pongo tensa.

—Tampoco me voy a olvidar de lo que me has hecho hoy. Me has estropeado un traje de seis mil dólares, *¿capisci?*

Mueve los dedos delante de mi cara.

Esta vez no me amedrento. No me va a pisar.

—*Dimenticati di me per sempre. ¿Capisci?* —le contesto en su idioma, le vengo a decir que se olvide de mí para siempre, y que si lo entiende él también.

—*¡Brava!* —aplaude Matteo.

Nico se queda bloqueado y fuera de juego, no se lo esperaba, pero mi paciencia tiene un límite.

Se gira y chasquea los dedos para que le sigan sus esbirros.

—*Andiamo via da questo posto.*

Sale furioso con su tropa. Les dice que se van a otro lugar.

Me desinflo y me siento en un taburete. Matteo se acerca y me pone una mano en el hombro.

—Gracias de nuevo —susurra en voz baja para que no lo oigan.

—¿Sabes que me causas muchos problemas? —Sonrío a pesar de que estoy rota por dentro.

—Lo sé y lo siento mucho. ¿Quieres que te lleve a casa? —se ofrece amablemente.

—¡Por Dios, no! Ya he tenido bastante por hoy. Cuídate y arregla tus diferencias con los Baresi.

—Tiene difícil arreglo, si no aparece esa mujer y cuenta la verdad. Mi padre no ordenó jamás la muerte de Ricardo. Le quería como un hijo —afirma con nostalgia.

—Pues Nico está convencido de lo contrario, te lo aseguro.

—Lo sé, por eso no me deja estar con su hermana. —Baja la mirada.

—¿Cómo está Bianca?

—No la he vuelto a ver. Estamos siendo prudentes. Pero con muchas ganas de que todo termine. Todavía estoy conmocionado por lo de mi madre.

—Me lo imagino.

—Creo que lo de mis hermanos y Paolo no fue un accidente, he estado investigando un poco —me cuenta sus pesquisas.

Me tapo los ojos.

—Matteo, deja que los muertos descansen y no revuelvas el pasado. Tu madre está a salvo y no creo que le haga gracia que investigues eso. Déjalo pasar. Además, si eran unos cabrones, le hicieron un favor a tu madre —digo lo que pienso, aunque suene cruel.

—Pero eran mis hermanos —protesta.

Me pongo en pie para irme.

—Piensa que, si ellos no hubieran muerto, tú no habrías nacido. ¿Te queda claro? Ahora me voy.

Y se queda pensativo mirando al suelo.

Las verdades duelen, pero es mejor eso a vivir en una mentira. Así estoy yo, por no haber contado la verdad desde el principio. La madeja se ha hecho más grande que el gato.

—¡Sloane! —me llama Joe.

Me giro y bajo la cabeza avergonzada.

—Lo siento, de verdad que lo siento. No me pagues nada, ya sé que es poco, pero por lo menos que te ayude para reparar los desperfectos.

Me muero de la vergüenza.

—No hace falta, Baresi se ha hecho cargo de todo. Te ha increpado y lo pagará él. Ya sé que te he despedido, pero no quiero que te vayas, sigue trabajando aquí. —Me sorprende su propuesta.

—No, qué va, eso es imposible. Me gusta el bar y mis compañeros, pero no puedo seguir, ya es por cuestiones personales —le confieso.

—Me lo imagino, pero ándate con cuidado. —Me guiña un ojo.

—Pues ya está todo dicho. Quizá me pase algún día a tomar una copa, ¿quién sabe?

Lo abrazo.

—Que tengas mucha suerte, Sloane.

—Gracias, Joe.

Me despido de mis compañeros, que no es nada fácil. Les he tomado mucho cariño, aunque mi estancia en El Refugio haya sido más bien fugaz, pero me han demostrado la buena gente que son. Joana me abraza y Lara desaparece. Supongo que se le hace más duro, aunque sé que la volveré a ver.

Me voy llorando del local. No sé si por el trabajo o por ver el nivel tan alto de odio que me tiene Nico. Tal vez pida algún favor y me vaya del Bronx algún tiempo. Necesito cambiar de aires y de gente. Esto me está perjudicando mentalmente y no me siento nada bien.

¿Qué me has hecho Nicodemo Baresi? ¿Por qué es tan difícil sacarte de mi cabeza sabiendo que me detestas?

10

Muerta y rota

Es muy temprano y mi madre entra en mi habitación. He pasado toda la noche llorando y no he pegado ojo. Se sienta en una esquina de la cama y me acaricia la cabeza. Finjo estar dormida, pero a mi madre no se la engaña tan fácilmente.

—Cielo, puedes hablar conmigo. Me rompe el corazón verte así. Sé que no estás bien. Déjame ayudarte —susurra con dulzura.

Hago malabares por aguantar el llanto.

—No pasa nada, mamá. Vete tranquila al trabajo, solo estoy un poco resfriada —contesto con un hilo de voz.

—Hija, qué mal mientes, nunca ha sido tu fuerte. ¿Quieres decirme qué te pasa? —Su voz es autoritaria.

Me giro y ve mis ojos hinchados de llorar. Su expresión lo dice todo. Me abraza y me acuna como cuando era pequeña.

Rompo a llorar.

—Es por el italiano ese que nombró mi jefa, ¿verdad? —deduce enseguida.

Es muy lista, no puedo fingir más.

—Casi todo —admito.

—Ay, niña, los hombres nacieron para hacernos sufrir, de una manera u otra, pero si es para ti, el destino se encargará de juntaros, lo mismo si es lo contrario, así que tienes que aceptar lo que te venga —reflexiona.

—¿Y cómo voy a saber si es el indicado o no? Yo le amo, pero él me odia. —Rompo de nuevo a llorar.

Mi madre suelta una risa socarrona y me acaricia la cabeza de nuevo.

—¿Te ha dicho él que te odia o solo lo aparenta?

Su pregunta me deja frito el cerebro.

—¿Cómo dices?

—Una cosa es decir y otra es hacer. Puedes decir que eres una diosa, pero eso no significa que sea cierto. Lo mismo que te ha dicho él, soltamos muchas cosas por la boca, pero la mayoría de las veces, y sobre todo en caliente, no las sentimos. Las verdades se dicen en la intimidad y con el corazón, ya sea frío o caliente, para bien o para mal. Así que, anímate y si ese hombre te tiene que decir que te odia, que le eche huevos y que te lo diga a la cara, así sabrás si es verdad o no.

Mamá me da un beso y se levanta para ir a trabajar, mientras yo, he dejado de llorar y me quedo pensando en lo que me ha dicho. Ni una psicóloga me hubiera dado un consejo tan bueno como el que acabo de recibir de mi madre.

—Gracias, mamá, te quiero.

Me levanto de la cama y la abrazo con eterna gratitud y amor.

—Cariño, no me debes nada. Solo quiero que seas feliz, y si tiene que ser con ese *Espagueti* que no me hace gracia, pues lo aceptaré —me susurra al oído—. Ahora tengo que irme a trabajar con los otros *Espaguetis*, nos vemos a la noche.

No puedo evitar reírme por cómo se dirige a ellos, pero consigue animarme y sacarme de la madriguera donde quería meterme todo el día. Voy a hacerle caso a mi madre y, si Nico me odia, pues daré un giro a mi vida, pero tengo que saber la verdad antes.

Cojo el móvil y lo desbloqueo. Tengo que respirar profundo varias veces. No es tan fácil como lo he imaginado en mi cabeza. Intento darle al botón de llamada, pero mi dedo se resiste a hacerlo.

—¡Joder!

Tiro el móvil encima de la cama y empiezo a moverme por la habitación inquieta.

Lo cojo de nuevo y le doy al botón de llamada sin pensar. En cuanto da el primer tono, me acojono y cuelgo.

—¡Mierda! —maldigo en voz alta.

Me llevo las manos a la cabeza y me revuelvo el pelo frenética. No soy capaz de hacerlo. También estoy dolida y tengo miedo a que me humille de nuevo.

De pronto el móvil suena y el corazón se me detiene dentro del pecho al ver que es Nico quien llama. Lo agarro y respondo con un nudo en la garganta.

—¿Di-ga? —titubeo.

Me lo estoy imaginando, sonriendo y burlándose de mí.

—Dime tú, me has llamado, ¿no? —Su voz es seria, pero no parece hostil.

—Sí, quiero hablar contigo si es posible, sin que llegue la sangre al río. Voy en son de paz.

Tan pronto suelto la frase, doy un pisotón en el suelo y me muerdo la lengua, por lo torpe que he sido eligiendo las palabras.

—Hummmm… creo que podré hacer una excepción. Me salvaste la vida y te debo un favor. Soy un hombre de palabra —dice con orgullo.

Ahora tengo ganas de mandarlo a la mierda y que se guarde el favor donde le quepa, pero recuerdo las palabras de mi madre y la que se traga el orgullo soy yo.

—Está bien. Dime cuándo tienes disponible y dónde. —Me pongo a la defensiva.

—Te noto tensa, ¿tu amante Matteo no sabe relajarte bien?

Suelta esa bomba y abro la boca para insultar, pero la cierro y me contengo.

—No tengo que darte detalles de mi vida privada y menos por teléfono, si quieres hablar conmigo, será cara a cara —le espeto.

No se lo espera y siento la respiración agitada al otro lado del teléfono. Sé que se está conteniendo, no le he negado lo de Matteo y ahora está cabreado. Creo que me va a colgar o a insultar…

—Jason pasará a recogerte en una hora.

Y me cuelga sin darme opción a decirle si me viene bien o no. Sé que lo he cabreado… y mucho.

Me siento en la cama y pienso en el entuerto que me he metido. Ahora no hay marcha atrás. Toca ir de frente y poner las cartas sobre la mesa.

Estoy esperando a que llegue Jason a recogerme. He sacado toda la ropa del armario de los nervios que me corroen por dentro. No quiero ir con los mismos vaqueros viejos de siempre. Al final he encontrado un vestido gris de punto, largo, ajustado y de cuello vuelto. No es gran cosa, pero me sienta de maravilla y me hace muy buena figura. Le fallan las botas militares negras, pero es mi estilo de vestir y no tengo otro calzado bueno para ponerme y más, con el frío que hace. Me dejo la melena negra suelta y me maquillo un poco. El resultado es más que aceptable. Si hoy es la última vez que va a verme, por lo menos que le quede una buena imagen de mí.

Veo el coche negro aparcado en la acera enfrente de mi edificio. Bajo corriendo y luego salgo con calma. Jason sale del coche para abrirme la puerta y me hace un gesto con la cabeza.

—Buenos días, señorita Sloane —saluda muy serio.

—Buenos días, Jason. —Soy cortante.

Subo al coche y, como en la vez anterior, todo está oscuro y no me da opción a ver nada. Jason sube el vidrio oscuro y me deja aislada en el ataúd de lujo con ruedas. Me pongo los cascos y la música en el móvil, esta vez he venido prevenida para evitar la tortura de Beethoven. Me sumerjo en mis pensamientos, en cómo será nuestro encuentro. Pienso en mil y una posibilidades.

Ninguna termina bien.

Empiezo a mover la pierna inquieta. Ni la música puede calmarme. No sé si esto es una buena idea. Me estoy arrepintiendo un poco. El trayecto se hace eterno, me estoy agobiando y muevo los dedos de las manos sin control, parece que toque un piano inexistente… Me quedo quieta.

El coche ha parado y me sube un sudor frío por la espalda. Es el momento de la verdad.

—Ya puede bajar, señorita Sloane —dice Jason abriendo la puerta del coche.

Veo que estamos en el garaje de la vez anterior y me apeo del coche observándolo todo, pero él no está.

—Sígame, creo que ya conoce el resto del camino —me indica Jason.

Le sigo hasta el ascensor privado, mete la llave especial y subimos al ático. Contengo la respiración.

Llegamos, entro en el gran salón y miro hacia atrás. Jason baja de nuevo en el ascensor y me quedo paralizada. Camino hacia los enormes ventanales y acaricio con mi mano el enorme sofá gris de piel, en el que follamos la última vez. Bueno, uno de los sitios. Me fijo en la decoración moderna y elegante con una colección de arte exclusiva y muebles de diseño italiano, en la que no pude reparar la última vez, pues no me dio tiempo. No es sobrio, como la casa de Francesca, aquí el ambiente es cálido.

—Veo que ya estás aquí. Espero que lo que me tengas que decir sea importante, pues tengo muchas cosas que hacer hoy. Mi tiempo es oro.

Nico entra a matar.

Me doy la vuelta y lo veo con unos pantalones sueltos de deporte y una camiseta de manga corta blanca. Tiene el pelo mojado y es una visión que desordena mis neuronas de lo *sexy* que está. Parece más joven y totalmente inocente. Un chico de la calle, como yo. Tengo que parpadear, para normalizar esa visión y centrarme que es Nico el que me está hablando.

—Hola, no vengo a malas. Necesito aclarar unas cosas contigo —hablo tranquilamente.

Veo que él me observa de arriba abajo. Noto como su mirada se clava en mi cuerpo, en cómo me desnuda con esos ojos penetrantes, pero luego desvía su atención y va a por un vaso de *whisky*.

—Me parece bien. ¿Quieres una copa? —me ofrece, mientras se sirve.

—Es un poco pronto para beber. Gracias —declino la oferta.

—Nunca es pronto para nada. Hay que hacer lo que te apetece cuando lo necesitas. Si esperas, ese momento pasa y no sabes si podrás volver a tenerlo. Puede que me maten en diez minutos y me quedaré sin beber este fabuloso Macallan, ¿no opinas lo mismo?

Me mira mientras bebe un sorbo.

Niego con la cabeza.

—Estás diciendo tonterías. Nadie te va a matar dentro de diez minutos.

Levanto las manos en un gesto de indignación.

Vuelve a mirarme muy serio y me pone la piel de gallina. Se acerca a mí y yo retrocedo.

—Cierto, no pueden matarme porque ya lo hiciste tú traicionándome con Matteo Marchese —escupe con rabia.

Bebe el *whisky* de golpe y se sirve otro.

—No tengo nada que ver con Matteo, no estoy liada con él, solo somos… conocidos del Refugio —digo al fin.

Nico suelta una carcajada que me pone los pelos de punta y viene como un loco hacia mí.

—¡Mentira! —sisea—. Te vi abrazándolo delante de su edificio. Ahí no estabas en El Refugio. No me mientas, Sloane, me has traicionado con mi peor enemigo y en el bar lo has defendido, humillándome delante de todos. Si fueras un hombre, te habría… —Se muerde la lengua.

Aprieto los puños y le hago frente con lágrimas en los ojos.

—No te cortes, ¡dilo! —grito.

Pero se da la vuelta y no es capaz de hacerlo.

—¡Que lo digas! ¿Tan difícil te resulta decir que querías matarme? No soy un hombre, ¿qué diferencia hay si te he hecho el mismo daño? —grito con lágrimas en los ojos—. ¡Mátame!

—No me provoques, Sloane. ¡Vete a llorar con tu novio! —me grita y me señala la puerta del ascensor.

—¡No es mi novio! ¡No tengo nada con Matteo Marchese! —grito más fuerte.

—¿Qué hacías en la puerta de su edificio abrazada él? ¡Te vi! —chilla fuera de sí.

Cierro los ojos frustrada, no puedo contarle lo de Bianca. Estoy harta de mentir.

—Mi madre trabaja en su casa. Me enteré ese día. Matteo no lo sabía y su madre le contó cosas muy tristes. Bajó destrozado y yo solo lo consolé. Eso es lo que viste, ¡capullo!

Ahora la que llora desconsolada soy yo.

Nico parece conmocionado. Se queda sin réplica que darme. No soporto más esta tensión y me voy hacia el ascensor. Ya no quiero seguir aquí más tiempo.

—¿Adónde vas? —Su tono es más suave.

—¡Lejos de ti y de tus paranoias! —suelto lo que me nace del corazón.

Me alcanza antes de llegar al ascensor y me atrapa entre sus brazos. Me desconcierta del todo.

—¿Es cierto lo que me acabas de contar? ¿No tienes nada con Matteo Marchese? —me pregunta más tranquilo.

—Te lo juro, solo es un conocido. Entre él y yo no hay nada amoroso, ni nunca lo habrá. —Me tiembla la voz.

Nico apoya su frente contra la mía.

Me estremezco al notar su aliento tan cerca de mi boca y no sé si me cree o me va a meter dentro del ascensor de un empujón.

—*Voglio crederti, ma mi costa molto dopo il danno che mi hai fatto, amore mio* —me dice que me quiere creer, pero que le cuesta mucho, después del daño que le he hecho.

—Sabes que te entiendo, siento que pienses así, pero en ningún momento he querido hacerte daño. Te quiero, Nico. Me he enamorado de ti y solo quiero saber si tú y yo vamos a alguna parte o esto se termina aquí, porque no aguanto este sufrimiento. Tú también me has hecho daño.

Le muestro mis sentimientos a corazón abierto. Ahora tiene el poder de destrozarme a su antojo. Mis lágrimas caen por mis mejillas y Nico las seca con sus pulgares. Nuestras miradas se encuentran…

Nos besamos y el efecto es como cuando explotan los fuegos artificiales. Así me siento al notar sus labios contra los míos. Luego me besa la cara, se bebe mis lágrimas y vuelve a por mi boca. Estoy loca de amor en ese momento y me agarro a su cuello y lo abrazo para que no se escape y que ese momento se me quede en la mente para siempre.

Su lengua entra en mi boca y busca la mía. Hace una especie de tirabuzón que me pone muy caliente. Noto que el sexo se me contrae y me mojo.

—Nico —gimo.

Me coge en brazos y suelto un suspiro por la sorpresa. Me lleva a su habitación. No puedo creer que esté sucediendo esto.

Me tumba en la cama y se quita la camiseta. La vista es espectacular de ese torso tan bien tallado que le ha dado la naturaleza o el gimnasio, me da igual.

—Voy a follarte como nadie lo ha hecho, ¿lo sabes? —me dice con la voz ronca.

No puedo evitar ruborizarme, pero me muero de ganas de que lo haga.

—¿A qué esperas? —le provoco.

—Joder, no sabes lo cachondo que me tienes. Desnúdate para mí —ordena excitado.

El rubor vuelve a mis mejillas, pero hago lo que me pide.

Empiezo a quitarme las botas, que son un lastre. Nico se desprende del pantalón y no lleva ropa interior. Los ojos se me salen de las cuencas.

—¡Dios mío! —exclamo sin querer.

La otra vez no tuve tiempo para verlo con tanto detenimiento. Se está tocando y su polla crece mientras mira cómo me desnudo. Ya estoy en ropa interior. Llevo un conjunto negro de encaje, que compré en el mercadillo por buen precio y creo que lo voy a amortizar.

—Eres *bella* —sisea.

El corazón me va a mil y me quito el sostén. Sus ojos se agrandan y viene hacia la cama. Mi melena larga tapa mis tetas y es una estampa bastante erótica.

Se lanza sobre mi cuerpo y me estremezco. Vuelve a besarme como un poseso y yo se lo devuelvo con la misma gana. Su mano baja a toda velocidad hacia mis muslos y se cuela por mis braguitas negras. Me tenso un poco al notar que me introduce un dedo, al instante me relajo y disfruto del placer que me proporciona.

—¿Te gusta? —ronronea.

Asiento con la cabeza, no puedo hablar.

Sigue un rato masturbándome mientras me va comiendo las tetas y yo me retuerzo del placer que me proporciona.

—*Dio, quanto mi sei mancato* —me dice que me ha extrañado y me da un vuelco el corazón.

—*Anch'io a te* —le digo que yo también en italiano.

Eso le excita muchísimo…

—No sabes lo que me pone oírte hablar con ese acento, me vuelves loco.

Y baja con su lengua lentamente desde mis pechos hacia mi ombligo. Dibuja trazos con su saliva en mi cuerpo, como si estuviera pintando un lienzo. Sigue bajando hasta llegar al punto que más temo, al que nunca nadie ha accedido por pudor, por tabúes y vergüenza… y me tenso. Se detiene y levanta la cabeza para mirarme.

—Tranquila, déjate llevar y confía en mí. Solo quiero darte un placer que jamás olvidarás. Cierra los ojos —me susurra como un encantador de serpientes.

Noto cómo sus manos me bajan las bragas y luego me separa las piernas con delicadeza. Estoy nerviosa y excitada al mismo tiempo. Me besa en el interior del muslo y tengo un espasmo por el contacto de sus labios en mi piel.

—Déjate llevar —susurra dulcemente.

Sus besos calientes se acercan peligrosamente a mi sexo y tiemblo. No sé si de miedo o de excitación. No soy ninguna puritana, pero solo he dejado que me coma el coño Nico, porque no se lo he consentido a nadie. Así, mi último novio se enrolló con mi mejor amiga y la dejó preñada. Menos mal que se fueron a Boston, porque si no me restregarían los cuernos toda la vida.

Perdida en mis pensamientos, Nico acapara con su boca mi sexo y abro los ojos como platos.

—¡Joder! —gimo de placer.

Se acomoda entre mis piernas y su lengua hace magia dentro de mi vagina. Nunca he sentido nada parecido. Me lame y me succiona y es tan excitante, que siento que me voy a correr en un segundo. Es demasiado placer para poder soportarlo.

—Nico…

Pero él no me escucha.

Está ocupado lamiéndome y chupándome el clítoris. Me estremezco y le agarro el pelo. Tiro de él y me froto en su cara. Ya no hay vergüenza que valga. Quiero ese orgasmo y lo necesito.

—No pares, Nico, no pares —imploro entre gemidos.

Pasa sus brazos entre mis mulos y rodea mis nalgas. Me eleva de la cama un poco y su lengua me perfora hasta lo más íntimo de mi ser. Se retuerce dentro de mi coño y me hace enloquecer. Muevo mis caderas contra su cara y al final sucede lo inevitable. Tengo el mejor orgasmo de mi vida.

—Sí, sí, sí…

Me revuelvo el pelo y paso las manos por mi cara y me meto los dedos en la boca. Estoy enloquecida de placer.

Nico me mira y sonríe. Veo su cara mojada por mis fluidos, pero él se relame como si hubiera terminado el helado más rico que ha probado.

—Eres preciosa, me tienes obnubilado —gruñe.

Se tira sobre mi cuerpo y suelto un grito de sorpresa. Sigo excitada y mojada, pero extasiada del increíble orgasmo.

Me besa y noto el sabor de mi esencia. Es raro, pero no me desagrada. Se está acoplando entre mis piernas y noto su polla dura que pugna por entrar donde más desea. Suspiro en su boca y noto su aliento caliente. Este hombre me pone muy cachonda, simplemente con su olor.

—*Dio* —gruñe.

Cierro mis ojos color miel, al notar que se ha clavado en mí.

Siento cómo se empieza a mover en mi interior y abro la boca para gemir, pero él la tapa con un beso profundo. Entra y sale con suma facilidad. Sus testículos me golpean mientras penetra mi coño, cada vez con más fuerza. Está desbocado y yo le hinco las uñas en sus perfectas nalgas. Se salva que no las tengo largas, porque si no, lo hubiera atravesado.

—¿Qué me has hecho, bruja? —grita, descontrolado.

Me quedo un poco desconcertada, pero el empujón que me da con su polla hace que me olvide de sus delirios folladores.

—Nico, Nico… —Solo me sale su nombre.

Sale de mi interior y me quedo vacía.

—¿Qué pasa? —pregunto desangelada.

Esa sonrisa maliciosa vuelve a su cara.

—*Non succede niente* —sisea con los ojos brillantes.

Me da la vuelta como si fuera una muñeca de trapo y me quedo boca abajo en la cama.

El corazón me va a mil, esta situación me excita y al mismo tiempo me desborda, porque no sé qué es lo que me espera ahora.

Nico me acaricia la espalda. Pasa los dedos índice y corazón como si fuera caminando por mi columna vertebral y detrás va su lengua siguiendo el camino. El vello se me pone de punta. Cuando llega a mi nuca se pone delante, me incorpora en la cama, y me pone en pie.

Lo tengo frente a mí y es un hombre impresionante. Empiezo a acariciarle el pecho con mis manos, luego le beso los pezones y se los mordisqueo, noto cómo se estremece. Eso me gusta y sigo bajando por su abdomen y ombligo. Me estoy calentando como una olla exprés cuando llego a su polla y la agarro con mi mano. Está caliente, dura y húmeda. Nico me acaricia los hombros y la cabeza. Sé perfectamente lo que desea y se lo voy a dar.

Me pongo de rodillas para chupársela, pero él me levanta y no me deja. Me abraza contra su cuerpo y me besa como un poseso. Apenas me deja espacio para respirar. Consigo sepárame un segundo.

—Nico, despacio —me quejo.

Pero hace oídos sordos.

Me tira de nuevo en la cama boca abajo y me sorprende esa brusquedad.

Me levanta el culo hacia atrás y me mete un dedo en la vagina. Me estremezco y me mojo de nuevo.

—¡Joder! —gimo.

—¿Te gusta?

—Mucho…

Saca el dedo y me mete la polla sin contemplaciones. Es rudo, brusco y me descoloca.

—¡Nico!

Esta vez es una queja, de la que él hace caso omiso.

Me clava las manos en las caderas y empieza a embestirme como un toro bravío.

Dios, está siendo muy rudo y su polla me llega muy adentro, es casi doloroso. Así no me gusta.

—¡Para, Nico! —chillo.

—¿No te gusta cómo te follo? —sisea con rabia.

Y me empotra con más rudeza. Sigue embistiendo con una fuerza que noto que me está rompiendo por dentro.

—¡Para, por favor! —le imploro.

—Así sabrás lo que es que te folle un hombre de verdad, recuérdalo cuando estés en la cama con Matteo, *Cara mía* —sisea con rabia.

Me quedo sin palabras y ya no me quejo más. Acaba de matarme. Mi cuerpo es un peso muerto, que haga lo que quiera con él. Embiste y embiste hasta que lanza una especie de grito triunfal y se corre como un campeón.

Me quedo inmóvil en la cama, esperando a que salga de mi interior y se vaya. En cuanto se levanta de la cama, va desnudo a por un vaso de *whisky*.

Pego un brinco y cojo mi ropa del suelo. Me encierro en el baño y me meto en la ducha dolorida. Solo quiero quitarme su olor de mi cuerpo, ese que tanto amaba.

Cuando termino, me visto y me miro al espejo. Me siento sucia y lo que es peor, engañada y traicionada por el hombre que quiero, o, mejor dicho, quería. Ya no sé lo que siento, estoy confusa por lo que acaba de suceder.

Respiro profundo y salgo a la habitación. Él no está. Doy gracias por ello. Me dirijo al salón y me encuentro a Jason.

—El jefe me ha dicho que la lleve a casa y que ya la llamará —me informa.

La mirada se me enciende.

—¡¡Baresi, ¿me escuchas?! —grito por todo el ático—. ¡No te vuelvas a acercar a mí en tu puta vida o seré yo la que te arranque los ojos, maldito hijo de puta!

Miro a Jason que aprieta las manos con fuerza.

—Ya puedes llevarme a casa por última vez —digo más tranquila.

—Eso no ha sido una buena idea —me advierte Jason.

—¿El qué? Decirle a tu jefe la verdad. Si tienes alguna objeción, mándame una hoja de reclamaciones por correo. Tú y yo sabemos lo que ha ocurrido aquí y si voy a la policía se le cae el pelo, pero ¿para qué molestarme en ir si los tiene comprados? —Le miro con odio—. Llévame a casa y procura que no me busque, ni se acerque a mí o lo mataré con mis propias manos —le digo furiosa.

Subimos al ascensor y me armó de valor para no romper a llorar.

—Sloane, Nico no es un mal tipo, está dolido. Sé que le importa, aunque hoy no la haya tratado como un caballero —habla Jason.

Me giro como una gata con las uñas fuera.

—Me ha forzado, ese es el bueno de tu jefe. No quiero volver a verle en mi vida, ¡nunca! —Alzo la voz.

—Lo siento, eso no lo sabía. No tiene justificación. Pero insisto que sé que le importa. Esta gente actúa según sus reglas. Lo que ve como un forzamiento, para ellos es un castigo o querer marcar su territorio, funcionan así —me explica.

—¿Cómo los perros cuándo mean? Jason, por favor. Llévame a mi casa y no me vuelvas a hablar de Nico en la vida.

Rompo a llorar y esta vez Jason me abraza y me consuela. No es el hombre de piedra que finge ser.

—Nico tiene problemas de autocontrol cuando bebe o está enfadado. Le aseguro que no es un mal tipo. Se va a arrepentir de esto, le prometo que yo me encargaré de que así sea. —Me da su palabra.

—Eso no lo justifica. Ha sido un animal conmigo —sollozo.

—¿Quieres que la lleve a un médico o al hospital? —me pregunta.

Eso me emociona, sabe que, si hago eso, puedo meter a Nico en un gran problema y, aun así, se arriesga por mí. Las lágrimas salen a borbotones.

—Nooo, gracias. Creo que con el tiempo podré recomponerme, pero lejos de aquí. Gracias, Jason.

—Lo siento, no se merecía esto.

Llegamos al *parking* y subo al coche. De vuelta a casa tengo claro que quiero irme del Bronx, lejos de Nueva York, y no volver a ver Nico en lo que me quede de vida. Hoy me ha matado. Estoy muerta y rota por su culpa…

Gracias, Nicodemo Baresi.

11

Windmere

Ha pasado ya un mes desde que llegué a Windmere, y puedo decir que este lugar se ha convertido en mi refugio y no el del bar, precisamente. Al principio, la idea de dejar el Bronx y alejarme de todo lo que conozco me asustaba, pero aquí, en este pequeño pueblo, he encontrado una paz que creía inalcanzable y poco a poco la herida que me ha causado Nicodemo Baresi, me duele un poco menos.

La rutina de mis días se convierte en una mezcla de ejercicios y charlas con mi tía Alice, la hermana de mi padre. Es viuda y cuando le dije que venía a verla, se emocionó mucho. Al principio, el gimnasio local me pareció un lugar de trabajo, pero ahora lo veo como un espacio donde he podido transformarme, tanto física como mentalmente. Cada mañana, me despierto temprano, me pongo mis mallas y una camiseta, y me dirijo al gimnasio con la determinación de aprovechar este mes al máximo.

El entrenador del gimnasio, un tipo musculoso llamado Max, se ha convertido en mi guía. Es estricto, pero a la vez comprensivo, y me enseña técnicas de defensa personal que nunca pensé que podría aprender. Con cada golpe y cada caída, me siento más fuerte, más segura de mí misma. Me ha enseñado a usar mi peso y mi agilidad a mi favor. Lara estaría muy orgullosa si me viera ahora mismo, pero estoy desconectada de todo el mundo. He cambiado el número y tengo el móvil apagado. Solo hablo con mis padres y desde el fijo de mi tía Alice.

—Sloane, recuerda que la fuerza no solo está en los músculos, sino también en la mente —me recuerda Max siempre que entrenamos.

Practico movimientos de ataque y defensa con él, cada sesión es un desafío que me empuja al límite. A veces, siento que casi puedo tocar el cielo, y la adrenalina corre por mis venas. A lo largo de este mes, mis brazos se han tonificado y mi confianza ha crecido a pasos agigantados. Las técnicas de defensa personal que he aprendido han forjado una armadura en mi cuerpo a medida, para protegerme contra los fantasmas de mi pasado.

Al final de cada sesión, me miro al espejo y sonrío. La chica que veo allí no es la misma que llegó hace un mes; ahora soy más fuerte, más decidida. La idea de enfrentarme a Nicodemo Baresi ya no me aterra tanto. He aprendido que puedo defenderme y que ya no soy una víctima.

Las noches con mi tía son igual de gratificantes. Compartimos risas, historias de cuando era pequeña y esos momentos familiares, crean un vínculo más fuerte entre nosotras. Mi tía Alice siempre me anima y me recuerda lo valiente que soy. Su apoyo es como un bálsamo para mi alma, y me ayuda a seguir adelante.

Hoy es mi último día en Windmere, y aunque no me hace gracia regresar al Bronx, no puedo evitar sentirme triste por irme de aquí. Este lugar ha sido mi hogar temporal, un santuario donde he aprendido a ser más fuerte y me ha ayudado a permanecer lejos de toda la escoria que me espera en Nueva York.

—¿Lista para volver a la ciudad? —pregunta mi tía mientras prepara el desayuno.

—Sí, pero la verdad es que no quiero dejar esto —respondo, mientras miro por la ventana, recordando todos los momentos vividos.

—Siempre tendrás este lugar para regresar, Sloane. Eres más fuerte de lo que piensas, y llevarás contigo lo que has aprendido aquí.

Asiento y mientras saboreamos nuestro desayuno, sé que estoy lista para afrontar lo que venga. Regresar a la ciudad no significa volver a ser la misma de antes; llevo conmigo las lecciones aprendidas y la fuerza que he adquirido. Estoy lista para enfrentarme a la vida, y eso incluye a Nicodemo Baresi. He

descubierto que la vida está llena de sorpresas, y esta vez, seré yo quien tome el control.

Después de un último abrazo con mi tía, salgo del pequeño refugio de Windmere con la determinación de mirar hacia delante y con la cabeza bien alta. No dejaré que ningún hombre me vuelva a hacer daño…

Nada más lejos de la realidad.

Cuando regreso a casa, todo es un jolgorio y alegría. Mis padres me comen a besos y hasta mi hermana, que suele ser un poco borde, me abraza emocionada. Nadie sabe lo que me ha pasado con Nico, no se lo he contado a ninguna persona, ni creo que lo haga nunca.

—¡Madre mía, te has puesto cachas! —se burla mi hermana, mientras me toca los bíceps.

—Solo un poquito, necesitaba ejercitarme y es lo que he hecho. —Sonrío.

—¿Y mi hermana? —pregunta mi padre.

—Está genial, si has hablado todos los días con ella. Lo que tienes que hacer, es ir a visitarla con mamá y pasar unos días allí. El pueblo es precioso y se está de maravilla —le aconsejo.

—Ya quisiera, si no fuera por el trabajo… —suspira.

—Pues tómate un respiro, papá, la vida no es solo trabajo. ¿Cuándo fue la última vez que hicisteis un viaje juntos? —le pregunto.

Ambos se miran y bajan la mirada con nostalgia.

—En la luna de miel. Fuimos a Madrid, a visitar a los abuelos, los padres de tu madre que en paz descansen —recuerda con pena.

Abrazo a mi madre al ver las lágrimas en sus ojos. Sé que añora su país natal y a los abuelos.

—Deberías volver con papá. Os lo merecéis —le susurro al oído.

Ella me aprieta la mano.

—No es tan fácil, hija. Es muy caro y no podemos permitirnos esos lujos.

Me muerdo los carrillos por dentro de la rabia.

—Pues yo estoy pensando en irme para allá. Así tendréis un motivo para venir a verme —suelto la noticia.

—¿Cómo es eso que quieres irte para España? —pregunta mi padre sorprendido.

—Lo he estado meditando este mes. Ya que aquí estoy vetada y no consigo trabajo, he llamado a varias agencias de viajes en Madrid y están interesadas en que me vaya a trabajar allí. No hay tantas personas que hablen cuatro idiomas con fluidez como yo. Soy buena en lo que hago y ya que aquí no me quieren… —Me encojo de hombros.

Mi madre me mira con los ojos llenos de lágrimas.

—Hija, ¿no hay otra opción? No quiero que te vayas —solloza.

—Mamá, tengo casi treinta años, no puedo estar en casa sin hacer nada. Necesitamos dinero y allá me han ofrecido un buen sueldo. Os podría enviar dinero y vosotros así ir más holgados. —Sonrío con dulzura.

Elina se aferra a mí como una lapa.

—No te vayas, llévame contigo —implora.

—¡Elina! —la regaña mi madre ofendida—. ¿Acaso te damos mala vida para que no quieras vivir con nosotros?

Mi hermana agacha la cabeza.

—No es eso, mamá. Lo que no me gusta es vivir en el Bronx —dice en un hilo de voz.

Le subo el mentón con la mano para que me mire a los ojos.

—Da igual dónde vivas, lo importante es cómo te eduquen. Mírame a mí. Hablo cuatro idiomas y tengo una carrera. No soy una delincuente y puedo presumir de buena educación. Todo se lo debo a ellos. Hay gente que vive en áticos de lujo y son de la peor calaña que te puedas imaginar. Da gracias por los padres que tienes y sigue siempre sus consejos, así llegarás a dónde tú quieras —le digo con todo mi corazón.

Elina me abraza y mis padres se emocionan, pero es la pura verdad. Donde nazcas, no te define cómo será tu futuro. Todo depende de cómo te eduquen y, por supuesto, de las ganas que le pongas.

—¿Te vas a marchar ya? —lloriquea.

—No lo sé, tengo que meditarlo y ver qué oferta es la mejor para mí. Pero casi seguro que lo haga, cielo. —No voy a mentir.

Mi madre separa a Elina de mi cuerpo e intenta consolarla.

—No te preocupes, pequeña, Sloane siempre hace lo correcto y seguro que todo irá bien —le susurra mi madre.

Yo no estoy tan segura de sus palabras. Hasta ahora, no he hecho más que meter la pata. Solo espero que esta vez haga lo correcto y comience una vida por la vía buena.

—Bueno, me voy a la cama. Ha sido un viaje largo y estoy cansada. Ya seguiremos hablando mañana.

Le doy besos a todos y me voy a mi habitación.

Deshago la maleta y cuando guardo las cosas en el armario, me encuentro la camisa blanca de Tom Ford, de Nicodemo. El corazón me da un vuelco y todo regresa a mi mente. La cojo y me tiemblan las manos. Puedo notar su olor y recordar cómo me trató la última vez. Respiro profundo y me centro en la voz de mi entrenador. «Tú controlas tu mente».

Suelto el aire de mis pulmones y meto en una bolsa de basura la camisa y también el pañuelo que guardo en la mesita. Salgo de la habitación decidida y me dirijo hacia el *hall*. Mi madre me ve y se preocupa.

—¿A dónde vas, cielo?

—A tirar una cosa a la basura, ahora subo —respondo como una autómata.

Salgo a la calle y me dirijo al primer contenedor que hay cerca del edificio. Lo abro y tiro lo que me recuerda a Nicodemo Baresi. Lo que antes me hacía vibrar de pasión, ahora me suscita un odio acérrimo por él. Cierro de golpe la tapa del contenedor y me doy la vuelta para regresar a casa. Me quedo lívida al ver el coche negro de Jason al otro lado de la calle.

—¡Me cago en la puta! —exclamo en voz alta.

Miro a mi alrededor buscando algo que me sirva para lo que tengo en mente. Veo al lado del contenedor, un taburete de hierro viejo, que le falta una pata.

Ni me lo pienso. Lo agarro y voy directa con paso decidido hacia el coche.

Este arranca el motor, pero echo a correr y me pongo delante. No le queda otra opción que frenar, o atropellarme. Empiezo a aporrear

el morro del coche y los farros con el taburete. Los cristales salen despedidos y se apaga la luz de uno de ellos.

—¡No vuelvas a seguirme! ¡Dile a tu jefe que me deje en paz o iré a por él personalmente y le abriré el cráneo! —grito fuera de mí y le golpeo el parabrisas.

Este no se rompe, pero se quiebra un poco.

—¡Hijo de puta! —grito y aporreo como una loca.

El coche ve la mínima oportunidad y sale huyendo a toda velocidad.

Suelto el taburete de hierro y mi respiración es agitada. El corazón me va a mil por hora. Estoy sudando para estar a principios de marzo en plena noche, pero siento un desahogo muy profundo y al mismo tiempo mucha rabia porque ese gilipollas siga rondando mi puerta. No voy a consentir que esto se quede así. Lo juro por Dios…

Me levanto temprano y me arreglo. En Windmere me pude comprar ropa nueva de cara a la primavera a muy buen precio y, mucha de ella, me la regaló mi tía Alice. Al no tener hijos, me mimó como buena tía que es.

Está nublado y todavía hace frío, pero no tanto. Me visto unos jeans ajustados, un suéter verde, chaqueta de cuero ligera, botines negros y un bolso cruzado muy mono haciendo juego con los botines. Mi madre está en la cocina preparando el desayuno, siempre es la primera en irse. Se sorprende al verme en pie tan temprano.

—Buenos días, hija. ¿Y eso que te has despertado tan pronto? —pregunta mientras sirve el café.

—Te acompaño al trabajo, tengo que hablar con el hijo de tu jefa —respondo tranquilamente.

—¿Cómo?

Casi vierte el café por fuera de la taza.

—Tranquila, mamá, somos buenos amigos y me apetece verle. Tengo cosas que hablar con él. —En cierto modo no miento.

Lo de ayer fue muy jodido para mí. Llevo toda la noche pensando y sé lo que tengo que hacer.

—¿Estás segura de que no hay nada más? —inquiere.

—Segurísimo.

Desayunamos juntas en silencio. Mi madre levanta la mirada de vez en cuando y yo hago que no la veo. Casi me da la risa, aunque la cosa no tiene gracia, pero esto tengo que hacerlo y en caliente, sino, puede que me arrepienta.

Terminamos y recojo las tazas mientras mi madre va a por sus cosas. Salimos juntas para coger el metro. Miro a ambos lados de la calle y no veo nada raro. Ningún coche a la vista. Sonrío para mis adentros. La reparación le va a costar un pico, aunque para ellos solo es calderilla.

Mi madre va muy callada en el metro, pero la noto tensa. Sé que no es una persona de las que se muerda la lengua, pero hoy lo está haciendo.

—Mamá, ¿qué quieres decirme y te callas? —Le doy pie a que lo suelte.

Al principio aprieta los labios, pero luego explota.

—¿Te ha hecho daño esa familia? Eso de irte un mes con tu tía, no lo acabo de entender, Sloane —suelta al fin.

Tengo que contenerme y disimular mucho, aunque esa familia no es culpable… directamente.

—No, quédate tranquila. Matteo siempre se ha portado bien conmigo. Necesito hablar con él de cosas que ahora mismo no te puedo contar, pero quiero que no te inquietes, ¿vale? —Intento relajarla.

—Sabes que me puedes contar lo que sea, hija —insiste.

—Lo sé, mamá.

—Te quiero mucho, Sloane. No tengo nada malo que decir de esa familia, pues a mí me tratan de maravilla y el señorito Matteo es un ángel, la verdad. Pero ya sabes lo que son.

No puedo evitar soltar una carcajada.

—Le dijo la sartén al cazo. ¡Si tú trabajas para ellos! —Me río sin poder evitarlo.

—Sí, pero yo sé por dónde me muevo —dice muy seria.

Me borra la sonrisa de la cara. Ahí me ha dado de lleno. Yo no sabía por dónde andaba hasta que me di con un canto en los dientes.

—Tranquila, mamá. Yo también sé por dónde me muevo —le aseguro.

—¿Estás liada con Matteo? Este mes ha estado muy desaparecido. ¿No será que te ha estado viendo en el pueblo de la tía? —Me mira a los ojos.

—Mamá, si llego a tener algo con Matteo, te lo contaré. —Me río.

—¿Seguro?

—Quédate tranquila, mamá.

Mi madre afirma con la cabeza y llegamos a la parada.

Vamos caminando en silencio hasta el edificio de la Quinta Avenida. Nos recibe Donald, el conserje.

—Buenos días, Alma, veo que hoy traes compañía. Es tu hija, ¿verdad? —saluda amablemente.

—Buenos días, veo que tiene muy buena memoria —le respondo cordialmente.

—Muchas gracias, jovencita. En este puesto, debo tenerla. —Suelta una sonrisilla graciosa.

—Donald, ¿sabe si el señorito Marchese está en casa? —le pregunta mi madre.

Me repatea que le llame señorito.

—Sí. Vino anoche y no le he visto bajar todavía —afirma sin dudar.

—Muchas gracias, Donald. Que tengas un buen día. —Le desea mi madre.

—Igualmente, señoritas.

Nos hace firmar el registro de entrada y entramos en el ascensor.

—Espero que esta sorpresa no le moleste a la señora Francesca —murmura mi madre.

—Ya te digo yo que no —afirmo segura.

Llegamos y mi madre entra con su propia llave.

—Quédate aquí que voy a dar aviso —me ordena.

Le hago caso y espero en la entrada de la puerta. Al minuto viene de vuelta.

—Acompáñame al salón. El señorito Matteo te recibirá enseguida —me anuncia.

—No le llames señorito —siseo.

Me coge del brazo y me lleva en volandas.

—Este es mi trabajo y no me digas cómo hacerlo. Cállate y pórtate bien. Aquí no soy tu madre, soy la empleada de los Marchese, ¿te queda claro? —me regaña apretando los dientes.

—Vale, no te enfades. Me portaré bien —acepto de mala gana.

Me siento en el sofá horrible de color rojo a esperar al *señorito*. Javier, el mayordomo, hace acto de presencia.

—Buenos días, señorita Sloane, ¿le apetece tomar algo? —me pregunta muy servicial.

—No, gracias. Es usted muy amable, pero acabo de desayunar. —Le sonrío.

—Cualquier cosa no dude en llamarme.

Se retira y cruzo las piernas a la espera de Matteo. Miro el reloj, inquieta, y empiezo a mover la pierna. Me abstraigo mirando los cuadros de la pared. Los antepasados de los Marchese. Fotos en blanco y negro, otras más recientes, gente que da repelús, ricos y otras en las que parecen simples campesinos…

—¡Sloane! Dios, hace muchísimo tiempo que no sabía nada de ti. Te he llamado, pero tu teléfono no va. No he querido preguntar a tu madre por si le molestaba. —Matteo se acerca y me abraza.

Me siento un poco incómoda y me separo de él por inercia, cosa que no le pasa desapercibido.

—Hola, Matteo. He cambiado el número y no se lo he dado a nadie. Acabo de llegar, he estado un mes fuera de la ciudad. Te agradezco que no involucres a mi madre en nada —le digo a la defensiva.

—Te noto distinta —comenta mientras me observa.

—Lo estoy. He cambiado por dentro y por fuera —le digo la verdad.

—Me he dado cuenta. Espero que no haya pasado nada malo para que estés aquí y que también no tenga que ver con tu ausencia repentina —comenta con cautela.

—Siento decepcionarte, pero estoy aquí precisamente por eso. Necesito que me hagas un favor. —Soy directa.

Se echa hacia atrás un poco sorprendido.

—Siento oír eso. ¿Qué necesitas de mí? —inquiere.

Lo miro a esos ojos verdes tan bonitos y a veces pienso por qué no me he fijado en él en vez de en Nico.

—Necesito hablar con Bianca y quiero que me consigas una cita con ella. —Voy directa al grano.

—¿Con Bianca?

—Sí, con ella. Has oído bien. Seguís juntos, ¿no?

Él hace un gesto para que baje el tono.

—Sí, pero habla bajo. No quiero que se entere todo el mundo y estalle la guerra.

—Perdona, pero tu madre ya está al tanto, ¿no?

—Sí, pero mi padre no es tan compresivo y no quiero que un empleado se vaya de la lengua —susurra y mira hacia los lados por si hay alguien espiando.

—Lo siento, no pretendía ser grosera. ¿Me vas a hacer el favor? —insisto.

—¿Y qué hacemos si se entera Nico?

Me pongo tensa al oír su nombre.

—Ese hombre está muerto para mí, por eso necesito hablar con ella —digo muy seria.

A Matteo le cambia la cara.

—¿Te ha hecho daño? —Me mira fijamente.

—Te he dicho que ha muerto para mí. ¿Vas a conseguirme una cita con tu novia? —insisto, mirándolo fijamente.

Me devuelve la mirada y lee en mis ojos que no debe preguntar más. Intuye algo, pero tampoco quiere saberlo.

—Cuenta con ello. ¿Cómo te contacto?

Le doy mi nuevo número de teléfono.

—¿Puedo confiar en que no se lo darás a nadie?

—Sloane, puedes confiar en mí —me dice con dulzura.

—Yo ya no confío en nadie, Matteo. Solo decís palabras, pero lo que cuentan son los hechos. No puedo decir que espero que no me defraudes, porque sé que lo harás, tarde o temprano.

Me levanto para irme. Él me agarra por la muñeca.

—No lo haré, Sloane. Yo no te defraudaré —asegura.

Nuestras miradas se encuentran y pasa un segundo en el que me siento muy incómoda. Me suelto de su amarre.

—Adiós, Matteo. Que seas feliz con Bianca y gracias por el favor, por adelantado —le digo mientras me voy.

—Espero que me las des personalmente. —Oigo a mis espaldas.

Me paro un momento.

—Eso no pasará —murmuro en voz baja.

El mayordomo viene y me acompaña a la puerta.

—Gracias, Javier, despídame de mi madre.

—De su parte, señorita.

Me voy de esa casa y espero no volver nunca, a no ser que sea por algún motivo de trabajo de mi madre…

12

Reunión de mujeres

Después de mi charla con Matteo, me voy al *gym* a entrenar, no quiero echar a perder todo el trabajo que he conseguido durante este mes trabajando con Max. Lara está entrenando y me da una alegría tremenda verla.

—¡Hola! —Nos abrazamos, después de mi corta ausencia.

Ella se separa y me mira de arriba a abajo.

—Chica, estás mazada que te cagas. —Suelta un silbido.

No puedo evitar reírme.

—¿Eso es lo que se te ocurre decirme después de tanto tiempo sin verme? —Me río de nuevo.

—¿Qué quieres que te diga? Estás increíble. ¿Dónde te has metido? Lo pregunto para ir yo también, porque han hecho un trabajo fantástico contigo —me halaga y no me quita los ojos de encima.

—Me fui con mi tía un mes fuera y tuve un entrenador maravilloso. La verdad es que ha sacado lo mejor de mí —le confieso.

—No hace falta que lo jures.

Vamos hacia la sala de pesas y Lara cambia de tema.

—Te echamos de menos en El Refugio, aunque allí todo sigue más o menos igual. —Se encoge de hombros y agarra una mancuerna de veinte kilos.

Yo la imito y me dispongo a hacer mis ejercicios, no me interesa hablar del bar, solo de mis compañeros.

—¿Joe y los demás están bien? —pregunto, mientras levanto peso con un brazo y luego con el otro.

—Todos bien, como siempre. Allí pocos cambios hay, la misma calaña de siempre, gente de paso y clientes nuevos, lo normal en

ese sitio —me cuenta, a la vez que jadea haciendo el esfuerzo con las pesas.

—Me alegro por vosotros.

—¿Por qué no te vienes a tomar algo un día de estos? A los chicos les hará ilusión, sobre todo a Joana —me propone con normalidad.

No tengo que pensarlo.

—Creo que no. Ahora tengo otros planes en mi mente. Puede que me vaya a trabajar fuera del país —le comunico sin darme cuenta.

Ella para de hacer ejercicio y me mira sorprendida.

—¿Fuera del país? ¿A dónde?

La miro y no puedo evitar una sonrisa nerviosa.

—Probablemente a España. Aquí no puedo trabajar en lo mío por culpa de ese cretino, De Luca. Ya sabes…

—Joder, Sloane, ¿no había un sitio más lejos? —pregunta sorprendida—. Estás hablando de irte al otro lado del charco. No es como irte a México o yo qué sé, pero… ¿España?

Está que no da crédito.

—Sí, España. No sé de qué te sorprendes. Tengo la carrera de turismo y hablo cuatro idiomas, no voy a malgastar el talento que tengo detrás de la barra de un bar. No es que sea algo malo, pero no he estudiado para eso —respondo un poco exaltada.

—Te entiendo, solo que, aunque nos conocemos de poco tiempo, eres una tía que me caes de puta madre y eso no es muy habitual encontrarlo en mi vida. Siempre me he rodeado de mala gente y contigo me siento bien —confiesa, bajando la guardia.

No me espero esa reacción de la chica más dura del Bronx, lo cual me emociona.

—Tú también me caes muy bien y te agradezco todo lo que has hecho por mí. —Le doy un abrazo.

—¿Te vas por el gilipollas de Baresi? —susurra en mi oído.

Me separo de golpe.

—¡No! ¿Por qué dices eso? Ese hombre está muerto para mí. No vale tanto para que me moleste tanto por él —digo con rabia.

Me levanto y voy hacia la cinta de correr. Lara me sigue.

—No quería molestarte, pero ese capullo estuvo viniendo al bar todos los días cuando te fuiste y le preguntaba a Joe por ti. A la

semana de no tener noticias, empezó a venir con una pelirroja al bar y se daban el lote delante de todos. Pensé que estabas dolida y que por eso te marchaste. —Me da la noticia que me afecta más de lo que deseo.

Me impacta oír lo que me cuenta. Es una sensación rara. No sé definirla. Le odio, pero al mismo tiempo creo que me enoja el pensar que esté con otra mujer y eso da mucha rabia. No puedo sentir nada por ese hombre.

Me niego en rotundo.

—Por mí como si se casa y tienen una docena de hijos —suelto con rabia y me pongo a correr en la cinta. Necesito quemar ese resquemor que siento ahora mismo.

Lara intenta seguirme, pero llevo el ritmo de una gacela desenfrenada, eso que ella tiene años de gimnasio encima.

—Tía, que me va a salir el corazón por la garganta, baja el ritmo, no puedo seguirte —grita medio ahogada.

Pero yo no la escucho. Sigo corriendo y el sudor empapa mi cuerpo y solo quiero quemar hasta la última gota de rabia que llevo dentro. Ella detiene la cinta y bebe agua mientras dice algo que no oigo.

—¡Sloane, para! —grita a todo pulmón.

La miro y hace señales para que mire el cuadro de la máquina. Mis pulsaciones están a ciento noventa.

—¡Joder! —exclamo casi sin aliento.

Noto el pulso en mis sienes y empiezo a bajar la velocidad de la cinta. No me he dado cuenta de que he rebasado tanto el límite, hasta llegar casi al colapso.

Poco a poco desacelero hasta que detengo la máquina. Me cuesta respirar y me tiemblan las piernas. Tengo que sentarme y Lara trae agua.

—Bebe, loca. Casi te da un infarto, ¿en qué coño estabas pensando? —me regaña.

Creo que no hace falta que le responda. Aparte, no puedo, me falta el aliento.

—En na-da —titubeo.

—Y una mierda. Es hablarte del *Espagueti* y se te cruzan las neuronas. ¿Te ha hecho algo malo? Porque si es el caso, me lo cargo —amenaza muy seria.

Intento recuperar la respiración, aunque me cuesta, ahora caigo que ella y mi madre llaman a Nico de la misma forma despectiva: *Espagueti*. Pero ya no hace gracia.

—No pasa nada, Lara. Todo irá bien —consigo decir.

Me mira fijamente.

—¿Cuándo? ¿Cuándo te vayas a España lejos de él? —inquiere muy seria.

—No lo sé, no lo sé. —Me llevo las manos a la cara.

Ella me pone la suya en el hombro.

—Sabía que ese tipo no era trigo limpio, te avisé desde el principio. La mafia no trae nada bueno. Puedes hablar conmigo, te voy a ayudar en todo, lo sabes, ¿verdad? —Me escudriña con la mirada, a ver si puede obtener alguna información, como si tuviera rayos equis en los ojos.

—Lo sé, pero ahora esto lo tengo que solucionar sola. Llevo un mes mentalizándome y preparándome. Sé lo que debo y tengo que hacer. Si te necesito, te prometo que hablaré contigo, pero ahora no es el momento —se lo digo aguantando la rabia que siento.

—Está bien. Voy a respetar tu decisión, pero quiero que me prometas que, si esto te supera, me llamarás.

—Te lo prometo.

—Pues ya estás dándome tu número nuevo, porque no voy a perderte de vista. Esta vez no, guapa. —Se ríe y me hace sonreír también con su forma de ser. Se hace la dura, pero en el fondo es un trozo de pan.

Le doy mi número al salir del gimnasio y nos despedimos. Lara tiene que ir a trabajar y yo me voy a casa a comer con mi padre y mi hermana. Necesito estar con ellos…

Llego a casa y me pongo un chándal, no tengo ninguna intención de salir. Me siento cómoda así, mientras pienso en qué preparar para cuando mi padre y mi hermana lleguen. Busco algo fácil pero que siempre gusta: unos macarrones con queso gratinados, bien

cremosos. Es algo que preparo de vez en cuando, porque a mi hermana le encantan. Preparo los ingredientes: pasta, mantequilla, leche y, sobre todo, mucho queso. Mientras se calienta el agua para cocer los macarrones, pongo algo de música para animarme un poco mientras cocino y suena Billie Eilish, mi cantante favorita. Suena la canción de *Lovely* y me da un poco de bajón, pero me encanta…

Ya está casi todo listo. Saco una ensalada que tengo en la nevera, nada del otro mundo, solo algo fresco para acompañar. Le añado un poco de vinagreta y la dejo lista en la mesa. Miro el reloj, y ya deben estar por llegar.

Escucho la llave en la cerradura. Mi hermana entra la primera, tirando la mochila en el suelo con un suspiro exagerado, como si llevara el peso del mundo sobre sus hombros. Mi padre aparece detrás, con esa sonrisa cansada pero agradecida al darse cuenta de que huele a comida recién hecha.

—Cielo, ¡qué bien huele! —Sonríe mi padre.

—Hola, papá. Me apetecía cocinar para vosotros, ya que tengo tiempo libre. —Le doy un abrazo.

—¿Has hecho macarrones? —gorjea Elina.

—Sí, sentaros a la mesa que los voy a servir ya —canturreo alegremente.

Se lavan las manos y nos sentamos a comer los tres. Esto sería perfecto si nos acompañara mi madre. Pienso que está con los Marchese y me da un vuelco al estómago. Me cambia la cara.

—¿Estás bien, hija? —se preocupa mi padre.

—Sí, solo que he tragado mal. —Bebo agua y disimulo.

Fuerzo una sonrisa y seguimos comiendo.

Mi padre habla de cómo le ha ido el día y mi hermana cuenta que el instituto es una porquería y que quiere que le dé permiso para que le descargue Instagram, cosa que no consigue y se pone de morros.

—Tengo quince años. Algunas de mis amigas ya tienen novio y yo parezco la tonta del bote. Ni novio, ni redes sociales —se queja y repite la cantinela de siempre.

—Ni falta que te hace. Yo tampoco las tengo y sobrevivo perfectamente sin ellas —le replico.

—Claro, así estás, compuesta y sin novio —me increpa.

—¡Elina, ya está bien! —le riñe mi padre.

—Déjala, papá, si no me molesta. Ya se dará cuenta cuando vea a sus amigas con un bombo a los dieciséis y sin terminar los estudios. ¿Es lo que quieres, Elina? Porque los novios es lo que quieren a esas edades —le hablo muy claro.

Ella se pone colorada.

—¡No quiero eso, solo quiero no ser la rara! —me grita.

Mi padre va a regañarle de nuevo, pero le hago un gesto con la mano para que no lo haga.

—Cielo, a veces ser la rara o diferente, es lo que te hace especial. Ya nos lo agradecerás cuando seas más mayor —le digo con dulzura.

Pero Elina no se toma muy bien los consejos cuando no van por dónde ella quiere.

Se levanta con los labios apretados y los ojos llorosos y va a encerrarse a su cuarto. Pega un portazo y mi padre y yo nos miramos.

—No te preocupes, es un poco rebelde, pero entrará en razón. —Intento consolar a mi padre.

—No es como tú, cariño. No atiende a razones y siempre se quiere salir con la suya —suspira.

—Ya cederá por la cuenta que le trae.

—Eso espero…

Observo a mi padre y lo veo agotado.

—¿No deberías tomarte unas vacaciones? —Le acaricio la mano con ternura.

—Uf, ya quisiera yo, pero es imposible. No está la cosa para pedir vacaciones. Hay más trabajo que nunca. Hoy nos ha entrado un coche de lujo destrozado. Algún macarra le ha dado por aporrearlo y me toca repararlo a mí. Es de gente muy especial y no puedo meter la pata —comenta agotado.

Casi me da algo cuando lo escucho. Trago saliva y noto como la sangre sube hasta el nacimiento de mi pelo. Han tenido el descaro de llevar el coche que yo golpeé con el taburete, al taller donde trabaja mi padre. Me están provocando y eso no me gusta nada. Le advertí que no se metiera con mi familia.

—Sloane, cielo, ¿qué ocurre? —Mi padre me mira preocupado.

Vuelvo en mí y parpadeo.

—Nada, papá. La comida, que no me ha sentado bien. No te preocupes.

Me levanto y lo abrazo.

—Túmbate un rato y se te pasará —me aconseja.

—Seguro que sí. Pero ahora voy a recoger la cocina. El que tiene que descansar un poco eres tú, échate en el sofá. Yo estoy bien.

—¿Seguro?

—Anda, tira. —Le dedico una sonrisa.

Mi padre se va y yo me apoyo en la encimera de la cocina y respiro profundamente. Otra vez Nicodemo se ha vuelto a pasar de la raya.

Me pongo a fregar los cacharros de la cocina mientras mi cabeza no para de dar vueltas a cosas y ninguna es buena. El móvil suena y un plato se me escurre de las manos y cae al suelo rompiéndose en mil añicos.

—¿Estás bien, Sloane? —grita mi padre desde el sofá.

—Tranquilo, ¡solo se me ha roto un plato, descansa! —chillo desde la cocina.

Respondo al móvil, es un número que no conozco.

—¿Quién es? —contesto de mala leche.

—Hola, Sloane, soy Bianca. Matteo me ha dicho que quieres hablar conmigo.

Me quedo en blanco un segundo, luego reacciono.

—Sí, necesito hablar contigo en persona y es urgente —digo atropelladamente.

—Para mí no es tan fácil salir de casa sin que mi hermano se entere. —Intenta darme largas.

Mi paciencia tiene un límite y ya lo he rebosado.

—Bianca, no quiero ser grosera, pero te ayudé cuando me lo pediste y te puedo asegurar que me ha salido muy caro. Necesito hablar contigo y me da igual la disculpa que le inventes a tu hermano, pero tiene que ser hoy y no hay opción a una negativa. —Soy firme en mi decisión.

Veo que ahora es ella la que guarda silencio unos segundos.

—Está bien. Enviaré un chófer a que pase a por ti —dice al momento.

—¡Ah, no! Nada de chófer. No vuelvo a subir en un coche vuestro ni muerta. Dime un sitio público, me da igual que sea un Burger King, pero que haya gente. Mi confianza la habéis perdido y ya no me fío de ninguno de vosotros —le suelto la verdad.

—Entiendo. —No parece sorprendida—. ¿Conoces el Rusty Clover? —me pregunta.

—Sí, es el que está en 1325 Maple Avenue. He pasado alguna vez por delante de ese garito.

—Suelo citarme ahí con Matteo, siempre hay gente, pero no se fijan en nadie. Tiene mesas en las que podemos hablar tranquilas e incluso alquilan en el sótano reservados privados si quieres…

La corto, no dejo que siga.

—Nada de reservados, prefiero en la mesa del bar, donde está la gente —insisto.

—Está bien, nos vemos a las seis en la mesa de la esquina. La reconocerás al momento.

—Allí nos vemos.

Cuelgo el teléfono y exhalo el aire de mis pulmones. No sé si esto es buena idea, pero tengo que intentarlo.

Recojo los trozos del plato roto y pienso en lo que me depara esta tarde…

Son las seis y estoy delante del Rusty Clover. Un viejo bar decorado al estilo irlandés, con maderas oscuras y paredes cubiertas de viejas fotografías en blanco y negro. El ambiente es íntimo, pero no demasiado vacío, perfecto en este caso, para quienes deseamos pasar desapercibidas.

El interior del bar está dividido en pequeñas mesas y otras más altas con asientos de cuero, donde la luz apenas llega. Estas son ideales para reuniones discretas. Los clientes habituales suelen ocupar la barra, dejando las mesas más privadas a quienes prefieren no ser vistos ni escuchados.

Veo a Bianca en la última mesa de la esquina. Miro con cautela a mi alrededor, pero nadie se percata de mi presencia. Ahí la gente va a su rollo y a beber cerveza. Es el sitio ideal para encontrarme con la hermana de Nico. Me siento frente a ella en el asiento de cuero.

—Te veo bien, Sloane. Ha cambiado algo en ti desde la última vez que nos vimos —dice cordialmente.

El camarero aparece, un tío guapo, joven, rubio, con ojos azules y el pelo largo. Nos sonríe e interrumpe a la vez.

—¿Qué os pongo, guapas? —Nos guiña un ojo.

—Dos Guinness, por favor —ordena Bianca.

—Vaya, dos chicas que saben beber bien. Cerveza irlandesa, como debe ser —coquetea con nosotras.

Me giro y le sonrío con los dientes apretados.

—Tenemos cosas importantes de las que hablar, nos traes las cervezas y nos dejas un poco de intimidad, ¿por favor? —Intento ser amable sin perder la paciencia.

—¡Claro, marchando dos negras para las chicas más guapas del bar! —exclama alegremente.

—Ese tío es tonto —murmuro por lo bajo.

—¿Por qué crees que he escogido este sitio? —Alza una ceja Bianca.

No puedo evitar sonreír ante su comentario. Por lo menos nos ha servido para que rompiera el hielo entre nosotras.

—Quiero que sepas que no tengo nada en contra ti, ni vengo en son de guerra, pero necesito que me ayudes —empiezo a hablar.

—Aquí me tienes. —Sonríe con esos dientes perfectos como los de su hermano.

El camarero aparece con las cervezas y nos las sirve.

—¿Necesitáis algo más, guapas?

Bianca se gira seria.

—Un poco de espacio y que nadie nos moleste —lo ordena con una autoridad que me deja helada.

Y al camarero también.

—Entendido.

Agacha la mirada y desaparece.

—¿Por dónde íbamos? —retoma la conversación.

Esta Bianca no la había visto yo. Está sacando su lado oscuro, el talante mafioso que lleva en la sangre. Me acaba de romper todos los esquemas.

Carraspeo y me aclaro la voz.

—Verás, tu hermano piensa que Matteo y yo tenemos una relación, aventura, llámalo como quieras. Me vio el día que quedamos para solucionar el tema de tu secuestro con mi amiga Lara. —Hago una pausa—. Para mi sorpresa, me entero de que mi madre trabaja para tu suegra y Nico me ve salir del edificio donde vive tu novio, consolándolo porque te echa de menos y al final la que sale escaldada en este lío soy yo —le resumo grosso modo.

Bianca da un sorbo a la cerveza y me mira por encima del vaso.

—Eso es bueno, así no desconfía de nosotros, ¿no? —Sonríe tranquila.

Me deja muerta en el asiento de cuero.

—¡No, no es bueno para nada! —me indigno—. He tenido que irme de la ciudad un mes por culpa de tu hermano, cambiar de móvil y ahora que he vuelto, me envía a su lacayo a espiarme y no aguanto esta situación. —Alzo la voz sin darme cuenta.

Bianca mira hacia los lados nerviosa y frunce el ceño.

—Baja el tono o se enterará todo el bar —sisea con frialdad.

—¿Es que no me escuchas? Y no es solo eso, ha enviado a reparar uno de sus coches al taller de mi padre. No voy a consentir que se meta con mi familia.

Le doy un toque de atención que no le gusta nada.

—¿Qué es lo que quieres, Sloane? Ve al grano —dice con autoridad.

—Quiero que le cuentes la verdad a Nico sobre tu relación con Matteo y me deje en paz para siempre —suelto al fin.

Bianca echa la cabeza hacia atrás y suelta una carcajada.

—Esa ha sido buena. Imagino que estás de coña, ¿verdad? —Me mira a los ojos.

Ahora la que pone una mirada dura soy yo.

—Para nada. O se lo cuentas tú o lo hago yo. —Soy tajante.

Echa el cuerpo hacia delante para acercarse a mí.

—No me amenaces, Sloane. Soy una Baresi, no olvides eso nunca. No vas a abrir la boca. Si me hermano se entera, esto será la guerra y tú no saldrás indemne —me amenaza.

Esbozo una sonrisa cínica.

—¿Crees que no he salido perjudicada? Ya no me puede hacer más daño del que me ha hecho el cabrón de tu hermano. Me importa una mierda si hay una guerra entre vosotros —siseo entre dientes.

—Te mueves en un terreno muy peligroso. Esto no es una pelea callejera o de barriobajeras del Bronx —me insulta.

—Aquí el único que actúa como un animal salido de lo más profundo del Bronx, es tu hermano.

Las dos estamos en un tira y afloja como dos gatas a punto de saltar la una sobre la otra para arrancarnos los ojos.

—¿Qué coño te pasa con mi hermano? ¿Te molesta que te haya dejado por la pelirroja con la que anda ahora? —se mofa de mí.

Aprieto los puños debajo de la mesa conteniendo mi ira.

—Que se folle a quien quiera. Podía haberlo hecho antes de haberme forzado, así me ahorraría el asco que siento por él y por mí misma —suelto al fin.

Abre la boca sorprendida. No se lo esperaba.

—Sloane, yo… no sabía… Lo siento…

Su actitud cambia radicalmente.

Me levanto con un nudo en el estómago. No voy a llorar delante de ella. No hay espacio para más lágrimas ni sufrimiento y menos ante un Baresi.

—Dile la verdad y que me deje en paz, a mí y a mi familia. No quiero volver a veros en la vida. Nunca debí conoceros. Sois como un virus, solo hacéis daño a quien se os acerca.

Me voy sin mirar atrás.

Salgo del bar cegada por el odio. Me choco con un tipo que casi me hace ir al suelo. Me coge por el brazo y me sujeto a él para evitar la caída.

—Gracias —le digo sin mirarlo.

—*Prego* —contesta en italiano.

Inmediatamente me giro con el corazón en la boca, pero no es nadie que yo conozca.

Gracias a Dios. O eso creo…

13

Ojos en todas partes

Bianca

Llevo un cabreo de mil demonios. Sloane se cree que es la reina del Bronx solo porque se ha tirado a mi hermano, pero no sabe que amenazarme a mí, le puede salir muy caro.

Entro en el ático de Nico y me llevo la sorpresa del siglo cuando lo encuentro sentado a oscuras en el sofá de salón, con una copa de *whisky* en la mano.

—¡*Dio*! —Me llevo la mano al corazón.

Pero él sigue impertérrito sin mover ni una pestaña. Un escalofrío recorre mi columna vertebral.

—¿Qué pasa, Nico? Das miedo ahí sentado mirando como un lobo acechando a su presa. —Hago una broma.

Me acerco con cautela y él levanta una mano para que me detenga.

—¿Te lo has pasado bien en el Rusty Clover? Creo que has disfrutado de buena compañía —sisea con un tono que me pone los pelos de punta.

Mis pies se quedan anclados al suelo. Me ha descubierto y no puedo mentir.

—Nico, perdona por no decirte nada, sé que Sloane te gustaba y si…

Levanta la mano y me corta de nuevo.

—¿Desde cuándo conoces tú a Sloane? Que yo sepa, nunca te la he presentado. —Me mira desafiante.

Trago saliva y no sé qué inventarme.

—Me llamó ella. Quería hablar conmigo —digo la verdad, sin dar detalles.

Nico se levanta y camina a mi alrededor como si fuera un sabueso.

—Así que te llamó ella. —Respira fuerte—. ¿Y de qué te conoce ella? No me mientas, tengo ojos y oídos en todas partes, Bianca. Yo jamás le he dado tu número. Sí le he hablado de mi hermana, pero ¿qué quiere Sloane de ti? —insiste.

Estoy muy nerviosa y me retuerzo los dedos hasta hacerlos crujir. Mi cabeza piensa algo rápido, aunque va a ser muy directo y no es mentira.

—Quiere que la dejes en paz, que no la sigas, ni a ella ni a su familia. Te quiere lejos de su vida —le cuento lo que me dijo Sloane.

Mi hermano suelta una carcajada, le parece divertido, aunque a mí no me hace gracia.

—Vamos a ver, eso no es asunto tuyo y haré con Sloane lo que me apetezca. Por mucho que me digas, no va a servir de nada. Es una traidora —sisea con rabia.

Ahora sí siento un poco de remordimiento por ella. Me ayudó cuando se lo pedí y yo la dejo en la estacada, pero no puedo contar la verdad sobre mi relación secreta.

—¿La forzaste? —pregunto en voz baja.

Nico se queda quieto y noto que el vaso tiembla unos segundos en su mano. No hace falta que me responda, conozco a mi hermano.

—Eso no es asunto tuyo y no, no la forcé. Solo se me fue la cabeza un poco, por la rabia y pasión.

Noto que está incómodo, pero sé que dice la verdad.

—Pues ella no piensa lo mismo. Te odia a muerte —le informo para aclararle la situación.

Hace una mueca con la boca de desagrado, sé que le duele oír eso.

El ascensor se abre y entra Jason con un hombre que no conozco. Sus ojos se clavan fijamente en mí, provocándome un estremecimiento por el mal rollo que transmite.

—Jefe, Lito tiene información que debe conocer —le informa Jason.

Yo los miro y pienso que sobro.

—¿Puedo ir a mi habitación? —pido permiso.

—Señor, dígale que no se vaya lejos, la información le atañe a ella —le comunica el tal Lito.

Me quedo paralizada de nuevo cuando veo la cara de mi hermano encenderse por la ira.

—¡No te muevas de aquí! —me grita.

Se van al despacho de mi hermano y a mí me tiemblan las piernas. Cojo una botella de agua y la bebo de golpe. ¿De qué estarán hablando?

Me siento en el sofá y me levanto. Voy hacia el ventanal y vuelvo. Bebo de nuevo agua y oigo que la puerta del despacho de Nico se abre. Los otros dos hombres se van y él viene con la cara desencajada. Se lleva las manos a la cabeza y arrastra el cabello negro hacia atrás. Su pecho sube y baja con demasiada rapidez, está con ansiedad y yo temo preguntar. Se gira y me mira con los ojos enrojecidos. Nunca le he visto así.

—Dime que no es verdad que tienes una relación con Matteo Marchese —lo pregunta con calma y casi con temor.

Abro los ojos con miedo. Me ha descubierto.

—Nico, yo…

—¡Dime que eso no es cierto! —chilla fuera de sí.

Rompo a llorar y no aguanto tanta presión.

—¡No puedo! Amo a Matteo y estoy harta de esconderme por culpa de tu guerra —sollozo destrozada.

Nico no da crédito, coge un vaso y lo lanza contra la pared. Me asusto y caigo de rodillas llorando como una niña.

—Esa gente mató a nuestro hermano y ¿tú te metes en la cama de su asesino? —grita enfurecido.

—Ellos no han sido. Nunca le has concedido el beneficio de la duda. Yo sé que Matteo no tiene nada que ver —le defiendo.

—¡Bianca! No des la cara por esa gente en mi casa. No me puedo creer que me hagas esto. —Se revuelve el pelo de nuevo.

—Lo siento, una no puede luchar contra lo que siente y nosotros nos amamos —insisto.

—No lo vas a volver a ver nunca —dice muy serio.

—¿Qué quieres decir? No le hagas daño, por favor. —Me arrastro y me agarro a su pierna suplicando.

Él me mira con desprecio.

—¿Eso es lo que quería Sloane?, ¿que contaras la verdad? Ella no tiene nada que ver con el tipo ese, ¿verdad? —me chilla de nuevo.

—¡Sí! —grito—. Ella te ayudó, bueno nos ayudó a todos y tú solo le has hecho daño. Y ahora me lo haces a mí. —Lloro, tirada en el suelo.

—¿Qué coño quieres decir? ¡Habla! —Me levanta del suelo y me pone en pie.

Sus ojos son los de un enajenado.

—Sloane escuchó en El Refugio cómo tramaban una conspiración para secuestrarme. Ella quería contártelo sin conocerte, pero Matteo y yo no la dejamos —le cuento entre sollozos.

Nico se paraliza por lo que le digo.

—¿Un secuestro? ¿De qué coño hablas? —Se cabrea todavía más.

—Fue algo que planeamos nosotros para huir de ti. Pero alguien lo interpretó mal y el secuestro se hizo real y Matteo no sabía quién lo iba a perpetrar, ahí es donde Sloane y su amiga nos ayudaron —sigo contándole todo y Nico se revuelve el pelo sin dar crédito a lo que oye.

—¿Quién te iba a secuestrar? —pregunta con la voz quebrada.

—Dos esbirros que ya están fuera de juego, gracias a la intervención de Sloane y Matteo, pero no sabemos quién dio la orden. Hay alguien que quiere hacerte daño, mucho daño. La única persona que te ha querido y te ha ayudado, es a la que le has arruinado la vida. ¿No querías la verdad? Pues ya la tienes, hermanito —escupo con rabia.

Nico se queda en *shock*. No se esperaba esa respuesta, pero ahora yo también le odio por cómo me está tratando.

—Ella nunca me traicionó… —susurra y se deja caer en el sofá conmocionado.

—No. Solo nos protegió a todos y tú se lo agradeces forzándola y acosándola a ella y a su familia. ¡*Bravísimo*! —aplaudo con ironía.

Mi hermano se frota la cara con las manos con brusquedad. Teme estar en una pesadilla, pero la realidad es mucho más cruda. Se levanta de golpe y me agarra del brazo.

—¡Suéltame! —me quejo.

—No, hermana, esta vez no te vas a salir con la tuya.

—¿Dónde vamos?

—Tú. Tú eres la que te vas ahora mismo a casa. No voy a permitir que te quedes, sabiendo que todavía estás en peligro, por culpa de tu querido e inepto amado. —Esa firmeza con la que habla me deja sin aliento.

—Ya estoy en casa. Nico, me haces daño —sollozo.

Llama a Jason por teléfono y aparece en menos de un minuto.

—¿Qué necesita, jefe?

—Prepara el avión privado y llévala a casa. Llamaré a mi padre a Sicilia para que se ocupe de todo —le ordena.

Me revuelvo como gata en celo.

—¿Estás loco? No pienso volver con papá ni loca. Nico, no me hagas esto, ¡por favor! —le suplico.

Me agarra la cara con las dos manos y me clava su mirada gélida.

—Tienes dos opciones: O te vas a Sicilia y dejo que Marchese viva, o te quedas y lo mato, ya ha cometido demasiados errores. La decisión es tuya. ¡Elige! —Su grito casi me perfora el tímpano.

Bajo la mirada y mis ojos se llenan de lágrimas.

—Vuelvo a Sicilia con papá, pero no hagas daño a Matteo, por favor —imploro.

—Jason, ¡llévatela! —ordena como un sargento.

Se da media vuelta sin despedirse.

Bajo en el ascensor llorando a lágrima viva pensando que jamás volveré a ver a mi amado. Mi hermano es un criminal sin corazón, ¿qué se puede esperar de un mafioso? Al final es igual que mi padre, cruel y sin piedad. No puedo pensar con claridad. Mi mundo se acaba de romper en mil pedazos y no hay vuelta atrás.

—Vamos, señorita Baresi, suba al coche —me dice Jason con amabilidad.

Antes de montarme, lo miro con los ojos llenos de lágrimas, para que se apiade de mí.

—Jason, déjame hacer una última llamada antes de irme, por favor —le suplico.

Él duda.

—Si se entera su hermano, me puede despedir, señorita.

—¡Por favor! —lloriqueo.

—Suba al coche y le dejaré mi móvil personal. Tiene dos minutos.

—Gracias.

Entro y arranca el coche.

Cuando salimos del radar del edificio de mi hermano, Jason detiene el coche y me deja su móvil.

—Dos minutos —me recuerda.

Marco el teléfono de Matteo y me responde enseguida.

—¿Diga?

—Hola, *amore* —sollozo.

—¡Bianca! ¿Qué ocurre, amor mío?

—Mi hermano se ha enterado de nuestra relación y me envía a Sicilia para alejarnos —le cuento la desagradable noticia.

—No entiendo. ¿Cómo se ha enterado? Hemos sido muy prudentes. ¡No puedes dejarme! —ruega desesperado.

—Tuve una reunión con Sloane y uno de sus hombres me siguió. Lo sabe todo, Matteo —lloro de nuevo.

—No debí darle tu número a Sloane. ¿Por qué le urgía tanto verte? ¡Joder! —maldice enfadado.

—Quería que contara la verdad, que no estaba liada contigo, que es lo que pensaba mi hermano. Al final se ha salido con la suya —digo con ironía.

—Amor, no te puedo perder. Así, no. Por favor, no te vayas. Puedo ir a buscarte y fugarnos juntos, como habíamos planeado —solloza desconsolado.

—Matteo, si te acercas a mí, Nico te matará. Lo nuestro termina aquí —afirmo con el corazón roto.

—Ya me ha matado alejándome de ti. Juro por Dios que tu hermano sufrirá el mismo dolor que nos está haciendo pasar a los dos. Pero te prometo que esto no termina aquí, amor mío. Tú eres para mí e iré a por ti —me promete.

—¡Ojalá! *Ciao, amore.* —Cuelgo con todo el dolor de mi corazón.

Le doy el móvil a Jason.

—Gracias, eres un buen hombre.

Guarda el teléfono en el bolsillo de la chaqueta.

—Su hermano no es tan malo como parece, solo quiere protegerla. —trata de consolarme.

—¡Pues así no me protege, solo me mata en vida! —Alzo la voz.

—El tiempo pone todo en su sitio. No se rinda, señorita Baresi, no se rinda…

Jason arranca y sube el vidrio que nos separa en el coche.

No concibo la vida sin Matteo. Mi amor, mi vida, mi todo. Odio a mi hermano por lo que me hace, no es justo. Estoy harta de los clanes y de la puñetera familia. Pero como bien dice Jason, no me rendiré. Tiempo al tiempo…

14

Todos los males juntos

Mi madre llega a casa hecha un basilisco. Se quita el abrigo, el bolso y lo deja de mala manera en el perchero. Casi se le cae encima. Viene farfullando algo por lo bajo y es tarde. Imagino que es eso lo que la trae mosqueada.

—Alma, ¿eres tú cielo? —pregunta mi padre desde el salón.

—¡Quién va a ser! ¿La Primera Dama de los Estados Unidos? —le contesta enervada.

Hace poco más de una hora que acabo de llegar de mi cita con Bianca y me la cruzo justo en el pasillo, de camino a la cocina. La miro sorprendida de cómo le contesta a mi padre.

—¿Qué bicho te ha picado? —bromeo, quitando hierro al asunto.

Me señala con el dedo índice y eso me da muy mal rollito.

—Tú… Tú eres la culpable de todo esto —ahora susurra para que no la escuchen.

Me coge por la manga del pijama que llevo puesto y me arrastra hasta la cocina.

Me suelto del amarre de mi madre. Es peor que Spiderman cuando te atrapa con su telaraña.

—¿Qué pasa ahora? —Me resigno una vez más.

Mi madre bufa como un toro a punto de salir al ruedo.

—Se ha liado gorda en la residencia de los Marchese y me temo que ha sido a causa de tu visita sorpresa. El señorito Matteo estaba que se subía por las paredes antes de venirme para casa —me informa.

Niego con la cabeza sin entender nada.

—¡No sé de qué me hablas! Yo no le he hecho nada a Matteo. —Gesticulo con las manos.

—¿Va todo bien por ahí? —pregunta mi padre de nuevo desde el salón.

—¡¡Síííí!! —respondemos las dos a la vez.

—Vale, vale, no insisto más. No me meto en cosa de mujeres. Alma, me voy a la cama —le dice a mi madre.

—Buenas noches, cielo. En cuanto termine aquí, voy yo también —responde agitada.

—Tranquila, no hay prisa —responde mi padre—. No seas dura con la niña, seguro que no es para tanto —añade antes de cerrar la puerta del dormitorio.

Mi madre se gira y pone los brazos en jarras. Vuelve al ataque.

—Matteo ha empezado a romper las cosas del salón. Estaba desquiciado, fuera de sí. La señora Francesca ha tenido que llamar a un médico para que le pinchasen algo y así calmarlo —me cuenta alterada.

No doy crédito a lo que me está narrando.

—¿Qué tengo que ver yo con eso? No entiendo nada. —Me encojo de hombros.

—Pues ya me dirás de qué habéis hablado esta mañana, porque algo ha tenido que ver. El señorito estaba bien hasta que has ido a verlo —me acusa sin dudar.

—Esta mañana estaba bien cuando lo dejé, ¿verdad? —la desafío.

—Sí… pero algo me da que tiene que ver con tu visita —insiste.

Me quedo pensativa unos segundos. No puede ser que Bianca le haya contado a Nico lo de su relación. Hubiera estallado una guerra. Qué va, eso no puede ser, si no hace ni dos horas que he estado con ella. No le ha dado tiempo, es imposible.

—¿En qué piensas? —Mi madre me saca de mi bucle mental.

—Lo que he hablado con él es privado, pero no creo que ese sea el motivo de su ataque de ansiedad, pánico o lo que sea. Imposible —afirmo convencida.

—¿Por qué se ha puesto así, entonces? Me da en el alma que tiene que ver con tu visita, no me mientas. ¿Estás liada con él? —Mi madre es muy tozuda.

Me cabreo y me llevo las manos a la cabeza.

—¡No, mamá!

—Sloane, tenías que haberlo visto. Parecía que se iba a morir. Lo que sea que le esté pasando es grave —comenta mi madre con más

calma.

Me siento en la silla y me devano los sesos.

—Mamá, si quieres mañana te acompaño y voy a verle, si eso te tranquiliza. Así lo aclaramos todo.

No se me ocurre otra cosa.

Ella frunce el ceño y no la veo muy convencida.

—No sé yo si eso será buena idea. Deja que le pregunte a la señora Francesca mañana y luego te cuento. —Baraja esa opción.

—Como veas, pero ahora la que se queda preocupada soy yo. Mañana, de todas formas, le llamaré —me reitero.

—Sloane, deja a los Marchese tranquilos. Yo me encargo de esto. Espera a mañana y ya te diré por dónde respiran. Solo espero que me estés contando la verdad —habla un pelín alto.

—Vale, vale, no te exaltes. Come algo y descansa que estás muy alterada.

—Es que llevamos una racha…

Me da la espalda y abre la nevera para prepararse algo.

Cuando mi madre quiere espacio, hay que dárselo. Hoy no es un buen día para seguir tirando del hilo, no vaya a ser que se rompa. Me voy a mi cuarto en silencio y con un nudo en el estómago.

—¿Qué te ha pasado, Matteo? Espero no ser la causante de todos tus males —murmuro en voz baja.

Me acuesto, aunque sé que no voy a pegar ojo.

Cuando me despierto, todos se han ido. Se me han pegado las sábanas de nuevo. Hay café hecho y una nota de mi madre donde me dice que no llame a nadie y le deje el asunto a ella. Creo que le voy a hacer caso. Estoy harta de mafiosos y malos rollos. Suena mi móvil y dejo la taza de café. Es un número largo y me emociono. Es prefijo de España.

—¡Hola! —respondo feliz.

—¡Hola! ¿Eres Sloane Moses? —Suena una voz en español.

—Sí, soy yo. ¿No es muy temprano ahí?

—Sí, son las seis de la mañana. He aprovechado que tenía cosas que hacer en la oficina para llamarte. Soy Lola Fernández, nos hemos escrito por email y espero no pillarte en un mal momento.

Es la mejor manera de despertarme hoy.

—Está bien. La verdad es que acabo de levantarme. Hoy un poco más tarde de lo habitual, pero dime, cuéntame cosas…

—Pues que les he hablado y enseñado tu currículum a la dueña de la cadena de Agencias de Viaje con la que trabajo y le has encantado. —Me da la buena nueva.

El corazón me da un brinco de felicidad.

—¿En serio? —Me tapo la boca para no chillar de la emoción.

—Y tanto. Por eso te llamo. Quiere saber si puedes incorporarte en menos de un mes. Aquí ya empezamos con la temporada alta y nos vendría de maravilla tenerte con nosotros. ¿Qué me dices? —pregunta emocionada.

—Pues al noventa por ciento que sí. Tengo que comunicárselo a mis padres y sacar el visado. En cuanto tenga todo en orden, me voy para allá lo antes posible —le comunico eufórica.

—¡Genial, qué buena noticia me das!

—Buena la que me das tú para empezar el día. —Sonrío.

—Pues poco más hay de qué hablar. Te paso la documentación por mail. Cualquier cosa me comentas y este es mi número privado. Disfruta del día y espero verte pronto por Madrid —se despide.

—Igualmente, que tengas un bonito día. —Cuelgo y pego un brinco.

—¡Sií!

Levanto las manos en señal de victoria.

Bebo el café y me preparo para ir al gimnasio. Tengo la sensación de que hoy va a ser un día perfecto…

Salgo de casa más feliz que una perdiz. Hace sol y los días ya no son tan fríos; menos cuando llueve. Por la noche todavía refresca, pero ya falta poco para entrar en la primavera.

—Buenos días, Antonio —saludo, cantarina.

—Buenos días… vienes un poquito tarde, ¿no? Mi prima acaba de irse —se burla.

Suelto una carcajada y no me afecta nada, hoy no.

—La llamaré luego. Voy al vestuario y luego le damos caña al asunto, ¿te parece?

—Por mí bien, ya sabes que nunca digo que no a un buen entrenamiento. —Se ríe y me hace un gesto con la mano.

Voy tarareando una canción nueva de un cantante español que me gusta mucho. Se llama Ades y la canción es *Notting Hill*. Así practico mi español y voy conociendo música urbana del país, como Quevedo, Saiko, Ana Mena…

Entro en el vestuario y sigo con los cascos puestos, la canción tiene una letra muy bonita, habla del amor, del color, del desamor… Suelto un suspiro mientras me desnudo. Cuando me giro para guardar la ropa y cambiarme, veo a Nico dentro del vestuario.

Noto que el corazón se detiene y las palabras no me salen. Mis pies se mueven por inercia y caminan hacia atrás, mientras él viene hacia mí. No habla, solo me mira y se acerca peligrosamente. Me ha pillado en paños menores, literalmente. Solo llevo la ropa interior puesta y noto cómo me clava la mirada con descaro. Mi espalda topa con las taquillas frías de hierro y se escucha el golpe seco de mi cuerpo contra el metal. Parpadeo por si estoy teniendo una alucinación o lo que es peor, una pesadilla.

—Hola, Sloane.

Sus palabras suenan embriagadoras, al igual que su aroma que me llega y se cuela por mis fosas nasales. Me hace revivir los encuentros que he tenido con él.

—¿Qué haces aquí? —Consigo que mis labios se muevan.

—Quería verte, pedirte perdón por la última vez que estuvimos juntos. Se me fue de las manos —se disculpa con una voz sensual y totalmente creíble, pero yo no le creo.

—Vale, ya te has disculpado. Date la vuelta y vete, por favor —le pido muy seria.

Lejos de hacerlo, se acerca tanto que noto su aliento en mi cara y apoya sus manos en las taquillas acorralándome.

—No pienso irme hasta que me perdones de verdad —susurra en mi oído.

No puedo evitarlo, pero me pone la piel de gallina.

—Nico, te puedo dar una paliza si quiero, ahora sé defenderme —le advierto.

—Hummmm, eso me ha puesto cachondo —murmura el muy descarado.

Presiona su cuerpo contra el mío y noto el bulto que tiene entre sus piernas en mi sexo. Un calor recorre mi cuerpo al instante, pero no me voy a dejar llevar por el deseo. Esta vez no.

Me revuelvo y le hago una llave de las que me enseñó mi entrenador Max, el mes que estuve con mi tía. Le doy la vuelta a Nico y ahora es él quien tiene la espalda pegada a la taquilla y soy yo quien lo acorrala y lo sostiene por las muñecas. Le clavo una rodilla en la cintura y lo inmovilizo.

—Ya no tienes ningún control sobre mí. ¿A qué has venido? ¿No puedes dejarme en paz? —le escupo a la cara.

No lo veo venir porque la ira me ciega. Se gira como un tornado, me tira al suelo y se pone sobre mí. No sé cómo lo ha hecho, pero me tiene de nuevo bajo su cuerpo.

—Todavía puedo controlar a una mujer por muchas clases de defensa personal que hayas recibido. Yo nací luchando, *cara mía.* —Me muerde el lóbulo de la oreja.

El corazón se me acelera, pero no voy a dejar que se salga con la suya.

—¡No soy nada tuyo! —le grito a la cara.

Me tapa la boca con un beso.

Giro la cabeza para ambos lados evitando que me bese, pero él es más fuerte y consigue su objetivo. Mete su lengua en mi boca y busca que yo le corresponda, pero me niego a hacerlo, aunque no puedo negar que me está excitando, a pesar de que lo odio con toda mi alma.

—¡No! —consigo gritar.

Le muerdo en el labio y él se aparta mientras se lleva la mano hacia la boca.

Sonríe y se lame la sangre de los dedos.

—¡*Bravísima*! Eres una pura sangre. No existe mujer que se resista a Nico Baresi —presume el muy arrogante.

Eso me enfurece más.

—No se te resisten porque las obligas. Valiente cobarde —siseo llena de ira.

Le cambia el semblante de la cara y se aparta de mí. Me levanto y me tapo con la toalla de la ducha que tengo en la mochila.

—Nunca te he forzado. Estaba dolido y se me fue la cabeza. Lo que sentía y siento por ti es real. Siempre lo fue. —Parece sincero.

—¡Cállate! —grito rabiosa.

—No pienso callarme, es la verdad. Nunca he conocido a nadie como tú. Te lo dije y te lo repito. Quiero recuperarte.

Vuelve a acercarse y yo reculo.

—Ya tienes a la pelirroja y que te dure, pues yo me voy bien lejos de ti y de todos los de tu calaña —le chillo enfurecida.

Veo de nuevo la sorpresa en su cara.

—Tu sitio está aquí, donde esté yo. No vas a irte a ninguna parte —dice tan tranquilo.

No puedo evitar soltar una carcajada.

—¿En serio crees que voy a volver contigo? Tú estás loco. Me voy a España en menos de un mes y espero no volver a verte en la vida —siseo con odio.

—No, *cara*, eso no va a ocurrir. Sé que me quieres, aunque digas todo lo contrario —afirma sin duda alguna.

Viene como una bala hacia mí y me atrapa entre sus brazos. No me da tiempo a reaccionar.

Me aplasta de nuevo contra las taquillas del vestuario y me besa como un poseso. Noto el sabor de la sangre en mi boca. Presiona su dureza contra mi sexo y la libido se me dispara. Jadeo en su boca y noto cómo sonríe.

Quiero empujarlo y separarlo de mí, pero él presiona más fuerte y su mano va como un ave veloz hasta mis bragas y se cuela sin permiso. Quiero gritar, pero él me ahoga con su lengua.

—Nico —jadeo.

Mete un dedo en mi vagina y tiemblo.

—Dime, *cara mía.* —Me lame el cuello.

No puedo decir nada.

Busco su boca y le beso con desesperación. Tiene razón, nunca he dejado de quererle.

La toalla cae al suelo. Le quito la chaqueta y la camisa y acaricio su torso duro y moreno. Mi sujetador vuela por el aire y su boca

succiona uno de mis pechos. Gimo y me desespero por acariciarlo y que me toque hasta el último centímetro de mi piel. Sus pantalones han desaparecido. No sé en qué momento nos hemos quedado los dos desnudos…

—Ven, *amore.* —Me guía hasta el banco de madera.

Se sienta y me pongo encima de él a horcajadas. Coge su polla y la lleva hasta la entrada de mi coño. Me tenso un segundo, pero estoy tan mojada que entra con una facilidad asombrosa.

—Mandas tú —me dice.

Le miro un poco ruborizada. Pero le hago caso.

Empiezo a moverme sobre su polla y le beso a la vez que él me aprieta las nalgas y se entierra en mí en cada estocada que me da. Nos comemos la boca y le monto como un jinete experimentado. Él me dice cosas en italiano que entiendo a la perfección, pero estoy en otro mundo. Ya puede hablarme en arameo, que surte el mismo efecto.

—Nico, por Dios, esto es maravilloso —jadeo mientras me deslizo sobre su polla.

—Fóllame, Sloane, fóllame como quieras, soy tuyo —gruñe excitado.

Eso me pone muy caliente, pero me gusta que lleve él las riendas.

Me levanto y me pongo frente a él.

—Fóllame tú, Nico. Pero que no se te vaya la cabeza —le advierto.

—*Dio*…

Los ojos se le ponen vidriosos.

Me coge en brazos y suelto un grito de sorpresa. Coloco mis piernas alrededor de su cintura y él me sostiene como si pesara una pluma. Guía su polla hacia mi coño y arqueo mi espalda mientras me folla de pie sin ninguna dificultad.

—Sí, sí, sí —gimo de puro placer.

Subo y bajo sobre su pecho. Me deslizo sobre su polla y entra y sale de mí como si fuera un resorte automático. Es una fricción tan deliciosa que estoy a punto del clímax.

—*Ti amo* —susurra.

Y sigue follándome y besándome sin despegar su cuerpo del mío.

Temo que, si seguimos con esa fricción entre nuestros cuerpos y sexos, entremos en combustión espontánea.

—¿Te gusta cómo te follo? —me susurra ardiente.

—Me encanta.

—Voy a correrme dentro de ti, ¿puedo? —pide permiso con una voz tan sensual, que no puedo negarle nada. Me tiene obnubilada.

—Haz lo quieras, lo haces siempre —le recuerdo entre jadeos.

Va hacia la pared y me baja.

Me besa con una pasión desenfrenada, vuelve locas a todas mis neuronas.

Me levanta una pierna y la coloca sobre su muslo. Me abre y me perfora con su miembro como una taladradora. Grito de placer y empieza a empotrarme hasta dejarme sin aliento.

—¿Te hago daño? —pregunta con la voz entrecortada.

Esta vez tiene cuidado, es cariñoso y ardiente a la vez.

—No, sigue así. Fóllame, Nico, no pares —le animo a seguir.

Obedece y se inserta una y otra vez hasta que empiezo a sentir algo maravilloso que se forma en la boca de mi estómago y empieza a descender poco a poco. El calor es inmenso y maravilloso. Siento una presión en mi coño que pide a gritos explotar.

—Más fuerte, por favor —ruego casi sin voz.

Nico no habla, solo acata mis órdenes.

Empuja con fiereza y me penetra hasta lo más profundo de mi ser. Siento su polla que me roza el útero. Esa presión se libera y chillo su nombre mientras le mojo la polla con el orgasmo más épico que recuerde haber tenido.

—Nico, Nico, Nicoooooo…

Me agarro a su cuello para no caerme de la flojera de piernas que me entra. Los ojos se me ponen en blanco, pero veo mariposas azules en un bosque mágico que no existe. Me lleva otro plano maravilloso.

Él arremete con la velocidad de un meteoro y sus empellones son cada vez más fuertes y deliciosos. Estoy en un orgasmo continuo y temo desmayarme. Siento que su polla se expande y eclosiona dentro y derrama toda su esencia en mi interior.

—¡*Santa Madonna*! —ruge y apoya su cabeza en mi cuello.

Los dos intentamos recuperar la respiración, estamos extasiados. Ha sido el mejor polvo de mi vida, tengo que reconocerlo.

Terminamos en el suelo sentados y abrazados mientras nos recuperamos de algo increíble que no sé cómo calificarlo.

—¿Nos habrán oído? —pregunto avergonzada.

—Tranquila, he ordenado vaciar el gimnasio. Jason está vigilando fuera. —Sonríe como un crío.

Es tan guapo que duele mirarle a la cara.

—Nico, esto no cambia nada. Me voy a ir a España. Sabes que esto no va a funcionar. Demasiado dolor y mentiras alrededor nuestro —le confieso con todo el dolor de mi corazón.

Se queda pensativo.

—No me dejes. Ya no más mentiras entre nosotros. Ya sé que no estás liada con Matteo. Sé lo que hiciste por ese desgraciado y mi hermana, y la que salió perdiendo fuiste tú. He sido injusto contigo —me confiesa.

Me giro para mirarle a los ojos.

—¿Te lo ha contado Bianca?

Un halo de esperanza brilla en mis ojos.

—No, uno de mis hombres la siguió y os vio en el bar irlandés.

Parpadeo atónita.

—¿Cómo dices? —inquiero decepcionada.

—Mi hermana no volverá a ver a ese asesino. La envié ayer a Sicilia. Le di dos opciones y escogió esa —me cuenta mientras se pone los pantalones.

Estoy confusa.

—¿Cuál era la otra opción, Nico? —pregunto con miedo.

—Si se quedaba mataba a Matteo, así que creo que hizo una buena elección. —Sonríe satisfecho.

No doy crédito a lo que escucho.

Me visto a toda prisa y ahora entiendo el estado de Matteo. Le han arrebatado al amor de su vida y, en parte, es culpa mía por quedar con ella. Hay Dios, mi madre tenía más razón que una santa.

Me llevo las manos a la cabeza, Nico intenta abrazarme y me separo de él.

—¡No! —grito enfurecida—. ¿Ves cómo lo nuestro no puede ser? Si le haces eso a tu propia hermana, ¿qué no me harías a mí? Lo siento, no puedo estar contigo. —Rompo a llorar.

—Sloane, no puedes dejarme, esto no funciona así. ¿Acabamos de hacer el amor y te vas como si nada? —Levanta la voz molesto.

—No, Nico. Acabamos de follar. Yo nunca te he hablado de amor. ¡Aléjate de mí y de mi familia! —Le señalo con el dedo.

Sonríe de manera cínica.

—No, *cara mía*, la cosa no funciona así, ya lo aprenderás. —Chasquea la lengua.

—No quiero aprender nada de ti ni de tu familia. Vuestras reglas no están hechas para gente como yo y no voy a cambiar ahora. Mi vida la controlo yo —le desafío y me pongo recta.

—Ya es demasiado tarde para eso. Ya estás dentro en el momento que te metiste en mi cama y me robaste el corazón. No te voy a dejar ir tan fácilmente —habla en serio.

Suelto un bufido irritada.

—Tú puedes elegir, en cambio, a tu hermana le arrebatas el amor de su vida. ¿Dónde está la justicia? ¿Por qué ella no puede elegir y tú sí? —Lo pongo entre las cuerdas.

Eso le molesta mucho.

—Tú no eres una Marchese, ¡Maldita sea! Bianca no puede relacionarse con un asesino, ¡joder! —maldice furioso.

—Matteo no es ningún asesino. Ni siquiera te has molestado en intentar dialogar y averiguar la verdad —le increpo.

—No defiendas a ese hombre delante de mí. —Me señala con el dedo.

—A mí no me señales y yo defiendo a quién me da la gana. Matteo es una buena persona —le espeto.

Veo que su cara se enciende y se arrima tanto a la mía que nuestras narices casi se tocan.

—No volverás a hablar con Matteo, ¿me has entendido? —me ordena como si fuera un empleado suyo.

—¡Que te follen! —le grito.

Lo empujo y le muestro una peineta antes de salir corriendo del gimnasio vacío. Al llegar a la puerta me encuentro con Jason que

hace de parapeto.

—¡Déjame salir! —le advierto.

Jason mira a Nico que viene detrás de mí y este le hace un gesto afirmativo con la cabeza.

Me da vía libre y huyo hacia mi casa como alma que lleva el diablo.

15

Odio y más odio

Necesito aire, pensar en lo que acabo de hacer y asimilarlo. Entiendo la reacción de Matteo. ¿Cómo puede Nico hacerle eso a su propia hermana? No entiendo que el odio pueda envenenar tanto a una persona hasta tal punto. Camino sin rumbo. No puedo ir a casa y que me vean en este estado. No se me ocurre otra cosa que llamar a Lara. Es la única persona en la que confío en este momento y lo sabe casi todo de este asunto. Cojo el móvil y marco su número…

—¿Sloane? ¡Por fin das señales de vida! Esta mañana te esperaba para entrenar y me has dado plantón. —Se ríe.

—Lara… necesito alguien con quien hablar. Estoy fatal. —Rompo a llorar.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde estás? —inquiere preocupada.

—Cerca de casa, pero no quiero entrar y que me vean así.

—Así, ¿cómo?

—Nico ha venido al gimnasio y… —Los lloros no me dejan seguir hablando.

—Vente al Refugio. Ya sabes que no abrimos hasta la tarde. He venido a hacer stock de las bebidas y estoy sola. Pido algo para comer y hablamos. Te espero aquí —dice muy tranquila.

—Gracias, tardo cinco minutos.

—Tranquila, Sloane. Sabes que todo tiene solución… menos la muerte. Y no es tu caso.

Corto la llamada y camino hacia el lugar donde no hace mucho trabajaba y vi a Nico por primera vez. Nunca debí pisar ese bar.

Los restaurantes se llenan, pues es la hora de comer. Las calles están a reventar y tengo que ir esquivando a las personas que van a toda velocidad de un lugar a otro. La gente vive estresada y siempre va con prisa a todas partes. Hoy, soy una de ellas.

Cuando llego al Refugio, me quedo en la puerta mirando el letrero. Me sube una cosa por el cuerpo que no puedo explicar. Este lugar es el origen de todos mis males. El contacto con la puta mafia y sobre todo con Nico. Todo lo demás ya vino rodado.

Llamo a la puerta y me abre Lara. Tan pronto me ve, me da un abrazo y me mete para dentro.

—A ver, ¡cuéntame qué te ha hecho ese *Espagueti* ahora! Mira que lo tengo entre ceja y ceja. —Cruza los dedos.

—¡Ay!, Lara. Todo se ha liado de mala manera. Ni te lo imaginas. Pensé que iba a ser un día perfecto y se ha convertido en una pesadilla. —Estiro los brazos en la mesa y apoyo la cabeza sobre ellos.

—Venga, mujer. Voy a pedir unas pizzas, saco un par de birras y ya verás como todo se ve de otro color. —Intenta animarme.

Va a por las cervezas y encarga las pizzas por teléfono. Luego se sienta a mi lado y me entrega una botella bien fría.

—No sé por dónde empezar —suspiro.

—Por el principio. —Suelta una carcajada.

Lara es tan optimista que a veces me da envidia. Se la suda todo.

—¿Versión larga o resumida? —pregunto desmoralizada.

Ella mira el reloj.

—La corta y rapidita. Sé que puedes hacerlo. Así tendremos tiempo para buscar soluciones —me apremia.

—No sé si esto tiene solución.

—El tiempo corre, Sloane…

Suspiro y le doy un trago a la cerveza para coger fuerzas.

—Ayer fui a ver a Matteo para que me diera el teléfono de Bianca para concertar una cita con ella —comienzo la historia.

—¿Quedaste con Bianca? —Se sorprende mucho.

—Sí.

—¡No jodas! Cuenta, cuenta. —Está emocionada.

—Pues fuimos a un bar no muy lejos de aquí. Le pedí que le contará a Nico la verdad sobre su relación con Matteo, que yo no tenía nada con él y que me dejara en paz, a mí y a mi familia.

—Espera, ¿es que se han metido contigo desde que has regresado? —Alza una ceja.

Me llevo las manos a la cabeza.

—Se me olvidaba; la noche anterior vi un coche negro frente a mi edificio. Bajé y lo reventé a golpes con un taburete. Luego me entero de que lo han llevado a reparar al taller de mi padre. Por eso me cabreé tanto —suspiro.

—Hostias, anda que tú te has quedado a gusto. Que son la mafia, ya te lo advertí —me recuerda.

—¡Ya lo sé! ¡Pero no les da derecho a controlar nuestra vida! —Alzo la voz.

—Sí lo tienen. Tienen ese poder y mucho más. No quiero repetirme cuando te dije que no te liaras con Nico ni con ninguno de ellos. —Bebe de la botella y en eso tocan a la puerta.

Las pizzas.

Sé que tiene razón, pero ya es tarde para echar marcha atrás con lo de Nico. Ahí no puedo hacer nada.

—Huelen de maravilla. Come algo que ya es tarde y sigue contándome que me tienes en vilo —dice mientras coloca las pizzas en la mesa y coge un trozo y pega un bocado.

—No tengo hambre, no me entra nada —digo sin ganas.

—¡Come! —me ordena.

Mordisqueo un trozo y está muy buena. Al final termino comiéndome una porción.

—Sigamos, ¿qué te dijo Bianca? —habla con la boca llena.

Hago una mueca de desagrado.

—Que era una Baresi y que no me metiera con ellos. Que ni de coña le iba a decir nada a su hermano. Que eso desataría la guerra entre sus familias. —Chasqueo la lengua.

—¡Maldita niñata, después de todo lo que hicimos por ella! Fíate de las mosquitas muertas —suelta con rabia.

—La cuestión, que casi dos horas después de llegar a casa, mi madre llega hecha una furia diciendo que a Matteo le ha dado un ataque de ansiedad y que empezó a romperlo todo. Que tuvieron que llamar a un médico que lo sedara y ella piensa que yo tengo algo que ver en el asunto —sigo contándole.

—¿Y qué tenías tú que ver con eso?

—¡Pues nada!... Eso es lo que pensaba hasta esta mañana que me he encontrado a Nico en el vestuario del gimnasio. —Bajo la cabeza avergonzada.

Lara se atraganta con la pizza. Le doy unos toques en la espalda.

—¡Joder! Cuando me dijiste en el gimnasio, no especificaste que fuera en el vestuario. Dime que no ha pasado nada entre vosotros. —Me mira fijamente.

El rubor tiñe mi cara.

—No puedo.

—¡Hostia puta, Sloane! Así no se puede. Te vas un mes para huir de él y caes a la primera que se te presenta. —Me echa la bronca.

—Lo sé, lo sé, no me martirices más. He intentado rechazarlo, incluso le he hecho una llave y le he mordido, pero el cabrón tiene un influjo sobre mí que no puedo controlar. La única manera de librarme de él es yéndome a España a trabajar. Y más sabiendo lo que sé ahora. —Rompo de nuevo a llorar.

—Está bien, lo siento. Es que el *Espagueti* ese me pone muy nerviosa. ¿Qué más ha pasado para que estés tan alterada? Porque el follar con él, no creo que te haya sentado mal. Tengo que reconocer que el tío está muy bueno —bromea.

—Lara, no es eso. Vino porque sabe que no tengo nada con Matteo. Me ha pedido perdón y quiere que vuelva con él. Es más, dice que no va a permitir que me vaya a España porque me ama —lo digo con ironía, aunque es verdad.

—Joder con el maromo. ¿Se lo contó al final su hermana? ¿Cómo se ha enterado? Porque estos no piden perdón si no lo tienen claro y, aun así, no es algo que suelan hacer. Su ego va por delante.

Lara se da cuenta del detalle.

—Le puso un espía a su hermana, así se enteró. La envió a Sicilia esa misma noche o mataba a Matteo, esa fue su condición. ¿Entiendes ahora por qué Matteo tuvo esa reacción? En parte, fue culpa mía por pedirle una cita a Bianca, si no, Nico nunca se hubiera enterado y todo seguiría igual. Yo me iría a España y cada loco con su tema. —Me derrumbo sobre la mesa.

Lara está con la boca abierta.

—¡Qué hijo de puta! Es que no se puede ser más malo. Tía, aléjate del italiano que da miedo —lo dice arrastrando las palabras.

—Pues eso le dije yo, que se aleje de mí, que alguien que le hace eso a una hermana, qué no me puede hacer a mí. Pero no lo va a hacer. Me lo ha dejado muy claro —suspiro agotada.

—Uf, en menudo berenjenal te has metido. No sé qué decirte, amiga. Tendré que pensar algo, pero ahora mismo estoy igual que tú. —Suelta un silbido.

Mi móvil suena en la mochila y miedo me da ver quién llama. Cuando veo que es Elina. Miro el reloj y debería estar en el instituto.

—¿Elina?

—Hola, Sloane. Gracias por la sorpresa que me has dado hoy. Tu amigo es genial y me lo estoy pasando en grande. Menudo cochazo tiene, es como en las películas. Eres la mejor hermana del mundo —me cuenta eufórica a toda velocidad.

A mí se me cae el mundo encima. Se me nubla la vista y pienso en lo peor, que Nico se la ha llevado para castigarme.

—Elina, ¿me puedes pasar con mi amigo? —Me tiembla la voz.

Lara se da cuenta y pega la oreja al móvil para escuchar la conversación.

—Dice que ahora no puede, pero que no le cuentes nada a papá ni a mamá. Si te preguntan, les dices que tú lo has organizado. Esta noche me llevará a casa y ya hablará contigo. ¿A que es genial?

Tengo el corazón que me va a salir por la garganta. Maldita cría, parece que tenga cinco años en vez de quince.

—Por favor, Elina, pásame con mi amigo —insisto.

Escucho que el móvil cambia de manos. Estoy al borde del colapso. Una voz masculina que no conozco me habla.

—Señorita Moses, su hermana está bien. Esto solo es un aviso para que sepa lo fácil que es acceder a su familia. No le haremos daño, la llevaremos esta noche y ya le daremos instrucciones.

—¿Quién eres? ¿Para quién trabajas? —pregunto con la voz rota.

—Esta noche lo sabrá. No diga nada a nadie y menos a sus padres, o no volverá a ver a su hermana. Tenemos ojos y oídos en todas partes. Regrese a casa a las ocho y le entregaremos a su

hermana antes de que lleguen sus padres —me dice la voz inhumana.

Cuelga y me quedo sin respiración.

—¡Tienen a tu hermana pequeña! Ahora sí que han cruzado la línea roja. ¿Quieres que llame a mis amigos?

—¡No! Ellos lo sabrían. No hagas nada, por favor.

—¿Qué vas a hacer?

—Lo que me pidan. Es mi hermana —sollozo.

—Lo siento mucho. No sé qué más puedo hacer por ti.

—Ya haces bastante. No me dejes sola y esperar a que sean las ocho para recuperar a mi hermana. —Me sueno los mocos.

—¿Y tus padres? ¿Cómo han hecho para que no se enteren y poder sacarla del instituto? —Observa Lara.

—Lo que han dicho, tienen amigos hasta debajo de la tierra. Oídos y ojos en todas partes. Se habrán inventado cualquier cosa, incluso que está conmigo. Por eso no me voy a mover de aquí. Me quedaré en el cuartito trasero para que nadie me vea hasta la hora de irme —digo resignada.

—Pues nada, pronto vendrán los demás. Si entran, te van a ver. ¿Qué les vamos a contar? —Se encoge de hombros.

—Tienes razón, no es buena idea. No estoy para pensar, la verdad. Tengo la mente confusa.

Lara se lleva un dedo a la sien y se da golpecitos, piensa por las dos. Coge el móvil y busca algo en internet.

—¡Lo tengo! —grita eufórica.

—¡Qué!

—Vete al cine que hay a la vuelta de la esquina. Además, a esta hora no habrá casi nadie. La sesión termina a las ocho menos cuarto. Tienes el tiempo justo para llegar a casa, así se te hará más ameno o si puedes, te echas una cabezada —dice resuelta.

Lo pienso y no es tan mal plan.

—Vale, creo que es una buena idea, pero dudo que pueda dormir con la ansiedad que tengo.

Le doy las gracias y un largo abrazo por todo lo que hace por mí.

—¡Cuéntame cómo termina todo!

—Te lo contaré si es que puedo. Ya sabes cómo va esto —respondo desmoralizada.

—Sabes que conmigo no tienes problema y te ayudaré en todo. Confía en mí, Sloane. No estás sola, ¿vale? —Me hace un gesto con el pulgar hacia arriba.

—Vale.

Pero no me lo creo ni yo misma.

Camino hacia el cine y compro una entrada para la película que ponen ahora. Ni me fijo en el cartel ni me interesa. Entro en la sala y está prácticamente vacía. Entran unas diez personas más y me siento en la última fila. Empieza la película y mi tortura mental…

Da la casualidad de que la peli va de mafiosos. Me río por no llorar. La trama no dista mucho de mi vida personal en muchos aspectos, aunque ahí hay tiros y muertes a mansalva. Espero que eso no me llegue a mí también. Al final acabo viéndola y tiene un buen final, lo que me da una vaga esperanza de que, en la vida real, también termine así para mí.

Miro el reloj y, tal como calculó Lara, son las ocho menos cuarto. Salgo de la sala del cine y me encamino hacia mi casa. Siento cómo el pulso empieza a acelerarse y mi corazón bombea más rápido de lo normal. Camino deprisa y los gemelos me queman, pero el dolor físico no es comparable al emocional. Ese duele mil veces más.

No quiero pensar en que le han hecho algo malo a mi hermana. Eso destruiría a mi familia. Yo moriría al instante. No puedo evitar pensar que todo esto es por mi culpa y que detrás de toda esta mierda, el que mueve los hilos es Nicodemo Baresi. Quiere salirse con la suya, que vuelva con él y va a por todas, cueste lo que cueste y pise a quién pise. Lo que prima es ganar… y él nunca pierde.

Ya veo mi edificio y la sangre se me ha subido a la cara. Lo noto porque me arde. Estoy furiosa, pero al mismo tiempo tengo miedo. Lo he subestimado y con esta gente no se juega.

Un coche negro con los cristales tintados aparece en dirección contraria y paro en seco. Los pies se me clavan al asfalto y aprieto los puños con fuerza. No sé a lo que me voy a enfrentar y cómo reaccionar.

Muevo un pie y luego el otro y empiezo a caminar lentamente hacia el coche. Los faros me ciegan a medida que me acerco. Está oscuro y cuando me quedan unos tres metros para llegar a su altura, una puerta se abre. Me detengo con el corazón saturado y veo a mi hermana salir sonriendo. Me ve y me saluda.

—¡Sloane! —me llama.

Apuro el paso, voy hacia ella y lo que veo me deja muerta.

—Hola, Sloane, tu hermana y yo hemos pasado una tarde maravillosa, ¿verdad, Elina?

—Sí, tu amigo Matteo es muy simpático y todas mis amigas del insti se han quedado mirando muertas de la envidia —dice ruborizada mi hermana.

Estoy tan estupefacta, que no asimilo que sea Matteo el culpable de todo este embrollo. Jamás lo hubiera pensado de él.

—Matteo, ¿tú? —Es lo único que sale de mi boca.

Sonríe con malicia. Una sonrisa maquiavélica que nunca había visto en él.

—Sloane, somos amigos, quería que tu hermana me conociera porque vamos a vernos mucho a partir de ahora, ¿verdad? —inquiere con una mirada sibilina.

Mi hermana se emociona.

—¿De verdad, Sloane? ¡Qué bien! —Me abraza y yo la sujeto como si me la fueran a arrebatar de nuevo.

Le acaricio la cabeza y la beso.

—Cielo, sube a casa que tengo que hablar con Matteo. Despídete y da las gracias. —Intento mantener la compostura.

Elina va, abraza a Matteo y le da un beso en la cara.

Me pongo tensa. Es un hombre arrebatador con ese pelo rizado y esos increíbles ojos verdes. Va vestido informal, con vaqueros y un jersey de lana azul marino que le favorece muchísimo. A Elina se le nota que está embelesada de él.

—Gracias, Matteo, nos vemos pronto —balbucea sonrojada.

—Seguro que sí. Que descanses, preciosa —la halaga y casi tropieza al subir las escaleras. Está que no cabe dentro de sí, plena de felicidad.

En cuanto la pierdo de vista, voy hacia Matteo como loba herida.

—¿De qué vas? ¿A qué viene esto, Matteo? —Muevo las manos sin control.

—Tranquilízate, Sloane. Sube al coche y lo hablamos con tranquilidad —dice muy serio.

—No, lo que tengas que decirme, me lo dices aquí y ahora —le exijo.

Me mira con dureza, diría que hasta con odio.

—Está bien, es muy sencillo. —Se me acerca—. Nicodemo me ha arrebatado a la mujer que amo por tu culpa, por querer ayudarte. Me habéis matado en vida, así que yo le voy a hacer el mismo favor. Le voy a quitar a la mujer que ama. A ti, Sloane —sisea con rabia.

Me echo hacia atrás como si me hubiera dado un golpe.

—Estás diciendo locuras. Nicodemo no me ama ni yo a él. Te estás equivocando en esta *vendetta* personal que lleváis los dos. Yo me voy a España y ya no te supondré ningún problema. Deja a mi familia en paz, te lo suplico —le ruego para que entre en razón.

—No te vas a ir a ninguna parte. Sé que te ama y pasarás todo el tiempo que yo quiera conmigo. No podrás verle y te vendrás a vivir a mi ático en Nueva York. Asistirás a todos los eventos sociales como mi pareja y disfrutaré de cada momento que Baresi nos vea juntos, de su sufrimiento, hasta que me devuelva a Bianca —suelta todas sus condiciones absurdas por la boca.

Lo miro como si fuera un tarado.

—Estás loco. No haré eso. Soluciona tus problemas con él. Yo no tengo ninguna relación con ese hombre —me niego en rotundo.

—¿Ni cuando te lo follaste esta mañana en el gimnasio? —se burla.

Me quedo petrificada y me pongo colorada.

—No es asunto tuyo —gruño indignada.

—Sí lo es.

—¿Y si me niego? —me envalentono.

—Pues que tu madre puede tener un accidente, a tu padre lo pueden asaltar, tu hermana…

Levanto la mano para que se calle.

—No sigas. No te creía capaz de algo así. Pensé que eras diferente a lo demás. Me la jugué por ti… —sollozo de la impotencia.

—Pues ya ves que estamos todos cortados por el mismo patrón. Cuando queremos algo, jugamos sucio. Perdí a Bianca por vuestra culpa y ahora vais a pagarlo muy caro. Sufriréis el mismo dolor que estamos pasando nosotros. ¡Así aprenderéis! —me espeta con rabia.

Las lágrimas caen a borbotones por mis mejillas. No hay opción que valga. Soy yo o mi familia. Como Nico hizo con Bianca.

—Haré lo que me pidas, pero no hagas daño a mi familia, por favor —le imploro.

—Todo dependerá de ti, es muy sencillo. Solo tienes que obedecerme —dice más calmado.

—Está bien, lo haré, lo haré —accedo entre lloros.

—Lo primero que tienes que hacer es anular eso de que te vas a España. Prepárate para presentarme a tu padre formalmente, ya que de tu madre me he encargado yo, pues a partir de ahora, seré tu pareja oficial y te vendrás a vivir conmigo. ¿Lo has entendido? —Me clava la mirada.

—Perfectamente —respondo derruida.

—Pues todo claro. Buenas noches, *amore mío* —dice con guasa.

Me da un beso en la cara y se mete en su coche de lujo negro.

Veo cómo se aleja y también mi vida y mi futuro detrás de él.

16

Una película de terror

Entro en casa y me voy directa a la habitación de mi hermana. Está radiante de felicidad y tengo que respirar profundo y fingir que todo lo que está pasando es normal.

—Sloane, gracias por la sorpresa que me has dado. Matteo es un chico genial y me encanta que salgas con él. —Me abraza y tengo que contener mi ira.

La separo con delicadeza y me siento con ella en la cama.

—Dime, ¿qué te ha contado y qué habéis hecho? —Finjo una sonrisa.

Ella se emociona de nuevo.

—Pues la profesora vino a buscarme a clase y me llevé un susto de muerte. Pensé que iban a regañarme o algo por el estilo, pero mi sorpresa fue cuando vi al hombre más guapo de mundo esperándome en dirección, hablando con la directora —cuenta embelesada.

—¿Fue a buscarte él personalmente? —pregunto.

Ella me mira confusa.

—Le enviaste tú, era una sorpresa. ¿Es que no lo recuerdas? —me dice como si fuera tonta.

—Claro, es que quiero todos los detalles, para conocer tu reacción y saber si lo hizo como yo le dije —miento como una cosaca.

Ella sonríe de nuevo.

—Sí, vino personalmente. Trajo una nota firmada por ti donde le autorizabas a sacarme del instituto, ¿acaso piensas que me iba a ir con cualquiera? —Me mira ofendida.

—Por supuesto que no, cielo. Para eso le escribí la nota. —Me muerdo los carrillos por dentro de la rabia.

—La directora lo autorizó, te llamaron y hablaron contigo. Ya sabes que ese colegio es muy estricto. ¿No te acuerdas de nada o

me estás tomando el pelo? —inquiere, mirándome de forma rara.

Mi cara es de pura sorpresa. No puedo evitarlo. Han falsificado mi firma y alguien se hizo pasar por mí. Su poder y descaro no tiene límites.

—Elina, lo recuerdo todo, solo quiero saber si lo han hecho bien —me reitero.

Frunce el ceño mosqueada, pero sigue con su relato.

—Se presentó como tu amigo y me dijo que lo enviabas para que nos conociéramos mejor. Que querías sorprenderme. —Suelta un silbido—. Y vaya si lo hiciste. Menudo cochazo tiene el pavo. Jamás pensé que subiría en uno de esos. Parecía una princesa —me cuenta emocionada.

La detengo un segundo.

—¿Fuiste sola con Matteo?

—¡Claro!, bueno, y su chófer —aclara.

Eso es lo que quería saber.

—Dime, ¿adónde te llevó? —Finjo de nuevo una sonrisa.

Los nervios me comen por dentro, pero tengo que saber qué hizo y qué le contó a mi hermana.

—Me llevó a Central Park a comer tortitas y un helado. Paseamos y me contó que está muy enamorado de ti y que pronto nos vamos a ver más a menudo. Quería ser el primero en decírmelo, ya que a ti te daba vergüenza contarlo porque mamá trabaja en su casa. —Hace una pausa y me mira—. ¿Es verdad eso? —inquiere.

El corazón me va a toda mecha. No me puedo creer que le haya contado esa mentira tan gorda a Elina. Lo que ha hecho es allanar el terreno para lo que se me viene encima. Lo tenía todo pensado.

—¿El qué, cielo? —pregunto despistada.

—Pues que mamá trabaja en su casa. Lo otro ya sé qué es verdad. —Da por hecho nuestro noviazgo.

—Sí, cielo. Mamá trabaja en su casa. Cuando lo conocí, no lo sabía —le explico.

—Menuda coincidencia, ¿no? —Chasquea la lengua con fastidio.

—Oye, que eso no es ninguna vergüenza. Mamá hace su trabajo y muy bien. Ya quisieran muchas ser tan profesionales y de fiar como ella, no como muchas que entran en casas ajenas y se les da

confianza y terminan robando. Mamá no es de esas y quedan muy pocas como ella —la defiendo a capa y espada.

Mi madre me cuenta muchas historias. Más de una vez ha dado la cara por alguna amiga, como Cintia, una vecina soltera con tres hijas y parecía la persona más inocente del mundo. Le consiguió un puesto en una buena casa, la apoyaron y le dieron de todo, la trataban de maravilla y ella, un buen día, dijo que dejaba el trabajo, que necesitaba estar con sus hijas. La buena mujer, aun así, le dio dinero para que no pasara necesidad. A los quince días, la jefa se dio cuenta que le faltaban cinco mil dólares de la casa. ¡Fíate de las mosquitas muertas lloronas!

—Ya lo sé, Sloane, pero es raro que salgas con el jefe de mamá —murmura en voz baja.

—Él no es su jefe, en todo caso, lo es su madre. —Me sale la mala leche sin darme cuenta.

Elina me mira desconcertada.

—¿A ti también te molesta? —Observa mi reacción.

La abrazo y sonrío de nuevo.

—No es eso, cariño, solo que me gustaría que mamá no trabajase, ni papá tampoco —le susurro al oído.

—Si te casas con él, puede que ya no tengan que hacerlo y también que nos compres una casa fuera del Bronx —suelta emocionada.

Se me ponen los pelos de punta, solo de imaginarlo.

—Nos estamos conociendo, no adelantes cosas, ¡por Dios! —No puedo evitar alterarme un poco.

—Pero sois novios, ¿no? —insiste preocupada.

—Venga, voy a ver si les caliento la cena a los papás. No les cuentes nada de que has ido con Matteo o nos matan a las dos. Les dices que he ido a recogerte yo, que ya has cenado y por eso te duele la barriga, ¿vale?

—¡Si ya saben que me has ido a recoger tú! Estás un poco despistada. Ya quedé en eso con Matteo. La directora también llamó a papá para decirles que venías tú a por mí —me informa como si tuviera Alzheimer.

Me quedo en blanco en ese momento.

—Se me ha pasado, estoy cansada —miento otra vez.

—La directora le hubiera dicho cualquier cosa a papá por ese novio tuyo. No le quitaba los ojos de encima —me susurra como si nos fuera a oír.

—Me lo imagino. —Esta vez no miento.

—Es que es muy guapo. ¡Qué suerte tienes! Espero encontrar un novio igual que él —suspira.

La miro horrorizada. Espero que no sea el caso.

—Me voy a la cocina. Descansa y este es nuestro secreto, ¿vale? —Pongo los dedos en los labios en un gesto de silencio.

Ella me imita y se queda con una sonrisa pintada en los labios, que ni el Joker podría superarla…

Menuda película ha montado para sacar a mi hermana del colegio. Estoy flipando. Si hace eso para amenazarme, no quiero pensar hasta dónde puede llegar Matteo para conseguir su objetivo. Pensaba que Nico era cruel, pero Matteo le está superando con creces.

Mi padre llega y todavía no he hecho nada de cenar. Me pilla saliendo de la habitación de Elina. Se le ve cansado, como siempre.

—Hola, papá, te preparo ahora mismo algo de cenar —le digo con cariño.

Me sonríe mientras cuelga el chaquetón en el perchero.

—No hace falta, he comido algo fuera con un cliente, me ha invitado y estoy lleno. Como has ido a por tu hermana, pues tenía tiempo y así ya vengo servido —dice con tono de culpabilidad.

—¿Un cliente? ¡Qué raro! —murmuro sorprendida.

Suelta una carcajada mientras va hacia el sofá. Echa un vistazo a su alrededor.

—¿Y tu madre? —Frunce el ceño al no verla.

—Todavía no ha llegado. Si quieres la llamo. —Me encojo de hombros.

—Ni se te ocurra, se pone como una fiera si la llamas al trabajo. No tardará en venir. Si no ha avisado, es que todo está bien.

Se tumba en el sofá y enciende la tele.

Lo acompaño mientras esperamos a mi madre.

—Oye, ¿y eso de que un cliente te ha invitado a cenar? Eso es poco común aquí en el Bronx —me burlo.

Vuelve a soltar una carcajada.

—Es cierto, pero esta vez he topado con un italiano ricachón. El del coche negro que reventaron el otro día. Ha pasado a ver cómo iba con el trabajo y ha quedado muy satisfecho —me cuenta.

Casi me caigo del sofá al escucharlo.

—¿Un italiano te ha invitado a cen-ar? —titubeo.

—Hija, solo fuimos a picotear algo al bar de enfrente. Me sorprendió que entrara allí con el traje tan caro que llevaba, pero me cayó bien, un chico muy simpático. Nicodemo, creo que se llama —cuenta con naturalidad.

Empiezo a ver doble, tengo que echarme hacia atrás contra el respaldo del sofá, pues me mareo y temo perder la conciencia. Nicodemo, Matteo, los dos se inmiscuyen en mi familia y yo no puedo hacer nada.

Nada.

—Hija, ¿te encuentras bien? Tienes mala cara —se preocupa al ver mi aspecto pálido como la muerte.

—Creo que me ha bajado la tensión —logro decir.

Mi padre se levanta y va a la cocina a por un vaso de agua y viene como un rayo. Me lo da con cuidado.

—Bebe despacio, hija. —Me mima con todo su amor.

Al tomar el agua, parece que me recupero y me siento mejor. Me estabilizo, pero esa sensación de terror e impotencia, no hay quien me la quite del cuerpo. Tengo ganas de morir, literalmente. Nunca he pensado en la muerte, soy joven, pero estoy tan angustiada y desesperada, que tengo miedo de hacer una locura. Demasiada presión en mi cabeza para poder sobrellevarla.

—Gracias, papá. Ya me encuentro mejor. —Esbozo una tímida sonrisa.

—¡Qué susto me has dado! —Se lleva la mano al pecho.

En eso oigo la puerta de la calle. Es mi madre.

Entra en el salón y ve a mi padre arrodillado en el suelo con el vaso de agua. Se preocupa al instante.

—¿Qué ocurre aquí? —Nos mira.

Mi padre se levanta y le sonríe.

—Nada, cariño, que le ha bajado la tensión a Sloane y se ha mareado un poco. Le he dado agua y se le está pasando. —La pone al corriente.

Mi madre viene a mi lado y me toca la frente, como cuando era niña.

—Mamá, estoy bien —digo sin fuerzas.

—Pues quién lo diría, con lo pálida que estás. ¿Has cenado? —me interroga.

Niego con la cabeza. Con el lío que llevo hoy, en lo último que he pensado, es en la comida.

—Vamos a la cocina, he traído un táper de comida que he preparado en casa de los Marchese, cenemos juntas. —Me coge del brazo y me levanta.

Al escuchar el apellido Marchese, se me revuelve el estómago.

—No tengo hambre.

—Pues vas a comer —me obliga.

—Yo me voy a duchar y me acuesto. Te espero en la cama, cariño —le dice mi padre a mi madre. Le da un beso en los labios y se va al dormitorio.

Mi madre me lleva a rastras a la cocina y me siento, mientras ella introduce en el microondas lo que ha traído.

Pone la mesa para dos y en cuanto suena el pitido indicando que la comida está lista, sirve la comida. Huele muy bien, pero es algo que no he probado en mi vida.

—¿Esto qué es? —pregunto.

—Es *pasta alla Norma*, me lo ha enseñado la señora Francesca, es un plato típico de Sicilia. Ha dicho que me ha salido de maravilla y Matteo se ha chupado los dedos. —Sonríe orgullosa.

Cuando oigo el nombre de Matteo, otra vez siento que me viene el mareo. Mi madre me ve y enseguida me da agua.

—¿Quieres comer de una vez? Te mareas porque estoy segura de que no has comido en todo el día. ¡Come! —me regaña.

Empiezo a revolver la pasta con berenjenas, queso, albahaca y yo qué sé que más lleva eso. Le doy un bocado y está delicioso, como todo lo que cocina mi madre. A los tres bocados, ya me siento mejor

y con más energía. Mi madre no me quita los ojos de encima y al final termino toda la comida del plato.

—¿Te encuentras mejor? —me pregunta más relajada.

—Mucho mejor. Gracias, mamá. —Sonrío con gratitud.

Me levanto para recoger la mesa, pero ella me coge de la mano y me sienta de nuevo.

—Tenemos que hablar. Ya recogeré más tarde. ¿Te sientes con fuerzas? —inquiere.

Cierro los ojos cansada de este día terrorífico y agotador, pero ya, que sea lo que Dios quiera.

—Sí, mamá. Estoy bien —acepto tener esa conversación.

—Vamos al sofá, allí estaremos más cómodas. Llévate una botella de agua —me previene por si vuelvo a marearme.

Arrastro los pies por el cansancio mental que acumulo, un poco más, ¿qué más da?

—Venga, mamá, ¡suéltalo ya! Hoy he tenido un día muy complicado. —Me muestro muy borde.

Frunce el ceño. Sé que no le gusta mi comentario, pero estoy agotada.

—Al mediodía pude hablar con Matteo. Más bien, fue él quien me buscó —empieza a hablar y me erizo como una gata.

—Ah, ¿sí? —Me hago la tonta.

—Ya sé por qué le dio la crisis de ansiedad y cómo te dije, tenía que ver contigo. No estaba equivocada. —Levanta la cabeza orgullosa.

La interrumpo antes de que siga.

—Pero no entiendo qué tengo que ver yo…

Ahora me interrumpe ella.

—¡Déjame hablar, Sloane! —me riñe—. Me ha contado que estáis saliendo juntos. Que lo conocías de antes de que yo empezara a trabajar en su casa y cuando te enteraste, has querido romper con él varias veces. Habéis disimulado delante de mí y de su madre, sabía que fue a verte al pueblo de tu tía, no me has engañado. —Hace una pausa para suspirar —. Cuando regresas me pides que te lleve a su casa y le dices que te lo tienes que pensar y por la noche

lo llamas para dejarle, fue cuando el pobre entró en pánico —me relata la historia más absurda jamás inventada.

—¿Eso te lo ha contado él? —Mi curiosidad es de libro.

—Sí. También me ha dicho que no quiere ocultarlo más y por eso me lo ha contado todo. Me ha pedido la bendición para que pueda salir contigo sin tener que esconder lo que siente por ti. Por supuesto vendrá a hablar con tu padre. —Me da la noticia del año.

—¿Le has dado… la bendición? —Aprieto los puños y me aguanto las lágrimas de la impotencia y rabia que siento.

Mi madre baja la cabeza ruborizada.

—Si es lo que quieres, hija, pues sí. Me parece un buen chico y es muy atento, educado y adora a su familia. Creo que está muy enamorado de ti, por lo que me ha contado, y no voy a ser yo quien ponga impedimentos a vuestra relación —dice emocionada.

No sé si puedo soportar tanto engaño, farsa y mentira juntos en el mismo pack. Mis ojos explotan y las lágrimas salen sin permiso, cosa que mi madre interpreta que son por emoción, cuando lo que siento es la tristeza más grande del mundo.

Me abraza y llora conmigo.

—Hija, me hace tanta ilusión que hayas encontrado un buen hombre. Ni te imaginas lo feliz que estoy por ti —comenta emocionada.

Otra daga me atraviesa el pecho con sus palabras. No puedo odiar tanto a Matteo, no hay suficiente mal en el mundo para poder deseárselo. Tendrían que fabricar más. Lo que yo siento por él no se ha inventado, es un sentimiento inexistente hasta ahora. Más fuerte que el odio, que el amor, que el sufrimiento, que la nada…

—Mamá, me alegro de que estés contenta. Estoy muy cansada y necesito irme a la cama —imploro.

—Claro, cariño, tenemos tiempo para hablar de esto. Además, seguro que lo vamos a ver más a menudo. —Sonríe de nuevo y yo me desintegro un poquito más.

Asiento porque ya no me salen las palabras.

Voy como una zombi para mi habitación y me dejo caer de espaldas en la cama. Miro el techo y lo veo negro. Negro como mi futuro. Pienso en lo sucedido en este día y no doy crédito. Pienso en

la película que he visto y eso es un cuento de hadas comparado con mi vida. Lo mío es una película de terror.

Cierro los ojos y pienso en Nico. En cómo me hacía el amor esta mañana en el gimnasio. Su olor, auténtico y único. Un olor que ya no cataré más. Reconozco por mucho que me duela, que sigo enamorada de él, a pesar del daño que me ha hecho. Es mucho peor lo que me está haciendo Matteo, no hay comparación.

En cuanto me vea con Matteo, será la guerra, pero es lo que busca. Nico le arrebató a Bianca por mi culpa y ahora yo tengo que pagar por mis pecados y por los suyos. No sé si puedo llevar a cabo esta relación ficticia en la que no puedo fingir algo que no siento, pero tampoco puedo poner en peligro la vida de mi familia. Ya me ha demostrado que puede hacerles daño cuando le dé la gana. Ha llegado a ellos sin ningún problema.

Lloro y lloro hasta que me escuecen los ojos. La sensación de que la vida ya no tiene sentido es enorme. La de quitarme de en medio… muy tentadora.

Nunca he sentido un vacío tan grande. Es horrible, como caer en un agujero negro que te va absorbiendo y cada vez se hace más grande y ya no puedes salir. ¿Cómo voy a ser capaz de estar con un hombre al que odio y fingir que lo quiero? Ni la mejor actriz de Hollywood podría hacerlo y yo no he estudiado arte dramático. Solo soy una simple chica del Bronx que estudió turismo. Parece irreal.

Pero está pasando…

17

Persuasión

Me paso dos días metida en cama por la depresión que me consume. Apago el teléfono y me aíslo de la aterradora realidad que no quiero aceptar. A mis padres les digo que he pillado un virus, pero mi madre es muy lista y no es tan fácil de engañar, aunque parece que esta vez, al verme con los ojos hinchados y la nariz tan roja de llorar, me cree. Evidentemente le digo que es de sonarme y de la congestión, que no me deja respirar.

Todo pensamiento negativo inunda mi mente. No entiendo cómo he llegado a esta situación. Rebobino en el tiempo y todo me lleva al día que le rompí la nariz al gilipollas de Richard De Luca. Ahí empezó todo. Por mi genio y carácter. ¿Dónde está ahora esa fuerza cuándo más la necesito?

Me tapo la cabeza con el edredón y lloro de nuevo. Es lo único que sé hacer estos dos últimos días desde que hablé con mi madre en el salón. No puedo hacerme pasar por la novia de Matteo cuando lo odio con toda mi alma. Se lleva a mi hermana y me amenaza con hacerle daño a mi familia. Todo por su guerra interna con la familia de Nico. Puede que quitarme de en medio, sea la mejor opción.

Mi madre entra en la habitación. Es domingo y no trabaja. Sé que está preocupada por mí, pero lo que pasa a continuación, no tiene ni idea de que, en vez de ayudarme, me remata del todo.

—Hija, ha venido alguien que te va a animar un poco. Os dejo solos para que habléis —canturrea con alegría.

Me da un miedo atroz sacar la cabeza de debajo del edredón. Siento esa energía maligna que es la causante de todos mis males, sin necesidad de destaparme.

—Sloane, creo que no te ha quedado claro cuando hablamos el otro día, el hacerte la enferma, solo puede causarle problemas a tu

familia. Es mejor que te vayas recuperando de tu «enfermedad» y nos pongamos al día —ironiza Matteo.

La sangre me hierve hasta tal punto, que me destapo y salto de la cama para arañarle la cara.

—¡Maldito hijo de puta! —siseo con todo el odio que siento.

Él me sujeta las muñecas muy cerca de su cara y me da un empujón que me devuelve a la cama. Caigo de espaldas y sin aliento.

—No te atrevas a llevarme la contraria. Esto no es un juego y creo que no te ha quedado claro con quién estás tratando —me amenaza furioso.

Lo miro intensamente y con la espiración agitada.

—¿Qué pretendes de mí, que te llame amorcito? —le pregunto con ironía.

Veo que se le enciende la mirada.

—No, eso lo tengo reservado para la persona que tú y tu amante os habéis encargado de separar de mi lado —espeta con rabia.

Algo se remueve en mi interior.

—Así no la vas a recuperar nunca. Y puedo ayudarte a que Bianca vuelva. —Intento llevarlo a mi terreno.

Veo que se mueve inquieto, quizá baraje mi oferta.

—Imposible, Nicodemo no lo consentirá. Tú apenas lo conoces, yo crecí con él y sé cómo es realmente.

—¿Y piensas que haciéndole daño la recuperarás?

—Bianca está perdida. Por eso ahora te tengo a ti —gruñe con tirria.

—Puede que te acompañe como un florero, pero jamás me tendrás como mujer. Antes me quito la vida —le aclaro con lágrimas en los ojos.

—No quiero eso de ti. Jamás obligaría a una mujer a estar conmigo. Solo te utilizo para hacer sufrir a Nico. Yo amo a Bianca —me aclara con desprecio.

—Eso decís todos, hasta el día que decidís tomar lo que es vuestro, simplemente porque así lo deseáis. Te juro que, si me pones la mano encima, me quitaré la vida. Entonces Nico sí te matará de verdad —le amenazo claramente.

Matteo me observa, esta vez casi con admiración.

—Ahora entiendo lo que vio en ti. A mí me caías bien y me jode tener que hacer esto, pero no puedo doblegarme ante Baresi. Aquí prima la ley del ojo por ojo. Lo siento, Sloane. —Suaviza la voz.

Suelto una carcajada nerviosa.

—¿Que lo sientes? No eres mejor que el primer marido que tuvo tu madre. Estás haciendo lo mismo que le hicieron a ella. Espero que ella esté orgullosa de ti por tus actos. —Me río en su cara.

A Matteo le cambia la cara y viene amenazante hacia mí. Me coge de un brazo con fuerza y pega su rostro al mío. Respira con fuerza.

—Mi madre no tiene que saber nada de esto, o la tuya sufrirá las consecuencias, *¿capisci*? —me amenaza.

Le sostengo la mirada sin apartarla ni un milímetro.

—Perfectamente, pero eso no quita que lo que te he dicho es la pura verdad, aunque te joda —me reitero y él se encabrona.

Vuelve a empujarme con desprecio y caigo sentada en la cama.

Se revuelve el pelo nervioso y yo lo observo con cierta satisfacción al sacarlo de quicio. Me alegro de no ser la única a la que no le gusta este acuerdo. Voy a hacerle la vida imposible todo lo que pueda, eso me da un motivo para poder sobrellevar lo que se me viene encima.

—Vamos a dejarnos de tonterías. Haz la maleta… mejor no, no traigas nada de tu ropa, no es de clase para acompañarme. Tienes un vestidor preparado en mi ático. Esta noche hay una gala benéfica y es la oportunidad para que te vean conmigo. Enviaré a mi chófer a buscarte —ordena sin opción a reproche.

La noticia es un mazazo para mí.

—No puedo irme esta noche. Mi padre aún no sabe nada de esta falsa relación, ni los tuyos tampoco. No estoy preparada, esto es una locura, es demasiado precipitado. —Las palabras salen atropelladas de mi boca.

Él sonríe con maldad.

—Te avisé, pero has preferido apagar el teléfono y meterte en la cama como una niñata, en vez de aceptar tu destino. Ahora no me reproches. Métete en la ducha y espabila, que das pena —me desprecia sin pudor.

Me sonrojo por lo cruel que es. No hay ni una pizca del Matteo atento y bueno que conocí no hace tanto.

—Está bien, pero no respondo de mis actos, no digas que no te advertí. No estoy preparada para mezclarme con la gente de tu calaña —le amenazo con ira.

Vuelve a acercarse de manera poco amistosa.

—Por la cuenta que te trae, harás el papel de tu vida, querida mía. —Me guiña un ojo.

Me pone los pelos de punta ver hasta dónde puede llegar su crueldad.

—Vete de mi casa. Me das asco —le digo con los dientes apretados.

Suelta una carcajada.

—Claro que me voy… y tú también te irás hoy. No te preocupes, el sentimiento es mutuo.

Se gira y vuelve a guiñarme un ojo. Le tiro un cojín en cuanto cierra la puerta.

Me siento en el suelo y rompo a llorar. ¿Cómo le digo a mis padres que me voy de casa en unas horas?

El corazón me palpita muy rápido y siento que me va a dar algo. Las malas ideas vuelven a mi cabeza.

—No puedo hacerlo, no puedo hacerlo —murmuro en bucle.

Pasa el tiempo y sigo sin saber qué hacer.

Tocan a mi puerta y salgo de mi trance. Mi madre entra y no puedo mirarla a la cara. Pero ella viene y me abraza, cosa que me desconcierta.

—Ay, hija. ¿Cómo no me lo habías contado antes?

Me quedo quieta sin entender nada.

—Mamá… —Es lo que logro decir.

—Matteo nos ha comentado a todos en el salón que te vas a ir con él hoy mismo. Yo fui testigo de lo mal que lo pasó el otro día y teme que le dé otro ataque de ansiedad. El médico le ha recomendado que no esté solo y por eso quiere que te vayas a vivir con él tan rápido —solloza mientras me lo cuenta.

Me quedo perpleja y admiro la facilidad de persuasión que tiene ese hombre para inventar historias y engatusar a mi familia.

—¿Te parece bien, mamá? —logro decir.

—¡Pues claro! Te voy a echar de menos, pero ya es hora de que formes una familia. Tienes casi treinta años y lo normal es que vueles del nido —dice con naturalidad, cosa que me pone los pelos de punta.

—Mamá, no sé si es el hombre de mi vida. Estamos conociéndonos, ¿y si no funciona? En la convivencia todo cambia y nunca he vivido con un hombre. —Intento prevenirla.

—¡No digas tonterías! Eres una mujer excepcional y no te dejará escapar fácilmente. Seguro que pronto tendré un nieto rondando por aquí. —Sonríe solo de imaginarlo.

A mí se me hiela la sangre de pensarlo.

—Bueno, vamos a ir despacio. ¿Seguro que estaréis bien si me voy? —insisto. Quiero estar tranquila.

—Segurísima. Y tu padre también. A él le afecta más, sois sus niñas, pero sé que nos vamos a ver a menudo, no te vas a Australia. —Suelta una carcajada.

Fuerzo una sonrisa, no quiero que vea lo destrozada que estoy por dentro.

—Claro que sí, mamá. Te veré todos los días que pueda. Cuida de Elina, que no se meta en problemas. —Se me enturbian los ojos.

Mi madre me mira emocionada.

—Cariño, solo quiero que seas feliz. Matteo es un buen chico —asegura convencida.

Nada más lejos de la realidad.

—Seguro que sí, mamá. Voy a preparar mis cosas que esta noche tengo que ir a un evento con él. —Se me escapa la noticia.

Mi madre abre los ojos con platos.

—¡No me digas! Tengo un vestido precioso que seguro te queda genial. Espera un segundo. —Sale de la habitación corriendo.

Me froto la cara con desesperación y alucino por cómo Matteo se ha camelado a mis padres. Es increíble que piensen que vaya a tener hijos con él. Un escalofrío recorre mi cuerpo solo de visualizarlo.

Mi madre entra con una funda para trajes colgado de un brazo. Viene sonriente y entusiasmada.

—¿Qué traes ahí? —pregunto con curiosidad.

—Este vestido es mío. Me lo puse solo una vez, cuando estábamos de luna de miel en Madrid. Bailé con él en una cena muy especial y lo guardo como oro en paño. Me costó el sueldo de un mes y me haría mucha ilusión que te lo pusieras —recuerda emocionada.

Lo saca de la funda y es un vestido de terciopelo negro, de manga larga, escote redondo y recto, ajustado al cuerpo. Lleva la espalda al aire. Sencillo pero muy elegante. No creo que sea del gusto de Matteo, pero a mí me encanta.

—¡Es precioso, mamá! —exclamo emocionada.

—¿Te lo pondrás?

—Pues claro, no te quepa la menor duda. —Sonrío solo de pensar la cara que pondrá Matteo.

—Ahora te traigo los zapatos y el bolso, están nuevecitos y calzamos el mismo número.

Le doy un abrazo y ella se emociona.

—Lo luciré con mucho orgullo —le susurro al oído.

Mi madre sale a por el resto de los complementos y estoy ansiosa por ver la reacción de Matteo por llevarle la contraria. Será el principio de nuestro tortuoso acuerdo…

Me despido de mis padres y Elina. El chófer de Matteo está abajo esperando. Mi padre se mete en la habitación, es doloroso para él. Mi hermana y mi madre se lo toman de otra manera. Yo estoy destrozada, muerta en vida, pero aprovecho para llorar de nuevo, aparte de la tristeza de dejar mi casa, lloro porque voy directa a un infierno incierto.

Llevo mi maleta con mis cosas, pese a lo que Matteo diga y, por supuesto, el vestido que me ha regalado mi madre. El chófer quiere cogerla para guardarla en el maletero, pero no me fío y la llevo en el asiento trasero conmigo. Todavía no he encendido el móvil, así que aprovecho y lo hago durante el trayecto.

Tengo llamadas perdidas de Lara, Matteo, Nico y… de España. Se me encoge el corazón. Me saltan un montón de mensajes. Los de Lara son de preocupación. Los de España de cuándo voy a ir y si he leído la documentación y después… está Nico.

Me escribe preocupado, qué dónde estoy y si me encuentro bien, que quiere verme, que le perdone, que no lo tenga en ascuas. Así más de treinta mensajes. El pecho me duele porque no sé qué hacer ni qué responder. Lo tengo prohibido.

Pero no puedo quedarme quieta…

A Lara le digo que la llamaré cuando pueda, que no me escriba, que ahora es imposible, pero que todo está bien.

A Lola le respondo que al final no puedo aceptar el trabajo, que me han ofertado algo mejor aquí, al lado de casa y que lo he aceptado. Que me disculpen por todo y le doy las gracias.

Nico es el más difícil. Matteo me ha prohibido que me acerque a él y no quiero que le hagan daño, así que soy rápida y concisa. Le digo que no quiero saber nada de él, que no me vuelva a llamar y que me olvide. Que no le quiero.

Es lo más doloroso, pero después de esta noche, me odiará, así que le voy facilitando el camino.

Llegamos a la entrada de un edificio en el Upper East Side de Manhattan. Entramos al *parking* y flipo cuando dentro del garaje, se abre otra puerta secreta que da a otro estacionamiento privado que se accede con un mando especial. Muevo la cabeza y sonrío con ironía al ver las excentricidades de los mafiosos y su seguridad. Al bajar del coche, vamos hacia un ascensor privado que, como en casa de Nico, se abre con una llave especial.

—Imagino que vamos al ático —deduzco con sarcasmo.

El chófer me mira, pero no responde… ni falta que hace.

El ascensor sube y, efectivamente, llegamos al ático.

Este ático tiene un estilo contemporáneo con influencias clásicas italianas, mezclando materiales como el mármol blanco de Carrara, madera de nogal oscuro y detalles en bronce envejecido. Se nota que Matteo tiene buen gusto.

El salón tiene unos grandes ventanales de suelo al techo que ofrecen vistas panorámicas de la ciudad y el río Hudson. La sala está decorada con sofás de cuero italiano negro y una chimenea de mármol. Las paredes están revestidas con paneles de madera que, a mí, personalmente no me gustan, demasiado cargado. En una

esquina se encuentra un bar privado bien surtido, con vinos italianos y licores de alta calidad. Aquí no se escatima en gastos.

—Bienvenida, Sloane.

Matteo hace acto de presencia y se pone serio al ver mi maleta y el portatrajes.

—Bonita casa. —Rezumo ironía por todo mi ser.

—Te dije que no trajeras tu ropa. Aquí tendrás de todo y de buena calidad —se enfada.

Suspiro y pongo los ojos en blanco.

—Me gusta dormir con pijamas de felpa, son calentitos —me burlo en su cara.

Matteo se pone rojo, pero no entra al trapo.

—Está bien, quédate con tus dichosos harapos, pero cuando salgas conmigo, te pondrás lo que yo diga —ordena como un sargento.

—Sí, jefe —respondo.

—¿Cómo has dicho?

—Sí, jefe. ¿No te responden así tus empleados? —Me encojo de hombros.

Aprieta los puños y los dientes, pero se contiene, quiere evitar una discusión.

—¡Máxima! —Lanza un grito que resuena por todo el ático.

Enseguida aparece una mujer joven, de unos cuarenta años, morena, bajita, ojos oscuros, pelo corto, típica italiana.

—Sí, señorito Marchese.

—Ayude a vestirse a la señorita Sloane y póngala decente para la gala de esta noche. Lleve sus cosas a mi cuarto —le ordena.

Casi me da un parraque cuando lo escucho.

—¿A tu cuarto? Perdona, ese no era el acuerdo. Yo quiero mi propia habitación y mi intimidad —exijo indignada.

—Disculpe, señorita, este ático solo dispone de una habitación —dice Máxima—. Eso sí, es muy grande —matiza.

Miro a Matteo.

—Gracias por la aclaración, pero no pienso dormir en la habitación de nadie —me niego en rotundo.

—Máxima, haz lo que te he dicho. Me tengo que ir, que uno de mis chóferes la lleve a la gala en la Mansión Bowery a las diez —le ordena ignorándome a mí.

—Matteo, esto no queda así, no voy a dormir en tu habitación.

Le sigo, pero él me ignora.

Se mete en el ascensor y entonces me mira.

—Ponte guapa y no me defraudes, si no, ya sabes lo que puede pasar —me amenaza de nuevo.

Se cierran las puertas y me quedo blanca como la cal.

—Señorita, ¿vamos al vestidor? —Máxima me saca de mi ensimismamiento.

Asiento con la cabeza y la sigo.

—No se preocupe, el señorito Matteo ladra mucho, pero muerde poco —le defiende.

—Pues a mí me da otra impresión —suelto con rabia.

—Debe de ser importante para él, nunca ha traído una mujer a su ático. Este lugar es sagrado para el señorito —me cuenta mientras vamos hacia el dormitorio.

Cuando abre la puerta, me quedo boquiabierta. El dormitorio es un refugio de lujo. La cama enorme tiene un cabecero acolchado de cuero, e incluye un doble vestidor gigante con vitrinas de vidrio para relojes, trajes de firma y zapatos de diseño, y otro gemelo, pero con ropa de mujer.

El baño es impresionante, más grande que mi casa. Está completamente revestido en mármol negro y con grifería dorada, cuenta con una ducha de lluvia y una bañera que parece una piscina.

—¡Madre mía! —exclamo asombrada.

—Señorita, voy a hacerle la manicura y pedicura, luego la peinaré y maquillaré. El señorito quiere que se ponga este vestido —me señala uno dorado escotado, con una raja en la pierna y muy *sexy*.

—No voy a ponerme eso, parece hecho para una fulana. Yo no me visto así —me niego en rotundo.

—Pero… señorita. —Máxima se pone nerviosa.

—Tengo mi vestido y no necesito que me peines ni me hagas nada, sé prepararme yo solita, gracias. —La despacho de inmediato.

—Pero el señorito la tomará conmigo —solloza.

Siento pena de la pobre mujer.

—Hagamos un trato. Usted le dice que yo he salido vestida con esa horterada, me llevo el vestido en una bolsa, para que vea que falta, y le diré que ha hecho su trabajo, ¿le parece bien?

Ella se retuerce las manos, nerviosa.

—Déjeme por lo menos que la peine, y le haga las uñas, no las tiene muy bien y a mí no me cuesta nada arreglárselas. Antes de trabajar aquí, era peluquera y esteticista —me cuenta.

Le veo tan mala cara a la pobre, que al final cedo.

—Está bien, pero en lo de la ropa, hacemos lo que le he dicho —insisto.

—Está bien, así lo haremos.

Nos ponemos manos a la obra y en un par de horas estoy lista para que me recoja el chófer para ir a la gala en la Mansión Bowery. Por supuesto, con el traje de terciopelo negro de mi madre, que me queda mejor de lo que esperaba…

18

La Mansión Bowery

Esta vez viene un chófer diferente. Un hombre joven, pero imponente, con una cicatriz en la cara. Tiene un semblante tan serio, que da miedo hablarle. Me echa un vistazo rápido de arriba a abajo que me incomoda, aunque su mirada no expresa nada.

—Tengo órdenes de llevarla a la Mansión Bowery. ¿Está preparada? —pregunta en un tono neutro que no define ninguna expresión.

La pregunta me ofende un poco, ya que es evidente que estoy arreglada y más que lista para el puñetero evento.

—Pues no hagamos esperar al jefe —contesto con desdén.

Paso por delante y entro en el ascensor con la cabeza alta y un poco de morros, tengo que reconocerlo.

El chófer entra y mete su llave especial para bajar al garaje secreto de Matteo.

—¿Qué lugar es ese? La Mansión Bowery. —Tengo curiosidad.

—No soy la persona adecuada para darle ese tipo de explicación —dice cortante.

Abro los ojos sorprendida.

—¿Y quién es la persona adecuada para pedirle información? —digo con retintín.

El hombre bufa, pero mantiene la compostura, creo que la bajada en ascensor, se le está haciendo eterna.

—Señorita, pregunte al señor Marchese, yo solo soy el chófer —suelta al fin.

—¡Ah!… ¿Y tienes nombre? —insisto en mi interrogatorio.

—Me llamo Alessio, señorita —resopla.

—Como no, más italianos —comento con desprecio.

Se da la vuelta y por un momento pienso que me va a hacer algo malo.

—Señorita Moses, soy italiano a mucha honra, pero no nos meta a todos en el mismo saco. Las apariencias engañan.

Me cierra la boca y doy gracias a que en ese momento se abre la puerta del ascensor.

Nos dirigimos hacia una limusina negra. Me quedo maravillada al verla. Nunca he montado en una y es impresionante. Alessio me abre la puerta trasera y entro en esa especie de nave espacial de lujo. El interior está tapizado en cuero negro y tiene detalles en madera muy cara, que contrastan con las luces LED ajustables en intensidad y color. Todo está diseñado para que tenga el máximo confort, calefacción, controles eléctricos y hasta un minibar. Me fijo que la limusina está equipada con cámaras de vigilancia externas y un sistema de comunicación interno para hacer llamadas seguras. Está blindada, puertas y ventanas, lo que protege a esta gente de posibles balas perdidas. El famoso vidrio que me separa del chófer, no puede faltar, pero Alessio, no lo sube.

—¿No me va a poner a Beethoven? —inquiero.

Él me mira por el espejo retrovisor.

—Si usted lo desea, no hay ningún problema. Puedo ponerle la música que desee —me comenta en su tono frío.

Me sorprende que no actúe como los otros, aunque Matteo no lo ha hecho, la verdad.

—No, gracias. Me gustaría que me hablara del lugar a donde vamos. Estoy fuera de mi zona de confort y no quiero meter la pata —lo camelo un poco con mi voz afligida.

Vuelve a mirarme por el espejo retrovisor.

—La Mansión Bowery se restauró en los años veinte, y solo es visible para aquellos que conocen el lugar. La entrada es discreta y cuenta con personal de seguridad altamente capacitado. Puede quedarse tranquila —me informa.

Muevo la cabeza aturdida.

—¿Me está diciendo que es una especie de club privado para la mafia? —Alzo la voz.

Por primera vez atisbo una leve sonrisa por el espejo retrovisor.

—Digamos que la mansión está adaptada para celebraciones privadas con espacios aislados para la conversación y la negociación.

Su lujo encaja con los invitados más selectos y, aunque su ubicación es exclusiva, permite la entrada a personalidades de clase alta, cuando se trata de galas benéficas, no es solo para mafiosos. —Me parece que sonríe.

—Y cuando no hay galas benéficas donde pueden lavar su imagen, ¿para qué se utiliza la Mansión Bowery? —inquiero curiosa.

—Digamos que es un lugar neutro donde puede quedar gente de todos los clanes sin arrancarse la cabeza unos a otros. Ahí dejan fuera el personaje y entran como una persona anónima. Todos iguales y ninguno amigo, ¿me entiende? —Alza la mirada por el retrovisor.

Me echo hacia atrás en el asiento pensativa.

—Entonces, ¿en esa gala pueden estar los Baresi y los Marchese en la misma fiesta sin arrancarse los ojos? Algo similar al Refugio, pero de lujo —sigo con el interrogatorio.

—Veo que lo ha entendido a la primera. —Me da un aprobado.

El corazón se me acelera. Eso es lo que busca Matteo, que Nico nos vea juntos. Estoy segura de que va a estar en esta maldita gala. Me remuevo intranquila en el asiento. Creo que me va a dar un ataque de ansiedad.

—¿Se encuentra bien, señorita Moses? Ya casi hemos llegado —pregunta Alessio.

—No sé si podré entrar ahí. No me siento preparada —le confieso.

—Estoy segura de que lo hará muy bien. El señor Marchese tiene suerte de llevar una acompañante tan hermosa e inteligente, esta noche. No lo decepcionará —me halaga y me saca los colores.

—Gracias… supongo.

No sé ni lo que digo.

Lo único que quiero es salir huyendo de ahí y que nadie me encuentre nunca.

La limusina se detiene y el chófer me abre la puerta. Salgo y un escalofrío me recorre el cuerpo. Alzo la vista y admiro la Mansión Bowery. Por fuera, tiene una fachada de piedra clara con detalles elegantes y antiguos, que recuerdan a las grandes construcciones de los años veinte. Las ventanas son altas y tienen vidrios oscuros, lo que da privacidad y un toque de misterio. Las puertas son de hierro

negro con adornos decorativos, que muestran desde el primer vistazo que este lugar es exclusivo y refinado.

Veo a Matteo que camina hacia la limusina y se mezcla con la gente que está llegando. Me mira muy serio, sé que es por el vestido, no llevo lo que él ha ordenado, pero luego su mirada se suaviza.

—Tengo que reconocer que estás encantadora con ese vestido. Imagino que no es de ningún diseñador, pero en ti luce como si lo hubiera diseñado un ángel. Estás perfecta —me halaga y yo me sonrojo.

Matteo está muy guapo con un esmoquin negro, pero eso no hace que oculte su alma negra.

Le hace un gesto con la cabeza a Alessio y me pone la mano en la espalda, que llevo desnuda. Doy un respingo al notar su piel con la mía. No quiero que me toque. Él se da cuenta y baja a mi cintura y me aferra más a su cuerpo. ¡Maldito hijo de puta!

—Pórtate bien y disfruta de la velada. No me dejes quedar mal, o atente a las consecuencias. —Me da un beso en la mejilla.

No puedo evitar poner cara de asco y él se enfada. Se gira y me aparta hacia una esquina detrás de una de las limusinas.

—¡Mírame a los ojos! —chilla—. Esto no es un puto juego. O haces tu papel, o esta noche alguien de tu familia sufrirá, ¿*capisci*? —Gesticula con la mano delante de mi cara.

Lo miro con odio y lo desafío.

—No te preocupes, haré mi papel y no te defraudaré, pero deja de amenazar a mi familia o… —Aprieto los puños.

—O ¿qué? —me reta.

Sonrío con amargura y mucho rencor.

—Mejor no quieras saberlo. Vayamos a la fiesta —susurro.

Le agarro del brazo y caminamos hacia el interior de la opulenta mansión. Al entrar, veo un gran vestíbulo con suelos de mármol brillante y una enorme lámpara de cristal que cuelga del techo alto. Las paredes están revestidas de madera oscura.

La gente va entrando con sus mejores galas. El gran salón donde se lleva a cabo la gala benéfica es amplio y espectacular. Al entrar, hay varias lámparas de araña de cristal que cuelgan del techo alto,

iluminando la estancia con una luz suave y cálida. Las paredes están decoradas con espejos dorados y molduras finas, que aportan un toque clásico y ostentoso, para mi gusto.

—Te voy a presentar gente importante, espero que me sigas la corriente —susurra Matteo.

—Sí, jefe —me burlo.

Me aprieta con fuerza el brazo y me hace ver las estrellas.

—Tómatelo en serio, Sloane —me amenaza.

—Sí, amor mío. —Rechino los dientes.

—Eso me gusta más —dice satisfecho.

Caminamos por el suelo de mármol pulido, que refleja la luz y le da brillo a la estancia. A lo largo del salón hay mesas redondas vestidas con manteles blancos y centros de mesa elegantes con flores frescas. Al fondo, una tarima elevada con un pequeño escenario y un piano de cola espera para las presentaciones y discursos de la noche. Me muero por ver qué se dice hoy sobre ese escenario…

—Esta es nuestra mesa —me señala Matteo.

Aparta la silla y me siento. Todavía está llegando la gente y yo observo todo lo que me rodea.

Me fijo que hay un espacio para el baile, cosa que no pienso hacer. Unas grandes ventanas cubiertas con cortinas de terciopelo en tonos oscuros añaden un toque de lujo y privacidad, mientras que, en las paredes, se pueden ver las cámaras y el sistema de vigilancia tan exhaustivo que tienen. Mezclan el lujo, la opulencia, con la seguridad y el misterio. El lugar da un poco de repelús.

—Sloane, te quiero presentar a mi padre, a mi madre ya la conoces. —Matteo me pilla desprevenida

Me levanto y Francesca me abraza.

—¡Qué alegría me ha dado Matteo cuando me ha contado lo vuestro! Me hacéis muy feliz. —Y me planta un beso en la cara.

Estoy tan aturdida que no digo ni una palabra. Solo miro al hombre grueso con gafas y escaso de pelo que me mira fijamente y al final me estruja entre sus brazos.

—*Figlia mia, quanto mi rendi felice. ¡Benvenuta nella famiglia*! —Me da la bienvenida a la familia en italiano.

Me está estrujando tan fuerte que apenas puedo respirar, todo esto, bajo la mirada inquisitiva de Matteo.

—*Grazie di cuore, è un onore far parte della vostra famiglia* —le respondo dándoles las gracias y que es un honor ser parte de su familia.

Matteo asiente con la cabeza al ver la cara de asombro de su padre cuando le respondo en italiano.

—¡*Bravísima*! —Mira a su hijo—. ¿Dónde la tenías escondida, hijo? No es fácil encontrar una mujer tan hermosa y que hable italiano. ¡Felicidades! —Abraza a Matteo.

Todos están contentos y felices, menos yo… aunque finjo lo contrario.

Nos sentamos a la mesa y casi me caigo de la silla cuando veo entrar a Nicodemo Baresi con su esmoquin negro, guapísimo y acompañado de la famosa pelirroja. Pasa por nuestra mesa, pero no me ve. Va tan recto y les tiene tanto odio a los Marchese, que los ignora por completo.

—*Porca miseria* —gruñe Matteo al ver pasar a Nico.

Francesca le da un codazo por debajo de la mesa y este hace una mueca de desagrado con la boca y se recompone.

—¿Y esta gala benéfica a qué se debe? —pregunto para informarme.

Francesca me sonríe y me aprieta la mano con suavidad.

—¿Es que Matteo no te lo ha contado?

—No ha tenido tiempo. Siempre está muy ocupado, ¿verdad, amor? —Me giro hacia él.

—Cierto, se me olvidó comentarte. Perdona, cielo. —Sonríe y se me revuelve el estómago.

—La gala es para recaudar fondos para el Fondo de Ayuda para la Juventud Italoamericana, una organización que apoya becas y oportunidades laborales para jóvenes italianos en Nueva York —me explica Francesca.

—Qué bonito. Debería hacerse más cosas así y habría menos crimen en el mundo. —Me sale del alma.

En la mesa se hace el silencio. Me siento incómoda.

—Tienes razón, querida, por eso hacemos estas galas, para dar segundas oportunidades a la gente. Sabemos qué es no tener nada y por eso ayudamos siempre que podemos. —Sale al paso Francesca.

Respiro más tranquila y doy un sorbo al Prosecco que nos han servido. Está delicioso.

El salón empieza a llenarse y veo gente famosa conocida. Está hasta el alcalde de Nueva York. Madre mía, si estuviera aquí mi hermana, fliparía.

Empieza a sonar de fondo música jazz que hace que el ambiente sea más cálido y me relajo un poco. Cojo el panfleto del menú y lo leo. Tiene muy buena pinta:

Antipasto: Burrata fresca con tomates heirloom y aceite de oliva virgen extra.

Primo: Risotto de trufa negra o pasta al tartufo.

Secondo: Filete de ternera con reducción de vino Barolo y guarnición de vegetales de temporada.

Dolce: Cannoli tradicionales con un toque gourmet de crema de pistacho.

El vino proviene de bodegas italianas exclusivas, añadiendo un toque de autenticidad.

Viene la comida y me evita tener que hablar con Matteo, aunque tengo que soportar que me aparte un mechón de pelo, o me agarre la mano de vez en cuando, para que sus padres se fijen y sonrían complacidos. Yo finjo automáticamente una falsa sonrisa y ya está. Ya me sale sola, de tanto forzarla.

Antes de llegar al postre, veo que Romano Marchese se levanta y va hacia el escenario. No me puedo creer que sea él quien dé el discurso.

Todo el mundo se gira para mirarlo. Apagan la música y hace un ruido con el micro para probar si se escucha bien. Los asistentes se ríen… no todos. Busco a Nico con la mirada, pero no lo veo, el salón es muy grande. Por una parte, mejor así.

—Damas y caballeros, gracias por estar aquí esta noche. Nos hemos reunido con un propósito importante: apoyar a nuestra juventud italoamericana, esa generación que representa el futuro de

nuestra comunidad aquí en Nueva York. Para muchos de nosotros, las oportunidades no siempre fueron fáciles. Sabemos lo que significa empezar de cero y luchar por cada paso. Esta fundación busca darles a los jóvenes lo que nosotros tuvimos que buscar con tanto esfuerzo: una mano amiga, una puerta abierta, una oportunidad de ser alguien.

»Con nuestra ayuda, no solo estamos construyendo su futuro, sino también fortaleciendo el legado de nuestra cultura y nuestros valores en esta gran ciudad. Gracias a todos los que han contribuido esta noche, por su generosidad y su gran compromiso. Sigamos adelante, juntos, construyendo un mañana mejor —termina con un gesto, simulando una plegaria con sus manos.

La gente le aplaude y le hace ovaciones. Romano está feliz y se lleva la mano al pecho emocionado. Francesca y Matteo aplauden como si no hubiera un mañana. Yo solo pienso que hay mucha hipocresía. Pienso que está proyectando una imagen de compromiso con la comunidad y sus valores, perfecta para el propósito de lavar imagen y ganar prestigio. Pero seguro que hay algo más detrás…

Romano vuelve a la mesa y nos pregunta qué nos ha parecido el discurso, y todos le bailamos el agua, incluso yo. Terminamos el postre y ponen música para los más románticos.

Al sonar *All of Me* de John Legend, parejas de todas las edades salen al centro del salón, moviéndose con elegancia y sonrisas contenidas. Los hombres, de traje, guían a sus compañeras con suavidad, mientras las mujeres, con vestidos largos, se dejan llevar por la melodía. La atmósfera se vuelve cálida y nostálgica, y por un momento, todos se sumergen en la armonía de la música, olvidando las tensiones. Los miro con un poco de envidia, son personas que se quieren de verdad. Romano y Francesca salen a la pista.

—¿Bailamos? —Matteo me ofrece su mano.

—Por favor, no me obligues a bailar. Soy un pato mareado —le imploro.

—Yo te llevo, confía en mí.

No puedo evitar reírme en su cara.

—¿Que confíe en ti? Es lo último que haría en mi vida —le espeto con rabia.

—Levántate y baila conmigo.

Ya no es una pregunta, es una imposición.

Dejo el bolso de mala manera y me levanto refunfuñando. Me echa una mirada de advertencia y enseguida vuelvo a mi papel de buena novia.

Me lleva al medio de la pista y nos mezclamos con la gente. Me aprieta contra su cuerpo y me rodea la cintura con su mano. No me hace gracia, pero es lo que toca.

Cambia la canción y no me puedo creer que suene Billie Eilish con *Male Fantasy.* Mi cantante favorita y la tengo que bailar con Matteo. El destino no puede ser más cruel.

Apoyo mi cabeza en su pecho porque no quiero que vea que mis ojos están llenos de lágrimas que pugnan por salir sin permiso. Me dejo llevar y mi mente se va a Nico. No puedo evitarlo. Oigo que la gente cotillea algunos comentarios como: «qué buena pareja hacen o quién esa chica que va con Matteo». La verdad, me da igual todo. En el baile, tropezamos con una pareja y mi cerebro sufre un cortocircuito. Nico y la pelirroja son con los que topamos. La cara de él no tiene precio. Pienso que se va a liar la mundial, pero hace algo inesperado que pone a Matteo furioso.

—¡Cambio de pareja! —Sonríe, me agarra y le pasa a la pelirroja.

Matteo se queda blanco y no le queda otra que bailar con ella.

—Nico, ¿qué haces? —pregunto horrorizada.

—Bailar con la pareja correcta. —Sonríe y muero de amor.

—No puedo, Matteo se pondrá furioso, no puedo estar contigo. —Pero él no me escucha.

Posa su mano por mi espalda desnuda y mi piel arde ante su contacto. Suelto un suspiro sin poder contenerme.

—Sé lo que está haciendo contigo. Lo arreglaré, ten paciencia y no cedas ante ese hijo de puta —me susurra al oído.

Me sorprende escuchar esas palabras de él.

—¿No estás enfadado?

—¿Acaso me crees tan estúpido? ¿Piensas que me iba a colar que tú estás enamorada de este patán? Sé lo que siente por mi hermana y yo sé lo que siento por ti. —Es contundente.

—No lo entiendo —sollozo.

—No llores ni te vengas abajo. Sé cómo piensa, puede que yo hiciera lo mismo con tal de tenerte, pero no va a ser así. Matteo quiere hacerme daño y lo está consiguiendo, pero yo sé dónde darle también.

Me acaricia la cara y yo me aparto.

—Nico, no hagas eso, por favor —le imploro por miedo.

—Tranquila, no te va a pasar nada, ni a ti, ni a tu familia. Tengo gente protegiéndola. —Me da la buena noticia.

—¿En serio?

—Confía en mí.

Me río de nuevo.

—Eso me ha dicho Matteo hace tres minutos, no puedo confiar en nadie.

—En mí, sí. Dile a Matteo que tienes que ir al aseo en diez minutos.

—Yo…

No puedo darle réplica.

Se acerca a Matteo y me devuelve a él y recupera a su pelirroja.

—Un placer, Marchese. Que tengas una buena noche. —Le guiña un ojo.

—Lo mismo te digo, Baresi —contesta desafiante.

Me agarra por la cintura y me arrastra hacia la barra del bar que hay en el salón.

—¿Qué habéis hablado? —pregunta sonriente, disimulando como buen actor que es.

—Nada, le he dicho que me dejara en paz, pero no me soltaba. ¡No iba a montar un numerito!

Ahora sí que hago el papel de mi vida.

—Hummmm, ese tío me tiene hasta los cojones. No descansaré hasta que le pegue un tiro —suelta como quien ve llover.

—Así no vas a recuperar a Bianca. Si matas a su hermano, te odiará para siempre. —Intento calmarlo.

Se lleva el pelo hacia atrás y respira agitadamente.

—¡Joder! Porque aquí no puedo tocarlo, sino, me iba a oír —gruñe enojado.

Le pongo la mano en el brazo para calmarlo. Tengo que hacer mi papel muy bien.

—Matteo, estoy contigo, aquí, ahora. No con él —le hablo con dulzura.

Me mira fijamente y su expresión se suaviza.

—Eres la mujer más hermosa de toda la gala, ¿lo sabes? Todo el mundo habla de ti. —Me acaricia la mano.

Me tenso un poco, pero sigo mi rol y pongo mi mano sobre la suya.

—Me da igual lo que diga la gente. Estoy contigo, tenemos un trato y pienso cumplirlo. Iré dónde me digas. —Le bailo el agua.

Ahora su mano sube a mi cara y me acaricia con suavidad. Sus ojos brillan, pero no es odio lo que veo en él. Eso me pone muy nerviosa, prefiero el otro Matteo.

—Mañana nos vamos a Los Ángeles a pasar una temporada. Estoy harto del frío y de esta gente. Necesito un cambio de aires. Vas a venir conmigo, ¿verdad? —me lo pide, no me lo impone.

Me fallan las piernas unos segundos y él me atrapa.

Pienso en negarme, pero quizá alejarme de mi familia sea lo mejor.

—Te acompañaré —acepto sin discusión.

—¿Estás bien? —Su preocupación es sincera.

—Sí, pero ha sido algo que no me esperaba. Necesito ir al baño a refrescarme. ¿Te importa? —Le hago ojitos.

—Para nada, tómate tu tiempo. Te espero aquí o en la mesa.

—Gracias, Matteo. Yo también quiero que nos llevemos bien.

Veo que sonríe y cambio la cara tan pronto me doy la vuelta.

Cojo mi bolso de la mesa y me dirijo hacia el baño al encuentro de Nico. Odio a Matteo por querer alejarme de todo lo que más quiero, no se lo perdonaré en la vida.

Voy directa al aseo de señoras, pero antes de entrar, Nico me sorprende y me agarra de la muñeca y me mete en una especie de cuarto secreto.

—¿Qué es esto? —pregunto sorprendida.

Él sonríe.

—Esta casa tiene muchos cuartos secretos, solo hay que saber dónde están.

Se lanza a mis labios y me come la boca con autoridad y posesión. Me dejo llevar porque le deseo tanto o más que él a mí.

—Nico, ten cuidado, no puedo tardar ni que me vean desaliñada —suspiro muy excitada.

—Tranquila, tendré cuidado. Llevo toda la noche soñando contigo. Estás *bellísima* —dice muy cachondo.

No hay tiempo para andar perdiéndolo en preámbulos. Me levanta el vestido y me baja el tanga. La piel me arde y sus manos me queman mientras su lengua va buscando el lugar más álgido de mi cuerpo.

—Nico, ¡por Dios! —gimo.

Me separa las piernas y mete su cabeza entre ellas. Me lame entre los muslos y me aferro a su pelo y tiro de él. Me come el coño, allí de pie, tapado por mi vestido de terciopelo negro. Me lame y me embiste con su lengua en el interior de mi vagina, provocándome el mayor de los placeres. Su boca lo acapara todo y oigo cómo gime de placer. No lo veo, pero siento su calidez, cómo me chupa y mordisquea el clítoris. Es un deseo ferviente que no voy a poder soportar mucho más.

Me inserta dos dedos a la vez que sigue succionando. Me folla con la mano y la boca. En un placer sin retorno que me eleva a la cumbre de los orgasmos más deseados.

—Nicooooo. —Chirrío los dientes para que no me escuchen.

Mis piernas tiemblan y mi sexo sufre convulsiones mientras él se bebe mi orgasmo. Yo jadeo hasta que él se queda satisfecho y sale de debajo del terciopelo negro. Estoy extasiada.

—Eres deliciosa y adictiva. —Se relame.

—Supongo que quieres lo tuyo —digo con picardía.

—Casi me corro de gusto en los pantalones. No necesito penetrarte para tener un orgasmo. Eres demasiado excitante —sisea.

Me besa y toco su polla sobre el pantalón. Está muy empalmado y eso me pone caliente.

—Fóllame, Nico. No sé cuándo podremos repetir esto. Matteo quiere que nos vayamos mañana a Los Ángeles. —Le doy la noticia.

Se separa un segundo y me mira como memorizando mi cara.

—Eso no será un impedimento. Iría al fin del mundo por ti.

—¡Júramelo!

—Te lo juro.

Se baja los pantalones y saca su polla dura para que la vea. Casi no me da tiempo, porque me da la vuelta, me levanta el vestido y me la clava en un visto y no visto.

Suelto un grito de placer y apoyo las manos en la pared para no caerme.

—Creo que así es como menos te voy a despeinar —se burla.

—Así está bien, pero no pares y fóllame rápido. —Me río.

Madre mía, qué follada me regala Nico en ese cuarto misterioso. Me siento mujer, amada, arriesgada y temerosa. Me juego el cuello solo por estar con él. Por sentir cómo se hunde en mi interior y poder oler ese aroma tan peculiar que lo reconocería entre un millón de personas. Si tengo que pasar tiempo y fingir con Matteo para que al final termine en brazos de Nico, así lo haré.

—Diossss… —Otro orgasmo invade mi cuerpo y me estremezco.

Mis convulsiones aprietan su polla y hace que Nico se excite al máximo y empieza a empalarme duro, hasta que al final sus penetraciones cogen impulso y velocidad. Temo por mi peinado, pero quien corre peligro es mi coño, porque lo está taladrando con su polla y me quedan pocas fuerzas para seguirle el ritmo. Por fin noto que se hincha y se vacía en mi interior seguido de un gruñido gutural que indica que ha alcanzado el clímax.

—*Cara, mia. Ti amo* —dice en italiano.

Sonrío al escucharlo. Quiero llorar de la emoción, pero no puedo, se me estropearía el maquillaje.

Sale de mi interior y busco algo con que limpiarme. Nico me alcanza una toalla limpia y me aseo como puedo. Me recompongo el vestido y le pregunto si estoy bien. Él me mira con cara de enamorado.

—Estás preciosa. —Sonríe.

—Dímelo en serio. No puedo aparecer como si viniera de echar un polvo. —Frunzo el ceño.

—Es que vienes de eso, precisamente —se burla.

Nico saca un cigarro, nunca lo había visto fumar.

—Dame uno, tengo una idea.

—Tú no fumas. —Me mira sorprendido.

—Ya, pero creo que hoy es un buen día para empezar. Tengo que salir a la calle y justificar este tiempo —le explico.

—Creo que hemos sido rápidos, porque yo te tendría toda la noche ocupada. —Me besa.

—Nico, ¿cómo puedes estar tan tranquilo? Voy a dormir con Matteo y mañana me voy a Los Ángeles con él. No te entiendo. —Niego con la cabeza.

—Si te lo cuento, tendría que matarte —se burla.

Le doy un golpe en el pecho y él me sujeta y me devora la boca. Consigo sepárame, el tiempo vuela.

—No estoy bien. Para mí no es fácil —sollozo.

—Lo sé, a mí no me hace gracia que duermas con mi enemigo, pero sé que no te tocará. Lo arreglaré. Confía en mí, por favor —insiste.

—Está bien. Ahora tengo que salir o sospecharán.

—Vale, pero me quedo con esto de recuerdo. —Levanta mi tanga delante de mi cara.

—¡Nicoooo!

Suelta una carcajada, me da un beso y me saca por la puerta secreta, devolviéndome a la entrada del aseo de señoras. Entro y me arreglo el pelo, el maquillaje y me atuso el vestido. Salgo y pido fuego a una señora que está fumando. La primera calada que doy toso, la segunda rasca, la tercera me relaja. Mal asunto, creo que esto del tabaco me puede gustar.

—¡Sloane! —Oigo a Matteo a mi espalda.

Me giro con el cigarro en la mano y le miro tranquilamente.

—¡Hola! ¿Qué pasa? —pregunto inocentemente.

Me supervisa con la mirada.

—No te encontraba y me he preocupado —carraspea.

—Estoy pensando, mientras me fumo un cigarro. Creo que me hace ilusión ir a Los Ángeles. La playa y todo eso. Estará bien… —digo pensativa.

—¿En serio? —pregunta sorprendido.

—Sí, creo a todos nos vendrá bien —reflexiono.

—Me alegras la noche. ¿Volvemos dentro para despedirnos?

Asiento con la cabeza, apago el cigarro y le sigo. Voy un poco rara. Claro, me faltan las bragas. Si Matteo supiese…

19

Los Ángeles

Al día siguiente, no puedo dejar de pensar en Matteo. Sobra decir que no dormí con él. En cuanto se quedó dormido, me largué al cómodo sofá del salón.

Hoy hace un día espectacular y calienta el sol. Me llevo una alegría cuando curioseo por el ático y me encuentro una habitación cerrada. Entro y veo que es un pequeño gimnasio que tiene de todo. Me desahogo entrenando y suelto toda la ira acumulada que llevo dentro. Pierdo la noción del tiempo, hasta que Matteo hace acto de presencia.

—El avión sale a las cuatro, deberías despedirte de tu familia, no sé el tiempo que pasaremos allí —dice somnoliento.

Es tarde, se ve que ayer bebió demasiado champán.

—¿Una mala noche? —me guaseo.

Frunce el ceño y se rasca la cabeza.

—Muy buena no fue, desde luego. Ya me desquitaré en Los Ángeles —se burla.

No sé a qué se refiere, pero su comentario no me hace gracia.

—No voy a ir a casa, los llamaré luego. Si los veo, no sé si seré capaz de despedirme. —Soy sincera.

Veo una pizca de remordimiento en sus ojos.

—Lo siento, yo no quería que esto fuera así, pero Baresi me ha obligado.

Abro los ojos sorprendida.

—Él no te ha puesto una pistola en la cabeza, que yo sepa —le recrimino.

—¡Se llevó a Bianca! —se exalta.

Doy un paso hacia atrás.

—Ella también puede rebelarse, tiene veinte años, ya no es una niña. —Me indigno.

Viene hacia mí con los ojos encendidos.

—¿Y por qué estás tú conmigo? ¿Por qué no te rebelas, ya que tanto hablas? —me increpa.

—Porque has amenazado a mi familia y a Nico, ¡cabrón! —le escupo con rabia.

Respira y se pone recto.

—Pues ya sabes la respuesta de Bianca. Es exactamente igual a la tuya. ¿Lo entiendes ahora? —sisea como una serpiente.

Cierro los ojos de la impotencia. Tengo que admitir que, en esta ocasión, tiene toda la razón.

—Pasa de mí, Matteo, déjame en paz. Solo quiero desestresarme con el ejercicio —respondo de mala gana.

—Ya veo que estás en forma, pero te quiero lista a las dos para salir hacia el aeropuerto.

—Tranquilo, me da tiempo de sobra. Ahora, ¿puedes dejarme con mi entrenamiento? —Mi sarcasmo está a flor de piel.

—Ya me voy, tengo que dejarlo todo organizado.

—Tú mismo.

Lo ignoro y sigo a lo mío mientras escucho un portazo a mi espalda. No puedo evitar sonreír, porque sé que lo he encabronado.

Cuando me canso de hacer ejercicio, me doy una ducha y preparo mi equipaje. Cuatro cosas, pues sé que Matteo me tendrá un vestidor lleno a mi disponibilidad y aquí no tengo ropa de verano.

Ya casi es la hora de irnos. No llamo a casa para no preocuparlos. Lo haré cuando esté en Los Ángeles. Me inventaré algo romántico para que se queden tranquilos, como que estamos de vacaciones de novios. No sé, no tengo ni idea de qué decirles.

Voy hacia el ventanal del salón. La vista de la ciudad desde el ático es impresionante, pero siento un nudo en el estómago mientras Alessio organiza las maletas. Nos vamos a Los Ángeles, y aunque me gustaría pensar que es por placer, sé que las intenciones de Matteo son mucho más oscuras.

—Vamos, Sloane. El avión nos espera —dice Matteo, con una sonrisa que me eriza la piel.

Camino junto a él, tratando de mantener la compostura, mientras Alessio nos escolta hasta el ascensor. El trayecto hacia el aeropuerto privado se me hace eterno. Matteo, relajado, observa la ciudad como si cada calle, cada edificio, le perteneciera.

Una vez en la terminal, subimos al avión privado: un jet de lujo con asientos de cuero blanco, detalles en madera pulida y una iluminación suave que intenta dar calidez, pero para mí el ambiente es frío, casi asfixiante.

—¿No es magnífico? —murmura Matteo, observando mi reacción.

—Prefiero mi casa —respondo, manteniéndome neutral, aunque no puedo evitar la rigidez en mi voz.

—Nunca estás contenta con nada —sisea, molesto por mi contestación.

—Vamos a tener el viaje tranquilo, por favor. Esta no es mi vida, no estoy en mi zona de confort y no me impresionan tus lujos y excentricidades —intento que se calme.

El vuelo comienza. Matteo se recuesta en su asiento, y Alessio se sienta unos asientos más atrás, atento pero distante. Miro por la ventana; los edificios de la ciudad se van haciendo pequeños mientras subimos hasta alcanzar la altura idónea.

—Estarás cómoda en Los Ángeles —dice Matteo de repente—. La casa que he elegido está en Malibú, justo en la costa.

Intento no reaccionar, pero la curiosidad me vence.

—¿Y cómo es la casa?

Matteo sonríe, disfrutando de la pregunta.

—Un chalet moderno, paredes de cristal y líneas minimalistas. Tienes unas vistas privilegiadas y acceso directo a la playa. Imagínate: amaneceres y atardeceres solo para ti.

Intento visualizarlo, pero la imagen se mezcla con la sensación de estar atrapada.

—¿Y qué quieres que haga en Los Ángeles? —pregunto, aunque no estoy segura de querer saber la respuesta.

Matteo se inclina hacia mí, con un tono tan suave que parece una amenaza velada.

—Lo único que tienes que hacer es disfrutar de las vistas, hacer tu papel y esperar… quién sabe, tal vez Nico venga por ti.

La amenaza implícita en sus palabras hace que me estremezca, pero mantengo la mirada firme.

El resto del vuelo transcurre en silencio, mientras intento calmar mi mente y planear cómo salir de esta situación. Tiene que haber alguna vía de escape. No puedo estar atada a este hombre el resto de mi vida…

Al aterrizar en Los Ángeles, el calor y humedad nos recibe en cuanto bajamos del avión. Alessio abre la puerta de un coche negro brillante que nos espera en la pista. El trayecto a Malibú es tenso. Matteo no dice nada, pero de vez en cuando me lanza miradas que me recuerdan que, en este momento, él tiene el control.

Finalmente, llegamos al anochecer. El chalet es exactamente como lo describió: moderno, rodeado de palmeras y casi fusionado con el entorno. Las paredes de cristal dejan ver el interior minimalista, amplio y elegante, donde cada detalle parece calculado. Desde el salón, la vista al océano es impresionante. La brisa salada se cuela por las ventanas abiertas, y el sonido de las olas es lo único que rompe el silencio.

—Bienvenida a tu nuevo hogar —dice Matteo, como si realmente creyera que debería sentirme agradecida.

—No es mi hogar y lo sabes. Esto es una jaula de cristal dónde puedes tenerme encerrada hasta que a ti te dé la gana —le suelto, cansada de sus chorradas.

Se quita la chaqueta y se sube las mangas de la camisa. Hace bochorno, un calor al que no estoy acostumbrada. Se sirve un vaso de *whisky* con hielo y me ofrece uno, cosa que rechazo.

—No te voy a tener encerrada. Puedes salir, ir de compras, a la playa, haz lo que te dé la gana, siempre y cuando te acompañe Alessio y sepa dónde estás. A cambio, me acompañarás a los compromisos sociales que tenga. No soy un monstruo, Sloane, solo un hombre herido y enamorado que quiere recuperar a Bianca. —Me echa el discurso muy tranquilo.

—Matteo, hay otras formas sin actuar de la misma manera que hace tu enemigo. Nico no lo ha hecho bien, pero tú no eres mejor que él —contesto con franqueza y le pido a Alessio que me indique dónde está mi habitación.

El chófer se queda paralizado y mira a Matteo que permanece inmune a mis palabras.

—Alessio, la señorita dormirá conmigo —le ordena muy templado.

Abro los ojos horrorizada.

—Matteo, ¡por Dios! ¿Hasta dónde llega esta farsa? —Me río a causa del nerviosismo.

Se levanta y camina hacia donde estoy yo. Me pongo tensa y él me acaricia la cara. Me aparto y hace un chasquido con la lengua desagradable. Me agarra de la cara con fuerza y me obliga a mirarle. Sus ojos verdes brillan como piedras preciosas recién pulidas.

—No me gusta dormir solo. Así que harás las funciones de Bianca.

Me suelta con brusquedad y me toco la barbilla que me arde por el apretón que me ha dado.

Aprieto los dientes y salgo corriendo en busca de algo que me sirva para quitarme esta frustración. Entro en la enorme cocina y revuelvo los cajones. Veo unas tijeras y algo me nubla la mente. Las cojo y salgo corriendo. Entro en lo que creo que es la habitación principal por lo enorme que es. Voy directa al baño, igual de grande y espectacular como el chalet. Me miro al espejo y tengo los ojos hinchados de llorar.

—Si me ves atractiva y piensas que vas a ponerme un dedo encima, ahora mismo lo remedio —le digo a mi reflejo.

Cojo mi larga melena y empiezo a pegarle cortes indiscriminadamente, hasta que parezco una desequilibrada salida de un sanatorio mental. Cuando veo lo que le he hecho a mi preciosa melena, caigo sentada en el suelo y rompo a llorar. La desesperación y la presión me llevan al límite y cometo locuras que luego no tienen solución. Esta, no la tiene.

Matteo y Alessio oyen mis gritos de desesperación y acuden en mi ayuda. Solo tengo que ver sus caras para saber que lo que acabo de hacer, es una locura.

—Pero ¿qué has hecho?

Matteo se lleva las manos a la cabeza.

Alessio se agacha e intenta consolarme. En cuanto me pone una mano en el hombro, entro en pánico y empiezo a gritar.

—¡No me toques! ¡No me toques! —grito desesperada.

Matteo me mira desconcertado.

El baño está lleno de mechones largos de mi pelo y yo estoy en posición fetal llorando en una esquina del cuarto de baño.

—Señorita Moses, déjeme ayudarla —me habla Alessio con dulzura.

—¿Estás contento, Matteo? ¿A que ahora ya no te apetece dormir conmigo? —Río como una loca fuera de mí.

—Sloane, no has debido hacer esto. Yo nunca te haría daño, ¡por Dios! —Se frota los ojos sin saber qué hacer.

—No puedes jugar a ser un dios, a hacer lo que te dé la gana y pensar que iba a acatar como un borrego. Soy una persona con sentimientos, hasta un animal los tiene. ¡No puedo con esto, te detesto y no voy a hacer todo lo que quieras! —le grito entre sollozos.

Matteo le dice algo al oído a Alessio y este asiente. Observo todo a pesar de que estoy muy alterada.

—No voy a hacerte daño, pero lo que has hecho, no cambia nada. Dormirás y mañana vendrá alguien a arreglar el desastre que le has hecho a tu precioso pelo —dice fríamente.

Alessio aparece con algo en la mano. No sé qué es, hasta que me tapa la nariz y la boca con un trapo impregnado en cloroformo y caigo en un sueño profundo. Eso sí, pataleando y arañando todo lo que puedo, antes de dejarme inconsciente…

Me despierto con resaca. Como si me hubiera bebido el bar entero de Matteo. Me duele la cabeza y estoy aturdida. Me levanto y abro las cortinas.

—¡Hostias! —exclamo dolorida.

Me tengo que tapar los ojos ante la luz cegadora del sol. Frente a mí tengo el océano y hace un día precioso.

Voy al baño tocándome las sienes y me doy cuenta de que llevo puesto un camisón corto de raso, de color negro. El dolor de cabeza se acentúa al pensar muchas cosas y todas malas. Lo peor me lo llevo cuando veo mi reflejo en el espejo. Todo mi pelo está con trasquilones y parte de la larga melena ha desaparecido. Rompo a llorar, desolada por mi triste situación.

—Señorita Sloane. —Oigo la voz de una mujer en la puerta.

Me giro y veo a Máxima, la empleada de hogar que tiene Matteo en Nueva York.

—¡Máxima! ¿Qué hace aquí? —Rompo a llorar.

Ella se acerca y me abraza. Yo me dejo consolar.

—El señorito Matteo me ha ordenado venir para que la ayude. Cree que yo le caigo bien. ¿Es así, señorita? —pregunta emocionada.

—Sí, es así. No sabes lo que me alegra que estés aquí. Llámame Sloane, por favor. Gracias por venir. —Me aferro a ella como si fuera mi único refugio, en verdad así es.

—Señorita, no tema, yo la ayudaré en todo. No llore. —Me limpia las lágrimas de la cara.

Me observa con detenimiento y bajo la mirada avergonzada.

—Estoy horrible, ¿verdad? —pregunto con vergüenza.

Ella sonríe y me limpia la cara con una toalla húmeda. Me recuerda a mi madre, por su ternura y cuidado.

—Yo se lo arreglaré, para eso he venido. Mi tarea es ponerla guapa y hacerle compañía, cosa que hago encantada. —Sonríe.

—¿Te vas a quedar aquí?

Un rayo de sol me da esperanza.

—Sí, señorita, no tema. Yo estaré a su lado. —Me guiña un ojo.

La abrazo y rompo a llorar de nuevo. Ella me acaricia la espalda y me da el consuelo que necesito.

Después de varios minutos, me calmo. Desayuno en la habitación y me visto. Me pongo un pantalón vaquero corto y una camisa de tirantes básica de color negro. Máxima está preparando todo en el baño.

—¿*Pronta, signorina*? —me pregunta si estoy lista.

—¿*Non ho scelta, vero*? —le respondo con otra pregunta, no tengo elección, ¿verdad?

Las dos nos echamos a reír y me sorprendo al ver todos los utensilios y productos de peluquería que tiene. Parece una peluquería móvil.

—¿Qué me vas a hacer? —inquiero.

—Primero intentar hacerle un corte para disimular los trasquilones y poder mantener el máximo largo posible, porque si se lo corto

mucho, se va a ver muy rara —me explica.

Me miro en el espejo y doy grima.

—¡Cómo he podido hacerme esto! —Lloro de la rabia.

Me da unos golpecitos en el hombro para calmarme.

—Todo tiene arreglo. ¿Quiere conservar su color o lo cambiamos? Ya puestas… —me sugiere esa alternativa.

Sigo enrabiada y solo quiero joder a Matteo y hacerle daño, así que se me ocurre otra brillante idea, aunque nefasta para mi físico.

—Tíñeme de pelirroja. ¿Puedes hacerlo?

La cara de Máxima es un poema, pero luego hace una mueca rara con la boca que interpreto que no le desagrada la idea.

—Pienso que le puede quedar bien con el corte que le voy a hacer. Déjeme a mí, ¿le parece? —me pide permiso.

—Haz lo que quieras. A estas alturas, me importa todo un carajo.

—*Signorina, non parli così* —me regaña por los tacos y mi forma negativa de hablar.

—*Va bene.* —Me río.

Máxima empieza a hacer su trabajo y yo me relajo. Me hace el corte de pelo a capas, no podía ser de otra forma, me aplica cosas y me tiñe. Durante la espera a que el tinte haga su trabajo, me quedo dormida. Sueño con Nico, con sus besos, caricias y su olor. Ese olor que hace que me estremezca y lo sienta tan cerca de mí.

—¡Señorita!

Máxima me da un toque suave en el hombro para que me despierte.

—Perdona, estoy cansada y el *jet lag* me han matado. ¿Ya ha pasado el tiempo? —pregunto.

—Tengo que lavarle la cabeza y peinarla. Veremos cómo ha quedado. —Sonríe emocionada.

Me pongo en sus manos, que son una delicia y acaba de añadirme los últimos productos al pelo. Me enjuaga y me sienta frente al tocador que hay en el baño. Cuando me quita la toalla, el cambio es brutal, ya se aprecia con el pelo mojado.

—¡Vaya! Esto sí que ha sido un cambio radical —digo tocándome el pelo de color naranja.

—Está *bellissima* —canturrea satisfecha.

Pero aún no está terminado el trabajo.

Máxima coge el secador y me peina el cabello. Cuando termina, me quedo impactada por el resultado. Quería parecer un adefesio y ahora me veo más guapa que antes. No es lo que pretendía.

Se me ha quedado una melena por debajo de los hombros y el corte en capas me favorece un montón. Ahora tiene volumen y hace ondas y el color naranja brillante, le queda muy bien al tono moreno de mi piel, eso que no me he bronceado todavía. Estoy pasmada mirándome.

—¿Le gusta? —pregunta Máxima.

—Demasiado… —contesto obnubilada.

—Me alegro, señorita. Ahora el señorito Matteo la espera en el salón. Quiere ver cómo está. Lo ha pasado mal y se preocupa mucho por su bienestar —me cuenta con pesar.

—Máxima, creo que, en ese punto, nunca estaremos de acuerdo. Gracias por todo.

La abrazo y camino hacia el salón, mientras ella se queda recogiendo todo en el baño.

Ya casi es mediodía, hemos estado toda la mañana con mi pelo y tengo algo de hambre.

Entro en el salón y Matteo está hablando en italiano por teléfono. Cuando me ve, se queda con la boca abierta y deja de hablar con la persona que está al otro lado de la línea. Se da cuenta y cuelga. No me quita los ojos de encima.

—Estás… ¡Joder! No sé cómo definirlo, pero estás impresionante. Siento lo que te pasó anoche, pero es increíble el cambio que has dado —dice conmocionado.

Intento no hacerle demasiado caso, mis sentimientos y odio hacia él no han cambiado.

—Por dentro sigo siendo la misma, no te emociones —le corto el rollo.

Su semblante cambia.

—Eso es evidente, lo que va por dentro, eso no se puede cambiar en una peluquería.

—Aplícate el dicho —respondo al momento.

—Sloane, vamos a tener la fiesta en paz. Ya tengo bastantes problemas, como para lidiar contigo en casa. Pónmelo fácil, ¿vale? —Levanta una ceja.

—Si tienes tantos problemas, ¿para qué traerme aquí? Yo soy un problema más. Nico irá a por ti. Déjame ir y tendrás uno menos. —Le doy soluciones.

Entrecierra los ojos mientras me dedica una mirada desafiante.

—Puedo con tu problema. Ese es personal y podré soportarlo, gracias por tu preocupación. —Es cínico.

Está claro que no va a dar su brazo a torcer. Quiere hacer sufrir a Nico a toda costa y lo que él no sabe, es que Nico está de vuelta y media. El que puede salir herido en esta guerra de gallitos, es Matteo Marchese y, aunque lo odio, no quiero que le pase nada malo. Mi madre trabaja en su casa y comprendo su sufrimiento por la repentina ida de Bianca, pero eso no es un motivo para que me arrastre a mí con él, y menos bajo amenazas. Hay otras maneras de solventar los problemas, pero claro, yo no nací en un clan de mafiosos italianos y por eso no razono como ellos.

—Está bien, Matteo, vamos a jugar tu juego —acepto sus reglas.

Sonríe satisfecho.

—¿Ves como no era tan difícil? —Sonríe con ironía.

—¿Puedo bajar a la playa a relajarme? —le pido con serenidad.

—Por supuesto. Broncéate, mañana por la noche saldremos y tienes que ir muy elegante —me suelta la bomba.

—¿A dónde?

—Es una sorpresa. —No le da importancia.

—¿Puedo ir con Máxima a comprar ropa mañana por la mañana?

Se lo piensa unos segundos.

—Tienes el vestidor lleno —replica.

—Sabes que no voy a ponerme esos vestidos, son vulgares y atrevidos y yo no me visto así —le digo la verdad.

Asiente con la cabeza.

—Os acompañará Alessio.

—No hay problema.

—Me voy, tengo que hacer llamadas. Te veo para la cena. Que te prepare Máxima algo de comer y disfruta en la playa.

No hace falta que me lo diga dos veces…

20

Malibú

Bajo a la playa, y el sonido de las olas es hipnotizante. No hay ruido de tráfico, ni gente apurada caminando por las aceras. Aquí, todo es calma, como si el tiempo se deslizara al ritmo de las olas. Mientras doy otro mordisco al sándwich que me ha preparado Máxima, cierro los ojos un momento. La brisa del mar y el sol sobre mi piel me hacen sentir viva. Es extraño pensar que hace apenas unas horas estaba en medio del caos de la ciudad, envuelta en capas de abrigo para protegerme del frío. Aquí solo necesito un bikini y unas sandalias.

A lo lejos, las gaviotas planean en círculos sobre el mar, contra el cielo despejado. El agua brilla, reflejando destellos plateados y dorados bajo el sol de mediodía. El contraste con Nueva York no puede ser mayor. Allí, la vida parece acelerada, constante; aquí, todo es lento, como si el tiempo se permitiera descansar.

Termino de comer y me recuesto en la toalla sobre la arena. Dejo que el sol me acaricie el rostro. Respiro profundo, saboreando este momento de paz, tratando de olvidar, al menos por un instante, las razones que me trajeron aquí.

Me relajo tanto, que cuando me quiero dar cuenta, han pasado las horas volando. Los gritos de Máxima me despiertan.

—¡Señorita Sloane, tenemos que ir al centro comercial y todavía tiene que ducharse! —Está atacada.

Me giro y le hago una seña con la mano indicándole que ya voy. Se acabó lo bueno por el día de hoy.

Recojo mis cosas y camino por la arena hacia la jaula de cristal de Matteo. Subo las escaleras y entro al recinto protegido con cámaras y Alessio dando vueltas sin quitarme la vista de encima. Esto es un despropósito. No tengo intimidad y es horroroso sentirte observada

a todas horas. Le lanzo una mirada poco amistosa cuando paso por su lado y Máxima me lleva a rastras hacia el baño gigante para que me cambie de ropa.

—¡Dese prisa, que vamos con el tiempo justo! —me apremia.

—¡Si ni siquiera sé a dónde vamos! ¿Cómo sé lo que me voy a comprar? —Entro en la ducha a regañadientes.

—Dúchese y yo pregunto a Alessio para que me informe. En diez minutos la quiero lista y sin un grano de arena encima.

Se va y yo me meto en la ducha con una sonrisa en los labios. Es demasiado joven para ser mi madre, pero me trata como ella. Máxima es un soplo de aire fresco en medio de este caos surrealista.

Salgo de la ducha y me seco. Cuando me miro al espejo y me veo de pelirroja, me sorprendo. No me acordaba de mi nuevo *look*. Me seco el pelo un poco y lo dejo al aire. Hace calor y me estorba todo. Me pongo un vestido de tirantes blanco ibicenco, largo, vaporoso y fresco. Estoy rara con esa ropa, pero es lo más sencillo que encuentro en el vestidor enorme de Matteo. Los vestidos de noche son llamativos, escotados, dorados, muy cortos, transparentes… Si piensa que me voy a poner uno de esos vestidos indecentes… la lleva clara.

Voy hacia el salón y Máxima y Alessio están esperando inquietos. Los miro y abro las manos preguntando si se ha muerto alguien. Máxima vuelve a arrastrarme hacia el garaje y el guardaespaldas no dice nada, solo oigo un leve soplido.

—Máxima, ¡deja de tirar de mí, no soy una marioneta! —exclamo enfadada.

—Lo siento, señorita. Es que ha llamado el señorito y quiere que esté lista a la nueve y son las cin-co —titubea como si tuviera miedo.

Le cojo la mano para que se tranquilice.

—No te preocupes, me sobra tiempo. Me compro cualquier cosa rápido y ya está.

Oigo que Alessio carraspea.

—No creo que eso le haga gracia al jefe. Si se hubiera puesto uno de los vestidos que tiene en el vestidor, ahora no iríamos con prisa —me recrimina.

—¿Perdona? Yo no me voy a vestir como una fulana para tu jefe. Esos vestidos son denigrantes —digo irritada.

—Pues cuestan una fortuna. —Suelta un silbido.

—A mí eso no me importa. Que los venda y los done a los pobres, es el mejor uso que les puede dar —discuto con él.

—Señorita Sloane, no va a ir a cenar a cualquier sitio. Va a un lugar que pocas personas pueden acceder. Debería sentirse afortunada y haga el favor de comprarse un vestido que dé la talla y no ridiculice a Matteo. —Vuelve a darme otro consejo, quizá una advertencia.

—¿Y dónde se supone que tengo la suerte de ir esta noche? —pregunto con ironía.

—A un restaurante ultra exclusivo que se llama La Brisa del Pacífico, al que solo unos pocos privilegiados pueden acceder —me explica.

—¿Y por qué es tan exclusivo? —inquiero.

—Porque son muy pocos los clientes que tienen el privilegio de reservar mesa, y para ello, se requiere invitación directa del chef o del propietario.

—Pues vaya gilipollez. Así lo tendrá siempre vacío —respondo con ignorancia.

Alessio se ríe, no puede evitarlo y yo me sonrojo.

—Señorita, hay lista de espera de más de un año para poder cenar o comer ahí. Siéntase privilegiada —insiste de nuevo.

Me callo y no hablo más del tema.

Aparcamos en un sitio cerca de la playa de Malibú, pero no dónde va la gente. Alessio mete el coche en un garaje de ¡una casa privada!

—¿Esto qué es? —pregunto indignada.

—Tranquila, señorita. Es una diseñadora que conoce el señorito Matteo y le mostrará los trajes exclusivos que tiene. Usted elegirá los que más le gusten —me explica Máxima.

Mi enfado es monumental. Yo quería ir a un centro comercial, donde va todo el mundo, no a casa de una diseñadora pija.

Nos sentamos en un sillón de piel color beis y una chica aparece con copas de champán. Nos ofrece y yo me niego a beber. Solo

quiero salir corriendo de ese lugar. No hago más que estar encerrada en sitios de lujo y quiero salir a la calle y ver gente normal, como yo.

—¡Hola! Tú debes de ser Sloane, Matteo me ha hablado de ti. Soy Lady Paula, la diseñadora que te ayudará a encontrar lo que necesites —me dice con un fuerte acento español.

Es una mujer impresionante, con una melena rojo fuego, vestida de negro y muy maquillada. Aun así, se la ve muy guapa y llamativa. Tendrá unos diez años más que yo, pero no los aparenta.

—¿Eres española? —le pregunto.

Ella arquea una ceja sorprendida.

—Sí, soy de Madrid, aunque hace diez años que me mudé a Los Ángeles. —Me mira con curiosidad.

Siento un alivio enorme, porque le voy a hablar en español, y así, Máxima ni Alessio se enterarán de nada.

—Paula, sé que es tu trabajo, pero necesito que me muestres vestidos en los que no parezca una fulana. Yo visto normal y este no es mi mundo. No quiero que Matteo se enfade, pero si tienes algo elegante y que no sea atrevido, me salvarías la vida —le digo todo en español.

Máxima y Alessio ponen cara de circunstancia, se miran entre ellos y se encogen de hombros. Paula me sonríe con complicidad.

—No te preocupes, conozco a Matteo, no te vestiré extravagante, pero irás radiante, te lo prometo. —Vuelve a sonreír.

—*Parlare in inglese affinché tutti noi ci capiamo* —me dice Alessio un poco enojado en italiano. Quiere que le hable en inglés para que todos nos entendamos.

No puedo evitar soltar una risa y me tapo la boca con la mano para disimular.

—Disculparme, me he dejado llevar —miento.

Asiente con la cabeza y Paula va a por varios vestidos, después de medirme y ver cuál es mi talla exacta.

Cuando regresa con varios modelos, entro al probador. Al final me decanto por uno negro ajustado, por encima de la rodilla, lleva un poco de brillo, el justo y necesario. Es de manga larga y encaje, cuello de tortuga, lo que deja entrever el inicio de uno de mis pechos. Es precioso, elegante, *sexy*, sencillo, el vestido perfecto.

—Estás preciosa. Nunca he visto a nadie que luzca ese vestido tan bien como tú. Tu pelo y tu piel hacen la combinación perfecta —me halaga Paula.

—Muchas gracias —digo apenada.

Pienso en Nico, me gustaría lucirlo con él.

—Te pongo este y los otros dos que hemos visto. Si necesitas cualquier cosa, ya sabes dónde encontrarme. —Me abraza y me siento bien.

Paula es de esas personas que transmiten buena energía.

—Muchas gracias por todo. —Sonrío.

—*Andiamo.* —Alessio coge las bolsas y nos mete prisa.

—No cambiarás, Alessio. Dale recuerdos a Matteo. Que se pase a hacerme una visita —le dice Paula.

Eso me suena a algo personal. No sé qué pensar de Matteo. Si Bianca es su amor de verdad, o se tira a todo lo que se mueve. Está siendo un descubrimiento para mí, y no para bien.

Miro el reloj y todavía son las siete. Mo hemos tardado nada, tal como dije. Por la ventana se ve un atardecer precioso. Le hago ojitos a Alessio con cara de súplica.

—¿Podemos dar una vuelta por el muelle de Malibú y tomar algo mientras vemos el atardecer? —le imploro con la mirada.

Hace una mueca.

—No sé si al jefe le parecerá bien —duda.

—¡Pues claro que no! Lo que tienes que hacer, es no contarle nada. —Me irrito un poco.

Se rasca la cabeza dudando.

—Alessio, no pasa nada por media hora. Tú te vienes con nosotras. Venga, a ti te vendrá bien —le convence Máxima.

—Está bien, pero a las siete y media nos tenemos que ir. No quiero problemas con el jefe —cede al fin.

Doy un salto de alegría y bajamos por las escaleras directas al muelle de Malibú. O como es más conocido Malibu Pier. Está rodeado de palmeras, playas azules y el ambiente es muy acogedor. A lo largo del muelle, hay tiendas boutique, cafeterías y restaurantes. Las personas pasean tranquilamente disfrutando de la brisa del mar y del sonido de las olas. Veo una heladería que tiene unas vistas

perfectas y hay una mesa libre. Nos sentamos y pido un helado de coco. Me encanta y hace años que no me tomo uno. Máxima y Alessio un buen expreso italiano, como no.

Yo lo admiro todo con los ojos de una niña pequeña. Me parece todo tan bonito y especial, que no me quiero perder detalle. El muelle de madera, las casetas, las vistas… Me levanto y voy hacia la barandilla y veo la imagen más hermosa del mundo. Una manada de delfines nada y salta ante mis ojos. La gente enseguida saca fotos y se arma un poco de bullicio al verlos. Alessio lee el periódico sin quitarme la vista de encima y Máxima está relajada con su café.

—Son preciosos —comenta una chica morena con unos inmensos ojos azules.

—Sí que lo son, nunca había visto nada igual. —Sonrío.

—¿De vacaciones? —me pregunta.

—Algo así, estoy de paso. ¿Y tú? —iniciamos una conversación.

—Trabajo en el café que hay casi al final del muelle. Me llamo Marlem, pásate si quieres más tarde. —Me tiende la mano.

Al escuchar su nombre, me giro para mirarla bien, mientras le doy la mano y la observo con más detenimiento. Morena, ojos azules, bajita, el pelo lo lleva un poco más largo. Muevo la cabeza, no puede ser tanta casualidad, el mundo es muy grande.

—¿Te encuentras bien? —me pregunta al verme empanada.

—Perdona, me llamo Sloane. Me he quedado pensando en que me recuerdas a alguien, pero no sé a quién, supongo que alguna famosa de Hollywood. —Me echo a reír.

Ella se toca el pelo nerviosa, pero luego veo que se relaja.

—¡Ojalá!, pero solo soy una simple camarera, nada más —dice avergonzada.

—Yo también fui camarera en Nueva York. —Tanteo el terreno.

Ahí le cambia la cara.

—¿Eres de Nueva York? —titubea.

—Sí, del Bronx. —Pongo voz ronca, por hacer una gracia.

—Vaya, yo hace tiempo también viví allí, en Nueva York. —Se retuerce las manos y baja la mirada.

«Es ella, lo sé, es ella. No la asustes, no la cagues, Sloane». Mi conciencia me habla e intento mantener el temple.

—Bueno, estás mejor aquí, esto es más bonito. —Miro el reloj—. Tengo que irme, la próxima vez, paso a tomar un café contigo si puedo. Me has caído muy bien —me despido para no asustarla.

—¡Espera! —me detengo—. Toma mi tarjeta y si quieres quedamos. No tengo demasiados amigos por aquí. —Sonríe.

La cojo y siento lástima por ella.

—¿Tienes un boli o el móvil? —le pregunto. El mío está en la jaula de cristal.

—Sí. —Me da el móvil.

Marco mi número de teléfono y me hago una perdida. Ya tengo su número y ella el mío.

—Pues ya estamos en contacto. —Miro a Alessio que nos observa —. Encantada, Marlem. Espero verte pronto. —Ahora sí que me voy antes de meterme en un problema gordo.

Ella me dice adiós con la mano y voy hacia la mesa de mis guardianes.

—¿Con quién hablabas? —me interroga Alessio.

—Una chica que está de vacaciones. Hablábamos de los delfines, si te hubieras levantado, los hubieras visto —me burlo.

—Paso de pescados grandes —bufa sin interés.

—Pues es raro, porque a ti te van los peces gordos —me mofo de él.

Se levanta irritado ante la cara horrorizada de Máxima.

—Ya está bien, se terminó el paseo. Vamos a casa que tienes que prepararte para el jefe —gruñe.

—Cortarollos —bufo.

—Sloane, por favor —me riñe Máxima.

Me callo y vamos hacia el coche. Voy con una esperanza en el corazón. Marlem es la prostituta que mintió acusando a Romano por la muerte de Ricardo, el hermano de Nico. Y me la he encontrado así, por las buenas. Nada ocurre por casualidad. Estoy más cerca de recuperar a Nico y de esclarecer todo este embolado de mentiras que hay entre los Romano y Marchese. Lo que tengo que evitar, es que Marlem desaparezca y cuente la verdad.

21

Un encuentro muy fortuito

Llegamos al chalet de cristal y por suerte Matteo no está. Máxima me mete en el vestidor a empujones para que me cambie de nuevo. Yo protesto.

—Tengo que darme otra ducha, estoy sudada y el pelo pegajoso. No tardo ni cinco minutos, pero no me agobies más.

—No tarde, que, si lo hace, el señorito se va a enojar mucho. —Máxima está literalmente acojonada.

La miro con el ceño fruncido.

—¿Por qué le tienes tanto miedo? ¿No decías que era un hombre bueno y maravilloso?

—Sí, señorita. Pero mejor no verlo enfadado. No deja de ser un niño malcriado —lo disculpa.

—¿Le llamas niño? —Me río—. Pero si tiene treinta y dos años, ¡por Dios!

Entro en la ducha y me río yo sola. Sí que están mimados estos niños de mamá, como dice ella.

Me viene a la mente Nico. Son de la misma edad, pero él es más maduro, más hombre y varonil. Tengo que evadir mis pensamientos lejos de él, porque me excito pensando en su cuerpo, su cara, su olor… Cuando me doy cuenta, estoy con el chorro de la ducha en mi coño y muy excitada. La voz de Máxima, apremiándome para que termine ya, me saca de mi dulce momento.

—Joder, Máxima, ¡ya salgo! —gruño enfadada.

Me acaba de cortar el mejor momento del día. Lo que daría por estar en brazos de Nico y follar con él hasta caer rendidos.

Salgo de la ducha y me seco con rapidez. Enrosco una toalla en el pelo para quitarle humedad. Me hidrato la piel y me echo un perfume que hay en el tocador, huele muy bien. Miro el frasco y

pone: G*ucci Flora Gorgeous Gardenia*, realmente es fantástico, huele a primavera. Máxima me trae ropa interior demasiado sugerente.

—¿Quieres que me ponga eso? —Arqueo las cejas.

—Es un conjunto de La Perla, es precioso y le va muy bien a su vestido. No sea tonta y pruébeselo, es muy bonito —me ruega Máxima.

Le doy el gusto y al final, cedo.

—¡Qué suave es! —exclamo maravillada.

—No hay nada que iguale a la lencería de La Perla —suspira.

El conjunto es de raso negro con un fino ribete de encaje. Es sencillo y *sexy*, no puedo negar que es precioso.

Me pongo el vestido de Lady Paula y Máxima se encarga de peinarme y maquillarme. Me hace un moño informal con mechones sueltos por delante de la cara. Cuando me miro en el espejo, no me reconozco. Entre el cambio de color de pelo y la ropa cara que llevo, estoy muy cambiada, están transformando a la chica del Bronx por una pija remilgada, pero solo por fuera. Yo sé quién soy y no pienso cambiar. No me van a doblegar por cuatro trapos caros y lencería de lujo. En cuanto se aclare todo, volveré a casa o me iré a España, no lo sé, pero encontrar a Marlem, hace que ese futuro sea más cercano.

Oigo un silbido y nos damos la vuelta las dos, Matteo acaba de entrar en la habitación sin llamar.

—¡Vaya, estás impresionante! —Me hace un cumplido.

Él lleva un traje azul marino con camisa celeste y corbata conjuntada al traje. Está impecable, como siempre.

—Podrías llamar, antes de entrar —le regaño.

—¿Por qué iba a hacerlo? Esta es mi habitación. —Muestra una sonrisa vacilona.

Aprieto los dientes e intento no entrar en conflicto.

—¿Nos vamos? —inquiero seria.

—Sí, pero dame unos minutos que tengo que hacer una llamada. —Me hace un gesto con la mano, mientras saca el móvil de la americana y sale de la habitación.

Pienso que debo hacer lo mismo, llamar a mis padres, son las once de la noche en Nueva York, así que ya están en casa. Le pido a

Máxima que me deje a solas y marco el teléfono de mi madre.

—¿Sloane? —responde al momento.

—Hola, mamá. ¿Cómo estáis? —Tengo que contener las lágrimas, o echo a perder el maquillaje.

—Bien, cariño. Te añoramos y hace nada que te has ido. No estoy acostumbrada a estar sin ti —solloza.

—Mamá, estoy bien. Solo quería decirte que Matteo me ha traído a Los Ángeles por sorpresa, por eso hoy no he pasado por casa —le comunico mi paradero.

—¿Los Ángeles? ¿Qué hacéis ahí? —Le cambia el tono.

—Pregúntale a Matteo, supongo que quería sorprenderme y la verdad es que lo ha hecho. Esto es precioso y he ido a la playa. Hace un tiempo de verano fascinante y ahora salgo a cenar con él —le digo con énfasis, para que no note la tristeza que va por dentro.

—¡Cuánto me alegro, cariño! Disfruta todo lo que puedas. ¡Qué suerte has tenido al conocer a ese muchacho! —suspira.

Aguanto la respiración un segundo.

—Es cierto, mamá, tengo mucha suerte. ¿Papá y Elina están bien? —pregunto.

—Todo bien. Elina sigue en su línea y tu padre ha hecho buenas migas con el italiano al que le está reparando el coche. Le sienta bien y todo, lo veo más animado —me comenta alegre.

Me da un vuelco el corazón. Nico está cumpliendo su promesa y está pendiente de ellos, eso me tranquiliza.

—Dales un beso a los dos. Tengo que dejarte que salgo a cenar a un sitio muy bonito, según me han dicho —me burlo.

—¿Cómo se llama? —curiosea.

—La Brisa del Pacífico, creo. Es un lugar muy exclusivo —le cuento.

—Pues nada, aprovecha de estos momentos que te regala la vida. Ya me quedo más tranquila. Cuida de ese muchacho, Sloane —me aconseja.

—Sí, mamá, descuida. Te quiero.

Y cuelgo con un sabor agridulce. Mis padres están bien y Nico está pendiente de su seguridad. Le echo de menos. Ahora toca ir con el malo de la película.

Me dirijo hacia el salón y veo cómo Matteo me observa descaradamente. Alessio permanece serio a su lado, con las manos atrás en la cintura, como si fuera una estatua. Su cicatriz en la cara parece que a veces se mueve por la tensión de su mandíbula. Será mi imaginación, no lo sé.

—Tengo que reconocer que estás espectacular, no me has defraudado —dice Matteo.

—Dame tiempo —lo desafío.

—Sloane, no juegues conmigo. Esta es la primera y espero que sea la última vez que tenga que decírtelo hoy. ¿Me has entendido? —sisea enfadado.

—Perfectamente —asiento con rabia.

Me ofrece su brazo.

—Alessio prepara el coche —le ordena.

Voy camino del garaje y no me sujeto a su brazo, sé caminar sola, cosa que a Matteo no le sienta muy bien, pero lo deja pasar…

La Brisa del Pacífico no me extraña que sea tan exclusivo y privado, pues solo los privilegiados pueden acceder, gracias a su ubicación y discreción. Este restaurante está oculto tras un camino privado que serpentea por un acantilado que da vértigo, rodeado de palmeras y vegetación natural que garantiza una privacidad absoluta. Rezo para que el coche no se desplome por el acantilado o que no suframos ningún percance, porque no hay ni cobertura.

—¡Por Dios! ¿Dónde me llevas? —pregunto asustada.

Matteo suelta una carcajada.

—Ya te dije que era exclusivo y que solo se accede con una invitación del dueño. Ya verás como te gusta cuando lleguemos. —Se ríe.

—Eso si llegamos…

—Ya estamos en la puerta, señorita, no se preocupe —me avisa Alessio.

Aparca el coche en una pequeña explanada, y bajamos. Me quedo alucinada viendo como el restaurante está construido encima del acantilado y es prácticamente todo de cristal. Debe tener unas vistas espectaculares.

—¿Te gusta? —pregunta Matteo.

—Mientras no se venga abajo —contesto temerosa.

Vuelve a soltar una carcajada y me agarra de la mano sin que me dé tiempo a reaccionar.

Entramos y como vi desde fuera, las paredes son todas de cristal desde el suelo al techo, lo que permite que cada mesa tenga vistas espectaculares al océano, especialmente al atardecer. El suelo es de mármol y la decoración es minimalista sofisticada, con detalles en madera oscura y toques dorados, lo que logra un ambiente cálido. En el centro una lámpara enorme de diseño que ilumina suavemente el comedor, creando los reflejos que simulan las olas del mar. El sitio es flipante. No puedo dejar de mirar todo con detalle.

—Veo que estás encantada —me vacila Matteo.

—Está bien el sitio —carraspeo.

—No vas a ceder, ¿verdad?

—Ceder ¿en qué?

—No te trato mal, te doy todos los lujos, podrías demostrar un poco de gratitud y ser menos borde conmigo, ¿no?

Eso sí que me toca las narices.

—¿Quieres que te agradezca que me tienes retenida bajo coacción? Vete a la mierda, Matteo. —Sonrío para disimular entre la gente.

—Ya veo que no cambias el talante. A mí tampoco me hace gracia tenerte así. Nicodemo es quien tiene la culpa de todo esto. —Aprieta los dientes.

Me inclino un poco hacia delante para que me escuche y no armar un escándalo.

—En vez de perder el tiempo conmigo, lo que tendrías que estar haciendo es intentar recuperar a Bianca. Eso es lo más lógico. Nico no te la va a entregar nunca. Yo de él no lo haría —le espeto.

Matteo pega un puñetazo en la mesa y la gente se gira a mirarnos. Yo sonrío como si nada, a él se le hincha la vena del cuello a punto de reventar. Un camarero se acerca.

—Señor Marchese, ¿va todo bien? —le pregunta.

Se recompone y se coloca bien la chaqueta y la corbata.

—Sí, perdone el arrebato, es que me han dado una mala noticia y no he podido contenerme, lo siento. ¿Puede traerme una botella de Sassicaia del 2019 si es usted tan amable?

El camarero frunce el ceño desconcertado.

—Señor, se lo traigo con gusto, pero si van a tomar marisco, le recomendaría un vino blanco. Solo es una sugerencia —carraspea.

Veo que la vena de Matteo vuelve a hincharse. Fuerza una sonrisa y se gira hacia al camarero.

—Pues tráigame mi botella de Sassicaia del 2019 y un blanco Château d'Yquem del 2019 par que le haga compañía, ¿está bien ahora? —Chirría los dientes.

—Sí, señor, ahora mismo los sirvo. —Desaparece antes de cabrear más a Matteo.

—Vaya, parece que te has alterado un poco —digo con sarcasmo.

El camarero reaparece con el vino tinto y le sirve un poquito para que lo paladee, pero Matteo no está para perder el tiempo y le pide que le llene la copa. Lo hace y se la bebe en dos tragos. Se la vuelve a rellenar y entonces le pide la carta y el camarero se la deja en la mesa.

—¿Les tomo nota? —pregunta con miedo el camarero.

Me mira fijamente.

—¿Pido por los dos o tienes alguna objeción? —pregunta alterado.

—Pide lo que quieras.

Mira la carta y echa un vistazo rápidamente.

—De primero tartar de atún rojo con aguacate y mango y de segundo langosta a la parrilla con mantequilla y ajo negro, los dos comeremos lo mismo —ordena sin dudar.

—¿Algo de postre?

—Sí, la tarta fina de manzana con helado de vainilla de Tahití para ella y para mí el tiramisú casero del chef. —Cierra la carta de golpe.

—Enseguida lo marcho. Que disfruten de la cena. —Hace un gesto con la cabeza y se va.

—¿Quieres vino? —me pregunta.

—¿Por qué no? —Le acerco la copa.

Si tengo que aguantarlo, mejor un poco colocada que serena. Así se me hace la noche más amena. Además, ha pedido una comida

muy rara que no sé si me gustará.

Me tomo la copa de vino como ha hecho él. De dos tragos y para dentro. Está bueno, afrutado, pero fuerte.

—¿Intentamos relajarnos esta noche? —habla más calmado.

—Yo no estoy aquí por gusto, no eres la persona con la que querría compartir esta cena e imagino que tú tampoco, pero no tengo ganas de discutir. No entiendo vuestra clase de vida. Cuando te conocí, me pareciste buena persona, pero la que veo ahora, no me gusta nada. No te conozco, Matteo. Te ayudé sin conocerte y me lo pagas así —hablo con tranquilidad.

Se echa el pelo hacia atrás.

—No hubiera llegado a este extremo si no me hubieran arrebatado a Bianca. Yo también te apreciaba y te aprecio, no tengo nada en tu contra, pero Nico… es harina de otro costal. El problema es que él te ama, y es la única manera de hacerle daño —confiesa con remordimiento.

—¿Por qué no buscas a la chica que sabe quién mató a su hermano? —lo tanteo.

—¿Marlem? Seguro que ya se han encargado de ella. Además, Nicodemo nunca ha creído esa historia.

—Pero si aparece y le cuenta la verdad, puede que todo vuelva a ser como antes, o por lo menos se aclaren las cosas y tus puedas estar con Bianca.

Matteo me escudriña con la mirada.

—¿Sabes algo que yo no sepa? —inquiere desconfiado.

—Solo barajo opciones. Supongo que opino lo que haría yo, en vez de estar intentando sacaros los ojos a la mínima oportunidad. Os criasteis juntos, eso no se puede olvidar así por las buenas.

El camarero interrumpe nuestra conversación y creo que Matteo esta vez lo agradece. Sirve los platos que parecen una obra de arte, da pena comérselos. Yo no sé por dónde hincarle el tenedor. Me siento un poco apurada y Matteo se da cuenta. Me fijo en cómo lo hace él y sigo sus pasos.

—Hummmm, está delicioso. —Disfruto de la comida.

—Me alegro de que te guste algo de lo que hago —comenta complacido.

Muestro una sonrisa sincera y saboreamos la cena, el vino y las vistas perfectas, sin conversaciones molestas, disfrutando del silencio y del momento.

22

Solstice

Han pasado tres días desde que cenamos en La Brisa del Pacífico. El tiempo en el chalet transcurre lento y asfixiante. Me salgo con la mía y Matteo no me obliga a dormir con él, hay habitaciones para los invitados y me cambio a una que tiene vistas al mar. Hablo con mis padres todos los días, pero el resto de las llamadas, las tengo restringidas. No puedo hablar con Lara y mucho menos con Nico. Me tienen controlada.

Matteo pasa la mayoría del tiempo encerrado en su despacho hablando por teléfono y dando órdenes en italiano, como si yo no lo entendiera. A veces pienso que se le olvida que hablo y escribo su idioma a la perfección. Apenas me dirige la palabra, y para ser sincera, me da algo de paz.

Máxima es quien ocupa mi tiempo con sus insistencias sobre qué debo hacer, cómo me tengo que vestir y que no me pase con el sol y el gimnasio. Es el único entretenimiento que tengo.

Entro en el chalet después de una mañana de playa maravillosa. Máxima me echa la bronca por llenarle el suelo de arena, pero la ignoro.

—Ya está bien, estamos en la playa, no puedo evitar traer arena en los pies —me quejo, cansada de que esté siempre pendiente de mí.

Me cruzo con Matteo que sale apresurado y se detiene al verme en medio del salón.

—Tengo una cita de negocios y esta noche otro compromiso muy importante, puede que no venga hasta mañana —dice muy serio—. No salgas del chalet, no intentes nada estúpido. Alessio se queda para asegurarse de que todo siga bajo control. ¿Me has entendido?

Asiento en silencio, reflejando el odio en mi mirada.

—Por mí no te molestes en regresar.

No puedo mantenerme callada, es algo que me supera.

Se gira y viene hacia mí con una mirada dura, pero luego muestra una sonrisa macabra, que me pone los pelos de punta.

—Me lo he pensado mejor, ponte guapa que esta noche, a las diez, pasaré a recogerte. Para el otro compromiso, necesitaba una pareja y se lo había propuesto a Paula, pero no creo que se moleste al decirle que voy contigo, te vendrá bien salir de aquí. —Me guiña un ojo.

Aprieto los dientes y miro a Máxima que me hace un gesto con la boca para que no replique.

Me voy a mi cuarto cabreada. Lo último que me apetece hoy es salir de nuevo con Matteo.

La última vez que cenamos se pasó con el vino, su dichoso vino tinto italiano. Se le subió a la cabeza y al llegar a casa, no quería dormir solo. Se puso muy pesado, pero al final cayó fulminado en la cama. Ya no he vuelto a su cuarto, le pedí a Máxima que llevase toda mi ropa a la habitación de invitados. A Matteo no le sentó muy bien, pero al final cedió. Si quiere dormir acompañado, que se compre un peluche.

Me doy una ducha y me pongo algo cómodo, un vestido de tirantes corto. Máxima ya tiene la comida preparada y me avisa como todos los días.

—¿Qué has hecho hoy? —pregunto con desgana.

—¡Pizza! —exclama con alegría.

—¿En serio? —bromeo. Me va a salir la pasta y toda la comida italiana por las orejas.

—¿No te gusta? —pregunta desilusionada.

—Sí que me gusta, pero de vez en cuando una ensalada o algo ligerito no estaría mal, para variar. —Hago una mueca con la boca.

—Lo siento, pensé que te gustaría.

Máxima y yo ya nos tuteamos y hacemos buenas migas, pero si sigo comiendo pasta a este ritmo, no voy a coger dentro de los pantalones.

—Sí que me gusta, pero existen más comidas que la pasta —le digo tímidamente, sin pretender ofenderla.

—Ya, pero como al señorito Matteo le gusta y siempre me la pide…

—No pasa nada, la pizza tiene una pinta buenísima, pero la próxima vez para mí una ensalada y a Matteo hazle toda la pasta que quiera, o me hago yo la comida, no tienes que cocinar para mí. —Sonrío agradecida.

—Ah, eso no. Si se entera el señorito, me despide.

Se santigua como si hubiese blasfemado.

Me río y la doy por imposible. Al final me como la pizza y también le lleva a Alessio, que se la come sin rechistar.

Termino empachada. Máxima cocina de lujo y al final, picando, picando, me zampo casi una pizza entera.

—Me siento fatal —me quejo del estómago.

Máxima acude preocupada.

—Te preparo una infusión ahora mismo y se te pasa en un santiamén.

Voy hacia el sofá y me tumbo dolorida.

—¿Se encuentra bien, Sloane? —pregunta Alessio.

—Se me pasará. Máxima y su comida, no hay quien pueda resistirse. —Me río y me duele más—. Me temo que esta noche no podré salir con tu jefe. Estoy empachada.

Alessio se pone muy serio.

—Sloane, haga lo que sea, pero no le falle. El señor Marchese está muy nervioso y no creo que le guste que le dé plantón —me advierte.

—No quiero darle plantón, pero no me encuentro bien, he comido demasiado, ¿qué quieres que haga?

—Lo que sea, pero esta noche esté lista —dice nervioso.

Lo miro con curiosidad. Nunca he visto a Alessio alterado, siempre mantiene la compostura y carece de sentimientos, pero hoy, está raro.

—Alessio, no puedo hacer nada.

Se acerca con cara de demonio, demasiado cerca.

—Vaya al baño y ¡vomite! —chilla, y doy un respingo.

Máxima, que está a mi lado, también se sorprende.

—¿Estás loco? —Me levanto irritada.

—Vaya al puto baño y vomite, hágame caso si aprecia su vida.

Es un ultimátum.

Jamás pensé que podría caer tan bajo, pero voy al cuarto de baño, me meto los dedos en la boca y hago lo que me pide. Me siento tan humillada, que me encierro en mi habitación y no quiero ver a Alessio nunca, pero sé que eso es imposible.

¿Dónde estás, Nico? Cierro los ojos y me dejo llevar por un dulce sueño, agotada mentalmente por esta pesadilla que estoy viviendo.

—Sloane, despierta. Tienes que prepararte para la cena con el señorito Matteo.

Máxima me da toquecitos en el hombro para que espabile y me levante de la cama, pero yo no tengo ninguna gana.

—¿Es necesario? —gruño.

—Siento lo que te ha hecho Alessio. Nunca lo he visto así. No sé a qué se debe esa reacción, pero no quiero que se enfade más, ni el señorito tampoco. Levántate, por favor —me implora.

Sacudo con los pies la sábana y me incorporo de muy mal humor.

—Delante de mí, no vuelvas a llamarle señorito a ese mentecato y al otro… ni me lo nombres —resoplo con los puños apretados—. Me voy a la ducha y prepárame la ropa, por favor —digo de mala leche.

—¿Qué vestido quieres llevar? —me pregunta con las manos abiertas sin saber qué hacer.

—Por mí como si llevo un saco de patatas. Elige el que más rabia te dé. No pretendo ligar con tu señorito —contesto más enervada que nunca.

—Relájate en la ducha, ya veo yo qué te pones esta noche.

Oigo que reza en italiano y me encierro en el baño.

Todavía tengo el estómago y la garganta dolorida por lo que Alessio me obligó a hacer. Nunca me he sentido tan humillada. Tengo que conseguir la manera de hablar con Nico y que me saque de aquí, siempre y cuando mi familia esté a salvo o si no, puede que haga una locura. Yo no soy una marioneta para ir luciendo vestiditos de miles de dólares de la mano de un niñato caprichoso. Soy una chica del Bronx que con lo que vale uno de esos trapos caros, les arreglaba la vida a mis padres por unos cuantos meses. No es justo.

Me siento fatal en esta vidorra de lujo y derroche a mansalva, mientras los míos se rompen el lomo para llegar a fin de mes.

—¡Joder! —maldigo en la ducha y lloro bajo el agua.

Solo quiero regresar a casa y ver a Nico, aunque ya no sé si quiero tener una relación con él después de todo esto. Lo amo, estoy segura de eso, pero no puedo vivir con miedo, y él representa eso y más.

Salgo de la ducha, me hidrato la piel y hago mis rituales de todos los días. Voy hacia la habitación con la toalla enrollada en la cabeza. Máxima me mira como con temor y al ver el vestido colgado, la entiendo.

—¿Quieres que me ponga eso? —pregunto indignada.

—Es precioso, ahora con lo bronceada que estás, te quedará de maravilla y no parecerás eso… —carraspea—, lo que tú dices.

—¿Una fulana? —me burlo mientras observo el vestido plateado de lentejuelas que tengo ante mí.

—Sloane, te quedará divino, ¡hazme caso!

—Vale, la verdad es que me da igual. A estas alturas, ya me estoy cansando de todo —digo resignada.

Me lo pongo y es espectacular. Tengo que reconocer que el vestido no es para nada vulgar. Es de tirantes con el escote en V. Largo con abertura en la pierna que muestra gran parte de mi muslo y tiene vuelo y soltura. La espalda es abierta y la cruza los tirantes formando una equis.

—Estás radiante —suspira Máxima.

—No está mal. —Le quito importancia.

Máxima me coge de la mano y me lleva hacia el tocador de mi habitación para peinarme, pero yo me niego.

—No voy a peinarme de ninguna manera, voy a llevar el pelo suelto y me maquillaré yo, gracias. No te molestes, pero estoy cansada de que me deis órdenes.

Intento ser lo más delicada posible con ella, pero mi paciencia tiene un límite y se está agotando.

—No te preocupes, lo entiendo.

Baja la cabeza dolida por cómo la trato y me enfado conmigo misma por pagar mi frustración con quien menos se lo merece.

La abrazo.

—Perdona, no tienes que aguantar mis berrinches, pero estoy desesperada por salir de aquí.

Máxima está al tanto de todo lo que pasa en esta jaula de cristal. Se lo confesé al segundo día cuando le pedí su teléfono para llamar a Nico y me dijo que también controlaban sus llamadas. Me vine abajo y le conté todo sobre Matteo. Tampoco le sorprendió mucho.

—Sloane, yo solo estoy aquí para cumplir órdenes: oír, ver y callar, pero te he cogido aprecio y no quiero que te ocurra nada malo, por eso insisto tanto en qué hagas las cosas bien y no enfades al se… Matteo.

La miro con temor.

—¿Has visto algo malo que haya hecho él? —inquiero preocupada.

Niega con la cabeza.

—Matteo no es malo, solo está dolido por lo de su novia, pero cuando una persona está herida y por amor, es capaz de hacer cualquier cosa —dice muy convencida.

—Lo dices por su padre, ¿verdad? Él salvó a su madre por encima de todo y de todos —reflexiono.

—Tú lo has dicho. Es hijo de Romano Marchese y lo lleva en la sangre. No puedes subestimarlo —me aconseja.

Me dejo caer en la silla del tocador y me hundo moralmente. Tiene lógica, supongo que yo haría lo mismo.

—Venga, venga, no es hora de ponernos a pensar ahora. Tienes que terminar de arreglarte que estará al caer.

Mira el reloj preocupada y veo que falta apenas media hora.

Pongo los pies en polvorosa y me seco el pelo a toda prisa. Lo dejo natural y el resultado es mejor que bueno. Máxima insiste en maquillarme y la dejo, ya que estoy un poco nerviosa. Terminamos y escucho a Matteo entrar por la puerta y gritar mi nombre como si llamara al perro de la casa para recibir al amo.

Es Máxima quien sale a su encuentro y le dice que ya estoy lista y salgo enseguida. Me dan ganas de asesinarlo, pero hago acopio de valor y salgo del dormitorio con la cabeza bien alta.

Matteo se queda sin palabras, solo me observa con el vestido plateado de lentejuelas mientras camino hacia él.

—¿Nos vamos? —digo con altanería e indiferencia.

Él va impecable, como siempre. Traje de firma, peinado impoluto, zapatos brillantes y una sonrisa resplandeciente.

—Esta vez te has superado. —Hace un cumplido.

—Lo que tienes en el armario, tú mandas y yo obedezco, así va la cosa, ¿no?

Fulmino con la mirada a Alessio que está detrás de él.

—Veo que vas entrando en razón. Así da gusto tratar contigo, me tienes gratamente sorprendido.

Matteo me ofrece el brazo para ir hacia el garaje. Esta vez lo acepto y camino a su lado mientras Alessio nos sigue sin quitarnos la vista de encima. Me siento como un animal que va al matadero.

Me abre la puerta de su lujoso coche y entro. Él se sienta a mi lado y salimos de la jaula de oro.

—¿Puedo preguntar a dónde vamos?

—¿Recuerdas la Mansión Bowery de Nueva York?

—Cómo olvidarla —suspiro, pero no por lo que él imagina, sino por mi encuentro con Nico.

—Pues vamos a un lugar similar, me refiero en cuanto a características, se llama *Soltice*, aunque a mí me gusta más que la Mansión Bowery —me explica.

—Entiendo, otro club o restaurante de lujo, supongo que secreto y que utilizáis como terreno neutral la mafia, para vuestros trapicheos. ¿Lo he de definido bien? —ironizo.

Matteo hace una mueca con la boca de desagrado.

—Siempre tienes que ensuciarlo todo, cuando es un lugar magnífico y nos proporciona privacidad y elegancia, no solo a la mafia, como tú dices con desprecio, sino a la élite de todo el mundo —dice con rabia.

Me acomodo en el asiento manteniendo la distancia.

—Si tú lo quieres definir con esas palabras, pues te lo compro —digo con desdén.

—¡Joder! ¡Para ya de hacerte la mártir! Eres insufrible. Podrías fingir un poco y dejar ese papel de mujer fatal, ¡me tienes hasta los cojones! —Alza la voz enfadado.

Lo aniquilo con la mirada.

—No puedo fingir lo que no siento. No estoy aquí por voluntad propia, cómo quieres que te trate, ¿con cariño? ¡Vete al infierno, Matteo! —le espeto con toda la rabia que siento.

Tira de mi brazo hasta hacerme daño y caigo sobre su regazo. Arrima su cara a la mía.

—¿Quieres que tu madre sufra un accidente esta noche? Tu amorcito puede protegerla en casa, pero cuando trabaja en la mía, está a mi merced. No juegues conmigo y no me hinches las pelotas —me amenaza con lo que más duele, y no solo eso, sabe que Nico protege a mi familia.

Me incorporo y hago todo lo posible por no romper a llorar.

Permanezco el resto del camino callada y veo que Alessio me observa por el retrovisor. Lo odio tanto como a Matteo. Giro la cabeza hacia la ventanilla del coche. Veo que subimos por las calles de Bel Air hasta llegar a una carretera privada vigilada por dos garitas de seguridad. Solo permiten el acceso a invitados registrados y piden a Alessio que se identifique y revisan el vehículo. Es algo surrealista. Ni que llevásemos una bomba en los bajos del coche. Nos dan el visto bueno y seguimos hasta el final de la carretera. El equipo de seguridad hace una última verificación antes de permitir la entrada al recinto del restaurante *Soltice.*

—¿Para qué tanta seguridad? —me atrevo a preguntar.

—Ya te dije que aquí viene solo gente exclusiva y no se arriesgan a que pasen un arma o algo peligroso —dice como si nada.

En mi interior veo lo ridículo de la situación. Tantas molestias por una chica del Bronx. Si esta gente supiese…

Nos abren la puerta guardaespaldas altamente comunicados y armados en todo momento. Impresiona ver tanta seguridad.

—¿No decías que no había armas en este lugar? —hablo en voz baja.

—Excepto la gente de seguridad es obvio. —Se ríe de mi ignorancia.

El *Soltice* es un edificio enorme, de arquitectura moderna y paredes gruesas de vidrio oscuro y mármol negro. A esta gente le gusta la opulencia y todos se asemejan, diga lo que diga Matteo.

Pasamos por un escáner de armas a la entrada y todo está rodeado de cámaras de seguridad.

—Si se negocian cosas aquí, privacidad no hay mucha, ya que os graban en todo momento —comento lo que me parece *obvio*.

—Aquí, como en los demás lugares como este, hay unas normas que se respetan a rajatabla: Se prohíben discusiones violentas, las armas o cualquier enfrentamiento, todo el personal firma acuerdos de confidencialidad y se les realiza una exhaustiva investigación antes de contratarlos, todo está controlado —cuenta Matteo muy orgulloso de sus lugares secretos para la mafia.

—Ya me quedo más tranquila —me burlo y él me fulmina con la mirada.

Hay gente muy refinada y visten muy elegantes. Ahora no me arrepiento de venir con el vestido de lentejuelas, porque las mujeres van ataviadas con brillos y vestidos muy llamativos.

Por fin entramos a uno de los salones. Por lo que veo a la entrada, hay una especie de plano del *Soltice* y cuento cinco estancias. Todos insonorizados y para negociaciones privadas.

—Pensé que veníamos a cenar a un restaurante de lujo, pero esto es un lugar más apropiado para hacer negocios —le digo confusa.

—Lo es. Me han invitado para negociar algo muy importante, pero no sé quién es todavía. Solo me han dicho que viniera acompañado, por eso estás aquí —me explica Matteo.

—¿Así funcionáis? ¿Como una cita a ciegas?

Matteo se ríe.

—Si quieres llámalo así.

—Estoy flipando.

Me sale del alma y él me da un pellizco en el brazo.

—No uses ese lenguaje aquí. Sé que puedes hacerlo mejor, para eso has estudiado una carrera —dice entre dientes.

No puedo reprimir una risa.

—¿Ahora sientes vergüenza de mí? Creo que es un poco tarde para eso.

Va a darme la réplica, cuando un mayordomo nos interrumpe.

—Señor Marchese, usted tiene reservada la sala vip. Sígame por favor.

Matteo está sorprendido.

—¿Qué es eso de la sala vip? —le interrogo cada dos por tres.

—Ahora lo verás, ¡cállate ya!

Seguimos al mayordomo y me quedo de piedra cuando entramos en una biblioteca, que no es tal, todo es falso, los libros no son de verdad, es pura decoración. De pronto separa una figura y hay un panel pequeño donde marca una contraseña y se abre una puerta oculta que da acceso a esa sala vip secreta.

—¡Joder! —exclamo fascinada.

Veo en los ojos de Matteo que también está sorprendido.

—Ya pueden entrar, sus invitados les esperan —anuncia el mayordomo.

Cuando entramos, y cierran la puerta, no veo cómo es la sala, porque solo tengo ojos para las dos personas que tengo delante.

—Nico… —Apenas logro decir.

—Bianca, amor mío —dice Matteo conmocionado.

Pienso que esto es un sueño, no puede ser que Nico y Bianca estén a menos de dos metros.

No puede ser… Pero lo es porque escucho su voz.

—Creo que ya es hora de hablar…

23

Encontronazo

Matteo hace el amago de acercarse a Bianca, pero Nico le hace el alto con la mano.

—Tranquilo, Marchese, no te acerques a mi hermana si no quieres que te pegue un tiro al salir de aquí —le amenaza.

Matteo se detiene sin perder de vista a Bianca y luego le dirige una mirada asesina a su rival.

—Sabes que aquí no puedes hacerme nada, así que no me amenaces —le desafía.

Nico aparenta tranquilidad, pero no me quita la vista de encima y sigue manteniendo distancia entre nosotros y su hermana.

—Lo sé, por eso te he dicho que lo haría cuando salgamos de aquí, ¿tienes problemas de oído? —se burla.

Madre mía, estoy que me da algo. La tensión entre ellos es brutal y Bianca también está nerviosa. No sé por qué Nico ha traído a su hermana aquí.

—¿Estás bien, *cara mía*? —me pregunta Nico.

Su mirada es de preocupación y al mismo tiempo lujuriosa.

—Estoy bien, no te preocupes —consigo decir.

—Estás preciosa, solo que ese pelo, ¿qué te ha pasado?

Se fija que voy pelirroja y hace una mueca, no sé si le gusta o le molesta.

—Hablarás con ella cuando yo pueda hacerlo con Bianca —le corta Matteo.

Nico levanta las manos en un gesto de son de paz.

—Tranquilo, vengo con buenas intenciones, ya ves que te he traído a mi hermana. Deberías agradecerme este gesto.

Matteo aprieta los dientes, pero no pierde de vista a Bianca, que lleva un vestido largo de color azul, que le hace parecer un ángel.

—¿Qué quieres, Baresi? —inquiere Matteo.

—Que liberes a Sloane y dejes en paz a su familia, así de simple. —Chasquea los dedos.

Matteo suelta una carcajada que me eriza la piel.

—Claro, te la entregaré encantado si tú dejas que Bianca se venga conmigo. Creo que es lo justo.

—*Va bene*. Si Bianca quiere, es libre de ir contigo —dice Nico.

Matteo va hacia ella ilusionado y cuando la abraza con todo su amor, ella lo rechaza. Se queda en *shock* y yo también.

—¿Qué pasa, *amore*? —le pregunta compungido.

Bianca se separa y lo mira con los ojos llenos de lágrimas.

—Tenías que actuar del mismo modo que mi hermano. Te has llevado a Sloane en contra de su voluntad solo para hacerle daño. Así nunca solucionaremos nada. Solo generamos más odio entre las familias. No puedo irme contigo, estoy cansada de esta guerra sin sentido —dice entre lágrimas.

Matteo da un paso hacia atrás, está consternado.

—Lo que hice fue a causa del dolor que sentía por tu repentina ida. Casi me vuelvo loco, no he tenido nada con Sloane, la he respetado, solo te amo a ti. Bianca, por favor —le implora.

Ella lo rechaza una y otra vez y no puedo dejar de sentir pena, a pesar de todo.

Nico me coge de la mano y doy un respingo, no lo veo venir, mientras los otros dos siguen debatiendo sobre su relación.

—Estás preciosa, aunque me gustabas más con tu pelo oscuro —me susurra al oído.

Su olor embriagador se cuela por mis fosas nasales y me obnubila la mente.

—Nico, te he echado de menos, pero esto no está bien.

Al oír mis palabras se sorprende.

—Vengo a llevarte a casa y ¿me dices que no está bien? —Está confuso y molesto.

—No, no digo eso. Me refiero a lo que estás haciendo con Matteo. Sé que tu hermana lo quiere y la has manipulado u obligado para que le rechace. —Miro en la profundidad de sus ojos.

—Sloane, eso no es tu problema. Tu lugar es a mi lado y todo lo demás no importa. Me muero por tenerte en mi cama y no dejarte escapar en una semana —susurra en mi oído.

Me erizo entera, pero no puedo ignorar cómo la pareja discute y llora al fondo de la sala, mientras Nico me come la oreja y me excita solo con sus palabras.

—Nico, tiene que haber una solución, no…

Me acalla con un beso que me deja sin aliento. Lo he echado tanto de menos… Dejo que invada mi boca y me aferro a su cuello para notar su cuerpo pegado al mío. Olvido todo lo que me rodea, hasta que escucho a Bianca.

—¡Déjame en paz! Lo nuestro no tiene arreglo y se termina aquí. ¡No quiero alargar más esta agonía, Matteo! —grita intentando liberarse de los brazos de su amado.

Nico me suelta y va hacia ellos como un animal desbocado. Agarra a Matteo y lo separa de su hermana con brusquedad.

—Ya las has oído, no quiere que la toques —lo desafía con la mirada.

Matteo aprieta los puños y mira hacia las cámaras de vigilancia. Sabe que no puede golpearlo y se contiene.

—La tienes coaccionada para que me rechace, lo sé. Conozco a tu hermana y sé que ella me ama —le espeta con rabia.

—Ella es mayorcita para saber lo que le conviene —responde Nico con sarcasmo.

Matteo se lleva las manos al pelo desesperado ante la impotencia de no poder hacer nada y menos delante de Nico. Bianca no va a contarle la verdad.

Tengo que reconocer que siento lástima por él, aunque se ha comportado como un capullo conmigo, pero Nico está jugando sucio de nuevo. Es la pescadilla que se muerde la cola. Me reitero en que tener una relación con Nico, es vivir con el miedo. Yo no estoy hecha para esto, por mucho que lo ame. Ver a Matteo y Bianca rotos no me hace gracia y menos a Nico disfrutar de la situación, me parece de lo más desagradable, aun sabiendo que, en parte, es por mi culpa.

Doy un paso hacia delante.

—¿Por qué no intentáis hacer las paces y dejaros de guerras? Os criasteis como hermanos, eso no puede olvidarse tan fácil. No podéis vivir con el odio metido en las venas —intercedo entre los dos.

Se callan y me miran como si estuviese loca.

—Es lo único sensato que he escuchado en toda la noche —dice Bianca, apoyándome.

—Es imposible, el padre de este personaje ordenó la muerte de mi hermano Ricardo —señala Nico a Matteo.

—Eso no es cierto, solo te basas en una testigo que no es fiable, cualquiera pudo pagarle para que dijera eso, ya sabes cómo funciona esto, Baresi —se defiende Matteo.

—Yo hablé con esa testigo y me juró que fue tu padre quien ordenó que llevara a mi hermano a ese hotel para que lo asesinaran y lo quemaran como basura. Fue una trampa desde el principio. —Alza la voz, enervado.

—No lo sabes, estaría amenazada. En cuanto la encuentre, se te caerá la cara de vergüenza por todas las acusaciones que has hecho al hombre que te ha querido como un hijo.

La tensión vuelve a crecer entre ellos.

Bianca llora sentada en una de las sillas y yo estoy como en un partido de tenis, mirando, mientras se echan la mierda el uno al otro.

—No la vas a encontrar —asegura Nico—. La he buscado por todas partes y estoy seguro de que tu padre ya se ha encargado de ella. —Escupe al suelo de mármol, que parece un sacrilegio de lo reluciente que está.

—Nosotros somos los primeros interesados en encontrarla, hijo de puta. —Se crece Matteo.

Nico saca pecho y se va hacia él.

Le corto el paso y me meto entre los dos.

—*Stop* —digo en voz alta—. Las cámaras os están enfocando y os van a echar de aquí. Intentad serenaros un poco, por favor.

Matteo me coge de la muñeca y hace amago de irse.

—Vámonos, aquí no pintamos nada.

Me suelto y me niego a ir con él.

—No voy a ir contigo. Ya he cumplido mi parte, ahora cumple la tuya —le exijo de mal humor.

Mira a Nico y esboza una sonrisa maligna.

—No se ha cumplido el trato, no he conseguido a Bianca, así que te vienes conmigo —insiste.

Vuelve a sujetarme de la mano y tira de mí.

Nico entra en cólera y se enciende de muy mala manera.

—¡Suéltala, no le pongas un dedo encima! —grita encolerizado y arremete contra Matteo.

No sé por qué lo hago, pero vuelvo a meterme en medio, para que no lo agreda y recibo el golpe de lleno. El puño de Nico impacta en mi cara y me tambaleo a causa del dolor y el atontamiento del momento. Matteo evita que me caiga al suelo y me coge en brazos.

—Eres un animal, así tienes a tu hermana sometida y todo lo solucionas a golpes —le espeta a Nico.

—Sloane, Sloane, lo siento. No era mi intención hacerte daño, amor. ¡Joder! —maldice impotente y arrepentido.

Lo veo todo turbio. Estoy a punto de perder la conciencia, cuando entra el equipo de seguridad y nos sacan todos de la sala vip. Nico se revuelve y grita mi nombre. Matteo me lleva en brazos y escucho que dice: «Llévala a casa y avisa al doctor».

Luego caigo en un profundo sueño.

Despierto en mi cuarto, en la jaula de cristal. Máxima está a mi lado y veo a Matteo hablando con un hombre alto de pelo cano. Intento incorporarme, pero la cara me duele mucho.

—No se toque la cara, señorita, la tiene muy hinchada, afortunadamente, no le ha roto la nariz —me dice Máxima, que siempre que está Matteo vuelve a tratarme de usted.

El hombre cano y Matteo se acercan.

—¿Cómo te encuentras? Este es el doctor Reynolds, es amigo de la familia y ha venido en cuanto le he llamado —me informa Matteo.

—Señorita Moses, ha tenido suerte, la peor parte se la ha llevado el ojo y la mejilla. No tiene daños importantes, aunque el golpe es aparatoso. Le dejo antiinflamatorios y calmantes por si tiene dolor. No se asuste por el derrame, es normal. Si tiene cualquier duda,

llámeme. Máxima le aplicará hielo para que le baje la hinchazón —me suelta el sermón y yo escucho sin saber de qué me habla.

Matteo despide al doctor y Máxima me aplica compresas frías en la mitad de la cara.

—¡Joder! —exclamo del dolor.

—Perdona, Sloane, es que tienes la cara muy hinchada. —Me mira como si le diera grima.

Ya recuerdo la soberana hostia que me dio Nico, la que iba dirigida a Matteo. Luego, ya no sé ni cómo he llegado aquí.

—¿Puedes traerme un espejo? —inquiero.

—No creo que sea una buena idea —interviene Matteo—. Gracias por defenderme de nuevo y recibir el golpe por mí. No me esperaba eso de ti.

Giro la cabeza para no mirarlo.

—Hice lo que tenía que hacer. —Soy seca.

—Creo que te he infravalorado y te mereces algo mejor que estar retenida aquí con un patán como yo. Puedes irte cuando quieras, tu familia está a salvo.

Me giro y me quejo al instante.

—¿Hablas en serio?

—Muy en serio. Lo siento. Te pido perdón por todo, me equivoqué. No debí pagar mis males contigo —se disculpa.

Tengo ganas de llorar, pero me duele la cara y el ojo.

Máxima viene con un espejo y me lo entrega con miedo. Cuando veo el destrozo de mi cara…

—¡Me cago en la puta! —chillo horrorizada.

Tengo el ojo casi cerrado y con un derrame. La mitad de la cara está morada e hinchada, parezco un monstruo. Nico me ha dado con todas sus fuerzas y la muestra está en mi cara. Aparto el espejo y lo tiro a un lado de la cama.

—No me lo perdonaré nunca, pero creo que él tampoco —dice Matteo apretando los dientes.

—Tenéis que zanjar ese problema y creo que puedo ayudaros. Así podrás recuperar a Bianca —le digo cansada de toda esta película.

—¿Cómo?

Parece muy sorprendido.

—Primero, déjame poder llamar a quien me dé la gana sin vigilancia. Necesito mi libertad y luego recuperarme, entonces te ayudaré.

—¿Cómo puedes querer ayudarme después de todo lo que te he hecho? —Se encoge de hombros.

—La verdad es que yo también me lo pregunto, supongo que quiero hacer lo correcto, pero necesito descansar, me duele mucho la cara y el ojo.

Me toco con cuidado y veo las estrellas.

—Claro, haré todo lo que necesites. Solo quiero recuperar a Bianca.

Matteo está receptivo y cambia por completo.

—No puedo regresar a Nueva York con esta pinta, a mi madre le daría un infarto. Llámala y dile que estoy con migraña o invéntate lo que sea, pero que no se preocupe. Y que pronto regresaremos a casa —le pido el favor.

—Eso está hecho. Sé que no es habitual, pero… ¿quieres hablar con Baresi?

Le cuesta hacer la pregunta.

—Ahora mismo es con la última persona que quiero hablar. Ya tendré una conversación con él, cuando me encuentre con fuerzas. Solo quiero descansar.

Matteo asiente y Máxima me coloca la almohada para que esté cómoda.

—Sloane…

—Dime.

—¿Tú crees que Bianca ha dejado de quererme?

Matteo está tenso esperando una respuesta.

—Estoy segura de que Bianca te quiere. No ha podido olvidarte en unos días, te lo aseguro. ¡Ojalá fuese tan fácil desenamorarse de una persona! —Pienso en Nico.

—Lo dices por Baresi, tú tampoco puedes dejar de amarlo, ¿verdad?

No respondo.

—Quédate tranquilo, lo que te dijo Bianca en aquella sala, no era cierto, lo único verdadero, eran sus lágrimas por no poder estar

contigo —digo en un hilo de voz, los sedantes están haciendo su efecto.

—Gracias, Sloane, ahora me siento fatal por todo lo que te he hecho, no tengo perdón.

Ya no lo escucho. Los calmantes hacen su función y el sueño me envuelve y empiezo a soñar con Nico, su cuerpo, su olor y todos los problemas que hay a su alrededor…

24

Vivir con miedo

Tardo dos días en animarme para salir de mi habitación. Mi cara sigue siendo un poema. El doctor me ha dicho que el ojo tardará en recuperarse, pero va por buen camino. Debo usar gafas de sol para protegerme de la claridad y disimular el horrible aspecto que tengo. Me da mucha rabia no poder salir a la playa, ahí por lo menos puedo relajarme, pero no es el caso.

Matteo es muy atento conmigo. Entra y sale de la jaula de oro continuamente, llama a Máxima para preguntar cómo estoy cada dos por tres. No asimilo lo que pasó en la sala vip del *Solstice.* La aparición de Nico y Bianca fue toda una sorpresa, pero luego derivó todo en una pelea de gallos que me ha decepcionado mucho. Es su mundo, lo que conocen y como se han criado. Rige la ley del más fuerte y poderoso y no encajo en ese rol. Amo a Nico, pero no puedo seguir sus reglas. No habría diferencia a lo que estoy viviendo con Matteo, solo que, con él, habría sexo y más diversión; todo lo demás, es igual. Vivir con miedo, encerrada en una casa de lujo, rezando para que no le peguen un tiro a mi marido o le hagan algo malo a mi familia. Definitivamente, no es viable.

Dejo de torturarme mentalmente y cojo el móvil. Desbloqueo a Nico y lo llamo. Me contesta de inmediato.

—¿Cómo estás, *cara mía*? Llevo dos días volviéndome loco sin poder hablar contigo. No puedo perdonarme el haberte pegado sin querer. Me duele el alma solo de pensarlo —habla atropelladamente.

—Estoy bien, un poco magullada, pero lo superaré. —Respiro profundamente—. Sé que ese golpe no era para mí, pero eso no cambia que tu actitud sigue siendo muy agresiva y tienes que cambiar —le digo con pena.

—Lo siento, Sloane. Ya sabes cómo soy y Marchese se merecía ese golpe, no tú —suelta con rabia.

Oigo su voz agitada.

—No puedo seguir así, esta situación me agota. Soy una chica del Bronx y no estoy hecha para esto. Solo quiero tranquilidad para mí y los míos, sin amenazas, sin miedo…

—Yo puedo darte todo eso amor, no me dejes ahora que te he encontrado. Eres la mujer de mi vida y no pienso renunciar a ti. Déjame verte y hablar contigo personalmente —me implora desesperado.

—No creo que te guste si me ves ahora.

Suelto una risa amarga.

—No me hagas sentir peor de lo que estoy. Me gustas de cualquier forma, un golpe en la cara no va a hacer que deje de quererte. Lo que me duele es ser el causante de tu dolor. No me lo quito de la mente.

—No te culpo, sé que no me pondrías la mano encima, pero necesito pensar sobre nosotros —suelto un suspiro.

—Déjame verte, necesito estar contigo. Luego toma la decisión que quieras, pero me urge hablar contigo cara a cara, por favor —insiste.

Pienso en silencio qué debo hacer. Me muero por verlo. La mente me dice una cosa y el corazón otra.

—Está bien, dime dónde quedamos —accedo al fin.

Oigo que respira aliviado.

—Le diré a Jason que pase a buscarte a las ocho, ¿te viene bien?

—¿Sabes dónde estoy? —inquiero sorprendida.

—Siempre he sabido donde estabas en cada momento. ¿Recuerdas lo que te dije? Tengo ojos y…

Le interrumpo.

—Oídos en todas partes —concluyo la frase.

—Así es, *cara mía*.

—Y si lo sabías, ¿por qué no has venido a por mí? —Levanto la voz.

—No era el momento, estabas a salvo y no podía poner a tu madre en peligro. A tu padre y Elina los tenía controlados, pero tu madre trabaja en casa de los Marchese, ahí estaba fuera de mi

alcance. Actué cuando pude. ¿Me entiendes ahora? —habla con dulzura y yo me derrito.

—Supongo que sí. Gracias por cuidar de mi familia.

—Ahora también es la mía.

Me quedo muda ante esa afirmación. Nico lo tiene muy claro, cosa que yo no. Además, mis padres creen que estoy enamorada de Matteo.

—Nos vemos esta noche, voy a descansar que me duele la cabeza —miento.

—Hasta esta noche, *cara mía*.

Cuelgo y me froto los ojos. Sin darme cuenta, suelto un grito de dolor. Se me olvida que tengo uno hinchado y la cara morada. Máxima y Matteo acuden de inmediato.

—¿Estás bien? —me pregunta Matteo asustado.

Hago una seña con la mano para que se tranquilicen. Máxima ya está nerviosa mirándome la cara.

—Tranquilos, es que me he tocado el rostro sin querer, se me olvida que lo tengo como una berenjena y he visto las estrellas. —Le quito importancia.

—¡Qué susto me ha dado! —exagera Máxima.

—Matteo, no te vayas, necesito hablar contigo.

Aprovecho que está aquí y le digo a Máxima que nos deje a solas.

—¿Estás bien?

—Acabo de hablar con Nico. Ya sé que es el demonio para ti, pero tengo que verle esta noche y aclarar muchas cosas. Jason vendrá a recogerme a las ocho y no quiero problemas con Alessio —le comento lo que hay.

No pone muy buena cara.

—Está bien, no habrá ningún problema, pero no sé qué ves en ese animal —escupe con rabia.

Arqueo una ceja con dolor.

—Lo mismo que ve Bianca en ti, porque sois calcados. Se nota que os criasteis juntos. Ni te imaginas cuánto os parecéis —le digo muy seria.

Se sorprende y hace una mueca con la boca.

—¡No me jodas, Sloane, no nos parecemos en nada! —se niega a reconocerlo.

—Más de lo que te gusta admitir. Pero te aseguro que, cuando esta guerra entre clanes termine, volverás a ser su mejor amigo —digo convencida.

Él me observa con curiosidad.

—No creo que eso suceda nunca, a no ser que me ocultes algo que no sepa. —Me mira intensamente.

Sonrío y le acaricio la cara, cosa que le pilla desprevenido y me toca la mano agradecido, juraría que hasta emocionado.

—Te prometo que eso va a ocurrir y también recuperarás a Bianca. —Le miro fijamente.

Le brillan los ojos de la emoción.

—No sé por qué, pero algo me dice que te crea, aunque sé que es imposible. No sé si eres un ángel o un puto demonio, pero ¡maldita sea, creo hasta la última palabra que dices!

Me abraza con cuidado y ahora me emociono yo. Le separo con cuidado y lo miro a los ojos.

—Matteo, tengo un problema grande que tú has creado y no sé cómo deshacerlo —prosigo con mi conversación.

—No entiendo…

Menea la cabeza confuso.

—Mis padres creen que estoy enamorada de ti, que nos vamos a casar y toda esa vida de color de rosa que te has inventado. Ellos no son como vosotros, son gente normal y se toman las cosas muy en serio. No sé cómo contarles todo esto que ha ocurrido, sin que mi padre te mate a ti y a Nico… y no bromeo.

Abre los ojos como platos. No es normal que un mafioso se sienta amenazado por un mecánico del Bronx, pero mi padre tiene cojones para eso y mucho más.

—Uf, sí que está complicada la cosa, pero me haré cargo de la situación. No sé cómo hacerlo, pero no te decepcionaré. —Me da su palabra.

—Gracias.

—Creo que es lo menos que puedo hacer, después de haberme portado como un cretino. No te lo merecías y voy a compensarte. En

cuanto a lo de esta noche, no te preocupes, eres libre de hacer lo que quieras. —Sonríe, y lo agradezco.

Ahora voy a llamar a mis padres y a Lara para ponerla al día de todo lo que ha pasado. Pido a Máxima que me traiga agua, pues me queda un buen rato para hablar y se me va a secar la boca.

—¿Has escogido el vestido que te vas a poner para tu cita con Nico? —me pregunta Máxima mientras reviso el vestidor y no hay nada que me apetezca ponerme.

—Con esta cara, no voy a lucir nada. —Hago un puchero.

—Pues ponte algo que desvíe la atención hacia el vestido y no hacia tu cara —dice con picardía.

—¿Serás morbosa? Yo que te tenía por una santurrona y me sales con esa sugerencia. —Me escandalizo.

—No soy tan mayor y también tuve mi época picarona. ¡Ojalá pudiera salir con alguno de esos modelitos! —suspira.

La miro con cariño.

—¿Por qué no te has casado? —le pregunto con curiosidad.

Se mueve inquieta, buscando vestidos y haciéndose la sorda.

—¡Este! Te va a quedar divino y a Nico se le van a saltar los ojos. Te lo aseguro —dice muy segura.

Máxima esquiva la pregunta y noto que no quiere hablar de su pasado, así que no la atosigo.

Miro el vestido que ha sacado del armario y casi me da un derrame cerebral al ver semejante… no sé cómo calificarlo.

—¡Es transparente del todo! ¿Cómo quieres que me ponga eso? ¿Se te ha subido la pizza a la cabeza? —Alzo la voz escandalizada, al ver el vestido negro de encaje.

—Es tendencia, te pones una lencería negra bonita debajo, un culote y un sujetador y con el calor que hace, estarás preciosa —gorjea Máxima.

—¡Es como ir desnuda! —exclamo horrorizada.

—Estás en Los Ángeles y aquí cada uno va a su bola. Créeme que le vas a encantar. Te hago un recogido al lado y que el pelo te caiga en cascada sobre el lado magullado. No se notará nada. ¡Hazme caso, Sloane! —Pone las manos en un gesto de plegaria.

Pienso en la cara que pondrá Nico. El otro día, cuando me vio con el vestido de lentejuelas, se le salían los ojos y puede que hoy sea nuestra última cita. Hay que aprovechar la ocasión y que me vea muy *sexy*, que no se quede con la imagen de la chica del Bronx.

—Tú ganas —me rindo.

Máxima aplaude y nos ponemos manos a la obra.

Va a por la lencería apropiada para ese vestido. Trae un conjunto de culote y *Bralette* negro de encaje, que se mimetizan con el vestido ajustado del mismo color, largo y con una abertura lateral que me facilita el caminar. Lleva cuello alto, y sin mangas, una locura de modelito. Sin faltar unas sandalias de tacón de aguja, que miedo me da, partirme la crisma con ellas.

Me peina como había sugerido y el pelo naranja me cae como una cascada tapando los moretones que me propinó el mismo Nico.

—Está muy hermosa —dice Máxima emocionada.

—Eso es demasiado. Ahora sí que parezco una fu…

—¡Ni se te ocurra decirlo! No pareces eso. Estás preciosa y elegante, no te menosprecies. No podría comprar ese vestido ni con el sueldo de tres meses, así que no vuelvas a decir eso —me regaña, como nunca la había visto.

—Vale, vale, lo luciré orgullosa, solo por ti. No te enfades. Es que estoy muy nerviosa, puede que sea mi última cita con él. —Bajo la mirada.

—Te entiendo mejor que nadie. Me preguntaste por qué no me había casado, ¿quieres saberlo?

—Solo si quieres, no te sientas obligada.

Nos sentamos las dos en la cama y Máxima me coge de la mano.

—Cuando tenía veinte años, trabajaba de peluquera y de esteticista en Sicilia. Mis padres eran humildes, pero me ayudaron para que tuviera un oficio. Poco después, conocí a un chico del que me enamoré perdidamente, Lorenzo —suspira al recordarlo.

—¿Qué pasó? —pregunto emocionada.

—Pasó que Lorenzo era adorable, me conquistó y al final me casé con él, aunque mis padres me aconsejaron que no lo hiciese, que era muy joven —toma aire—, debí escucharlos, pero el amor es ciego —recuerda con pena.

Hace una pausa y bebe agua, le cuesta contar la historia.

—Entonces, ¡has estado casada! —exclamo sorprendida.

—Para mi desgracia —recuerda con dolor—. A los seis meses de casarnos, descubrí que Lorenzo estaba metido en la mafia, en un clan muy peligroso y sanguinario *I Corvineri,* y también me enteré de que estaba embarazada —suspira de nuevo.

Me temo lo peor y le aprieto la mano.

—No tienes que contármelo, si no quieres —la tranquilizo.

Ella asiente con la cabeza.

—Un día, el clan *Corvineri* vinieron a casa a buscarlo y no estaba… pero yo sí. Me pegaron una brutal paliza y me dieron por muerta. Luego me enteré de que habían asesinado a Lorenzo, a mis padres y a los suyos. Solo yo sobreviví —solloza.

Me llevo las manos a la boca horrorizada.

—Lo siento mucho, Máxima, no tenía ni idea. No imagino nada tan terrible como perder a tu familia. Lo siento muchísimo.

Le doy un abrazo y me echo a llorar.

—Perdí el bebé y me hicieron tanto daño que me dejaron estéril —solloza—. Romano y su amigo me encontraron moribunda y me llevaron al hospital. Ellos se encargaron de deshacer ese clan sanguinario y Romano se hizo cargo de mí. Desde entonces le he sido fiel. Voy donde me diga: con el señorito Matteo, con él, con Francesca, donde haga falta, pero ese hombre es bueno y justo… y su amigo también. —Llora al recordar su pasado.

Se me pone la piel de gallina al escuchar su historia. Es aterradora. Máxima ha sufrido un verdadero infierno.

—Por eso yo no quiero estar con Nico. No puedo arriesgarme a que me pase algo así —pienso en voz alta.

—Sloane, eso no tiene por qué suceder. Nico y Matteo son hombres jóvenes que se han criado de otra manera y, aunque se odien, sus reglas son distintas. Se han criado con Romano y el padre de Nico, Enzo Baresi, él es ese amigo del que te hablo, quien ayudó, junto a Romano, a eliminar ese clan de la faz de la tierra y me salvó la vida.

Me deja muerta con su confesión.

—¿Por qué no me lo has contado antes?

—Porque ni el señorito Matteo lo sabe. Es algo que llevo en el corazón. Para mí, tanto Romano Marchese y Enzo Baresi, son las personas a las que les debo la vida y haría lo que fuese por ellos. Nico es un buen chico, no lo olvides.

Suena el timbre e interrumpe nuestra conversación. Tocan a la puerta. Máxima abre y es Alessio para comunicar que es Jason, el chófer de Nico. Máxima le da las gracias y cierra.

Ahora mi cabeza da vueltas como una centrifugadora. Estoy más confusa que nunca, no puedo asimilar nada, y tengo la presión de que Jason me espera para llevarme a mi cita con Nico…

—Máxima, tengo que hacer algo, dile a Jason que no puedo reunirme esta noche con Nico.

Se lleva las manos a la cabeza cuando ve que empiezo a sacarme la ropa, que tanto le costó convencerme que me pusiera.

—Sloane, ¿qué pasa ahora? No te entiendo —gimotea Máxima, mientras yo me cambio y me pongo un pantalón vaquero corto y una camiseta de tirantes.

—Ahora no te lo puedo explicar, pero tengo que salir y no quiero que Jason me vea. Dile que me ha subido un dolor repentino de cabeza. Confía en mí. —Le doy un beso en la mejilla—. Invéntate algo, ¡corre! —la apremio y sale sofocada hacia el salón.

No puedo quedarme impasible sin hacer nada. Es hora de que toda esta inquina que vienen arrastrando de años, se termine. Voy a ir al muelle de Malibú en busca de Marlem. Tengo que conseguir que cuente la verdad y así, Matteo y Nico se reconciliarán.

Siempre y cuando, ella se preste a colaborar, algo difícil pero no imposible.

Tengo que intentarlo…

25

Una chica del Bronx

Llamo a un taxi y le pido a Máxima que entretenga a Alessio para que me pueda escapar sin ser vista. Matteo no está, es un alivio. Soy libre de ir dónde quiera, pero no me apetece que me sigan. Le pido al taxista que me espere en el cruce de la carretera, un poco más arriba, antes de llegar a la jaula de cristal, porque si no, me descubrirán. Salgo por la playa y corro por la carretera hasta que veo el taxi, esperándome justo dónde le dije.

—Buenas noches, señorita, ¿dónde la llevo? —pregunta el taxista.

Recupero la respiración y me ajusto la gorra y las gafas. La verdad es que la pinta que llevo no es muy buena, peor sería si me viese la cara.

—Al muelle de Malibú, por favor.

—Hace muy buena noche para pasear por allí —comenta el taxista.

—Sí, sí. —Apenas le hago caso.

Busco en el móvil el número de Marlem. No sé si llamarla o enviarle un mensaje. Tengo miedo de que se asuste y huya. Luego pienso que ella no me conoce y tampoco me relaciona con nadie de su pasado, ¿por qué iba a huir? Estoy paranoica.

La llamo.

El teléfono da un tono, dos, tres, cuatro, cinco, ya voy a colgar cuando me contesta.

—¿Diga?

—Hola, soy Sloane, la chica de Nueva York que estuvimos viendo los delfines en el muelle hace unos días, ¿te acuerdas de mí?

Se hace silencio unos segundos.

—¡Hola! Claro que me acuerdo. ¿Todavía sigues de vacaciones en Los Ángeles?

Respiro aliviada.

—Sí, de hecho, voy hacia el muelle a pasear. Me he acordado de ti y he pensado si te apetecía tomar algo conmigo. Estoy aburrida y no tengo con quien pasar el tiempo —miento y cruzo los dedos para que no se me note.

—Justo ahora termino el turno. ¿Nos vemos dónde la otra vez en diez minutos? —me pregunta contenta y yo veo el cielo abierto.

—Nos vemos ahora y yo invito.

—Hasta ahora.

Cuelgo y me llevo el móvil al pecho. Suelto el aire de mis pulmones. No me creo que vaya a hablar con ella.

—¿Falta mucho? —le pregunto al taxista.

—No se preocupe, le van a sobrar cinco minutos. —Suelta una carcajada.

Y así es.

Aparca delante del muelle y le pago la carrera. Le doy propina y voy pisando los tablones de madera hacia el lugar donde nos conocimos. Me apoyo en la barandilla y miro el horizonte. La luna se refleja en el mar y la noche es preciosa. Este lugar lo es, lástima que lo conozca en estas circunstancias.

Veo a Marlem que se acerca. Va con un vestido de color rosa de tirantes y me fijo en lo menuda y bajita que es. Busca con la mirada y no me reconoce. Caigo en que estoy pelirroja, con gafas y gorra. Ella me conoció con mi melena morena y larga. Otro inconveniente para explicarle mi nuevo aspecto.

Me acerco con sigilo de no asustarla, sobre todo por mi cara.

—Hola, ¿me buscas a mí? —Sonrío, pero ella abre la boca asombrada.

—¿Sloane? No pareces tú, ¿qué te has hecho en el pelo? ¿Y por qué llevas gafas de sol de noche? —Se pone un poco a la defensiva, cosa que es totalmente comprensible.

Le pido a mi mente que se ponga a funcionar y que invente algo creíble.

Levanto los brazos y los dejo caer como cuando cometes una torpeza.

—¡No te lo vas a creer! Me apunté a clases de surf y una ola me tiró, la tabla me dio en toda la cara y me la dejó hecha un mapa, por eso llevo las gafas, no quiero que la gente se asuste y además me da mucha vergüenza —finjo ser una torpe que todo le sale mal, aunque no voy desencaminada.

—¡Vaya! Te debe doler mucho. —Hace una mueca con la boca.

—Ya te digo. Pero más me dolió en el orgullo. —Me río y ella también lo hace.

Ya me relajo un poco.

—¿Y lo del pelo? Tu melena era preciosa —dice con pena.

—Me cansé de la melena y del color. Llegué aquí y necesitaba un cambio. Me queda muy bien, lo que pasa es que, me ves con la gorra, las gafas y el careto morado, y no luzco nada —hablo como en el Bronx y me burlo de mi aspecto, eso hace que ella se sienta cómoda.

—¿Tomamos un café? —pregunta más animada.

—¡Claro! Para eso he venido, ¿no?

Nos reímos y nos sentamos en la terraza de un café mirando al mar.

Hay gente paseando, pero la noche es tranquila, no hay demasiado bullicio y empezamos a hablar de cosas triviales, sin importancia. Le hablo de mis padres, de mi hermana, que hablo cuatro idiomas y que estudié turismo. Que me gustaría viajar más, pero que no puedo permitírmelo. Cuanto más le hablo de mí, ella se va abriendo y no sospecha para nada de que yo sepa quién es ella en realidad. Nos pasamos una hora hablando y no sé por dónde entrarle, hasta que ella es la que saca un tema que me lo pone en bandeja de plata.

—Yo he viajado mucho, hasta que al final me quedé en Los Ángeles. No es divertido ir de un lado al otro, salvo si es por vacaciones —dice con tristeza.

¡Bingo!

—Puedo preguntarte ¿por qué has viajado tanto, si no es por placer? No contestes si me meto dónde no me llaman —le digo con cautela.

Bebe un sorbo del segundo o tercer café que llevamos en la noche.

—No quería que me encontraran.

Baja la mirada y se retuerce las manos nerviosa.

—¿Quién? —Me tapo la boca—. Perdona, no tengo derecho a preguntarte nada de tu vida, apenas nos conocemos, pero es intrigante, tengo que reconocerlo —me disculpo, pero el pulso me va a mil por hora y el café no ayuda.

Marlem sonríe y me calmo un poco.

—Tranquila, quizá me venga bien hablar con una desconocida, puede que sea lo que necesito —suspira y mira hacia la luna.

Le cojo la mano y la miro a los ojos.

—Puedes contarme lo que quieras, puede que así, termines de huir y te liberes, aunque sea una desconocida. —Soy sincera.

—Nunca dejaré de huir y viviré con miedo toda mi vida. —Rompe a llorar y me parte el corazón.

La rodeo con mis brazos y la consuelo.

—Cuéntame lo que te está matando por dentro. Suéltalo y quizá te sientas mejor al decírselo a otra persona, pero vamos a tomarnos algo de alcohol, y dejemos el café. —Intento animarla.

Ella se ríe y me mira.

—Gracias, Sloane. Me hacía falta esto.

—Todo sucede por algo, quizá una chica del Bronx apareció en el muelle de Malibú para ahogar las penas en alcohol con otra chica de Los Ángeles que lo necesitaba. El destino es muy puñetero, ¿sabes?

Vuelve a reírse y yo estoy más cerca de que ella me cuente lo que pasó sin presionarla.

Vamos a otro bar y nos sentamos en una zona tranquila. Pedimos dos vodkas con hielo y Marlem empieza a soltarse.

—Me sigue la mafia, quieren matarme —me suelta como un jarro de agua fría.

Me atraganto con el vodka y toso hasta recuperarme.

—¡Joder, tía! Eso se avisa. Podías empezar más suave —me burlo, aunque no me hace ni pizca de gracia.

Ella bebe y se ríe de mí, cosa que me relaja, ya que tengo su confianza.

—Es que no hay otra forma de decirlo. Me sigue la puta mafia italiana. Malditos hijos de perra, me arruinaron la vida.

Baja la cabeza y le da como un pequeño bajón. Pido al camarero otras dos copas y le acerco el vaso para que beba, no puede venirse abajo ahora.

—¿Qué hiciste para que te persigan? —pregunto con cautela.

Se queda pensativa, como si reviviera el momento.

—Traicioné a un hombre bueno y lo mataron por mi culpa. —Baja la voz.

Se me ponen los pelos de punta.

—¿Por qué sabes que es tu culpa? Quizá lo mataron por otra cosa. Si hablas de mafia…

Ella me mira con los ojos vidriosos.

—Lo llevé al matadero. Era una trampa y permití que lo asesinaran, aunque eso no lo supe hasta que pasó. A mí también me engañaron.

Ostras, esto es nuevo. Ella no sabía que lo iban a matar.

—Si lo hubieses sabido, que lo iban a matar, ¿le tenderías la trampa? Es que no sé qué pasó concretamente —finjo ignorar la historia.

—¡Pues claro que no! No soy una asesina, bueno, ahora sí. Me amenazaron e hice lo que me pidieron, pero no sabía que iban a matarlo —insiste una y otra vez, el remordimiento de culpa que tiene es muy grande.

—Marlem, cuéntame qué pasó para que pueda entenderte.

Le agarro las manos e intento consolarla.

Solloza y quiere beber más, pero no la dejo. Aparto el vaso lejos de su alcance.

—Nada más de alcohol. Ya has tenido suficiente. Si bebes más, mañana te levantarás peor y no resolverás nada. Un par de copas vale, pero no más. —Niego con la cabeza.

—¿Quién eres? ¿Por qué te preocupas tanto por mí?

Se echa hacia atrás a la defensiva.

—Solo quiero ayudarte. Creo que la vida ha sido injusta contigo y que te estás mortificando por algo de lo que no eres culpable. Te engañaron y estás pagando injustamente por ello.

Nunca he visto a nadie mirarme con los ojos tan abiertos, como lo está haciendo ella.

Se levanta de golpe asustada.

—¿Te envían ellos? ¿Vas a matarme? ¿Quién eres? —farfulla del acojone que tiene encima.

—Siéntate, no voy a hacerte nada, no soy ninguno de ellos, ¡joder! ¿Tengo pinta de mafiosa?

Parece que vuelve a la tierra y se sienta.

—Perdona, es que son muchos años viviendo con el corazón en un puño —se disculpa.

—Eso no es vivir, Marlem. ¿Quieres terminar tu historia o nos vamos a dormir cada una a su casa?

Me arriesgo a que se vaya, pero al darle distancia y restarle importancia, es cuando ella confía y se queda. Se acomoda y pido dos sodas para despejarnos.

—Sloane, hace años que no hablo con nadie y menos de esto. No sé por qué, pero tú me inspiras confianza. Siento que hay una conexión extraña y no puedo explicarlo —me confiesa sus inquietudes.

Sé perfectamente porqué tiene esa sensación, no va desencaminada, yo represento todo aquello de lo que ella huye.

—A mí me pasa lo mismo. —Soy sincera.

Toma aire profundamente y lo suelta.

—¿Tienes tiempo para escuchar una triste historia? —me pregunta.

—Todo el que necesites —respondo sin dudar.

—Ve pidiendo algo de comer y agua, que va para largo. Ahora te voy a contar mi historia de verdad… la que nadie conoce.

26

La verdad de Marlem

—Para contar mi historia, tengo que remontarme cinco años atrás. Trabajaba como estríper en un club de Nueva York, todas las noches. El ambiente era malo. El jefe que regentaba aquel lugar era un tirano y obligaba a algunas chicas a prostituirse. Yo nunca lo hice, pero me gané alguna paliza que otra, eso sí, procuraba no dejarme marcas para poder salir a trabajar cada noche. Así, durante un año. —Bebe un poco de soda y hace una pausa.

Estoy que no pestañeo escuchándola sin perder detalle.

—¿Por qué no dejaste el trabajo? —pregunto intrigada.

Ella sonríe con amargura.

—Tenía a mi madre enferma y sin seguro. Trabajaba para poder pagar los médicos y medicamentos, que eran muy caros. Además, mi jefe jamás me dejaría ir. —Aprieta los puños con rabia.

Me identifico mucho con ella. Haría lo que fuera por mi familia.

—Trabajar en ese club se hizo insoportable, mi jefe me acosaba y mis compañeras estaban hartas de prostituirse, pero si no obedecían, las mataba. Era un mafioso, como no. El gran Richard De Luca. ¡Hijo de puta! —maldice con rabia.

Me tenso y la piel se me eriza al escuchar ese nombre. No existe un ser tan malvado como ese personaje.

—¿Qué hicisteis?

—Nada.

—¿Cómo?

—No hizo falta.

—No entiendo.

Sonríe, esta vez como con nostalgia.

—Un día apareció otro pez gordo, más importante que él y compró el club. De Luca no se lo tomó muy bien, pero se apartó y todo

cambió.

Me tiene desconcertada.

—¿Qué paso? ¿Quién era ese hombre? —La intriga me mata.

—Romano Marchese compró el club e hizo de ese lugar algo decente. Nos trataba como a seres humanos y nos dio un lugar digno donde trabajar. Yo bailaba sin desnudarme y mis compañeras pasaron a ser camareras y, si querían irse con algún hombre, lo hacían libremente. Nadie nos obligaba a nada. Por fin era feliz —recuerda con añoranza.

Acabo de quedarme pegada al asiento al oír el nombre de Romano.

—¿Ese hombre, del que me hablas, también es de la mafia? —pregunto haciéndome la ingenua.

—Ese hombre es un ángel. Nos salvó a todas. No permite que maltraten a ninguna mujer y todo el mundo lo conoce por aniquilar a los abusadores. No he conocido a nadie igual. —Se queda pensando —. Bueno sí, a Ricardo.

Una lágrima resbala por su mejilla sin permiso. Ella se la seca y bebe de nuevo.

Estoy en *shock* escuchándola y tengo ganas de salir huyendo a buscar a Nico y a Matteo para que la escuchen también, pero todavía tengo que conocer toda la historia.

—¿Quién es Ricardo?

—Era como un hijo para él. Vino de vacaciones a ver a su hermano y empezó a frecuentar el club. En cuanto nos vimos, tuvimos un flechazo. La primera noche, al terminar mi turno, me invitó a tomar algo y ya no nos separamos hasta que… —Rompe a llorar.

La consuelo y le acaricio la espalda para que se calme.

—¿Tuviste una relación con ese tal Ricardo? —pregunto con voz baja, mientras mi corazón galopa en mi pecho a toda pastilla.

Alza la cabeza, se seca las lágrimas y se recompone.

—Fue el amor de mi vida —sentencia sin dudar.

Algo no me encaja en esta historia, por lo que me han contado Nico y Matteo.

—Continúa, por favor.

—Nos veíamos a diario al salir del club. Tenía alquilado un pequeño apartamento y hacíamos el amor todas las noches. Estábamos enamorados. Yo no podía creer la suerte que tenía de haber encontrado a un hombre así —solloza de nuevo.

—¿Y qué paso, Marlem?

Yo ya lo sé, bueno, la peor parte.

—Lo manteníamos en secreto, no queríamos que su familia ni la de Romano se enterasen todavía. Así que nos lo callamos y vivimos nuestro amor en clandestinidad. —Sonríe al recordarlo.

—Pasó algo, ¿verdad?

Le agarro la mano para que no se sienta sola.

Asiente con la cabeza y las lágrimas caen como arroyos silenciosos por su cara.

—Llevábamos seis meses juntos y descubrí que estaba embarazada. Ricardo estaba loco de felicidad, quería casarse y contárselo a todo el mundo. Yo estaba como en una nube, pero le dije que había que esperar, que debíamos tener cuidado. Ahora me arrepiento de no haberlo gritado al mundo entero, así Ricardo estaría vivo.

—¿Por qué querías esperar?

—Por mi madre, estaba muy enferma y no sabía si le quedaba mucho —dice con tristeza.

—Perdona, Marlem, no creo que eso fuera un impedimento. —Soy sincera.

Se rompe de nuevo y dejo que se desahogue. No quiero presionarla.

—No lo era. Me cuesta decir la verdad y no estoy siendo sincera contigo —me confiesa.

Suspiro y le hablo con dulzura.

—Ya pasó todo. No hay marcha atrás, el que te mientas a ti misma o a mí, no solucionará nada. Dime la verdad y desahógate.

Me abraza y llora a moco tendido. Cuando se tranquiliza, pido dos sodas más y sigue hablando.

—Tienes razón, no puedo deshacer lo que está hecho.

Asiento con la cabeza.

—No sé cómo, pero De Luca se enteró de mi relación con Ricardo Baresi y una noche, cuando llegué a casa, me lo encontré al lado de la cama de mi madre.

—¡Joder! —exclamo horrorizada.

—Me pidió que llevase a Ricardo a un motel a las afueras de Nueva York, que me inventase lo que fuera, o la próxima vez que llegase a casa, encontraría a mi madre muerta. Me dio las indicaciones y la dirección del motel y se fue con su sonrisa sardónica, diciéndome que no era más que una puta con demasiadas aspiraciones y que le había jodido el futuro que tenía preparado para Ricardo. —Se quiebra de nuevo al recordarlo.

Ahora soy yo la que me quedo paralizada, no doy crédito que el que ha organizado todo desde el principio, es Richard De Luca. ¿Por qué? ¿Y a qué se refiere con el futuro de Ricardo? Supongo que a su asesinato.

Tengo que beber, esto me está superando. Tenemos muchas cosas en común y es el maldito hijo de puta que nos arruinó la vida a las dos.

—Sigue, Marlem —la animo a que continúe su historia, ya nos acercamos a lo más difícil.

—Me sentí impotente en ese momento, estaba embarazada y me amenazaron con arrebatarme a lo que más quería —gime con remordimiento, puedo verlo en sus ojos.

—¿Qué hiciste? —La aprieto un poco, pero sin pasarme, pero es que los nervios me comen por dentro.

—Llamé a Ricardo y le conté todo, tan pronto se me pasó el susto, ¿qué iba a hacer? —exclama agitada.

Siento un alivio enorme al escucharla decir eso.

—Ricardo vino a mi casa de inmediato. Me vio tan angustiada que solo se preocupaba por mí y el bebé. Me dijo que siguiera las órdenes de ese hijo de puta y que todo saldría bien, que sabía cómo solucionar ese problema… pero me mintió.

Se echa a llorar de nuevo y no sé cómo consolarla, dado que conozco el desenlace.

—¿Por qué Ricardo quiso ir a ese motel? No lo entiendo —le pregunto.

—Yo tampoco lo entiendo. Estábamos los dos en la habitación, cuando tres encapuchados entraron, tiraron la puerta abajo y se lo llevaron. A mí me pincharon algo y desperté horas después. —Toma aire—. Me fui a casa y me encontré a mi madre degollada en la cama. Y entonces, escuché en las noticias que mi gran amor había sido asesinado cruelmente. Sloane, lo quemaron, ¡lo quemaron! —Alza la voz rota de dolor.

—¡Dios mío! No puedo imaginar por lo que has pasado. Lo siento mucho, Marlem. Lo que no entiendo, es por qué mataron a tu madre si cumpliste con el trato, siento preguntártelo.

Hay cosas que no me cuadran.

—De Luca. No tenía suficiente con mi dolor, que volvió para rematarme. Me obligó a ir al Refugio en busca de Nicodemo, su hermano y contarle que Romano me había pagado para llevar a Ricardo al motel, que era una emboscada para asesinarlo.

Llora y se pone colorada por la vergüenza.

—¿Por qué lo hiciste si ya te lo había arrebatado todo y Romano fue un buen hombre contigo?

Me mira fijamente.

—No lo perdí todo —dice fríamente.

Me pone los pelos de punta.

—Amenazó con matarme si no lo hacía y esperaba un hijo de Ricardo. Me ofreció una buena suma de dinero para desaparecer y mantener la boca cerrada, tenía que hacerlo por mi hija, si no, yo misma me hubiera quitado la vida hace mucho y no hubiera traicionado a Romano —dice muy seria.

Muevo la cabeza confusa.

—¿Hija? ¿Tuviste una hija con Ricardo?

Se mueve inquieta y se levanta.

—Ya sabes toda la historia, por eso me persiguen los Baresi y Marchese. De Luca quería enemistarlos para que se matasen entre ellos y así él, poder hacerse con el control de los negocios de la ciudad. Si ambos clanes se hunden, él será el nuevo rey —suelta al fin.

Se levanta para irse y no puedo permitir que lo haga.

—¡¿Tuviste una hija con Ricardo Baresi?! —grito en medio del bar.

Marlem se gira y me mira muy seria.

—Sloane, eso es tan sagrado, que ni a ti te lo voy a contar.

Hace el amago de irse, pero tengo que impedirlo. Lo que me ha contado es crucial para que las familias se reconcilien.

—Creo que ya lo has hecho y sí es importante, porque puedo ayudarte a solucionar tus problemas y que dejes de huir. Así podrás criar a tu hija como se merece.

Viene hacia mí como una leona que protege a sus cachorros.

—Sabía que eras uno de ellos, ¡lo sabía! —maldice en voz alta.

Me quito las gafas y la gorra.

—No soy una de ellos, soy alguien como tú y puedo ayudarte —le digo con los ojos empañados en lágrimas.

Sus ojos se agrandan al ver mi cara deformada, claro que ella no sabe que he recibido ese golpe sin querer, pero es lo bastante convincente para que la impresione. Ahora ve mi cara con claridad y se da cuenta que no ha sido una tabla de surf.

—¡Dios mío! —Se lleva las manos a la boca.

—Richard De Luca arruinó mi vida y también caí en manos de los Baresi y Marchese. Ellos te están buscando para esclarecer la verdad y si no se la cuentas, ese cabrón se saldrá con la suya —confieso al fin.

Marlem está en *shock*.

—Nicodemo me matará si me acerco a él, no me dará opción a explicarle nada —solloza.

—Te aseguro que ninguno te hará daño y más sabiendo que tiene una sobrina de su hermano. Será un regalo que le harás. No es tan malo como lo pinta la gente, ni Matteo tampoco.

Parpadea atónita.

—¿Los conoces a todos? —inquiere.

—Por desgracia o suerte, ya no lo sé. Solo soy una chica del Bronx, nunca te he mentido. Si el universo ha querido que nos encontrásemos, será por algo.

Veo el miedo en sus ojos.

—Mi hija me necesita, soy lo único que tiene —solloza, muerta de miedo.

—Tranquila, no diré nada de tu paradero, hasta que les cuente toda la verdad. Pero prométeme que no desaparecerás. Hazlo por Ricardo —le imploro.

—Estoy cansada de huir. Mi niña necesita estabilidad…

—Y se la darás, te lo prometo. Si hay alguien que puede protegerte contra ese monstruo, son ellos. Los Marchese y Baresi juntos, no enfrentados. Tú eres la única que puede obrar ese milagro.

Asiente con la cabeza.

—Está bien, no quiero huir más.

Sonrío complacida.

—¿Cómo se llama tu hija?

—Ángela, tiene casi dos años y medio.

Busca el móvil y me enseña una fotografía de la pequeña. Cuando la veo me impresiona el parecido que tiene con Bianca y también esos ojos profundos como los de Nico.

—Es preciosa. Ha sacado los ojos de los Baresi. —Sonrío.

—Sí, se parece mucho a Ricardo. Es un ángel caído del cielo, por eso le puse ese nombre.

—Seguro que su padre estaría muy orgulloso de las dos.

—Lo sé. Le echo tanto de menos…

Se conmueve y llora otra vez y yo la acompaño. No puedo evitar emocionarme.

—¿Dónde está la pequeña?

—Me la cuida una amiga y a cambio la dejo vivir en mi casa sin cobrarle el alquiler.

Marlem es un ejemplo a seguir de mujer y superación en la vida. No se lo han puesto nada fácil, pero ahí está, luchando por su hija, teniéndolo todo en contra.

Pasamos un buen rato bebiendo y hablando. Le cuento un poco toda mi odisea, desde mi encuentro con Richard De Luca, pasando por Nicodemo Baresi y terminando en Los Ángeles con Matteo Marchese. Ahora es ella la que se sorprende, ríe y llora con mi historia. Se nos pasan las horas hablando como si fuéramos amigas de toda la vida, hasta que ya no queda nadie en el bar.

—¡Huy! Creo que nos están echando —digo algo achispada.

—Tienes razón. Demasiadas emociones por hoy, mejor ir a casa a dormir. Mañana hablamos, ¿te parece bien?

Se abre la puerta y las dos nos quedamos mirando como cuando alguien hace su aparición estelar en una película del oeste.

—Creo que vamos a zanjar el tema hoy, señoritas.

Nico, Alessio y Matteo están delante de nosotras. Tengo que parpadear para ver si tengo una alucinación. No puede ser que estos dos estén juntos y no se maten. ¿Y qué hace Alessio en el medio?

Marlem se aferra a mi brazo aterrada, no es de extrañar ante lo que acaba de entrar por la puerta.

—¿Qué coño hacéis aquí y cómo me habéis encontrado? —Alzo la voz enfadada.

—He sido yo, Sloane. Le he puesto un rastreador y un micro en el móvil. He escuchado todo lo que le ha contado la señorita Marlem y he avisado al señor Baresi y Marchese. Ya los he puesto al día —me informa.

—¿Me estabas vigilando? —grito indignada y miro a Matteo.

Él levanta las manos indicando que no tiene nada que ver y señala a Nico. Lo miro boquiabierta.

—Sí, trabajaba infiltrado para mí, no te iba a dejar desamparada en manos de… Matteo —dice Nico y luego me mira a la cara conmocionado—. No puedo creer que eso te lo haya hecho yo.

Intenta acariciar mi rostro, pero me aparto y me pongo las gafas y la gorra.

—No pasa nada, sé que ese golpe no era para mí, pero no te voy a perdonar que me hayas espiado sin mi consentimiento.

Alessio interviene.

—Ha sido idea mía y lamento lo del otro día, señorita, tenía que acudir a esa cena sí o sí, para encontrarse con el señor Baresi. No me gustó nada hacerla vomitar. No me lo perdonaré nunca, pero quiero que entienda mis motivos —se disculpa Alessio, sintiéndose responsable de todo.

Voy de sorpresa en sorpresa.

—¿Habéis escuchado nuestra conversación? —insisto.

Nico se acerca y Marlem se refugia detrás de mí.

—No tengas miedo. Solo quiero pedirte disculpas y que sepas que tendrás mi protección y la de los Marchese a partir de ahora. Ya estás a salvo.

Le tiende la mano y ella, temerosa, se la acepta y Nico la estrecha entre sus brazos. Me emociono y se me escapa alguna lágrima.

—Lo siento, señor, no era mi intención mentirle, pero me obligó o me mataba. Tenía que proteger a mi hija. —Llora Marlem.

Nico la separa.

—¿Podré conocer a mi sobrina? No sabes lo feliz que me hace saber que ha quedado un descendiente de mi hermano. Os prometo que os cuidaré siempre. Sois familia —dice emocionado.

Marlem llora y le enseña la fotografía de Ángela.

—Claro que podrá conocerla —asiente orgullosa.

Nico mira la fotografía embobado y Matteo también está emocionado, todos lo estamos.

Oímos un motor de coche fuera y la puerta se abre de nuevo. Bianca aparece y lo primero que hace es abrazar y besar a Matteo. Este no se lo puede creer y la abraza como si fuera un tesoro. Bianca le pide perdón, pero a él no le hace falta. Ya son libres de disfrutar su amor sin esconderse. Se separa de su amado y va hacia su hermano y Marlem.

—¿Es cierto que tenemos una sobrina? —pregunta ilusionada.

La noticia ha corrido como la pólvora.

Nico le enseña la foto en el móvil y Bianca se lleva las manos al pecho y rompe a llorar. Luego abraza a Marlem.

—Gracias por protegerla. Ahora os cuidaremos nosotros. Gracias, gracias… —repite una y otra vez.

Pero Marlem es reacia, pese a tener a los dos clanes a sus pies y dispuestos a protegerla.

—De Luca tiene amigos en el infierno, si vosotros ya estáis enterados, él también, creedme —dice asustada.

Nico y Alessio se miran.

—Jefe, ese hombre es una rata de alcantarilla que se vende al mejor postor, pero la mujer tiene razón. No hemos sido muy precavidos al venir todos en tropel, hay cámaras de vigilancia, gente

por el paseo… no es normal ver a un Marchese y a un Baresi juntos —comenta Alessio.

—Estamos en Los Ángeles, joder. Tampoco somos los reyes de Inglaterra —se queja Nico.

—Jefe, están muy controlados y yo solo vigilo por su bien y seguridad. Esto va también por usted, Matteo. Toda precaución es poca —insiste.

Empezamos a movernos inquietos y la inseguridad entra en mí. Marlem siente lo mismo y un halo de inquietud se forma en el bar.

—Dile a Jason que entre —le ordena a Alessio.

Sale del bar y me acerco a Nico para susurrarle al oído.

—¿Crees que Marlem corre peligro?

Miro de reojo para cerciorarme de que no me escucha.

—No lo permitiré. No pienso perder a nadie más de mi familia. Esta vez no, pero Alessio sabe lo que dice y no hay que subestimar a De Luca. Nos ha tenido engañados todos estos años. —Aprieta los dientes de la rabia.

—Busca a tu sobrina y llévatelas de aquí a un sitio seguro, bien lejos de esa rata —le susurro de nuevo.

—No te preocupes, pero tú te vienes conmigo esta noche.

Me da un beso en los labios ante la mirada atónita de Marlem y me noquea del todo.

Jason entra seguido de Alessio.

—Acompaña a Marlem a buscar a mi sobrina y llévatela a dónde tú y yo sabemos. Usa el protocolo de urgencia y solo contacta conmigo si es necesario. Nos vemos en cuanto resuelva un cabo suelto —ordena a su hombre de confianza.

—Delo por hecho, jefe —dice Jason.

—Llévate a Alessio si necesitas refuerzos, él es el mejor después de ti.

—Lo sé, jefe. Acepto su oferta de buen grado. Los dos nos ocuparemos de que su familia esté a salvo. Dejaré a Claudio para que le proteja —sugiere Jason.

Nico se vuelve hacia Marlem.

—Ve con toda tranquilidad con estos dos hombres. Ellos cuidarán de ti de tu hija.

Marlem le coge de la mano.

—Perdone por haberle mentido. No tuve opción. Amaba a Ricardo más que a mi vida y solo pensaba en salvar a nuestra hija —se disculpa.

Nico respira profundo y asiente.

—Ya está aclarado. No te quedó más remedio. Ahora hay que mirar hacia el futuro. Ve con Jason y Alessio. Puedes confiar en ellos.

Asiente y me mira.

—Gracias por cruzarte en mi camino, si no es por ti, esto no hubiera pasado nunca. —Me abraza y contengo las lágrimas.

—Gracias a ti por ser tan valiente. Nos veremos pronto, seguro.

Me despido y ella camina escoltada hacia la puerta, pero se detiene delante de Matteo.

—Señor Marchese, le pido perdón por todo el daño que he causado a su familia. Su padre es la mejor persona que he conocido en la vida y tuve que traicionarlo por salvar mi vida. Dígale que lo siento y que me perdone. —Rompe a llorar y Matteo le pone las manos en los hombros.

—Sé quién es mi padre y nunca dudamos de él. Seguro que cuando conozca tu historia, también te perdonará. Gracias por contar tu verdad y limpiar el nombre de mi padre —le dice Matteo sin ningún rencor.

—Es igual que su padre —le dice Marlem—. Gracias y que sea muy feliz.

Desaparecen los tres hacia un lugar que solo Nico conoce y nos quedamos Bianca, Matteo, Nico y yo en el solitario bar. Es una situación un tanto incómoda.

—Marchese, supongo que te debo una disculpa. Hablaré con tu padre y le pediré perdón personalmente. Estaba cegado por el dolor y la rabia y no dudé ni un segundo en el testimonio de esa mujer. Acepta mis disculpas —carraspea Nico.

Miro a Matteo, que está con Bianca esperando su reacción.

—Yo tampoco lo he hecho muy bien. Nos criamos juntos y esto nos ha salido muy caro a ambas familias. Solo quiero que tu padre y tú me deis la bendición para casarme con Bianca y que esto sirva

para que las familias vuelvan a unirse como antaño —le propone Matteo.

Nico aprieta los dientes, todavía le cuesta hacerse a la idea.

Le doy un codazo para que ceda, pero es duro de mollera.

—Nico, por favor. Le amo y no quiero regresar a Sicilia con papá. Mi vida está con Matteo y sé que, a pesar de todo, le sigues apreciando. Déjanos estar juntos. Dame tu bendición —implora Bianca.

Nico se lleva el pelo hacia atrás nervioso y camina en zigzag como un pato mareado.

—Nico… —voy a decirle algo y estalla.

—¡Está bien! ¡Podéis casaros, pero no me martiricéis más! —cede al fin.

Bianca se le tira al cuello y Matteo sonríe lleno de felicidad. Me acerco a él y le doy un codazo.

—Te dije que este día llegaría. —Sonrío al verlos felices.

—Ahora faltas tú. —Me tira la indirecta.

Mi semblante se apaga un instante. Todavía no tengo claro si quiero este tipo de vida. Amo a Nico, pero no sé si lo suficiente para implicarme en la mafia. Ya he visto bastante y no me gusta.

—Bueno, lo importante es que por fin Bianca y tú os vais a casar. Ahora toca explicarle eso a mis padres —suspiro.

—No te preocupes, yo la he liado, yo lo arreglaré, ya te lo he dicho. —Me da una palmada en el hombro.

—Ya veremos, ya…

Nico viene y me besa con un deseo que me pilla desprevenida. Le da igual que esté presente su hermana y su futuro cuñado. Me enrojece el mentón y me aparto, me duele la cara.

—Te compensaré por todo el daño que te he hecho, *cara mía.* Si no es por ti, nunca habríamos descubierto la verdad. *Ti amo.*

Y vuelve a besarme, esta vez con más delicadeza. Me siento en el paraíso cuando él me tiene entre sus brazos.

—Estoy agotada, Nico —suspiro.

—Te vienes conmigo, esta noche no te dejo sola.

—No está sola, Máxima cuida de ella. —Se atreve a decir Matteo.

Nico lo fulmina con la mirada.

—Tienes suerte de que te vas a casar con mi hermana, porque el llevarte a Sloane, no ha sido nada inteligente —le reprocha.

—Pero nos ha venido bien a todos, ahora sabemos la verdad y puedo estar con Bianca y tú con ella. —Sonríe Matteo feliz.

—Te olvidas de una cosa, *cuñado* —sisea con retintín.

Matteo se pone serio.

—Claro que no me olvido. Aquí tenemos que ir todos a una, hay una rata suelta a la que tememos que dar caza. —Su voz es fría y da miedo.

—Por una vez estamos de acuerdo en algo, Marchese.

Le choca la mano.

Se despiden y Nico me sujeta de la cintura y nos vamos todos de ese bar. Subimos al coche y apoyo mi cabeza en su hombro.

Ya se sabe la verdad, Bianca está con Matteo y la guerra de clanes parece que ha llegado a su fin. Solo queda un cabo suelto.

Richard De Luca.

27

Esta vida no es para mí

Me despierto desorientada, tardo en reaccionar dónde estoy. Parpadeo y veo una habitación de tamaño mediano, con una decoración muy simple. Predomina el blanco y ante mí, lo más hermoso e importante, el océano. Las cortinas blancas que cubren las ventanas ondean por la brisa del mar y me desperezo al recibir los primeros rayos del sol en la cara.

Me viene todo lo de ayer a la memoria y siento cierto alivio. Cuando llegamos, caí en la cama como una piedra a causa del agotamiento.

Me levanto y llevo puesta una camiseta de tirantes de Nico. Lo sé, porque huele a él y me encanta.

Salgo de la habitación y voy hacia la cocina. Ahí está, bebiendo café y viendo las noticias. Lleva un pantalón corto de deporte y su torso está desnudo. Una estampa maravillosa para la vista a primera hora de la mañana. Está muy centrado y no me oye al entrar cuando lo rodeo con mis brazos. Da un brinco y se da la vuelta.

—Buenos días, *cara mía*. ¿Qué tal has dormido? Veo que tienes mejor aspecto y te está bajando la inflamación.

Me da un beso en los labios con sabor a café y me acaricia la cara con cuidado.

—Sabes a gloria —me relamo.

Sonríe con malicia y me aprieta contra su pecho.

—Tú sí que eres deliciosa y quiero comerte entera. —Mordisquea mi labio inferior y me aprieta las nalgas encendiendo mi deseo.

—Te dejaré eso y más, pero necesito meterle algo a mi estómago para que pueda aguantar un asalto de los tuyos. —Sonrío con picardía.

Me suelta y va hacia la cocina y trae tortitas, fruta, dulces, zumo y café recién hecho. Lo miro sorprendida.

—¿Lo has preparado tú?

Él me guiña un ojo y se apoya con una mano en la encimera de la cocina y con la otra se lleva el pelo hacia atrás.

—¡Por supuesto que no! Me lo ha traído Claudio —suelta una carcajada.

Casi me atraganto con una fresa por la cara de pícaro que pone.

—Eres de lo que no hay. —Me río con él.

En el noticiario dicen algo que atrae mi atención y dejo de comer.

—Sube el sonido, por favor —le pido a Nico.

Están dando la exclusiva que han desmantelado el clan *I Corvineri,* uno de los más sanguinarios provenientes de Sicilia que se creía extinto desde hace veinte años, pero quedaba una célula activa y es el responsable de múltiples crímenes y culpables de distribuir fentanilo por varios estados, lo que estaba causando miles de muertes a diario, solo en Nueva York.

—¡Joder! —exclamo al recordar que ese es el clan que mató al marido de Máxima y a toda su familia.

—¿Estás bien, amor? —pregunta Nico.

—Shhh…

La reportera sigue hablando de la noticia y los dos miramos el televisor con atención.

Sigue hablando de las atrocidades que han cometido a lo largo y ancho del país. Comenta la reportera que cuando los trasladaban a la prisión a espera de juicio, alguien los ha emboscado y aniquilado sin piedad. Los policías que los escoltaban han salido ilesos. Está claro que iban a por ellos, por lo que el clan *I Corvineri*, se puede dar por extinto, definitivamente.

Me llevo las manos al pecho y suspiro.

—¿Qué te pasa, Sloane? —pregunta preocupado.

—¿Nunca has oído hablar de ese clan?

Niega con la cabeza.

—Ni sabía que existía.

—Tu padre y Romano se encargaron de ellos hace veinte años. Eran unos sanguinarios y no tenían piedad de nadie. Ya has

escuchado a la reportera.

Arquea una ceja.

—¿Cómo sabes tú eso?

—Me lo contó Máxima, la mujer que sirve en la casa de los Marchese. Aniquilaron a toda su familia porque su marido entró en ese clan y cuando quiso salir, fueron a por él y los suyos. Máxima sobrevivió de milagro, porque tu padre y Romano la encontraron moribunda y la salvaron a tiempo.

Nico está confundido.

—¿Mi padre y Romano la vengaron? —inquiere.

—No solo lo hicieron por ella. Eran crueles con todos los que no se sometían ante ellos. Lo que me sorprende es que siguieran activos.

—Algún descendiente que sobrevivió y reorganizó el clan, no es tan raro. Se ve que a mi padre y a Romano se le escapó alguno, está claro —dice sin darle importancia.

—Pues parece que ahora alguien ha terminado el trabajo. —Me encojo de hombros.

—Bien por quien lo haya hecho.

Apaga el televisor y me abraza. Lo rodeo con mis brazos y nos besamos.

Tiene cuidado de no hacerme daño, pero ya no me duele la cara. La inflamación ha bajado y solo me queda el ojo un poco morado y la mejilla sonrosada.

—No tengas miedo, sé que no me vas a hacer daño —susurro excitada.

Me levanta y me sienta sobre el mármol negro de la cocina. Está frío, pero yo solo siento el torso ardiente de Nico sobre mi piel.

Separa mis piernas y se acopla entre ellas. Seguimos besándonos hasta que sube la temperatura de la estancia y no es porque haya nada en el fuego.

—Te he añorado, *cara mía*. No quiero pasar un día más sin tocar tu piel y besar tus labios —murmura en mi oído.

Echo la cabeza hacia atrás mientras me besa el cuello y desgarra su camiseta de tirantes, dejando mis pechos expuestos para él.

—Yo también te he echado de menos, Nico —gimo de placer, cuando su lengua baja hacia uno de mis pezones y lo mordisquea.

Es un sueño poder estar así, sin guardaespaldas ni nadie controlando. Solo nosotros dos.

Nico vuelve a por mis labios y lo beso con pasión. Le agarro la cara y busco su lengua para saborearlo. Su perfume me embriaga y él se pone duro. Lo siento en mi sexo, cuando presiona con su cuerpo. Lo deseo, lo necesito, lo quiero…

—Fóllame, Nico, te deseo —gimoteo muy cachonda.

Sonríe y me descoloca las neuronas del cerebro. Es tan guapo…

—No hace falta que lo pidas, estaba en mi lista de tareas, justo en el punto de máxima prioridad del día —sisea ardiente.

Le bajo el elástico del pantalón con los pies y su miembro sale duro apuntando hacia mi coño.

La desesperación nos embarga y él aparta mi tanga y se introduce en mí como una necesidad urgente, mientras nos devoramos la boca poseídos por la lujuria.

Embiste una y otra vez y tengo que sujetarme a su cuello para no perder el equilibrio. Mis nalgas rozan el mármol frío, que ya empieza a calentarse por la fricción de sus embestidas. Mis pechos rozan el vello de su torso y también se está enrojeciendo, pero me da igual, no quiero que pare de follarme por nada del mundo. Teniéndolo dentro de mí, siento que somos uno y el placer que me causa, es indescriptible.

—Nico, te amo —susurro muy bajo, pero él me escucha perfectamente.

Se detiene un momento, sin salir de mi interior y me mira a los ojos.

—Dilo otra vez.

Me sonrojo, es una tontería, pero me cohíbe decírselo a la cara.

—Te amo… y mucho —suelto al fin.

Me sella la boca con un beso y me levanta de la encimera de la cocina para guiarme hasta el dormitorio sin sacar su polla de mi coño.

Se separa de mí a los pies de la cama y me tumba. Me quedo absorta ante ese cuerpo escultural. Se acuesta y me pone de lado. Suelto un gemido cuando me clava la polla de nuevo y empieza a moverse con suavidad.

—Nico, me matas…

Oigo cómo se ríe.

—Te mato de placer, *cara mía*.

Y me da un empellón muy profundo que hace que grite de pura satisfacción.

—Dios…

Y sigue así un buen rato, mientras me besa el cuello y se impulsa agarrado a mis tetas.

Me gira poco a poco hasta dejarme boca abajo sobre el colchón con cuidado de no hacerme daño en la cara, pero a mí no me duele nada, solo quiero que siga con lo que está haciendo. Deja todo el peso de su cuerpo sobre mí y entrelaza sus dedos con los míos y me folla mientras me susurra cosas bonitas en italiano. Es un placer devastador. Entra y sale de mí como si fuéramos solo uno.

—*Dio*…

Está muy excitado y a mí me va a dar algo de tanto placer.

De pronto, sale de mí y siento un vacío muy grande. Quiero girarme para ver qué hace, pero me pone la mano en la espalda y mi cara vuelve al colchón y noto como su cabeza se cuela entre mis piernas. Mis ojos se abren como dos faros al notar su boca en mi sexo.

Disfruto de esa sensación mágica que me proporciona su lengua en el interior de mi vagina. Hurga dentro de ella y explora mi carne blanda y sensible, enloquezco y no le basta con eso, ataca mi clítoris y siento un fuego que me devasta en mis partes bajas. Vuelve a introducir su lengua activando mis terminaciones nerviosas y volviéndome loca de un placer que no se puede explicar con palabras. Me retuerzo con desesperación mientras él me folla con su lengua y me lame desde la vagina hasta llegar a dónde nunca llegado nadie. Cierro los ojos y me dejo hacer.

—Mmmmm —gimo.

Nico hace su magia sexual y noto ese remolino de cosquillas que empieza a deslizarse como una culebrilla desde la boca de mi estómago y baja a toda velocidad quemándome las entrañas en busca de la libertad.

—Nico, Nico —jadeo, avisándole que me viene el mejor momento del día.

Pero él me succiona con más ahínco y luego mordisquea mi clítoris y…

¡Bingo!

La culebrilla sale despedida como un cohete de mi interior en forma de orgasmo y… exploto.

—Sí, sí, sí…

Mis caderas se mueven y me froto contra su cara mientras él bebe de mí. No puedo soportar esa sensibilidad en el coño y quiero más.

—Nico, necesito que me metas la polla —le imploro.

Me da la vuelta y puedo ver la cara de la lujuria hecha hombre. Su polla brilla por la humedad y está tiesa, lista para mí.

No dice nada, solo obedece. Se echa sobre mi cuerpo y guía su polla con la mano hacia mi coño.

—¡Dios!

Casi muero en ese instante, al notar cómo se desliza y entra en mí.

Él gruñe y empieza con sus embestidas. Todas son deliciosas y exquisitas. Perfectas y hechas a medida para mi sexo.

Entra y sale, entra y sale…

—Sloane, *ti amo* —dice mientras me empapa con su sudor.

—*Anch'io, ti amo* —le correspondo en italiano.

Mis palabras lo ponen frenético.

Agarra mis nalgas y hunde la cabeza en mi cuello. Empieza a embestirme como si no hubiera un mañana. Su respiración es agitada y resuena en mi oído. Me empapo y siento que me voy a correr de nuevo.

—Nico…

Pero no responde, está jadeando y empujando su polla contra mi coño a una velocidad que me provoca otro orgasmo que no olvidaré en la vida. Grito con todas mis ganas, expresando sin pudor el placer que siento y Nico arremete sus últimas embestidas con profundidad y se une a mi grito, mientras se vacía en mi interior, hasta caer laxo sobre mí.

Los dos estamos agotados… pero felices.

—Me has matado —consigo decir.

—Tú me has dado la vida —jadea exhausto.

Sonrío y le acaricio el pelo antes de quedarnos dormidos a causa del intenso polvo que se quedará en mi mente para siempre.

Me despierto y Nico no está. Me pongo una de sus camisas y salgo a la terraza a deleitarme con las vistas del mar. Hace un día fantástico para ir a la playa, pero tengo que poner los pies en la tierra. Es hora de volver a casa y contarles toda esta historia a mis padres. Matteo dijo que él se ocuparía, pero debo ser yo quien lo haga.

Amo a Nico como nunca he querido a nadie, pero lo de hoy, es algo pasajero, un cuento de hadas que se termina aquí. Debo volver a Nueva York y a la realidad, no es la vida que deseo. No quiero verme implicada de nuevo con otro De Luca, que algún día tenga un hijo y me amenace con secuestrarlo, o si le pegan un tiro a Nico en la cabeza. No puedo vivir con miedo el resto de mi vida, esa es la verdad, por mucho que me joda, pero tengo que asimilarla.

—¡Ejem!

Oigo que carraspean y me doy la vuelta. Es Claudio, el guardaespaldas de Nico. Lleva dos maletas en las manos

—¿Y eso?

—El señor Baresi ha salido y me ha pedido que le trajese sus cosas de la casa de Matteo Marchese, ya que ellos han regresado a Nueva York.

—Gracias. Déjelas en la habitación.

Me alegra el día, pues aquí no tengo nada de ropa.

—¿Dónde ha ido Nico? —le pregunto.

—No me lo ha comentado, solo tengo órdenes de cuidarla y llevarla a dónde usted quiera —dice el guardaespaldas.

—Muy bien, le avisaré si necesito algo. Gracias.

Esto es lo que me molesta, no saber dónde está y sus secretos. Tener siempre una niñera encima y estar con el corazón en un puño sin saber si está simplemente tomándose una copa con un amigo o haciendo algún negocio peligroso donde le puedan volar la tapa de los sesos.

—Se acabó, me voy a casa —pienso en voz alta.

Busco en las maletas algo que ponerme y doy gracias que en una de ellas encuentro mi pasaporte. Lo beso y lo guardo en el bolso.

Voy al baño y me doy una ducha. Me pongo un traje negro de Gucci, es lo más discreto que encuentro en la ropa que me ha enviado Matteo. Por lo menos es de manga larga, aunque ahora llevo la chaqueta en la mano, por el calor que hace.

Llamo al aeropuerto y reservo un billete para Nueva York. Tengo suerte y hay uno que sale en un par de horas. Lo compro y lo pago con mi tarjeta. Me da tiempo de sobra, pero la ropa se queda aquí. Me voy con lo puesto. Solo tengo que despistar al guardaespaldas, pero no quiero dejar a Nico así, huyendo como los ladrones. Le escribo una nota.

Querido Nico:

Tengo que regresar a casa con mi familia y contarle toda la verdad sobre nosotros y lo que ha pasado. Nunca he conocido a nadie como tú y te amo con toda mi alma, pero no sé si estoy dispuesta a vivir con miedo, a que un día no aparezcas, o que tal vez sí, pero con un tiro en la cabeza. No estoy hecha para esa clase de vida, la tuya. Soy una chica del Bronx y quizá nunca vuelva a ser feliz, pero seré libre y no tendré miedo. No me busques. Te amaré siempre.

Sloane.

Me queman las lágrimas en los ojos, es la decisión más dura de mi vida, pero no hay marcha atrás. Me conformo con lo que me ha dado hoy.

Me asomo al salón y Claudio está leyendo el periódico. Alza la vista y me ve muy elegante. Sonrío para camelarlo y no levantar sospecha.

—¿Podrías acercarme al aeropuerto? Viene una amiga mía de Nueva York y quiero ir a recibirla.

Sonrío de nuevo y Claudio me mira desconfiado, no es tan fácil engañarlo, Nico lo tiene bien entrenado.

—El jefe no me ha comentado nada —refunfuña.

—Pues si quieres llamarlo por una chorrada, allá tú. Mi amiga Lara viene de sorpresa, me he enterado al encender el móvil. ¿Crees que

me iba a vestir así para ir de paseo? —finjo estar molesta.

Se rasca la cabeza mientras duda.

—¡Llámalo, anda! Pero la bronca te la comes tú. O mejor, le llamo yo.

Cojo el móvil y Claudio se pone nervioso.

—Señorita, no. No lo moleste, la llevo encantado. Perdone por desconfiar, es que el jefe me dio órdenes muy estrictas de que la protegiera en todo momento.

Se rasca la cabeza avergonzado.

—Te estoy diciendo a donde voy y te lo pido a ti. ¡No me escondo ni te oculto nada! ¿Qué problema hay?

Me encojo de hombros.

—Ninguno, señorita. Perdone, soy un zoquete. No volverá a pasar. Enseguida traigo el coche.

Se va corriendo y echo un último vistazo a la casa bañada por los rayos del sol y la brisa del océano.

—*Addio per sempre.*

Lanzo un beso al aire y cierro la puerta. Claudio me espera en el coche y subo rumbo al aeropuerto.

Intento ir tranquila durante el trayecto y disimular mi nerviosismo. Cojo el móvil y me entretengo mirando noticias. Claudio va centrado en la carretera y ya queda menos para llegar.

—¿A qué hora llega el vuelo de su amiga? —me pregunta el guardaespaldas.

—En una media hora aterrizará su avión, si no hay retraso —miento como una cosaca.

—¿Quiere que la acompañe a recibirla? El jefe es muy estricto con eso de que vaya sola.

Me mira por el espejo retrovisor y yo le clavo la mirada.

—El aeropuerto está lleno de personas y policías. Creo que es uno de los lugares más seguros dónde puedo estar, ¿no crees? —inquiero molesta.

—Tiene razón. La esperaré en el *parking* de llegadas, así cuando salga su amiga, vienen directamente al coche.

—Tranquilo, así lo haré. —Muestro una sonrisa perfecta.

Por fin llegamos y me deja en la puerta principal de llegadas del aeropuerto, pero enseguida un policía le dice que ahí no puede estacionar.

—¿Ves? El lugar más seguro del mundo —me burlo.

Claudio frunce el ceño y se va a la zona de aparcamiento. Entro en el aeropuerto y me voy corriendo a la otra punta, a la zona de salidas, antes de que le dé tiempo a reaccionar o de llamar a Nico para comprobar si es cierto lo que le he dicho.

Cuando paso el control de seguridad y estoy dentro de la terminal de pasajeros, me siento y respiro un poco más tranquila, aunque tengo el corazón roto por dejar a Nico de esta manera, pero no puede ser de otro modo…

28

Todo vuelve

Aterrizo en Nueva York por la noche debido al cambio horario y siento una congoja en el pecho que no me la saco de encima. Aunque estamos en primavera, el traje de Gucci no es suficiente, pues hace un frío que pela, en comparación a la temperatura de Los Ángeles. Me compro ropa de abrigo en el aeropuerto, con la publicidad de Nueva York y unas deportivas. Lo primero que pillo a mano, es tarde y no voy a encontrar tiendas abiertas.

Cojo un taxi y entro con las bolsas de la compra, pero sin maletas, y agradezco el calor de calefacción.

—¿A dónde la llevo, señorita? —pregunta el taxista.

Me quedo pensativa. Llegar a esta hora a casa de improvisto, les daría un susto de muerte a mis padres y no tengo ganas de dar explicaciones.

—¿Conoce algún hotel que esté bien y cerca del Bronx?

El hombre me mira por el espejo retrovisor, se ve que mi aspecto no le encaja con el lugar a donde le pido que me lleve.

—El Opera House Hotel está muy bien y tiene buenas reseñas, creo que es lo más adecuado para usted.

—Pues lléveme ahí, entonces.

Si el taxista supiera de dónde soy… Lo que engaña llevar un buen traje de firma.

Enciendo el móvil y me saltan una infinidad de mensajes de Nico. Pongo el móvil en silencio y no quiero leerlos. Me imagino el contenido y eso hace que esta ruptura me duela más. Sé que tendré que hablar con él tarde o temprano, no dejará que me vaya sin más, pero necesito tiempo para poder explicarle a mis padres todo y llamar a Lola, la mujer de la agencia de viajes de España y pedirle

una nueva oportunidad. Tengo que irme de Nueva York. Es la única opción.

También tengo llamadas de mi madre, pero mañana ya esclareceré toda esta movida en la que me he visto envuelta.

Mi cabeza no hace más que dar vueltas mientras veo las luces de Nueva York y lo vivido en estos últimos meses.

—Ya hemos llegado, señorita.

Saco la tarjeta y le pago la carrera.

—Muchas gracias.

—Tenga cuidado si se va a mover por el Bronx. Ha cambiado mucho estos años, pero todavía hay zonas por las que una mujer como usted no debería andar sola —me aconseja el taxista.

Le sonrío por sus buenas intenciones.

—No se preocupe, soy una chica del Bronx.

Me mira desconcertado mientras salgo y cierro la puerta.

El hotel no pinta mal. Es de ladrillo cara vista y forma unos arcos en su estructura, típico de esta zona. Entro en la recepción que está formada de paneles de madera y me registro. Me dan una habitación y voy directa como una autómata. Es más grande de lo que me esperaba, solo lamento que no haya una bañera donde poder zambullirme, relajarme y llorar hasta que quedarme seca.

Enciendo la tele para entretenerme, no tengo sueño debido al desfase horario. Siguen dando la noticia de la desarticulación del clan *I Corvineri* y se me ponen los pelos de punta. Mi mente vuelve otra vez a Nico, no puedo evitarlo. Rompo a llorar y el teléfono vibra encima de la cama y es un número desconocido. Algo me dice que conteste a esa llamada.

—¿Diga?

—Sloane Moses, soy Leone Romeo, el amigo de Lara, ¿me recuerdas?

Me paro en seco.

—Claro, ¡cómo me iba a olvidar de vosotros! ¿Ocurre algo?

Tengo curiosidad por la llamada.

—Hemos intentado contactar con Matteo y nos ha sido imposible y Lara tampoco nos coge el teléfono. Es de vital importancia que le

comuniques lo que hemos descubierto, incluso a Baresi, si tienes contacto con él —me explica y tengo los nervios de punta.

—Me estás poniendo nerviosa, ¿qué ha pasado?

—Ya sabemos quién estaba detrás del secuestro de Bianca. El que quería hacerle daño de verdad. Nos ha costado averiguarlo, pero es alguien de quien debéis cuidaros, es muy peligroso.

Mi corazón se desboca. Por eso no puedo vivir esta vida, es imposible.

—¿Quién es? —titubeo.

—Richard de Luca, un ti…

Ya no escucho más. El móvil se me escurre de las manos y se va al suelo.

Estoy en *shock* y todo me da vueltas. Otra vez ese hombre. Es la maldad personificada y está en todas partes. Me llevo la mano a la frente intentando recomponerme.

Cojo el teléfono de nuevo.

—¿Sigues ahí? —inquiero muy nerviosa.

—Sí, estaba preocupado, pensé que te habías desmayado.

—Poco me ha faltado —suelto un gemido agónico—. ¿Cómo habéis conseguido esa información?

—No puedo hablarte de mis fuentes, pero ese hombre le tiene ganas a Matteo y a Baresi. Si se llega a hacer con su hermana, la hubiera matado sin pensar. Tienes que ponerlos sobre aviso.

—¿Por qué no lo has hecho tú?

—Lo he intentado, pero el teléfono de Matteo no está operativo y no sé si Baresi está al tanto de todo esto, no quería meter la pata y descubrir su relación sin hablar antes con él —me explica.

Tiene lógica.

—Hablaré con ellos, no te preocupes y gracias por lo que has hecho y a tu hermano dáselas también.

—Para eso estamos. Cuando veas a Lara dile que me llame, hace tiempo que no tengo noticias de ella.

Frunzo el ceño.

—He estado fuera. La llamé un día, pero tampoco me cogió, ahora que lo comentas, pero no le di importancia. Supongo que estará bien. ¿Habéis llamado al Refugio para preguntar?

—Ya sabes que no queremos saber nada de ese lugar, pásate por allí y échale un ojo y me cuentas.

Me da un vuelco al corazón solo de pensar en volver al Refugio, pero Lara es mi amiga y me preocupa no saber de ella.

—Eso haré. De nuevo, mil gracias.

Termino la llamada y me revuelvo el pelo de lo atacada que estoy. Richard De Luca otra vez rondando con sus maldades. Nico y Matteo ya van a por él, así que, una maldad añadida, no creo que cambie sus intenciones, solo los encabronará más. De todos modos, intento comunicarme con Matteo. Lo llamo y me sale el teléfono apagado. Pruebo con Bianca y lo mismo.

—¡Joder! —maldigo en voz alta.

Pienso y pienso a quién puedo llamar sin tener que acudir a Nico. Pero me estoy quedando sin opciones.

—¡Jason!

Marco su número y me responde al momento.

—Señorita Moses, el jefe está muy disgustado. Está preparando el avión para ir a buscarla a Nueva York —me informa antes de poder hablar.

—¿Cómo sabe que…? —Miro el móvil.

Me doy de tortas mentalmente de no haberme acordado del maldito rastreador que me colocó Alessio.

—Da igual, dile que Richard De Luca fue quien orquestó el plan para intentar secuestrar a Bianca de verdad. Que puede estar en peligro todavía. No puedo contactar con ella ni Matteo, díselo a Nico, por favor —le suplico.

Oigo un ruido extraño a través del móvil.

—¿Por qué huyes de mí, Sloane? ¿Acaso no te ha quedado claro cuando te dije esta mañana que te amaba?

Nico tiene el teléfono de Jason y mi corazón late con fuerza al escuchar su voz.

—No es eso, Nico, te dejé una nota —sollozo.

—¿Una nota? ¿Te deshaces de mí con una nota? ¿Qué pasa con lo que siento por ti? —inquiere notablemente enfadado.

—Nico, te amo, de verdad. Pero la vida que llevas me da mucho miedo. No soportaría ver que te ocurre algo. Prefiero vivir lejos de ti,

sin saber nada de lo que haces. Cada hora que pasa, descubro algo nuevo y todo es malo. Ahora esto de Bianca. Ese hombre va a por tu familia y ya ha tocado la mía, lo siento, pero no puedo. —Rompo a llorar.

Oigo que respira fuerte.

—*Cara mía*, yo os protegeré a todos. No permitiré que os pase nada. —Suaviza la voz.

—¿Eso le dijiste a tu hermano?

Tan pronto lo digo me arrepiento.

—Lo siento, Nico, no pretendía decir eso. Perdóname. —Lloro sin cesar.

Se hace un silencio incómodo.

—No te disculpes, tienes razón. Pero te juro que contigo será diferente. Dejaré el clan y me iré contigo dónde me pidas. Yo tampoco quiero esta vida, pero tengo que solucionar un último asunto y ya sabes cuál es —dice sereno.

—Nico, eres la persona que más he querido en mi vida. No son solo palabras, las que se suelen decir, daría mi vida por ti sin pensarlo. Si lo que dices es verdad, volveré contigo cuando me lo demuestres, hasta entonces, déjame ir.

—No tendrás que ir a ninguna parte, porque esto lo solucionaré muy rápido. Te daré tu espacio, pero no te acomodes porque tu vida está a mi lado. *Ti amo*.

Me descoloca y quiero creerle.

—Yo también te amo, Nico.

—No salgas del hotel y mañana vete a casa de tus padres. Yo me ocuparé de enviar a alguien a por Matteo y Bianca y… nos ocuparemos de ese hijo de puta.

—Ten cuidado, por favor.

—Siempre.

Cuelga y me desestabilizo de nuevo.

Quiero creer en sus palabras y promesas de futuro. ¡Ojalá exista un nosotros!

Voy al baño a lavarme la cara y despejarme. No me olvido de Lara. Ella se metió en este fregado por mi culpa y espero que no le haya salpicado.

Llamo al Refugio y comunica. Lo intento de nuevo y no hay manera. Pruebo con el móvil de Lara y me da apagado. Cuando trabajaba allí, los teléfonos tenían que estar apagados y guardados en la taquilla. Intento una última vez… y nada.

—¡Mierda!

No me queda opción y me cambio de ropa. Uso lo que compré en el aeropuerto, un chándal negro, una camiseta y gorra de *I Love New York*. Unas deportivas completan la perfecta turista que pisa Nueva York, por primera vez. Me hago una coleta, con mi pelo color naranja, del que todavía me cuesta adaptarme y me miro al espejo. Al lavarme la cara se ha ido el maquillaje y mi cara aún tiene en aspecto deplorable. No me duele, pero se nota la zona del puñetazo que recibí sin querer de Nico.

Busco el bolso y doy gracias a que llevo un poco de base de maquillaje y polvos para poder disimular el careto. Me pongo la gorra y salgo de la habitación hacia la recepción del hotel.

—Buenas noches, señorita.

El recepcionista me mira un poco raro, por cómo voy vestida.

—Han perdido mi equipaje y esto es lo único que he podido comprar en el aeropuerto. —Sonrío y su cara cambia.

—Suele pasar, si quiere, mañana le puedo enviar a alguien para que le compre ropa de su agrado.

Se muestra muy servicial.

—No se preocupe, mañana ya me voy y la compro yo misma. ¿Me puede pedir un taxi? —solicito.

—Claro, ahora mismo.

Levanta el teléfono y avisa a un taxi.

—Gracias.

—Señorita Moses, tenga cuidado por dónde va, y más a estas horas —me advierte.

—No se preocupe, me crie en el Bronx. Sé por dónde me muevo, le agradezco su consejo. —Le guiño un ojo.

Digo adiós con la mano y salgo a la calle para subir al taxi que me espera fuera.

—Lléveme al bar El Refugio en Mott Haven, cerca de la calle 138, ¿lo conoce?

El taxista me mira con los ojos muy abiertos.

—¿Y quién no conoce ese lugar? ¿Está segura de querer ir allí? —me pregunta antes de arrancar.

—Claro, he trabajado de camarera en ese lugar y voy a saludar a mis compañeros.

El taxista baja la mirada y arranca el coche sin mediar palabra.

Voy perdida en mis pensamientos, en las palabras de Nico y en que dejaría el clan por vivir conmigo. Eso es algo que parece un sueño lejano. Nico lleva la sangre italiana y de la mafia en las venas, no creo que pueda renunciar a eso tan fácilmente, ni siquiera por amor.

Por otra parte, está De Luca, no dejo de pensar en la maldad de ese hombre. En el daño que ha hecho a tanta gente, incluyéndome a mí y a mi familia. Es un ser que no debería estar en este mundo.

—Señorita, ya hemos llegado.

El taxista me saca de mis pensamientos. El trayecto se ha hecho muy corto, ni me he enterado.

—Gracias.

Le pago la carrera y me apeo del taxi.

Hay gente fuera hablando y fumando. Las calles están llenas de vida a pesar de ser tarde. Admiro el cartel del bar en neón «El Refugio». Aquí empezó todo.

—¡Bienvenida a Nueva York! —me grita un borracho al pasar por mi lado.

Me sonrojo al ver la pinta que llevo, pero era esto, o morir de frío.

Saco el móvil e intento llamar de nuevo al número del bar, pues me impone entrar, a pesar de que lo tengo delante. Un grupo de jóvenes, bastante pasados de vueltas, tropiezan conmigo y el teléfono se cae al suelo.

—¡Capullos! —grito enfadada.

—No te enfades, Miss Nueva York, alegra esa cara —se burlan de mí.

—¡A dormir la mona! —les grito de nuevo.

—Se le ha caído el móvil. —Oigo una voz masculina a mi espalda.

Me giro para darle las gracias, pero mi sorpresa es abismal al encontrarme con el tipejo que atacó a Nico con una navaja y yo me

lancé sobre él para protegerlo y me llevé un corte en la mano.

—¿Tú? —balbuceo.

—No debiste meter las narices en cosas de hombres. Si me hubieras dejado hacer mi trabajo, ahora no estaríamos los dos aquí en esta tesitura. —Hace un chasquido con la lengua.

—¿Quién eres? ¿Qué quieres?

Voy andando hacia atrás poco a poco.

—Da igual quién sea, lo importante es que mi jefe te quiere viva, porque yo te mataría aquí mismo.

Abro los ojos asustada. La gente está a lo suyo y casi todo el mundo lleva unas cuantas copas de más encima.

—Si te acercas, gritaré —le amenazo.

—Nadie te hará caso y menos con esa pinta, me lo has puesto muy fácil. —Se ríe.

—No te lo voy a poner fácil, hijo de puta. Ya pude contigo una vez y ahora no va a ser diferente —me enfrento a él.

Le planto cara y me dispongo a defenderme ante esa escoria humana.

—Tanto valor para nada —suelta una carcajada.

Frunzo el ceño desconcertada.

—Qué coño dices, ¡imbécil!

Estoy furiosa y con ganas de partirle la cara.

—Es que no has tenido ninguna oportunidad desde el principio, guapa —se burla de mí.

—¿Cómo?

Alguien me sujeta por detrás a traición, mientras el otro capullo me entretiene y me clavan una aguja en el cuello.

Me vuelvo y los ojos se me enturbian, no puedo ver quién es. Todo empieza a darme vueltas y oigo que la gente se ríe de mí.

—Mirad el cuelgue que lleva la turista —dice uno riéndose a carcajadas.

—Da más vueltas que una peonza —añade otro.

—Hay que saber beber —se burlan.

Me sujetan dos personas y me arrastran hacia un coche, mientras oigo como dicen:

—Es nuestra hermana que ha venido a visitarnos y se ha desfasado un poco, ya nos la llevamos. A divertiros —jalean a la peña.

La gente los aplaude y ya no escucho nada más porque otro pinchazo me deja fuera de combate…

29

Escoria humana

Abro los ojos y estoy maniatada en el suelo. Está oscuro y apenas entra luz por una ventana pequeña con los cristales mugrientos. No puedo moverme y las muñecas me arden de las cuerdas que las aprisionan.

—¡Joder! —exclamo por el dolor y rabia que siento.

Oigo que algo se mueve e intento forzar la vista para averiguar qué o quién es.

—¡Hola! —Alzo la voz.

El ruido cesa.

—¿Sloane? No me jodas que a ti también te han secuestrado. —Escucho una voz familiar.

—¡Dios mío! ¿Lara? ¿Qué está pasando? ¿Qué haces aquí? ¿Dónde estamos? —La hincho a preguntas.

Oigo un leve quejido.

—Ni puta idea. No sé dónde estamos, no conozco a esos capullos y menos el motivo de traerme aquí. —Hace una pausa—. Ahora que estás tú, me hago una leve idea de que tiene que ver con tu amorcito —dice bastante convencida.

Menos mal que no puede verme, porque tiene toda la razón. El tío que me trajo aquí ya quiso cargarse a Nico una vez. El motivo, lo ignoro.

—Lara, seguramente sea así, pero ¿qué tienes que ver tú en todo esto?

Oigo que suelta un silbido.

—Ya te he dicho que no tengo ni puta idea.

—Siento que estés aquí por mi culpa —digo en un hilo de voz.

—¡Eh! No te vengas abajo, que nosotras podemos con esto. Mantén la calma y sígueles el rollo. Ya se me ocurrirá algo. Confía en

mí. Ese *Espagueti* vendrá a buscarte, no te quepa la menor duda —asegura sin temblarle la voz.

Voy a contestarle, pero se abre la puerta y una luz cegadora me da de lleno en los ojos. Los cierro automáticamente y luego me desatan los tobillos y oigo a Lara insultar al que también le debe estar haciendo lo mismo.

—Cuidadito donde tocas que todavía te puedo saltar los dientes —le amenaza.

—Cállate y anda, que el jefe quiere veros —dice una voz masculina.

Me llevan con las muñecas atadas y tiran de mí como si fuera ganado.

Salimos de ese cuarto oscuro y subimos por unas escaleras que dan a una planta principal. Lo primero que veo es la luz del sol cegadora y un salón de lujo impresionante, lleno de obras de arte por todas partes y unas alfombras que da miedo pisarlas, por lo caras que deben ser.

—¡Camina! —Me empuja de nuevo.

Le lanzo una mirada asesina al hombre que tira de mí. Tiene cara de pocos amigos y muchas cicatrices.

Veo a Lara por fin, que viene soltando sapos por la boca. El tipo que la lleva, parece que sea gemelo de mi captor de lo desagradable y feo que es.

Nos llevan a empujones y de malas formas hasta el centro del salón y nos obligan a arrodillarnos. Pienso que es mi último minuto de vida y que nos van a pegar un tiro en la cabeza, pero no, lo que ocurre es más desagradable. Aparece ante nosotras Richard De Luca.

Va con un traje impecable y fumando un puro, deduzco que un buen habano. Mis entrañas se revuelven al verlo y aprieto los dientes por la humillación que siento al estar de rodillas ante él. Lara intenta incorporarse y la golpean en el cuello. Suelta un grito y cae de bruces, así que ni lo intento. Reservo mis fuerzas por si las necesito o tengo oportunidad de arrancarle los ojos.

—Eres un bastardo —le digo sin poder reprimirme.

Suelta una bocanada de humo y toso del asco que me da.

—Sloane, Sloane —se pasea por delante de nosotras—, no imaginas cómo me has jodido la vida. Te subestimé y ahora eres un grano en el culo al que hay que extirpar, porque molesta de cojones. —Me mira con odio.

—Tú fuiste quien me arruinó la vida al vetarme en las agencias de viajes, si no, jamás hubiéramos coincidido —le espeto con rabia.

Vuelve a fumar de su puro y camina de un lado al otro, me duelen las rodillas y todo el cuerpo.

—Ahí te doy la razón, jamás pensé que ibas a ser un gran incordio en mi vida, pero ya está hecho y ahora hay que subsanar ese error —habla como un maestro que tiene que corregir un examen.

—Oye, tío, se te va la pinza. No puedes retenernos aquí como si fuéramos piezas de colección. Suéltanos o te vas a crear un grave problema. Tengo amigos muy chungos, ¿sabes? —le amenaza Lara.

Me muerdo los carrillos por dentro, rezando para que no le den otro golpe por insolente.

De Luca suelta una carcajada.

—¿Los hermanos Romeo? —Se ríe que da miedo—. Ya sé que son tus amiguitos. Metieron las narices dónde no debían y han descubierto que fui yo el que organizó el frustrado secuestro de Bianca Baresi, y todo por tu culpa, guapa.

Le da un pequeño pellizco en la cara a mi amiga y la tienen que sujetar los dos esbirros que nos retienen, ya que se echa hacia él como una loba herida.

—¡Maldito hijo de la gran puta, no me toques! Van a venir a por ti y te aniquilarán como a una cucaracha —grita Lara fuera de sí.

La inmovilizan y se lleva un buen golpe, esta vez en las costillas.

—Ellos están fuera de circulación, no van a venir a por mí. —Le hace con el dedo índice un gesto indicando que no.

—Pero los Baresi y Marchese, sí.

Me armo de valor y se lo suelto sin dudar.

De Luca se detiene y gira en redondo. Puedo ver que tiene los ojos rojos y encendidos de la rabia.

—Tienes el don de joderlo todo allí dónde vas. Metes a los Romeo para salvar a tu amorcito y luego encuentras a la puta de Marlem,

que te cuenta la verdad sobre la muerte de Ricardo Baresi. ¿De dónde has salido? —me pregunta con curiosidad y odio a la vez.

Noto que está nervioso y está perdiendo el control.

—Del Bronx. Solo soy una chica del Bronx a la que tuviste la mala suerte de tocarle el culo el peor día de tu vida —respondo con asco.

—La chica del Bronx —susurra.

Se sienta en sofá orejero de piel negro e indica a sus esbirros que nos lleven hacia donde está él sentado.

Nos yerguen y mis huesos crujen. Lara suelta un gemido de dolor y la miro sintiéndome culpable por todo.

—¿Estás bien? —le pregunto.

—Tranquila, todavía hay Lara para largo. —Me guiña un ojo.

—¡Callaos! Nadie os ha dado permiso para hablar entre vosotras —nos riñe uno de los esbirros y nos zarandea de las muñecas.

En ese momento solo tengo ganas de matarlos a todos. Ser una mafiosa y cargármelos sin piedad alguna, pero no es el caso, soy la prisionera y, al mafioso malvado, lo tengo delante.

Nos sientan frente el mal personificado. Por lo menos no estamos de rodillas.

—¿Sabes cuántos años llevo trabajando en mi proyecto personal para hacerme con el control de los clanes de Nueva York? —Me mira con rabia—. No respondas, yo te lo cuento. Toda una vida… y tú, en unos meses, te has cargado mi sueño, mi plan de futuro, ¡todo! —grita enervado.

Doy un respingo cuando chilla de esa manera.

—Yo no he hecho nada, te lo has buscado tú solito. Querías secuestrar a Bianca y ordenaste la muerte de Ricardo. Todo lo malo que te pase, es poco —escupo con rabia.

Se pasa la mano por el mentón y sonríe con maldad.

—¿No tienes curiosidad por saber por qué hice todo eso? —inquiere con arrogancia.

—Ya estoy al día, no me interesan tus maldades. Eres una escoria humana y acabarás pagando por ello —suelto mi ira contra él.

—No lo entiendes, ¿verdad? Tú eres mi jaque mate final. Tengo que huir del país, sé que vienen a por mí, pero le voy a dejar un regalito a tu novio para que no me olvide y sepa quién soy. Su

hermano no quiso entenderlo, no me obedeció y me encargué de él. Cuando Nicodemo venga a buscarte, te encontrará en una cajita hecha pedacitos envuelta en papel de regalo —suelta una carcajada.

—Pedazo cabrón, al que hay que rebanarle el cuello es a ti, trozo de mierda. ¿Por qué ese odio a Baresi y a los Marchese? —le pregunta Lara.

Suspira y le presta atención.

—Por fin una pregunta interesante. —Sonríe.

—Déjalo, Lara, no entres en su juego.

Pero mi amiga me ignora y ataca.

—Vete a la mierda, tú sí que no me interesas para nada —escupe en su alfombra cara.

El esbirro va a golpear a Lara, pero De Luca levanta la mano para interrumpir ese golpe.

—Me gustas, tú sí que valdrías para trabajar conmigo, tienes agallas —halaga a mi amiga.

—Ni en tus mejores sueños, cabrón.

Vuelve a reírse y se acomoda en su sillón.

—No tengo nada en contra de los dos clanes, la verdad. Hacía negocios con ambos y ganaba mucho dinero, pero quería más. La única forma de ser el rey, formar mi propio clan, era enfrentarlos… y lo conseguí, hasta que apareció tu amiga Sloane y lo jodió todo; primero pidiéndote ayuda a ti y luego al contactar con Marlem.

Abre los brazos como si hiciese una súplica al cielo y los baja de golpe.

—Yo no busqué a Marlem, la encontré de casualidad y lo de Bianca, también lo oí de casualidad —me defiendo.

Se pone en pie lleno de ira.

—Casualidad, casualidad, casualidad… ¡Una puta mierda! ¿Me oyes? Eso es lo que ha pasado. Las casualidades no existen. Tenía el plan perfecto y lo jodiste —grita enervado.

Alzo la cabeza y lo miro desafiante.

—Tienes el alma negra y tu maldad no tiene límites. Si no es casualidad y las cosas pasan por algo, tienes que pagar por todo el daño que has hecho. ¡Que te jodan, Richard De Luca! Me alegro de ser ese grano en el culo que tanto te molesta —lo desafío sin temor.

Su cara se enciende como un semáforo en rojo.

—Voy a disfrutar haciéndote pedacitos. Lo haré personalmente, pero aquí no, esta alfombra vale una fortuna y me la llevaré a mi nueva residencia en Canadá. Hay que explorar nuevos horizontes.

Se levanta y me da una bofetada en el lado bueno de la cara.

—¡Bastardo! —chillo frustrada.

—Para que vayas con la cara igualada —se burla de mí.

—Me cago en tus muertos, ¡te voy a matar! —Se enciende Lara.

Richard camina hacia la salida y hace un gesto con la mano diciéndonos adiós.

—Llevadlas a la nave donde hacemos la limpieza. Yo voy saliendo que tengo que ultimar unas cosillas con el piloto. Matad a la camarera y reservadme a la novia de Baresi. De esa me encargo personalmente.

Abre la puerta y vemos que sale despedido hacia dentro como si alguien le hubiera empujado.

—De mi novia me encargo yo, hijo de puta —dice Nico con tono amenazante y entra con la caballería.

Apunta con la pistola a los esbirros y me sorprende ver a la policía y a Romano Marchese, con él.

—Por fin ha llegado tu fin, Richard. No quería perdérmelo por nada del mundo —le dice Romano al mierda que nos secuestró.

—Todavía no estoy derrotado —gruñe De Luca.

—Esta vez sí, amigo. Han pasado años para que cayeses, y ahora pagarás por todo el daño que has hecho.

Romano le da la espalda y De Luca suelta improperios en italiano por su boca.

—Detienen a De Luca y a los esbirros y Nico corre hacia mí y me abraza.

—Siento haber tardado tanto, Romano avisó a la policía y gracias que no se deshicieron de tu teléfono. Si fuera por mí, me hubiera cargado a ese cabrón personalmente —sisea con rabia.

No me salen las palabras, solo lágrimas de alegría de verlo, y que no haya actuado como un mafioso y que siguiera el consejo de Romano Marchese.

Me desata las manos y lo abrazo.

—Tranquila, ya pasó, *cara mía*. No te soltaré nunca más.

Se separa y ve el golpe que me han dado en la otra mejilla. Aprieta los dientes y va hacia Richard De Luca que lo están esposando.

—Baresi, tranquilo, ya nos ocupamos nosotros —le dice un agente al verlo furioso.

Asiente con la cabeza y sonríe. Le lanza un derechazo a De Luca y le rompe la nariz.

—Esto por tocar a Sloane, por mis hermanos y por enemistar a mis familias. —Se acerca al oído y le susurra en italiano—. *In prigione ti aspetta la morte.*

La mirada de Richard De Luca cuando se lo lleva el policía es de puro miedo. No es para menos, Nico le acaba de augurar su destino: En la cárcel te espera la muerte.

Nico vuelve conmigo y no me suelta, pero tengo que hablar con Lara. Lo primero que hago es abrazarla y lloramos juntas.

—Lo siento mucho, amiga. —La aprieto con fuerza.

—No pasa nada, al final todo se ha arreglado y hemos limpiado la basura de nuestra ciudad. Al menos una parte importante. —Se ríe.

—De eso no te quepa la menor duda —afirma Nico.

Es un remolino de emociones que no sé cómo gestionar. Casi me matan con mi amiga y Nico aparece con la policía, como tiene que ser. Estoy asustada, confusa y al mismo tiempo… aliviada.

—Señorita Moses, tendrán que ir a declarar con su amiga a la comisaría —nos comenta un policía muy amable.

Nico interviene.

—Hoy no, agente. Mañana las llevaré yo mismo, han pasado por algo muy traumático y no es momento de tomar declaraciones.

—Solo sigo el protocolo. Deberían ir al hospital y luego a la comisaría —insiste el agente.

—Yo me ocupo de ellas. Tendrá sus informes médicos y las declaraciones, pero no separe a esta mujer de mí, o tendrá que llevarme detenido —le dice muy serio.

Romano se mete en medio y le comenta algo al agente al oído. Este asiente con la cabeza.

—Está bien, señor Baresi. Lo haremos así —asiente de nuevo y nos mira a Lara y a mí—. Que descansen, señoritas.

—Gracias por todo, Romano, tenemos mucho de qué hablar —le dice Nico.

Marchese le da una palmada en el hombro y lo mira como un padre mira a un hijo.

—Tenemos que hablar y mucho. Mañana quedamos en mi casa por la tarde a las tres. No faltes, es importante. Y trae a esa muchacha, Marlem, ahora también es familia —dice con cariño.

Romano se va y nos quedamos los tres en la casa de Richard, mientras hay varios agentes revisando la casa y recabando pruebas.

Lara se acerca a Nico y le estrecha la mano.

—Me equivoqué con usted, creo que es un buen hombre para Sloane. Cuídela bien.

—¿Dónde vas?

La cojo de la chaqueta.

—A casa con Brian, estará preocupado.

Nico niega con la cabeza.

—Te vienes al hospital con Sloane, parece que tú también te has llevado lo tuyo. Luego vais a descansar y no te preocupes por Brian, ya me encargo de que le avisen y lo traigan a tu lado. Gracias por todo lo que has hecho por mi hermana y Sloane.

Le da un abrazo y Lara se queda a cuadros.

—Vale, vale, lo que usted diga.

—Tú, trátame de tú. Los amigos de Sloane también serán los míos. —Muestra su sonrisa cautivadora y es la primera vez que veo que Lara se sonroja.

—El *Espagueti* no está nada mal —me susurra muy bajito.

No puedo reírme porque me duele la cara.

Nico me observa y me toca con delicadeza las mejillas coloradas.

—Lo mataría con gusto solo por ponerte las manos encima. Perdóname por no haber llegado a tiempo. Te prometí que dejaría esto y lo voy a hacer. Se acabó —asegura muy serio.

—Ojalá sea cierto, porque te quiero tanto, que me gustaría seguir a tu lado.

Me besa con cuidado y siento mariposas en el estómago. Lara tose y rompe la magia del momento.

—No es por nada, pero creo que ese cabrón me ha roto alguna costilla.

—¡Joder! Vámonos al hospital ya —digo apurada.

Nico llama a Jason y ordena que traiga el coche a la entrada. Coge a Lara en brazos y ella alucina en colores.

—Puedo andar —se queja… pero no mucho.

—No voy a permitir que una señorita herida baje las escaleras. Un italiano jamás haría eso.

Vuelvo a ver el rubor en sus mejillas y les sigo.

Miro hacia atrás y veo el lujo, el poder y la ambición de Richard De Luca. Al final le ha llevado a un agujero en el que se pudrirá o morirá, como le ha dicho Nico.

Ahora pienso en cómo va a ser mi vida y lo que es peor, ¿cómo le explico todo esto a mis padres? Romano ha dicho que a las tres en su casa y mi madre trabaja allí.

Que Dios me ayude…

30

Todo irá como la seda

Vamos al hospital a que nos hagan un chequeo y que le pasen el parte médico oficial a la policía. Nico no se separa de mí. Lara está en otra sala acompañada de Brian, tal como le prometió Nico. Aparte de la cara doblemente golpeada, solo tengo rojeces en las muñecas y en los tobillos de forcejear y poder quitarme las ataduras de los esbirros de Richard De Luca. Me dan el alta en un par de horas y estoy agotada. Pregunto por Lara y me comunican que tiene que quedarse ingresada, le han roto dos costillas y tiene diversos moretones por el cuerpo que hay que observar. Me abrazo a Nico cuando me dan la noticia.

—Todo es por mi culpa, por ayudarme y ahora está en la cama de un hospital —sollozo.

Me acaricia el pelo con suavidad.

—En todo caso, si hay algún responsable de todo esto, soy yo —susurra en mi oído.

Me separo y le miro a los ojos.

—Tú no has metido a ese cretino en tu vida, él se metió en la mía y luego nos cruzamos. No sé, Nico, lo importante es que se acabó y no sé cómo explicarle todo esto a mis padres.

Bajo la cabeza y me apoyo en su pecho cansada y derrotada.

—¡Ey! Ahora podemos estar juntos sin amenazas ni peligros. Podemos ir a dónde tú quieras. Lo único que deseo es estar contigo, me da igual el lugar, pero el cómo y el quién, lo tengo muy claro.

Levanta mi barbilla con cuidado y me da un beso con mucha delicadeza. Hace que me estremezca.

—Yo también quiero estar contigo, Nico. Ya no voy a poner más objeciones. Espero que no sea mi padre el que te pegue un tiro. —Río cansada por todo lo que he pasado.

—No te preocupes por tus padres, eso déjamelo a mí. Ahora vamos a ir a casa a descansar y por la mañana llamaré a alguien para que te venga a arreglar ese pelo. Me gustas más morena, no así… de pelirroja. —Hace una mueca de desagrado.

Me aguanto la risa al ver su expresión.

—Pues yo creía que eran tu tipo. —Le tiro una pullita.

Agranda los ojos sorprendido, luego suelta una carcajada.

—Aquello solo fue para darte celos y que la gente pensara que me importabas un cuerno, ¡¿vale?!

Me río en toda su cara.

—¿Darme celos a mí? ¡Anda ya, Nico! Ibas con la pelirroja porque te gustaba —me burlo de él.

Me coge en brazos delante de todos los empleados del hospital y me pongo colorada como un tomate.

—¿Qué haces? Puedo caminar sola —me quejo.

—Ya sé que estás cansada, pero al llegar a casa te voy a demostrar quién me gusta de verdad. No toqué nunca a la pelirroja, como tú la llamas.

Camina conmigo en brazos dando grandes zancadas. La gente nos mira atónitos y yo hundo mi cabeza en su cuello para que no me vean. Me embriago de su aroma único y personal y me excito. Le muerdo el lóbulo de la oreja y se detiene en seco.

—O te estás quieta o te follo aquí mismo delante de todos —me amenaza muy serio.

No puedo evitar echarme a reír.

—Date prisa, estoy loca por llegar a casa y arrancarte la ropa —le susurro al oído.

Ya estamos saliendo del hospital y Jason espera con la puerta del coche abierta.

—Esta me la pagas —amenaza excitado.

Entramos y Nico nos aísla completamente de Jason. Sus ojos brillan por el deseo y yo estoy muy caliente.

Me besa, intentando controlar el instinto animal que lo posee para no hacerme daño en la cara, pero en este momento, para mí, eso es algo secundario. Mis manos van directas a su entrepierna y puedo sentir lo duro que está. Me empapo al pensar que esa polla

maravillosa entre dentro de mí, pero quiero probarla, me muero por tenerla entre mis labios. Mientras nos besamos, Nico me toca los pechos y baja hacia mis bragas y yo intento hacer lo mismo. Le desabrocho el botón del pantalón y su pene emerge como un géiser, listo para la acción. Me cuelo entre su bóxer y lo rodeo con mi mano. Nico se tensa y suelta un suspiro cuando empiezo a acariciarlo con suavidad, atrapado en mi mano.

—Me matas, *cara mía. Ti amo* —sisea excitado y moviéndose al compás de mi mano.

Oculto una sonrisa traviesa. Él siempre me ha dado el mayor de los placeres y ahora quiero ser yo quien se lo devuelva.

Me separo de sus labios y se sorprende. Voy rápida hacia su entrepierna y abro la boca para atrapar su polla antes de que le dé tiempo a reaccionar.

—¡*Santa Madonna*! —exclama cuando empiezo a chupársela.

Me aparta el pelo de la cara y empiezo a lamerlo y saborear a ese hombre que no tiene desperdicio. Todo en él es un regalo. Mis labios rodean su polla y se deslizan de arriba a abajo mientras mi lengua juguetea con su capullo. Nico pega la espalda al asiento y aprieta los dientes. Me acaricia la cabeza y parece un cura rezando en italiano.

Lo lamo, succiono, mordisqueo, juego con su polla y me encanta. Está muy excitado y yo caliente como un brasero. Nico se contrae y una gota de su líquido preseminal se le escapa, pero yo lo acaparo con mi lengua. Oigo cómo gime y sé que está a punto de caramelo. Nunca le he comido la polla de esta manera a nadie y tampoco he dejado que se corran en mi boca, pero él es diferente, todo en Nico es diferente.

—Sloane, para que me corro —me advierte excitado.

Giro la cabeza para que vea cómo su polla me llena la boca. Eso lo pone más cachondo.

—*Dio…*

Me separo unos segundos y agarro su polla con mi mano, está mojada y húmeda, mezcla de mi saliva y sus fluidos.

—¿A qué estás esperando? Quiero ser yo quien te dé tanto placer cómo me lo das tú a mí.

Y vuelvo a meterme su polla en la boca y le miro a los ojos.

—Me matas, esto es demasiado. No quiero…

Le ofrezco la visión de mi lengua trazando círculos sobre su capullo, rosa y perfecto. Le miro con deseo y estoy desinhibida, como una chica mala del Bronx que quiere darle lo mejor a su hombre.

—¡Joder, no hagas eso!

Cierra los ojos y aprieta los puños conteniéndose, pero no se va a salir con la suya.

Mis labios atrapan de nuevo su polla y empiezo a chupar con ahínco hasta lo más profundo de mi garganta. Empieza a moverse por instinto y consigo lo que iba buscando. Que me folle la boca y darle el placer que se merece.

Entra y sale de mi boca con delicadeza y pone sus manos en mi cabeza para guiarme en mis movimientos. Sonrío interiormente, tengo lo que quería. Nico se contonea y me folla con delicadeza, me duele un poco la mandíbula, no voy a mentir, pero me encanta verlo así, cachondo y bajo mi mando. Si paro, le corto el rollo y un orgasmo celestial, pero no pienso hacerlo.

Aprieto con más fuerza mis labios a su tronco resbaladizo y con la otra mano le masajeo los testículos. Eso es el no va más. Nico acelera sus embestidas y estalla en mi boca.

—*Dio, Dio…* —grita mientras se corre.

Tengo que contenerme, pues el primer instinto es vomitar, pero me lo trago y poco a poco me acostumbro a ese sabor salado y lo lamo hasta dejarlo limpio como un bebé.

Me incorpora y me mira con adoración.

—No tenías que haberlo hecho, no era necesario.

—¿Es que no te ha gustado?

—¿Gustarme? Ha sido la mejor mamada que me han hecho en la vida, que no te moleste. Eres especial.

Me abraza y no me molesto, sé que ha estado con muchas mujeres, aunque algo de celillos siento en pensar que otras han podido disfrutar de su cuerpo y de sus artes amatorias.

—Me alegro de que te haya gustado, para mí es la primera vez. Yo no puedo compararte con nadie.

Nico se queda mudo unos segundos.

—¿Me hablas en serio?

—Muy en serio. Pienso que para hacer estas cosas tiene que ser con alguien muy especial, alguien a quien ames de verdad —le explico lo que siento.

Me mira atónito.

—No me equivoqué contigo. En cuanto te vi, supe que eras especial y tenías que ser para mí. Eras tú lo que siempre había estado esperando.

Me abraza de nuevo y empieza a besarme por el cuello y a calentarme, pero lo detengo.

—Aquí, no. Llevo un día encerrada en un sótano, con esta ropa del aeropuerto y sin ducharme. No puedo, ni quiero hacer el amor contigo sin darme una buena ducha y sacarme la mugre y el mal rollo que lleva encima esta ropa. —Soy sincera.

—Lo que tú digas, *cara mía*, pero te comería entera, aunque vinieras de una pelea en el barro.

Me echo a reír y me acurruco entre sus brazos. Estoy agotada, solo quiero llegar a casa, darme una buena ducha y descansar.

Me despierto en la cama del ático de Nico. Llevo puesto una de sus camisetas interiores que tanto me gustan. Aspiro su aroma y la piel se me eriza. Salto de la cama en su busca, cuando tocan a la puerta y freno en seco. Nico no llama a la puerta, directamente entra.

—¿Quién es? —pregunto a la defensiva, todavía tengo el susto metido en el cuerpo.

—Sloane, soy Máxima. ¿Puedo entrar?

No me lo puedo creer. Abro la puerta y la abrazo de la alegría que siento al verla.

—¿Qué haces aquí?

—El señorito Matteo sabe que te tengo mucho aprecio y como por fin todo se ha aclarado, deja que esté al servicio de Nicodemo Baresi. —Me da la noticia con alegría.

La miro con agradecimiento y al mismo tiempo con pena.

—Imagino que habrás visto la noticia de que han desarticulado el clan *I Corvineri.* Aunque para ti ya estaban muertos, ¿no? —le

pregunto observando su reacción.

—No es tan fácil deshacerte de todo un clan. Hubo descendientes que sobrevivieron. Romano y Enzo no eran ni son sanguinarios como lo eran ellos. No mataron a las mujeres ni a sus hijos, es lógico que tarde o temprano resurgieran y formaran una *Vendetta.*

Abro los ojos sin parpadear.

—Por eso te has quedado siempre al amparo de los Marchese —digo en un hilo de voz.

—La vida no es fácil, Sloane. Ahora tengo órdenes de teñirte el pelo de tu color natural y ponerte guapa para la cita de esta tarde con los Marchese —explica con alegría y cambia radicalmente de tema.

—¡Máxima! —Alzo la voz—. Ahora eres libre de ir dónde quieras. No tienes nada que temer.

Me coge de la mano y me la aprieta con cariño.

—Estoy donde quiero estar. Nadie me ha puesto nunca impedimentos para irme. Así que dejemos la charla y pongámonos en marcha.

Vamos al baño y saca su maletín mágico, el que hace milagros con mi cara y mi pelo. Me aplica el tinte y mientras esperamos su tiempo correspondiente, va a la cocina y me trae algo para comer. Estoy canina y mi estómago pide auxilio.

Me miro en el espejo y mi cara es un desastre. Tiene todos los colores, menos el mío natural. Aparto la vista y Máxima aparece con una bandeja con café caliente, bollos y zumo de naranja. Me pongo las botas y lo devoro todo con ansia.

—Te vas a atragantar, ¿desde cuándo no comes algo sólido? —inquiere.

—Ni me acuerdo —respondo con la boca llena y me río.

Máxima se ríe de mi pinta con el tinte puesto, la cara deformada y comiendo como si no hubiera un mañana. Parezco cualquier cosa, menos una señorita.

Termino la comida y caigo en que Nico no ha aparecido en ningún momento. Me giro, lo busco con la mirada en el cuarto, pero nada.

—El señor Baresi ha salido, me ha dicho que no te preocupes de nada y que descanses. Que no va a ningún asunto turbio, me insistió

que te lo dijera con esas palabras exactas. —Sonríe y hace que me sonroje.

—Una pregunta, ¿por qué a él le llamas señor Baresi y a Matteo señorito?

Tengo que aguantarme las ganas de reír, pero me hace gracia esa distinción.

—Porque a Matteo lo veo más crío y Nico siempre ha sido más protector con todo el mundo, maduró antes que Matteo a pesar de ser de la misma edad. También he pasado más tiempo con la familia Marchese, entonces es como mi niño —dice con ternura.

Pienso en él y mi corazón late desbocado. Desde luego es un hombre en toda la extensión de la palabra.

Miro el reloj ansiosa.

—¿Falta mucho?

Máxima pone los ojos en blanco.

—Un poco. Podrías ir mirando qué te vas a poner esta tarde —me sugiere para matar el tiempo.

En este instante se me forma un nudo en el estómago. Me siento en la cama.

—Mi madre se va a enterar de todo el follón hoy. Se me había pasado por completo. Madre mía, no puede verme con estos moretones en la cara o le dará algo…

Doy un brinco en la cama y me pongo nerviosa. Máxima intenta tranquilizarme.

—Sloane, mantén la calma. Te maquillaré de tal manera que te dejaré la cara como pura porcelana. Nadie notará que tienes golpes en la cara, te lo prometo.

—¿En serio?

—La duda ofende, señorita —finge estar enfadada.

La abrazo de nuevo y la estrujo con todas mis fuerzas.

—¡Déjame respirar que me ahogas! —exclama, separándose de mí.

—Lo siento, es que estoy atacada.

—No hace falta que lo jures. Vamos a lavarte la cabeza, luego te metes en la ducha para aclararte del todo. A ver si te calmas un poco.

Asiento y hago todo lo que me pide.

Cuando salgo de la ducha y me veo en el espejo, ya vuelvo a ser yo, aunque con la cara fastidiada.

—Ahora vamos a vestirte y después vamos con el maquillaje y peinado.

—Quiero llevar el pelo suelto —digo convencida.

Vamos al vestidor de Nico y me recuerda al de la jaula de cristal de Los Ángeles. Pero este es diferente y mucho mejor; huele a él. Inspiro su fragancia, la que me cautivó desde el primer día.

Máxima abre una de las puertas correderas y aparece ante mí un sinfín de ropa preciosa y muy cara. La admiro y toco las suaves y delicadas telas de algunos vestidos.

—No puedo ponerme nada de esto. Mis padres no me reconocerían y les impactaría verme tan cambiada. Tengo que ser yo, ¿me entiendes?

Máxima asiente con la cabeza y abre un cajón en las que aparecen unos vaqueros preciosos y nuevecitos que se me saltan las lágrimas al verlos. A su lado una camiseta blanca de Nirvana y la camisa vaquera a juego. Con las deportivas blancas de Nike, lloro sin poder contenerme.

—Gracias, eres un cielo. ¿Cómo sabías que me gustaba esta clase de ropa? —pregunto emocionada.

Ella sonríe.

—No he sido yo, ha sido él. —Mira hacia la puerta del vestidor.

Nico está apoyado junto al marco de la puerta con los pies cruzados y las manos en los bolsillos. Observa y sonríe sin decir nada. Me da ganas de arrancarle la ropa y follármelo ahí mismo.

—Máxima, ¿nos puedes dejar a solas?

—No hace falta que me lo repitas dos veces. No tardes demasiado. —Me guiña un ojo.

Llevo puesta una camiseta de las de Nico. Mi prenda favorita para dormir y estar por casa, a partir de ahora.

Voy directa hacia él y pongo mis brazos alrededor de su cuello. Me pongo de puntillas y le doy un beso en los labios, apenas un roce. Me agarra por la cintura y me atrae hacia su cuerpo, cosa que hace que suelte un gritito de sorpresa.

—Veo que has descansado y te sientes mejor.

Me besa en el cuello y me erizo entera.

—Hubiera sido perfecto si tú estuvieras ahí conmigo. Te he echado de menos —susurro en su oído.

Su mano baja y aprieta una de mis nalgas y suspiro sobre su boca, que está muy cerca de la mía.

—Tenía cosas que hacer, pero he venido a tiempo para recuperar mi camiseta… la que llevas puesta.

Su otra mano agarra mi otra nalga y me aprieta contra su sexo para que note lo duro que está.

—Puedes recuperarla cuando quieras, ahora mismo me sobra.

Le paso la lengua por los labios y noto un leve temblor en su cuerpo.

—Tengo los pantalones que me van a reventar si no me aflojas el cinturón y el botón. Mi amigo tiene ganas de jugar contigo. *¿Va bene, amor mío?*

Hago lo que me pide y libero su pantalón.

—*Va bene* —susurro seductoramente.

Nico no aguanta cuando mi mano entra en su bóxer y toca su pene erecto. Lo acaricio, mientras le susurro cosas excitantes en italiano. Se gira y me besa como un desesperado y yo me aferro más a su polla.

Hace un alto y me mira.

—Que te quede claro que esto solo lo vas a hacer conmigo el resto de tu vida —me explica muy serio.

Lo miro como una gata en celo.

—Lo mismo te digo, *amore mío*.

Se saca los zapatos y los pantalones en un segundo. De la camisa y la corbata me ocupo yo, y su camiseta ya está por algún rincón del vestidor.

Me levanta sin esfuerzo y encajamos a la perfección. Nico me besa y yo lo acepto como el mejor menú del mundo. Cada beso es distinto y más delicioso.

Me tumba con cuidado en una alfombra de pelo sintético con forma de cebra. Es suave y cálida. Nico besa todo mi cuerpo y yo ardo de pasión. No puedo creer que esté con él y que esto sea para

siempre. Abro los ojos cuando noto su boca en mi coño y me apoyo en los codos para observarlo. Es muy excitante. Parece un león devorando a su presa y lo hace con ganas y lo disfruta. Noto su lengua como juega en mi interior y hago malabares para no correrme.

—Nico… para.

Levanta la vista y me mira desconcertado.

—¿Estás bien?

—Estaría mejor si me dejas que te coma la polla, así estaríamos disfrutando los dos.

Pongo cara de pícara y a Nico se le encienden los ojos y su amigo pega coletazos.

—Eres una caja de sorpresas. ¿Estás segura de querer hacer esto?

—Y tanto.

Se tumba en la alfombra boca arriba y yo me pongo sobre él en posición opuesta. Coloco mi sexo sobre su boca y yo agarro su polla y la chupo como un helado en verano.

Los dos nos comemos el uno al otro. Nico me folla el coño con su lengua y me cuesta mantener la boca en su polla del placer que me da. Gimo mientras su pene ocupa mi garganta y su lengua revoluciona mi vagina. Es demasiado placer para procesarlo. Lo intento, lo chupo, lo lamo, pero su experiencia y la forma en la que me devora las entrañas y me calienta el clítoris, hace que suelte su polla y me siente sobre su cara. Me froto y me revuelvo el pelo mientras el sigue con su saqueo a mi coño. Empiezo a notar que la sangre calienta mi cuerpo y baja a toda velocidad desde mi cerebro hasta mi vientre.

—Nico —gimo.

Me aprieta las nalgas y su boca acapara todo mi coño. Su lengua se mueve dentro de mí y eso me resulta demasiado satisfactorio.

—Nico… Hummm. —Me contoneo sobre él y aprieta tan fuerte mis nalgas, hasta ponerlas coloradas.

—¡Nicooo!

Exploto y me muevo sobre él disfrutando de ese orgasmo que tanto anhelaba. Es mi dios, mi hombre, mi amante.

Cuando me desahogo, él sigue empalmado y muy excitado. Se tumba a mi lado detrás de mí.

—¿Te ha gustado? —me susurra.

—Creo que lo he demostrado. —Intento reírme.

—Parece que sí te gustaba y bastante. —Suelta una carcajada.

Me acaricia los pechos y me besa la nuca.

Noto su polla en mi cintura, dura como el hierro. Sus besos son afrodisíacos y su masaje en mis tetas el detonador para ponerme otra vez en órbita.

Estiro los brazos para poder acariciar su cara y su pelo. Me arqueo empujando el culo hacia atrás y oigo el gruñido de guerra de mi Nico. Está caliente y no se va a aguantar mucho. Agarra mi pierna derecha y la coloca sobre la suya. Se abre paso para guiar su polla a mi vagina. Mete la punta y me estremezco. Pero me hace sufrir. Me restriega el glande por todo mi sexo y lo mojo con la humedad de mi excitación. Empujo hacia atrás para que me la meta, pero me hace rabiar, besándome el cuello y la espalda, mientras sigue rozando su capullo ardiente por la entrada de mi vagina.

—¡Nico! —me quejo.

—¿Qué pasa, *amore*? Lo bueno se hace esperar. Me encanta verte excitada y ser yo quien lo provoca —dice con una voz tan erótica, que casi me corro al oírlo.

—No juegues conmigo o te quedas sin follar un mes —le amenazo.

¡Pum!

Me la clava de golpe y casi se me salen los ojos de las cuencas. Suelto un gemido que resuena por toda la habitación.

—¿Qué decías, *amore*?

Y otra embestida vertiginosa que me lleva al limbo.

—No pares, por nada del mundo pares —imploro.

Y así lo hace.

Embiste con una fuerza que tiemblan hasta las neuronas de mi cerebro y mi coño da palmas de felicidad. Estoy disfrutando como una enana, cuando cambia de posición. Yo hago lo que me pida con tal que no pare.

Se pone boca arriba y a mí también, pero de lado, formando una ele. Agarra mi pierna y me la coloca por encima de su cintura. Así puedo verle la cara. Me clava la estaca del placer y vuelta al *show.*

Qué manera de follar. Se agarra a mi pierna para impulsarse y yo me dejo llevar, hasta que su mano empieza a estimular mi clítoris.

—*Dio*.

Esto es mucho placer para similar. Me penetra con la polla y me estimula con la mano. No sé dónde atender. Todo es tan placentero que pienso que voy a morir de un momento a otro de un ataque al corazón.

—¿Te gusta cómo te follo? —jadea casi sin aliento.

—No me gusta, me vuelves loca —contesto con la boca seca.

Y empuja de nuevo tan profundo que me llega donde nadie ha llegado. Estoy a punto de otro orgasmo y lo noto muy excitado. Sigue con sus empellones y con la mano. No puedo más.

—Nico, Nico, Nico…

Me estremezco de nuevo, pero no es suficiente, necesito sentirlo de otra forma, más salvaje.

Me separo y él se queda desubicado unos segundos. Me pongo a cuatro patas, como los animales. Estoy fuera de mí, loca por él y por todo lo que me hace sentir.

—Fóllame, Nico, como si fueras un animal y yo tu hembra.

—¡*Santa Madonna*! —Veo que se persigna—. ¿Estás segura?

—Fóllame, Nico, te aseguro que no tendrás ganas de buscarte a otra.

Se pone de rodillas detrás de mí y nos acoplamos de nuevo. Se aferra a mis caderas y él empieza a moverse con cautela y yo le instigo a que le dé más fuerte.

—Más, quiero más —le imploro.

—No quiero hacerte daño, sabes que puedo perder el control. —Aprieta los dientes.

—Esta vez no. Fóllame si miedo, Nico. Sé tú mismo por primera vez —le digo con amor.

Veo el brillo en sus ojos y Nico se libera.

Empieza a embestirme y me cuesta no caerme al suelo de la fuerza que tiene, pero el placer lo supera todo. Entra y sale dentro

de mí hasta que se prepara para el empuje final y arremete como un animal de la selva. Sus dedos se clavan en mi carne y taladra mi coño hasta que se libera y se vacía en mi interior. Mis brazos no me sostienen y me dejo ir poco a poco hasta quedarme tendida boca abajo sobre la alfombra de cebra y Nico jadea y suda sobre mi espalda. Ahora sí estoy satisfecha.

—*Ti amo* —dice en un susurro.

—Yo también te amo, Nico. Ahora es cuando empiezo a creer que esto está pasando de verdad.

—Bueno, falta ver cómo se lo tomarán tus padres. —Sonríe con malicia.

Me lo saco de encima.

—¡Mis padres! Se me había olvidado todo por un momento —digo aterrorizada.

Nico me abraza y tranquiliza.

—Ya no tienes nada que temer, ahora me tienes a mí.

Me besa en el cuello.

—Lo sé, pero no quiero perderlos a ellos. Son muy importantes para mí y los quiero. Son mi familia.

Nico me mira con adoración.

—¡Qué guapa estás con el pelo oscuro!

Cambia de tema.

—¡Nico!

—Ahora vamos a la ducha a despejarnos. —Se detiene y me mira con esos ojos cautivadores—. Sloane, todo irá como la seda.

Y me besa hasta dejarme sin aliento…

31

La familia

Estoy muy nerviosa y no hago más que apretarle la mano a Nico. Jason nos comunica que hemos llegado al edificio donde viven los Marchese y trabaja mi madre.

—¿Estás preparada? —pregunta Nico al verme tan asustada.

—No quiero bajar, no puedo.

Niego con la cabeza y pego la espalda al asiento del coche. Él se ríe y me coge de la mano.

—Lo peor ya ha pasado. Te han secuestrado y lo has afrontado bien, no creo que tu madre sea peor que eso. —Intenta animarme.

—Eso porque no la conoces. Si De Luca la viera enfadada, se hubiera pensado dos veces el haberme puesto un dedo encima.

Me cruzo de brazos y me niego a bajar del coche.

—Pues entonces no sé qué me espera a mí cuando se entere que uno de esos golpes te lo di yo.

Arquea una ceja y me llevo las manos a la boca.

—¡Ni se te ocurra mencionar ese detalle! Además, eso fue sin querer. Jamás me harías daño. —Me altero un poco al recordar ese incidente.

Baja la mirada y me besa la mano.

—Sí te he hecho daño, ¿por qué si no, te fuiste un mes lejos de mí? Siento todo lo malo por lo que te he hecho pasar, pero eso ya se te terminó. No tengas miedo estando a mi lado. Tu familia lo entenderá —habla con mucha seguridad y al mismo tiempo con remordimiento.

Lo abrazo y nos besamos.

Cada vez que nuestros labios se tocan, todo lo malo desaparece. Me da seguridad, fortaleza y el amor más grande que jamás he sentido.

—Está bien, subamos —acepto al fin.

—Sloane, para mí tampoco es fácil subir a esa casa. Es la familia con la que me crie, pero llevo años odiándola injustamente. Quiero que entiendas que sé lo que sientes y que estamos juntos en esto.

Me entran ganas de llorar. Estoy tan inmersa en mis preocupaciones que no pienso en lo difícil que es para él. Es un gran paso y no lo he tenido en cuenta.

—Lo siento, amor, he sido una egoísta pensando solo en mí misma. Vamos a hacerlo juntos, ahora y siempre.

Me besa de una manera diferente. Todo es puro sentimiento, del bueno. Mi corazón se acelera y me duele del amor que siento por él.

—Gracias —me dice emocionado.

Niego con la cabeza.

—Gracias a ti por cruzarte en mi camino en un bar de mala muerte. Al final le tendré que dar las gracias a ese malnacido. —Me río a causa de los nervios y la emoción.

Jason abre la puerta y salimos a la calle. No hace frío y calienta el sol. Nico me coge de la mano y entramos en el edificio donde viven los Marchese.

—Buenas tardes, ¡qué gusto verla por aquí de nuevo, señorita Sloane! —me saluda el conserje.

Nico pone cara rara, al ver esa familiaridad, pero se le pasa pronto.

—Buenas tardes, Donald, venimos a ver a Romano Marchese.

El conserje frunce el ceño.

—¿No viene por su madre?

—Señor, ese no es su problema. Anuncie al señor Marchese de que estamos aquí —le corta Nico muy serio y le lanzo una mirada inquisitiva.

—De acuerdo, señor…

—Baresi, Nicodemo Baresi.

Al pobre Donald casi se le cae el telefonillo de la mano. Es sabido por todos en la ciudad, de la rivalidad entre ellos.

—Enseguida, señor Baresi.

Le doy un pellizco en el brazo y este me mira con cara de interrogación.

—No seas así de borde con el pobre hombre, es mayor y solo hace su trabajo —le susurro al oído regañándole.

Esperamos a que el conserje comunique al mayordomo de los Marchese nuestra presencia y cuelga el telefonillo.

—Pueden pasar, pero firmen la hoja de entrada, por favor.

Nico resopla y recibe otro pellizco. Luego firmo yo y entramos en el ascensor.

Cuando estamos a solas, Nico me aplasta contra la pared y me besa poseído por algo que desconozco, mete su mano entre mi pantalón vaquero hasta llegar a mi coño. No puedo moverme. Introduce un dedo y me enciende como la mecha de un petardo. Luego se separa y se atusa su perfecto traje de Brioni. Lo miro desencajada.

—¿Por qué has hecho eso? —jadeo sin aliento.

—Por los pellizcos que me has dado. Tú me castigas a tu manera y yo a la mía. —Se ríe.

—No puedes hacerme esto y dejarme así. —Finjo un puchero.

—¿Cómo te he dejado?

Levanta un hombro y se hace el tonto, mientras me coloco bien el pantalón.

—Esta me la pagas, gilipollas italiano.

Pongo unos morros que me llegan al suelo.

—¿A que te has olvidado de tu madre y de todos los problemas que te rondaban por la cabeza? —Me guiña un ojo.

Me quedo paralizada y no puedo darle réplica porque la puerta del ascensor se abre.

—Bueno, que sea lo que Dios quiera —digo con un temblor en la voz.

Caminamos hasta la puerta de los Marchese y nos recibe Javier, el mayordomo enclenque, de pelo blanco, que deberían jubilar. No decimos nada, ya que habla él primero.

—Os están esperando en el salón.

Nos deja paso y entramos callados con la incertidumbre de lo que nos espera.

Ya veo los sofás de terciopelo rojo sangre horripilantes y escucho a Francesca hablar con alguien. Al entrar, me quedo helada al ver a

toda mi familia, Matteo y Bianca tomando café, Marlem y su hija Ángela jugando en una de las alfombras carísimas y todos hablando y actuando amigablemente como si nada.

Todo ocurre muy rápido: La primera en verme es mi madre, que se levanta y viene a abrazarme. Detrás la sigue Elina y mi padre. Lloro por tenerlos conmigo y me olvido de Nico por completo, hasta que mi padre me suelta y va hacia él, le estrecha la mano y después de darle las gracias lo abraza. Ahí, mi cerebro sufre un cortocircuito de los gordos. Se aparta porque Francesca también se levanta para abrazar a Nico y los dos rompen a llorar. Veo a Matteo y a Bianca abrazados llorando de la emoción. Marlem me sonríe emocionada. No puedo hablar, no escucho palabras, solo llantos de alegría, amor y reconciliación.

—Mamá, necesito sentarme y hablar con vosotros —logro decir.

Ella me toca todo el cuerpo para ver si estoy de una pieza.

—Cariño, qué susto nos has dado. Ya estás aquí, ya estás aquí —repite una y otra vez.

—Mamá, por favor, vamos a sentarnos —imploro.

—¿Qué le ha pasado a tu melena? —pregunta Elina.

No puedo evitar echarme a reír.

—Me lo corté, ya estaba cansada de llevarlo tan largo. —Sonrío.

Mi padre vuelve junto a Nico y mi madre se pone un poco tensa.

—Así que al final eres tú el que ha metido a mi hija en todo este embrollo —habla modo padre protector.

Nico le sostiene la mirada sin amilanarse.

—Puede que tenga parte de culpa, lo reconozco, pero también le digo que amo a su hija y le prometo que jamás volverá a estar en peligro —contesta con tranquilidad.

—¿Cómo me puedes asegurar eso si estás metido en esos negocios…? Ya sabes a lo que me refiero —carraspea incómodo.

—Porque he dejado esos negocios a los que usted hace referencia y quiero casarme con su hija y formar una familia tanto si usted está de acuerdo como si no. Me gustaría más que escogiese la primera opción.

Me quedo muerta al escucharlo y mis padres también, sobre todo mi madre, que se queda muda y no es algo fácil de conseguir.

—Hijo, te he conocido sin saber quién eras en realidad cuando venías al taller, y sé que eres un buen hombre. También sé que nos protegías, y eso lo hace una persona cuando le importa alguien de verdad. Solo te pido que la cuides y que no dejéis de visitarnos, pero tendremos que hablar largo y tendido. —Mi padre le choca la mano y Nico lo abraza.

—Se lo prometo, señor Moses, y no se preocupe, tendremos esa charla cuando quiera.

—Llámame Oliver.

Mi madre está con los brazos cruzados y enfurruñada.

—Mamá, no podía contarte nada, todo ha sido una locura y lo que más importaba, era poneros a salvo —le digo con cariño.

Ella me abraza.

—Matteo me lo contó todo. Casi lo estrangulo por lo que te obligó a hacer y por mentirnos, pero sé que quieres a Nicodemo y solo deseo tu felicidad. Aunque no me cae bien —confiesa sin pelos en la lengua.

—¿Puede ser porque tenéis el mismo genio? —me burlo.

Va a darme la réplica, pero Francesca se levanta y alza la voz para poner orden en el salón y nos ruega que nos sentemos. Sigo a mis padres sin despegarme de Nico y obedecemos a Francesca.

—Esta reunión es muy importante para mí y creo que para todos los que estamos presentes… y los que faltan por venir —empieza a hablar y miro a Nico.

—¿Quién falta? —susurro.

—Supongo que su marido. Calla y presta atención. —Sonríe y me acaricia la cintura. Definitivamente, me tiene loca de amor.

—Los Marchese y Baresi siempre han sido familia, pero por culpa de un mal hombre al que no pienso mencionar en mi casa, consiguió enemistarnos con artimañas y mentiras rastreras que nos llevó al enfrentamiento, odio y acusaciones que no eran ciertas sobre la muerte de un hombre al que quería como a un hijo, Ricardo Baresi. Y también perdí a sus hermanos, Bianca y Nico, que eran y son como unos hijos para mí —se emociona y Matteo, Bianca y Nico acuden a su lado.

—Tranquila, mamá, ya estamos aquí contigo —dice Matteo, acompañado de su prometida.

—Yo también estoy aquí. —La abraza Nico.

No puedo evitar que se me caigan las lágrimas. Por fin ese odio acérrimo se ha terminado y todo vuelve a la normalidad.

Supongo.

Francesca les hace un gesto con la mano para que regresen a su sitio, que todo está bien.

Se recompone y nos tiene a todos encandilados con su porte y elegancia. Una mujer que se ha hecho a sí misma, después de haber subido de los infiernos.

—Los que estáis aquí, casi todos conocéis mi historia. Romano me salvó de un tirano que quería matarme y me devolvió la vida. Es un hombre bueno que siempre ha protegido a los más vulnerables y manipulados por mala gente, como la persona que me niego a mencionar. —Hace una pausa.

Le duele tanto el daño que ha causado Richard De Luca, que no quiere ni decir su nombre… y la entiendo.

»Hay algo más que debéis saber, sobre todo tú, Nico. —Le mira a los ojos—. Pero creo que te lo debe explicar mi marido y lo entenderás mejor. Te pido perdón de antemano y también te doy las gracias por todo.

Nico, yo y todos los que estamos en el salón, nos quedamos desconcertados, pero él está que no sabe por dónde suenan los truenos.

—No entiendo nada, Francesca —dice Nico incómodo.

—*Aspetta e vedrai* —contesta en italiano.

Que espere y lo verá, eso le responde y Nico se echa el pelo hacia atrás, señal de que está nervioso.

—Tranquilo, seguro que es algo bueno. —Intento calmarlo.

—No me gustan las sorpresas si no las veo venir. —Frunce el ceño.

—Cariño, por eso lo llaman sorpresa, si no, no tiene sentido. —Sonrío.

Me acaricia la cara y me veo reflejada en sus ojos. Sé que le doy paz y tranquilidad, aunque estemos en un salón lleno de gente.

Pronto se rompe la magia cuando el mayordomo anuncia que el señor Romano Marchese ha llegado. Francesca sale a recibirlo y él le da un beso en los labios. Se nota que la ama de verdad.

Romano nos mira a todos como si nos pasara un escáner uno a uno. Se retuerce las manos y parece inquieto. Matteo se acerca y le da un beso en la cara y le susurra algo. Su padre asiente y vuelve con Bianca.

—Buenas tardes, soy Romano Marchese y creo que todos me conocéis, aunque sea de vista o de habladurías —se presenta educadamente, aunque sigo notando nerviosismo en él.

Suspira y toma aire. Miro a Nico en busca de alguna respuesta, pero él está igual de perdido que yo.

—Sloane —cuando dice mi nombre me pongo tiesa y en alerta—, aunque te conozco poco, quiero darte las gracias por irrumpir en nuestras vidas. Si no te hubieras cruzado con ese personaje y con Nico, no hubiéramos terminado con él, y llevamos años siguiéndole la pista. Siento que te haya secuestrado para hacer daño de nuevo a Nico y a la familia, pero por fin va a pagar por todo el daño que ha hecho. Te doy las gracias y a ti Nico, por confiar en mí y poder detenerlo como es debido, con la ley.

Saca un pañuelo y se seca el sudor de la frente.

Mis padres están horrorizados al escucharle, aunque los hayan puesto al tanto. Contar una historia es una cosa, que te la desglosen con detalles… es harina de otro costal.

—Lo hice por Sloane, le prometí que iba a cambiar y tengo palabra. El antiguo Nico le hubiera metido una bala entre los ojos —dice muy seguro.

—Santa madre de Dios. —Oigo a mi madre y me giro para ver que se está santiguando.

—Sea por lo que sea, lo has hecho bien, hijo.

Nico baja la cabeza emocionado, cuando Romano le llama hijo. Quiere esconder sus emociones, pero sé que le ha tocado el corazón.

—Este personaje, hace años introdujo con mentiras a una persona que quería mucho en un clan sanguinario, aprovechándose de su juventud y desconocimiento, solo para manipularlo y hacerme daño.

Ese joven se enamoró de una mujer y cuando se enteró que iba a ser padre, quiso salir de ese clan, pero no se lo permitieron…

—Ay, Dios mío —interrumpo espontáneamente al darme cuenta de lo que está hablando.

—¿Qué pasa, Sloane? —pregunta Nico preocupado.

—De Luca metió a tu hermano en el clan *I Corvineri* y cuando quiso salir, lo asesinaron. —Me llevo las manos a la boca.

Nico se gira y mira directamente a Romano.

—¿Es eso cierto? —inquiere muy afectado.

Romano asiente con la cabeza.

—Por desgracia sí. Tu chica es muy lista, pero no lo sabe todo. —Me guiña un ojo.

—El clan *I Corvineri* se acaba de desmantelar, pero no llegaron vivos a prisión. Imagino que cabos sueltos de viejos tiempos que había que resolver, ¿me equivoco? —le pregunto a Romano ante un Nico atónito.

Le miro fijamente y Romano sonríe y me señala con el dedo.

—Ese cabo suelto y la detención del personaje innombrable, es lo que me permite contaros toda la verdad. Y como dice el dicho, la verdad nos hará libres. Ya es hora de hacer realidad esas palabras.

—Romano, no entiendo nada de lo que hablas. Me dices que De Luca introdujo a mi hermano en ese el clan y como no pudo salir, ¿ordenó matarlo?

Nico está muy cabreado.

—No era su primera opción. Al principio trabajaba para él, pero cuando se enamoró de Marlem, vio que se le iba de las manos. Tu hermano era ambicioso y le gustaba el dinero. De Luca le mintió y lo introdujo en el clan, le convenció que ganaría mucho dinero y prestigio. Lo que quería era tenerlo bajo su poder. Cuando se enteró del embarazo de Marlem, ya sabía que no podría salir de ahí si no era con los pies por delante.

—Pero De Luca le tendió la trampa en el hotel, para inculparlo a usted —salta Marlem, indignada al escuchar toda la historia.

Todos estamos un poco perdidos y confusos con el clan malvado, con el personaje este, solo hay maldad y traición.

—¡Qué más da ya! ¡Mi hermano está muerto y no hay solución! ¿Por qué fue a ese hotel si se lo contaste todo? —le pregunta a Marlem roto de dolor.

Romano se acerca y le pone una mano en el hombro para calmarlo. Marlem llora y Bianca la consuela mientras Francesca coge a la pequeña Ángela en brazos.

—Hijo, creo que ya es hora de que dejes de sufrir y que sepáis todos la verdad —dice Romano.

Pega un grito al mayordomo y le da la orden de que dé paso a su anfitrión.

Todos nos callamos y estamos a la expectativa. Le aprieto la mano a Nico mientras miramos la puerta con atención. Un hombre apuesto, alto, ojos castaños, la piel un poco castigada, tal vez por un clima frío o caluroso, da igual, la cuestión es que se parece a Nico.

—¡Ricardo! —grita Bianca y se tira a sus brazos.

Nico está paralizado. Cree que lo que está viendo no es real. Entonces le ve y le sonríe, pero Nico no reacciona. Marlem entra en acción y su hija acapara la atención de Ricardo. Es la primera vez que ve a su pequeña. Rompe a llorar y es muy emocionante, pero Nico sigue en *shock.* Mis padres están flipando. Para ellos, esto es como ver una película en el cine con muchos desenlaces inesperados.

—Nico, ¿estás bien?

Pero él no contesta.

Cuando Ricardo saluda a sus seres queridos, se acerca a su hermano y me mira a mí.

—Nico, hermano, ¿no te alegras de verme?

Se hace un silencio incómodo entre los hermanos Baresi.

—Me has mentido, todos estos años sufriendo por tu ausencia y era mentira. ¿Cómo has podido hacernos esto? —le grita.

Está enfadado y dolido, pero no esperaba esta reacción de él.

—Déjame que te explique. No ha sido plato de buen gusto estar sin vosotros. Ni siquiera he podido conocer a mi hija. Lo hice para protegeros a todos —se explica.

—¿Protegernos? ¿De qué? Sé cubrirme las espaldas muy bien. Soy un Baresi. —Saca pecho y creo que se está equivocando.

—Tu hermano Ricardo tiene razón, no ha sido fácil para nadie. Hizo un trato con los federales a cambio de protección —cuenta Romano.

—¿Tú lo has sabido todo este tiempo? —pregunta incrédulo.

—De hecho, fue tu hermano quien acudió a mí para contármelo todo, cuando Marlem le contó la trampa que le tenían preparada en el motel —confiesa Romano.

Nico se mueve nervioso y todos estamos confusos.

—Papá, ¿ayudaste a preparar su muerte? Utilizaste el mismo sistema que hiciste con mamá —deduce Matteo.

—Así es, hijo. Fueron los federales los que entraron en el motel, para que Marlem los viera y se lo contara a De Luca. Nos apropiamos de un cadáver que nadie reclamaba en la morgue y dejamos restos de ADN de Ricardo y su identificación. Luego lo llevaron a un sitio seguro, dónde les ha estado dando información del clan *I Corvineri* y del otro personaje —concluye la explicación.

—Muerto el perro, se acabó la rabia —dice mi madre.

—Así es, Alma —responde Francesca—. Ya no existe el clan ni el personaje malvado. Ricardo es libre para volver a la vida y con sus seres queridos.

Nico está ofuscado dándole vueltas a la cabeza.

—Has aguantado toda la mierda, insultos y amenazas sabiendo que mi hermano estaba vivo. ¿Por qué lo has hecho? —le pregunta a Romano.

Le pone la mano en la nuca.

—Porque os quiero como si fuerais mis hijos y a un hijo se le perdona todo.

Nico hace una mueca con la boca intentando no emocionarse y mantener el tipo, pero al final, puede más el corazón que la razón.

—Lo siento —se disculpa.

Ricardo se acerca a su hermano.

—Nico, esa gente eran sanguinarios. Si abandonaba el clan, irían a por todos mis seres queridos, a por ti, Bianca, Romano y su familia, papá, Marlem, mi hija… Todo ser que yo amara, lo arrasarían como un volcán hasta dejar solo ceniza, así que fingí mi muerte y os salvé

a todos. Lo que no contaba, es que ese hijo de puta siguiera empecinado con querer ser el rey de reyes —dice muy jodido.

Me escuecen los ojos de tanto llorar. No imagino por lo que ha tenido que pasar Ricardo. No poder contactar con sus seres queridos y decirles que está vivo.

Los hermanos se funden en un abrazo y vuelvo a llorar como una tonta. El maquillaje se va al carajo y salen a la luz los moretones de la hostia que me dio el personaje, como dicen ellos. Mi madre se fija y viene corriendo hacia mí.

—¿Te lo ha hecho ese hijo de su madre? —pregunta encendida.

Asiento con la cabeza, ya que no puedo hablar.

—Le salva que esté en la cárcel, si no, yo misma le meto esa bala entre los ojos —asegura sin dudar.

Todos la miran y se echan a reír.

—Parece que tenemos que añadir a la matriarca del clan Moses, cuidado con la señora —se burla Matteo.

Mi madre lo mira con su dedo amenazante.

—Contigo tengo que hablar yo. No creas que me olvido de ti. Te salva Bianca que va a ser de la familia, si no…

Mi madre aspira por la nariz y mi padre le pone una mano sobre el hombro para tranquilizarla.

—Vamos a casa, cariño, que estas cosas te afectan y das un poquito de miedo.

—Déjala, papá. Quedaos con nosotros —les ruego.

—Por favor, señores Moses —insiste Nico.

—Por favor, mamá —ruega Elina.

Nos quedamos todos en familia. Ricardo con Marlem y su niña. Bianca y Matteo, Romano y Francesca, mis padres y Elina, Nico y yo. Pasamos horas escuchando historias de ambas familias y es el reencuentro más bonito y el lugar en el que más a gusto me he sentido nunca. Por fin he encontrado mi lugar.

32

De vuelta al Refugio

Dos años y medio después

Me despierto al lado de mi marido. Nico todavía sigue dormido y le acaricio el pelo enredado, con sumo cuidado. No puedo creer que llevemos año y medio casados. Sigo tan enamorada de él como el primer día. Fuimos los últimos en hacerlo. Primero se casó Bianca y Matteo, le siguió Ricardo y Marlem y al final nosotros dos. Fue un día inolvidable y mi madre no paró de llorar en toda la ceremonia. Todavía me estremezco al recordar ese día.

—Buenos días, *cara mía* —ronronea medio dormido.

—Buenos días, *amore*. Tengo que ir a trabajar y tú deberías hacer lo mismo —le susurro en el oído.

Se da la vuelta de golpe y me acorrala poniéndose encima de mí.

—No me gusta que vayas a trabajar, tienes todo lo que necesitas y yo te quiero para mí a todas horas. —Muestra una sonrisa traviesa y me muerde el labio inferior.

Mi piel se eriza, pero estoy acostumbrada a que me haga esa jugada casi todos los días.

—Nico, ya sé que por ti estaría en la cama disponible a todas horas, pero me gusta trabajar. Ahora levántate que voy a la ducha y no quiero llegar tarde. Lara me espera y tenemos un montón de compromisos.

Le empujo levemente, pero él hace fuerza con su cuerpo y no me deja escapar.

—Solo diez minutos… luego te dejo ir —ronronea de nuevo.

Sonrío, porque sé que me está mintiendo. Para Nico, diez minutos nunca son suficientes.

—Te prometo que esta noche soy toda para ti, pero ahora tengo que irme. No seas malo, por favor. —Finjo un puchero.

Chasquea la lengua y cede a mis plegarias, no sin antes darme un beso que me deja sin aliento y enciende mi cuerpo como una bengala. Cuando se despega de mí, lo miro casi con odio por dejarme con un soberano calentón.

—Ya puedes irte, te veo esta noche —se burla de mí.

Le tiro el cojín a la cara y voy hacia la ducha gruñendo en voz baja. Oigo cómo se ríe a mi espalda.

Todos los días la misma historia, pero no lo cambio por nada del mundo.

Me desnudo y entro en la ducha. Cuando Nico y yo nos casamos, poco después nos enteramos de que Joe Mullen se quería jubilar y cerrar El Refugio. Le pedí que lo comprara y me preguntó si estaba loca. La verdad que un poco, pero es donde lo conocí. Ahora es un local elegante, selectivo y que no todo el mundo puede entrar. Hice encargada a Lara y contraté a los gemelos y a Joana. Alessio es el encargado de seguridad y mi madre de la cocina, por llamarlo de alguna manera. Mi padre la acompaña y hace de relaciones públicas. Ahora viven en un apartamento en Nueva York, en el que mi hermana Elina está más que encantada.

El agua caliente cae sobre mi cuerpo y pienso en unos pequeños detalles que le tengo que ordenar a Lara. A mí no es que me haga falta trabajar, ni pasar por allí, Lara se organiza perfectamente y mi madre lo hace por distracción. Tengo al mejor chef de la ciudad y no necesita que lo supervise nadie, pero así mi madre se siente mejor y acepta el dinero sin remordimientos para cuando se va de compras con Francesca. Ahora son amigas y salen bastante a menudo.

Lo que ha cambiado mi vida… Y la de todos.

Me sobresalto al oír la puerta de cristal abrirse.

—¡Nico!

Voy a regañarle, pero no tengo ninguna oportunidad.

Se lanza desnudo al ataque y me aplasta contra la pared de mármol de la ducha. Su boca no me da tregua y sus manos recorren con avidez mi cuerpo. El agua nos moja, pero mi coño está húmedo y no es por el agua.

—Te deseo, esposa mía, no puedo evitarlo, eres mi razón de vivir —susurra en mi oído, mientras me mete los dedos en la vagina y me

estremezco.

Me agarro a su cuello y noto su torso desnudo y mojado contra mis pechos. Lo beso con pasión y nuestras lenguas se entrelazan mientras él sigue indagando en mi sexo y jadeo en su boca.

Saca la mano de mi interior y lo miro a los ojos. Está hermoso con su pelo mojado cayéndolo sobre la cara. Me excito solo con verlo. Levanta una de mis piernas, dobla sus rodillas para hacerse camino y me penetra.

—Dios…

Echo la cabeza hacia atrás mientras empieza a embestirme y mi pierna rodea su cadera para no soltarme. Me besa y me embiste sin decir nada y diciéndolo todo. Desde que estamos casados, todo ha ido a mejor. Viene a casa todos los días y ha cumplido su palabra. Hacemos el amor y estamos felices. Trabaja con Romano, Matteo y Ricardo. Sé que no son al cien por cien legales, lo llevan en la sangre, pero no hacen daño a la gente y está conmigo.

—Nicoo…

Una estocada salvaje me devuelve a la realidad. Me está follando como me gusta, como si fuera la primera vez que me ve y me desea a muerte.

—*Ti amo* —susurra.

Su polla entra y sale de mi coño con una fuerza no apta para las mujeres humanas. Es una fricción tan deliciosa que le hinco los dientes en el hombro y me estremezco calentándole la polla con mi orgasmo. Eso le pone frenético.

Me agarra de las nalgas y me levanta en el aire. Me sujeto a su cuello porque va a descargar con fuerza. Tiene los ojos vidriosos y eso me encanta. Me gusta que me mire loco de amor y deseo.

—Voy a llenarte, *cara mía* —sisea muy cachondo.

—Lo sé, dale fuerte —lo animo a hacerlo.

Hunde los dedos en mi carne y aprieta mis nalgas para impulsarse y bombear con fuerza hasta descargar toda su esencia dentro de mí.

Jadea y me baja, descansando su cabeza sobre mi cuello, mientras el agua nos moja y se lleva nuestros fluidos. Estoy reventada y lo que me menos me apetece es vestirme e ir a trabajar.

—Eres un traidor, siempre me engañas y ahora estoy agotada —me quejo.

Muestra una sonrisa que me deja fuera de combate.

—Pues quedémonos en casa todo el día, para algo somos los jefes —me tienta.

—Nico, tengo que hablar con Lara para organizar la fiesta del bautizo del hijo de tu hermana. Es tu sobrino —le reprocho.

—Dirás nuestro sobrino —me corrige.

—Ya lo sé, no hace falta que me lo recuerdes, sé que Carlo es mi sobrino y lo adoro.

—Pues haber cuando te animas y me das un mini Nico. No estaría mal tener un niño correteando por esta casa y jugando con Carlo y Ángela. Ya tengo treinta y cinco años y no quiero tener solo uno —me recuerda cada dos por tres.

Salgo de la ducha un poco molesta. No es que no quiera darle un hijo a Nico, es que no me quedo embarazada y me da miedo no poder darle lo que quiere y eso me genera mucho estrés. Yo me excuso con el trabajo y en que hay tiempo, que quiero disfrutar de nosotros, pero ya se está impacientando.

Me seco a toda prisa y quiero salir del baño para ir al Refugio, pero Nico me abraza y me obliga a mirarle.

—¿Estás bien?

Intento mantener la compostura.

—Sí, solo que has consumido toda mi energía. Comeré algo en El Refugio y luego te llamo.

Le doy un beso en los labios y entro en la habitación para vestirme a toda prisa. No quiero que vea que estoy preocupada. Me pongo un traje de chaqueta negro, con una camisa de seda en color claro y unos *stilettos* de siete centímetros. Me maquillo, uso unos pendientes de oro y diamantes que me regaló Nico y me llevo la gabardina por si hace frío. Agarro el bolso y voy hacia el ascensor.

—¿No me das un beso de despedida? —se queja Nico.

Me giro y está desnudo con la toalla atada a la cintura.

—Cariño, ya me he maquillado y llego tarde. Te llamo luego y quedamos. Te quiero.

Le lanzo un beso y salgo pitando del ático.

Alessio me espera abajo en el garaje para llevarme al Refugio.

—Buenos días, señora Baresi —me saluda Alessio.

—Buenos días y llámame Sloane, ya te lo he dicho mil veces —gruño un poco.

Veo que muestra una sonrisa burlona, pero no hace ni caso.

—¿Vamos al Refugio?

—Sí, como siempre.

Me acomodo en el asiento de atrás y llamo a Lara.

—Sloane, ¿dónde estás? Tus cuñadas se han presentado esta mañana aquí y me están atrasando en el trabajo. ¡Quieres hacer el favor de venir de una vez! —exclama atacada.

Ruedo los ojos agobiada nada más empezar el día.

—Estoy de camino. ¿Qué hacen ahí?

—¡Yo qué sé! Quieren hablar contigo para organizar la decoración del local. —Alza la voz cabreada.

—Pero si de eso nos encargamos nosotras, ya se lo dejé claro a Bianca.

—Pues muy claro no le debió de quedar. Vente que se han traído a los niños y estoy que me da algo.

Me cuelga y me quedo mirando el teléfono como si fuese a ver a Lara salir por la pantalla de un momento a otro.

—Dios, qué mañana —suspiro y me llevo las manos a las sienes.

—¿Todo bien, señora? —pregunta Alessio.

—Tranquilo, solo estoy mareada porque no he desayunado y me duele la cabeza.

—¿Quiere que pare a comprarle un café?

—Ya estamos llegando, gracias.

Tengo remordimientos de cómo he dejado plantado a Nico en casa. Rehúyo hablar del tema hijos. Mi madre también me agobia y creo que eso es lo que me impide quedarme embarazada, tanta presión.

Recuerdo nuestra luna de miel por Italia y España. Me enamoré de Roma y Madrid. Los días más felices que he pasado con mi marido. Los dos solos, sin familiares, trabajo ni presiones. Solo nosotros. En cierto modo, tengo lo que quería, una gran familia. Vaya si lo es. No puedo quejarme.

Fuimos a Sicilia a conocer a su padre, Enzo Baresi. Un hombre peculiar y bastante parecido a Nico, o eso pensaba hasta que abrió la boca. No me extraña que sus hijos huyeran de él y de aquel lugar. Enzo es un hombre clásico y muy arraigado a sus raíces. Mejor tenerlos lejos, muy lejos.

—Ya hemos llegado, señora Baresi —anuncia Alessio.

Me abre la puerta y lo miro muy seria.

—No voy a conseguir nunca que me llames por mi nombre, ¿verdad?

—No, señora.

Disimula una sonrisa.

—Me lo imaginaba.

Entro en El Refugio. Ahora es un local totalmente reformado y destaca por su diseño moderno y elegante. Las paredes son de microcemento en tonos suaves combinados con paneles de madera natural, aportando un aire cálido y contemporáneo.

El suelo de piedra pulida en tonos gris claro refleja la luz tenue de luces LED integradas en techos y paredes. El mobiliario se compone de sillas y sofás tapizados en cuero liso y mesas de madera y vidrio ahumado. Una barra central iluminado desde su base, con detalles en acero y piedra blanca, sirve como punto central del espacio. La decoración se completa con plantas naturales grandes y obras de arte abstracto, creando un ambiente moderno, funcional y sofisticado. La combinación perfecta que tenía en mi cabeza.

Lara viene corriendo hacia mí como una loca pidiendo auxilio.

—¡Llévatelas de aquí o las mato!

—Tranquila, no será para tanto.

Camino y veo al pequeño Carlo correteando por las mesas y tirando de los manteles y Ángela detrás de él, mientras Bianca y Marlem hablan entre ellas y pasan hasta el culo de los niños. Cuando veo a Carlo que se acerca peligrosamente a un jarrón que me ha costado un ojo de la cara, suelto un grito.

—¡Bianca, coge al puto niño!

Pega un brinco y se da cuenta de lo que va a ocurrir y reacciona. Marlem también echa a correr y logramos coger al pequeño bicho

antes de que el jarrón se vaya al suelo. Miro hacia atrás y veo a Lara pálida como la leche.

Acudo en su ayuda.

—Ey, ya está. Todo va bien. ¿Por qué no sales con Brian a dar una vuelta? Ya me encargo yo.

La sangre vuelve a la cara de Lara y me la llevo fuera del local antes de que explote delante de mis cuñadas.

—¿Lo has visto? ¿Y quieres hacer el bautizo de ese monstruito aquí? —pregunta al borde del síncope.

—Tranquila, quitaremos todo lo de valor y despejaremos el local. Pondremos una zona de juegos para los niños y monitores para que los cuiden, está todo controlado. No volveremos a admitir ningún evento para niños, solo en esta ocasión por ser mi cuñada. ¿Vale? —Intento tranquilizarla.

—Vale. Voy a decirle a Brian que me lleve a tomar algo por ahí. Cuando se hayan marchado me avisas, ¿te parece bien?

La abrazo con cariño.

—Me parece genial.

Entro de nuevo y aviso a Brian para que salga y voy con mis cuñadas.

—Lo siento, Sloane, no me di cuenta de que Carlo se estaba portando mal —se disculpa Bianca.

Cojo al chiquillo en brazos, que va a cumplir once meses.

—No pasa nada. Está muy espabilado para su edad. Hay que ver cómo camina solo. —Sonrío.

Bianca sonríe orgullosa de su hijo.

—Es muy inteligente y adelantado. Otros niños de su edad apenas saben gatear y Carlo ya camina y balbucea algunas palabras.

Miro a mi sobrino.

—Eres muy listo. ¿Sabes quién soy? Di tía Sloane. Tí-a —le hablo al niño.

Me mira con esos ojos verdes con los de Matteo. Me acaricia la cara con su manita.

—Ti-ta —balbucea.

Me quedo ojiplática.

—Te lo dije, es muy inteligente —reafirma su madre.

—Vaya, sí que es asombroso.

Le paso a su hijo y hablamos de los planes de la fiesta del bautizo. Ella quiere organizar cosas que son inviables en El Refugio y así se lo hago entender. Al final cede a lo que le propongo y se queda satisfecha. Un dolor menos de cabeza para Lara y para mí.

—Gracias, Sloane, a ver si quedamos las tres para ir al *spa* o a tomar algo para despejar la cabeza, ya que nuestros maridos andan muy liados en su nuevo proyecto —comenta Bianca.

Parpadeo varias veces y sonrío como una idiota.

—¿Qué proyecto?

Marlem y ella se miran como si hubieran metido la pata.

—¿No te ha comentado nada Nico?

—Pues no lo sé, si no me decís de qué proyecto habláis. Nico trabaja en muchos proyectos. —Me salgo por la tangente.

—Están pensando abrir una empresa en Los Ángeles, ya que aquí nos va muy bien y quizá alguno de nosotros, tengamos que ir un tiempo a vivir allí, para supervisarla —comenta con la boca pequeña.

El golpe emocional que recibo es muy duro.

—La empresa… —suspiro—. Así que no os conformáis con el territorio que habéis ganado en Nueva York que queréis ir a por Los Ángeles. Perdón, la empresa. —Soy irónica.

Bianca se ofende, Marlem se mantiene al margen.

—Sloane, lo que tienes aquí no cae del cielo.

Sale el lado Baresi de Bianca.

—Por supuesto que no, sale de la gente que trabaja duro y honradamente desde que lo abrimos. Tenemos reputación y buen nombre y la gente hace cola por entrar aquí. No es gracias a la empresa, sino a mi trabajo y el de mis empleados —le explico orgullosa.

—No quiero problemas contigo y menos con mi hermano. Tarde o temprano lo ibas a saber. Eres de mi familia y la familia se cuenta todo.

—Pues coméntaselo a tu hermano, porque debe tener problemas de memoria.

Cojo el bolso y me voy con el cabreo más grande del mundo. No me esperaba esta traición de Nico. Me ha mentido, mejor dicho, me

está ocultando cosas y eso no me gusta.

Estoy en la calle y la cabeza me revienta. No he pegado bocado desde que me he levantado. Cojo el móvil y llamo a Nico.

—Hola, *cara mía*, ¿ya me echas de menos?

Aprieto los dientes porque duele que me oculte cosas.

—Nunca te he preguntado sobre tus negocios porque en el fondo sé que tu naturaleza, la de tu hermano y los Marchese, supongo que no es del todo la más idónea, pero sé que no hacéis daño a nadie, por eso no me meto.

—¿A qué viene eso ahora, amor mío?

—Una cosa es mirar hacia otro lado por amor, pero que me mientas… con eso no puedo vivir. —Rompo a llorar.

—*Cara*, no entiendo, ¿qué pasa? Me estás asustando. Nunca te he mentido desde que estamos juntos. ¿Dónde estás?

Nico entra en pánico.

—¿Cuándo me ibas a contar lo de la empresa en Los Ángeles? ¿Tal vez cuando ya tengamos hechas las maletas? —sollozo.

Se hace el silencio.

—Sloane, no es así. Ven a casa o dime dónde estás para hablarlo. No es lo que piensas. ¡Dime dónde estás! —Alza la voz porque está nervioso.

—Ah, claro. Esperabas a cerrar el trato sin consultarme. Vuelves a ser el Nico de siempre o ¿has dejado de serlo alguna vez? Necesito pensar. Dame un tiempo, ahora no puedo estar contigo.

Las lágrimas corren por mis mejillas.

—¡Maldita sea, Sloane! ¡No puedes dejarme! Eres lo que más quiero en el mundo. Si me dejas, me matas. No me hagas esto. Solo ha sido un error de mierda no comentarlo, pero te estás equivocando. ¡Perdóname, pero no me dejes! —implora a gritos.

—No te dejo, solo necesito espacio para pensar. Si a esto le llamas error, ¿cómo puedo seguir confiando en ti? No quiero vivir con miedo de nuevo. Adiós, Nico.

—Sloane, por f..

Cuelgo y me siento morir.

No sé qué pensar de él. Bianca ha crecido en ese mundo. Su mundo. Pero ya dije que no quería vivir con miedo y esperar esa

llamada que me diga que mi marido ha aparecido muerto con un tiro en la cabeza.

Y ese miedo, ha vuelto.

33

Desconfianza

Me refugio en casa de mi madre. Da igual a dónde vaya, Nico me va a encontrar, pero a mi madre le tiene mucho respeto. Cuando entro en el apartamento nuevo, me encuentro que Elina sale con unas amigas. Ya tiene dieciocho años y es un bellezón.

—Sloane, ¡qué alegría verte! —Me da un abrazo y pienso en lo rápido que pasa el tiempo.

—¿Os vais a la universidad? —pregunto por decir algo y que no me vean mal.

—Sí, tenemos clase en una hora. Estas son mis amigas Dolly y Kelly.

Elina está feliz con sus nuevas amigas de la ciudad y la veo radiante.

—Encantada, chicas, pasadlo bien y estudiad, es importante para vuestro futuro.

Me veo hablando como mi madre.

—Mi hermana habla cuatro idiomas, ahí donde la veis y está casada con un italiano guapísimo —presume de familia.

—Venga, iros ya que llegáis tarde.

Me deshago de ellas antes de que empiece a hablar de Nico, Matteo y de todo su clan.

Pego la espalda contra la puerta y suspiro. Cierro los ojos y la cabeza me duele horrores.

—¡Hija! Creí que estabas en El Refugio. Ahora mismo iba a salir hacia allí. ¿Qué haces aquí?

Me mira y su semblante cambia por completo.

—Mamá, necesito una taza de café y una aspirina —le pido casi sin fuerzas.

Voy arrastrando los pies hacia el salón y me dejo caer en el sofá. Estoy muerta de cansancio y agotada mentalmente. Mi corazón ya

no aguanta tanto sufrimiento y necesito un descanso.

—Te veo mal, hija, ¿qué sucede?

—Café, por favor —le recuerdo.

Mi madre va a la cocina a por una taza de café y en el bolso mi móvil vibra. Veo que es Nico. Tengo más de una docena de llamadas perdidas y mensajes. Lo apago y mi madre viene con el café caliente.

—Aquí tienes, hija. Cuidado, no se te caiga.

Me incorporo y bebo un sorbo y parece que me da un poco de vida. Estoy desmayada y con tanto disgusto, no me tengo en pie.

—Gracias, mamá, ya me siento mejor.

Pero mi madre me observa en plan detective. No se le escapa nada.

—Cuéntame qué problema tienes. Desde que te has casado, solo has venido aquí dos veces; el día que compramos el apartamento y cuando nos instalamos. Algo va mal y no me engañas. —Frunce el ceño.

Bebo e intento desviar su atención.

—No vengo porque te veo casi todos los días en El Refugio. Pasamos mucho tiempo juntas, ¡no te quejes! —Disimulo una sonrisa.

—Si no me quejo, estoy encantada de verte todos los días y de que estés aquí, pero me gustaría que fuese por algo bueno y no por huir de tu marido —me suelta sin vaselina.

Casi me atraganto con el café.

—¿Cómo sabes eso? —pregunto sorprendida.

—Porque ha llamado preguntando si estabas aquí y si venías, que le avisase. —Hace una pausa—. ¿Ahora me cuentas qué te ha pasado con el *Espagueti*?

Mi madre le sigue llamando así, a pesar de que sea su yerno.

Apoyo mi cabeza en su hombro y rompo a llorar. Deja que me desahogue y acaricia mi cabeza como cuando era niña.

—Me ha mentido y eso no me gusta. Tengo miedo de que vuelva a las andadas, como cuando lo conocí —le confieso a mi madre.

Noto que se tensa, es un tema que le incomoda y hace daño, igual que a mí.

—¿Por qué dices eso? ¿Tienes pruebas o has visto algo raro?

—No, eso es lo que me jode. Todo va bien entre nosotros. Me hace feliz, viene a casa todos los días, es… perfecto.

—No lo entiendo, hija.

Me incorporo cabreada.

—Hoy he visto en El Refugio a mis cuñadas y se les ha escapado que tenían un proyecto nuevo.

—¿Qué proyecto?

—Eso fue lo mismo que pregunté yo. Se me quedó una cara de imbécil, para enmarcar.

Me levanto enfadada y empiezo a caminar de un lado a otro, lo hago cuando estoy nerviosa.

—¿Qué te contaron?

—Que iban a montar una empresa en Los Ángeles y que alguno tendría que ir a vivir allí para supervisarla. No entiendo cómo Nico no me ha dicho nada. Seguro que quieren hacerse con el territorio de la Costa Oeste y han vuelto a las andadas, ya que en Nueva York son los putos amos —digo irritada y agitando las manos.

Mi madre se levanta y me baja las manos para que me tranquilice.

—¿Eso te lo ha dicho tu marido?

Me quedo callada y miro a mi madre.

—No, lo he deducido yo.

—¿Tú estás loca o qué bicho te ha picado? Primero disparas y luego preguntas. Dale la oportunidad a tu marido de que se explique. Lo estás juzgando sin conocer su versión. Te estás basando en los chismes de tus cuñadas que pueden haber escuchado cualquier cosa y distorsionarla. Tú no eres así, Sloane. —Me echa la bronca del año.

Me siento colapsada por el argumento que me da mi madre. Tiene toda la razón del mundo. Lo he juzgado y castigado sin darle opciones a defenderse. Dios, soy una egoísta tirana.

Me llevo las manos a la cara y rompo a llorar. Mi madre me consuela.

—Tengo mucho miedo de que vuelva a ese mundo y que le ocurra algo malo. No soportaría vivir sin él —confieso entre lloros.

—Y a lo que tú le tienes miedo, se lo haces a él. ¿Sabes lo preocupado que estaba cuando me ha llamado? Un hombre que te miente y no te quiere, no entra en pánico al pensar que puede perder a su mujer. Dale la oportunidad de defenderse —me aconseja mi madre.

—Lo haré, mamá. Voy a llamarlo e iré a casa, este disgusto me ha sentado muy mal. Me duele mucho la cabeza.

Me levanto, se me nubla la vista y me voy al suelo.

Despierto en el hospital y Nico está a mi lado cogiéndome la mano. No sé qué ha pasado, recuerdo estar hablando con mi madre y después… nada.

—Hola —digo con la garganta seca.

Nico se levanta con lágrimas en los ojos y me besa los labios, la cara, los ojos…

—¡Qué susto me has dado! Si te pasa algo, me muero.

Veo el miedo y la desesperación en sus ojos, está diciendo la verdad y es el mismo miedo al que yo tanto temo y ahora lo sufre él.

—¿Qué ha pasado? —pregunto.

—Te desmayaste en casa de tu madre. Yo iba de camino y te encontré junto ella. Ni esperé a la ambulancia, te traje corriendo. Me has dado un susto de muerte. —No me suelta la mano y está con un ataque de ansiedad.

Entra el médico con unos papeles en la mano. Nico se levanta nervioso y yo me siento en la cama.

—Señora Baresi, no haga esfuerzos o podrá desmayarse de nuevo —dice el doctor.

Nico abre los ojos acojonado y yo también. Me espero la peor noticia del mundo.

—¿Qué le pasa a mi mujer? —pregunta alterado.

—Señor Baresi, está con mucha ansiedad, debería ir a que lo vean, su estado no es bueno.

—A la mierda mi estado, ¿qué le ocurre a mi esposa? —insiste.

El doctor, un hombre delgado, con gafas, canoso y pachorrón, mira mi historial y levanta la vista.

—Su mujer está bien. Le faltan vitaminas y tiene el hierro muy bajo. Toda la analítica la tiene por los suelos. La glucosa, los …

Nico lo interrumpe.

—¿Solo es eso? —pregunta casi con alivio.

Asiente con la cabeza.

—Eso y el nivel de estrés que acelera todos los factores de riesgo, la anemia y la glucosa baja, hace que pueda desmayarse en cualquier momento si no se trata. Por lo demás, está bien. Le pasaré la medicación, suplementos y la dieta que debe seguir para que se recupere.

—Gracias, doctor —digo por alusiones.

Nico le aprieta la mano y vuelve a mi lado.

—Vas a hacer todo lo que te diga el médico y ya le diré a Máxima que se encargue de tu dieta. No vuelvas a darme un susto así, por favor —ruega con los ojos vidriosos.

—Nico, perdona por cómo he gestionado lo que me ha contado tu hermana. Lo que sientes ahora, no es nada comparado al miedo que tengo a que te ocurra algo a ti. No podría soportarlo —me sincero con él.

—Lo que oíste decir a mi hermana, no es así. Matteo y Ricardo se están planteando el ir a vivir a Los Ángeles porque les gusta ese clima. Le preguntaron a Romano si podrían trabajar desde allí o incluso ampliar la empresa, pero yo no voy en el lote. De hecho, esto se habló ayer y no he tenido tiempo a comentártelo porque tampoco lo tienen claro y no le di importancia. Nunca te he mentido. —Me jura por su vida y le creo, cosa que hace que me sienta peor.

—Lo siento, perdóname. —Rompo a llorar.

Me abraza y huelo su aroma, ese que tanto me gusta y que forma parte de mí.

—¿Vas a hacer lo que te ha dicho el médico?

—Sí, claro. No quiero ir desmayándome por las esquinas —me burlo.

Coge mi cara entre sus manos y me besa. Estoy a punto de perder el sentido, pero de otra manera más agradable.

—¡Ejem! —carraspea mi madre.

Nico me suelta y el rubor tiñe mi cara.

—Hola, mamá.

Nos mira a los dos y sonríe.

—Ya veo que tienes mejor color. He hablado con el médico y me ha puesto al día. Olvídate del Refugio durante un tiempo. Vete de vacaciones con tu marido, aclara la cabeza, come, ponte fuerte y luego retomas el trabajo. ¿Te ha quedado claro?

Como para llevarle la contraria. Asiento con la cabeza.

—No te preocupes, Alma, yo me encargo de que así sea —dice Nico en un tono divertido que a mí no me hace gracia, pero ellos dos parecen estar compinchados.

Mi madre se acerca y me besa en la frente.

—Hazle caso al *Espagueti* —me susurra al oído.

—Alma, que estoy aquí y te oigo —se burla Nico.

—Pues ya lo sabes. Cuida de mi niña… *Espagueti* Baresi.

—¡Mamá! —exclamo avergonzada.

Pero se va soltando una carcajada y Nico se ríe también. Parece que todo vuelve a la calma.

34

De vuelta al trabajo

Hoy me reincorporo al trabajo y tengo muchas ganas, después de tres meses bajo la atención estricta de mi marido, Máxima, mi madre y toda la familia. Me encuentro bien e incluso he retomado mi entrenamiento en casa, con moderación, ya que Nico me vigila constantemente.

La verdad es que es un amor de hombre. Ha estado más tiempo conmigo que en el trabajo. Incluso nos fuimos quince días de vacaciones a Aruba. Menudo viaje de sol, sexo y nuevas experiencias. Me ha venido genial para recuperarme y liberarme del estrés al que estaba sometida.

Nico se va al trabajo temprano, tiene que recuperar el tiempo que ha pasado conmigo y ahora le espera trabajo acumulado. Voy a la cocina y Máxima me espera con mi batido de espinacas, manzana verde y jengibre.

—Buenos días, hoy te veo muy bien. —Sonríe, mientras me pone delante el jugo verde y una tostada de pan con salmón y aguacate.

Resoplo y me siento en el taburete de la isla.

—Creo que ya podrías cambiarme la dieta un poco, se me va a poner cara de noruega —protesto un poco—. También podías añadir algo dulce y darle alegría a la vida, ¿no crees? —Sonrío con ironía, pero ella hace caso omiso a mis sugerencias.

—En la última analítica te había subido el colesterol de tomar tantas guarrerías con la excusa de que tenías la glucosa baja. Ahora hay que equilibrarlo y comer sano —me recuerda mis atracones de donuts y chocolate.

Farfullo por lo bajo y me como lo que tengo delante. No me queda más remedio.

—Hoy comeré en El Refugio, tengo mucho trabajo, así que no hace falta que me prepares nada.

Máxima sonríe y da miedo cuando lo hace de esa manera.

—No te preocupes, ya aviso a tu madre y le digo lo que te tiene que preparar. No te vas a salir con la tuya. —Me amenaza con el dedo.

Dejo la tostada, se me quita el hambre de golpe.

—Cada vez te pareces más a ella. Me voy —digo de mal humor.

Máxima suelta una carcajada y eso me da mucho coraje. Tengo treinta dos años y me tratan como si tuviera cinco.

—Comeré lo que me dé la gana.

Le saco la lengua y me meto en el ascensor. Ahora sí que actúo como una chiquilla.

—¡Joder! —grito dentro del ascensor para desahogarme.

Me cuidan y lo hacen porque me quieren, pero a veces es un poco agobiante.

Respiro varias veces y me relajo. No puedo permitirme el perder los nervios ni alterarme. Para eso he pagado un psicólogo estos tres meses y me ha ayudado a gestionar mi estrés. Llego al garaje privado y Alessio me está esperando.

—Buenos días, Alessio.

—Buenos días, señora Baresi. ¿Al Refugio?

Esbozo una sonrisa radiante.

—Sí, por favor.

Me abre la puerta trasera del coche y me acomodo en el asiento.

Voy mirando la agenda en el móvil y Lara lo está haciendo de maravilla. La verdad es que no me necesita para nada, pero yo quiero sentirme útil y no estar encerrada en casa o pasarme el día de compras como hacen mis cuñadas. A ellas les gusta ese estilo de vida y lo respeto, pero yo estoy hecha de otra pasta. Incluso le estoy dando vueltas a la cabeza, en montar mi propia agencia de viajes, lo que sea con tal de no estar parada.

Llego al Refugio y, cuando entro, me recibe Lara y Joana con mucha alegría.

—¡Hola! Ya estoy de vuelta —gorjeo feliz.

—Ya era hora, te echábamos de menos —dice Lara dándome un abrazo.

—Ay, Sloane, me alegro tanto de que estés bien. Tenemos que irnos de fiesta las tres y celebrarlo a lo grande —propone Joana.

—Me apunto —suelta Lara.

Me pilla de sorpresa y no sé qué contestar.

—Vale, lo organizamos —acepto un poco dudosa.

—¡Qué coño organizar! Nos vamos esta noche —decide Lara.

El zumo de espinacas me viene a la boca del susto. No sé cómo se lo va a tomar Nico. Voy al baño a escupir y a enjuagarme la boca.

—¡Qué asco! Máxima, esta me la pagas —digo frente al espejo.

Salgo del baño y mi madre llega con Francesca. El local aún no está abierto al público y ambas nos sorprendemos de encontrarnos.

—Mamá, Francesca, ¿qué hacéis por aquí tan temprano? —inquiero con curiosidad.

Se acercan y me dan un beso.

—Hija, Francesca y yo hemos salido a desayunar juntas y Máxima me ha avisado de que venías hacia aquí, así que hemos pasado a saludarte.

Lo dice con una tranquilidad, que cualquiera la creería, si no fuera que sé que ha venido a cosa hecha porque la ha enviado Máxima, para controlarme.

—Pues como puedes ver, estoy de maravilla, así que podéis seguir con lo vuestro, Lara, Joana y el resto de los que están aquí, cuidarán de mí, ¿verdad, chicas?

Las miro y ellas asienten con una sonrisa a la que nadie podría resistirse.

Mi madre aprieta los labios, pero Francesca la coge del brazo y se la lleva hacia la puerta.

—Vamos, querida, aquí estamos de más y tenemos cosas más divertidas en qué invertir el tiempo. Que tengáis un buen día.

Francesca se gira y me guiña un ojo. Yo junto las manos y le hago el gesto de una plegaria y le digo gracias en silencio con los labios.

—Bueno, ponedme al día —digo ilusionada.

—Voy dentro a preparar unas cosas, os veo luego —se despide Joana y nos quedamos a solas.

Lara me saca un balance de las cuentas de los últimos tres meses de mi ausencia y son extraordinarios. Tenemos lista de espera de

clientes de hasta cuatro meses y estamos en los mejores *rankings* de locales de ocio y restauración de toda Nueva York.

Miro a Lara emocionada.

—Lo que era este local y en qué lo hemos convertido. Estoy orgullosa de ti, amiga —la felicito emocionada.

—Yo pongo la mano de obra, pero la idea, el corazón de lo que hoy está aquí, es obra tuya. Yo hubiera montado un gimnasio o algo por el estilo —se burla.

—No sería mala idea. Que esto haya funcionado aquí, en Mott Haven, casi es un milagro. Las dos formamos un buen equipo.

Lara baja la cabeza emocionada, pero detecto que hay algo más.

—Tengo que contarte algo y no sé cómo decírtelo.

Siento un ligero mareo de pensar que me va a decir algo malo.

—No me acojones, Lara. Vengo de pasar un calvario, sobreprotegida por todos durante tres meses. Que no sea nada malo, por tu madre —le imploro.

—Brian y yo nos vamos a casar y queremos que tú y Nico seáis los padrinos —suelta una carcajada.

Me llevo la mano al pecho y respiro aliviada.

—Serás hija de…

La abrazo y tengo ganas de llorar de alegría.

—¿Qué me vas a contestar?

—Si ya lo sabes, loca. Menudo susto me has dado. Claro que seremos vuestros padrinos. —Hago un puchero.

—Hay algo más, me enteré hace unos días y quiero que seas la primera en saberlo y que no va a afectar al trabajo, ya lo tengo todo controlado.

Yo me quedo en el… hay algo más. Sé perfectamente lo que me va a soltar y eso sí que me jode, no por ella, sino porque yo no puedo.

—Estás embarazada, es eso lo que me quieres decir, ¿verdad?

Ella asiente con la cabeza.

—No es algo buscado, pero sucedió y ahora hay que echarle valor y hacia delante —dice cohibida.

—No te sientas mal, es una bendición y me alegro muchísimo por los dos. Sé que vas a ser una madre maravillosa.

Me coge de las manos y me mira a los ojos.

—Tú también lo vas a ser, no me cabe la menor duda.

Ahora soy yo la que baja la mirada, es muy duro ver cómo a tu alrededor, tu familia y amigos van teniendo hijos, menos tú.

—Lara, ya lo hemos hablado, a estas alturas, no sé si podré tener hijos. —Soy sincera.

Es a la única persona que le he comentado mis inquietudes y miedos.

—Has pasado por mucho, las dos lo hemos hecho y si yo me he quedado sin buscarlo, estoy segura de que tú también lo harás. Nuestros niños tienen que ser colegas y liarla cuando sean mayores. —Se ríe.

Al final me saca una sonrisa.

—¿Ya has decidido que sean niños? ¿Por qué no pueden ser chicas? —Suelto una carcajada ante su comentario, aunque por dentro estoy muy jodida.

—Sin duda alguna, ¿te imaginas a una *miniyo* discutiendo conmigo? Acabamos a hostias. No, yo quiero un niño que me llevo mejor con ellos y sé cómo tratarlos —dice convencida.

No puedo parar de reír ante sus argumentos, pero son muy coherentes. No me gustaría que una hija mía sea como yo y esté discutiendo conmigo y llevándome la contraria como hago con mi madre. Aunque daría todo lo que tengo por tener una.

Mi móvil suena y corta este momento tan bonito y duro a la vez para mí. Es Nico.

—Hola, cariño, ¿cómo te encuentras hoy? —La pregunta obligatoria de todos los días.

—Estoy bien. He venido al Refugio y estoy con Lara. Me acaba de contar de que se va a casar y quiere que seamos sus padrinos —le doy la noticia.

—¡Vaya! Por supuesto que será un honor ser su padrino. Dale la enhorabuena.

—Ahora mismo se lo digo. ¿Qué haces?

—He pensado que hace un día de verano maravilloso y que voy a pasar por El Refugio a recoger a mi esposa para llevarla a pasar el fin de semana en la playa. ¿Te apetece?

Me quedo sin palabras.

—Nico, hoy empiezo a trabajar porque en fin de semana es cuando hay más trabajo, creo que lo hablamos. Llevo tres meses yendo contigo a dónde has querido, playa, montaña, hoteles de lujo, balnearios… Solo te pido que me dejes volver a la normalidad y sentirme útil. —Sueno angustiada, y es así. Primero la noticia de Lara y ahora Nico queriendo aislarme de nuevo.

—No quiero que te estreses, me preocupo por ti. No pensé que estos tres meses conmigo fueran una tortura para ti —me contesta dolido.

—No he dicho eso. Han sido los mejores meses de mi vida. Te amo, Nico, pero entiende que necesito algo que ocupe la mente.

No sé cómo explicarle que él no es el culpable de nada, solo que el no poder darle un hijo, me hace sentir una inútil, una mujer estéril, vacía. Si no trabajo y siento que hago algo, que vale la pena, me puedo hundir en la miseria, pero eso no se lo puedo decir a él.

—¿No soy suficiente distracción para ocupar tus pensamientos? Porque yo no hago otra cosa que pensar en ti a cada momento.

Me llevo la mano a la cabeza, no lo entiende, no puede.

—Tienes razón, perdona. Quizá es demasiado pronto para empezar a trabajar. Puede que irme a la playa contigo sea una buena idea. Te amo, Nico, no lo dudes nunca —cedo al fin, no tengo opción.

—Paso a recogerte en diez minutos, *cara mía*. Yo también te amo. Tenemos el fin de semana para hablar si hay algo que te preocupa. No tengas miedo de hablar conmigo. *Ti amo*.

Cuelga y Lara viene hacia mí como un terremoto.

—¿Por qué no hablas con él y le cuentas lo que te está atormentando? Nico es un buen tío, lo entenderá o también podéis buscar alternativas. No te comas este marrón tú sola, Sloane. Eres una chica del Bronx, no lo olvides —me anima Lara.

—Ya no sé quién soy. Tengo mucho miedo perderlo, por eso no digo nada. Le quiero tanto que me duele. Si se entera que no puedo darle un hijo, se aburrirá y me dejará, lo sé —sollozo.

—No lo sabes y tarde o temprano se enterará. Mejor que sea por ti, amiga.

—Lo sé, lo sé, gracias, Lara.

Voy al baño a retocarme el maquillaje, Nico está a punto de llegar y no quiero que me vea en este estado. Lo que daría por tener un hijo con él, un trocito de su ser en mis entrañas. Un sueño que quizá nunca se haga realidad.

Lara me avisa que Nico está en la puerta y salgo con la mejor de mis sonrisas y el corazón hecho añicos. Me estoy convirtiendo en una profesional de la mentira. Algo que siempre odié y ahora hago con demasiada facilidad.

35

Ser una inútil

Estamos llegando a la casa que los Baresi tienen en Los Hamptons. El año pasado estuve aquí con Nico unos días y fue maravilloso. Es una de las casas más espectaculares, justo al borde del mar.

Apenas hemos hablado por el camino. Nico recibe un montón de llamadas del trabajo para dejarlo todo listo. Yo he dormitado un poco, mientras lo escucho hablar. Su voz me relaja y al final termino con mi cabeza en su hombro y aspirando su olor.

—Cariño, ya hemos llegado. —Me da un beso en los labios y me espabila.

Desde el primer momento en que llego, el camino privado, cubierto de grava fina y rodeado de arbustos perfectamente recortados, ya me deja claro que es una casa especial. Al fondo, la fachada blanca de listones de madera y piedra natural resplandece bajo el sol, con grandes ventanales que reflejan el azul del océano.

Bajo del coche y el sol aprieta con fuerza. Me pongo las gafas de sol y Nico se quita la chaqueta y afloja el nudo de la corbata, es una imagen muy seductora.

—¿Y el equipaje? —pregunto.

—Máxima vendrá con Alessio y con todo lo que necesites.

Se acerca y me besa apasionadamente. Puedo notar su dureza a través del vestido fino.

—Nico, entremos en casa, Jason nos está mirando —susurro cohibida.

Suelta una carcajada y mira hacia su guardaespaldas.

—Nena, Jason está curado de espantos, te lo aseguro.

Me da una palmada en el culo y entramos en la casa.

El recibidor nos acoge con una escalera de caracol impresionante que se funde con el aroma de la madera bajo mis pies. La luz natural lo inunda todo. Desde donde estoy, ya puedo ver las olas rompiendo

en la orilla, porque la sala de estar tiene ventanales enormes que se abren al mar.

—¿Quieres que vayamos a la playa o subimos primero a la habitación? —me susurra al oído mi marido.

—No tengo bikini.

—Aquí no lo necesitas, esta playa es privada y podemos bañarnos desnudos.

Me mete la mano por debajo del vestido, acariciando mi muslo y subiendo lentamente hacia mi entrepierna. Me está calentando y no es porque estemos en agosto.

—Subamos a la habitación y cuando llegue el equipaje nos damos un baño —le sugiero, excitada.

Subimos las escaleras y vamos a la suite principal que es un auténtico sueño. Abro las puertas correderas y salgo a una terraza privada donde la brisa salada del Atlántico me envuelve al instante.

Nico me rodea con sus brazos y los dos miramos el mar que parece infinito.

—Este lugar es precioso, aquí te olvidas de todos los problemas —suspiro.

Nico me da la vuelta para que lo mire a los ojos.

—Por eso te he traído aquí. Sé que algo te preocupa y no me lo dices. Te conozco. Sabes que puedes hablar conmigo de lo que sea.

Me taladra con la mirada y siento que me va a leer la mente, así que me lanzo a su boca y no le doy opción a que piense en nada y menos que me analice. Nico se enciende al momento y reacciona a mis besos. Sus manos recorren mi cuerpo y baja la cremallera de mi vestido que enseguida cae al suelo dejándome en ropa interior y tacones. Se separa un instante y me observa detenidamente.

—Eres la mujer más bella que he conocido. Me vuelves loco a todas horas. Eres fascinante y a veces creo que estoy soñando al pensar que eres mi esposa —dice emocionado y excitado a la vez.

Camino hacia él sensualmente y le aparto el pelo de la cara. Le quito la camisa y la corbata, dejando su torso desnudo.

—Hazme el amor, esposo mío. Solo soy para ti hasta el día que me muera.

Reacciona al instante. Me coge en brazos y me lleva a la cama. Me posa con delicadeza y se desnuda lentamente para el placer de mis ojos. Me pongo a cien solo con mirarlo y me toco ante la escena con la que me deleita.

Una vez desnudo, se mete en la cama conmigo y empieza a besarme, pero lo hace con ternura, con calma, con amor…

Me toca con suavidad, estoy acelerada y quiero que me folle de una vez, pero se toma su tiempo. Me chupa los pezones y enloquezco y me mojo todavía más. Luego sube con tranquilidad y vuelve a deleitarme con su lengua dentro de mi boca y se coloca entre mis piernas, sin dejar de besarme.

Es una tortura. Siempre es rudo, fuerte y varonil, pero hoy es muy dulce y romántico y me está descolocando.

—¡Fóllame, Nico! —le imploro.

Me mira con los ojos encendidos.

—Esta vez no, *cara mía*, voy a hacerte el amor como te mereces —susurra con una voz que me embelesa.

Ahí me deja muerta. Que me haga lo que quiera, pero que lo haga ya.

Nico pasa su mano por mi sexo y me arqueo al sentir que me toca. Necesito más, lo quiero dentro, pero él se toma su tiempo. Me acaricia y me estimula con los dedos, pero delicadamente.

—¡Nico! —me quejo ante la necesidad de que me folle.

Me pone un dedo en los labios para que deje de hablar.

—Déjame a mí, lo vas a disfrutar…

Me rindo y me quedo quieta.

Vuelve con sus besos por todo mi cuerpo hasta llegar a mi boca. Lo abrazo y devoro su lengua, lo saboreo y me encanta. Estoy tan prendada y centrada en sus besos, que es cuando entra en mí y es algo maravilloso.

—Madre mía —gimo en su boca.

—Te lo dije, te voy a hacer el amor y quiero que lo sientas así —susurra mientras me embiste con suavidad.

Es delicioso y frustrante, porque quiero más. Pero Nico me folla a cámara lenta. Entra y sale de mi coño lentamente que me da tiempo a contar los segundos que tarda en cada penetración.

Pero me encanta.

Siento el roce de su pecho contra el mío. Su polla rozando las paredes de mi vagina mientras entra y sale con sumo cuidado. Mis piernas le rodean la cintura y la sensación de placer se multiplica por mil.

—¿Te gusta, esposa mía? —gime excitado.

Tengo la garganta seca, apenas puedo articular palabra.

—Mucho, no pares, por Dios —le suplico.

—No pienso hacerlo hasta que te corras en mi polla —sisea.

Muevo la cabeza hacia los lados del placer que siento. Hemos follado cientos o miles de veces, no llevo la cuenta, pero hoy es algo especial, diferente.

Nico se pone de rodillas en la cama y agarra mis piernas por los tobillos y se las pone alrededor de su cuello. Estoy expuesta para él y cuando me embiste de nuevo, empiezo a gritar del gusto que me da. Menos mal que no hay nadie en la casa, porque el sonido de mis gemidos tiene que oírse hasta en la playa.

—Me encanta darte placer —murmura mi esposo mientras me empala una y otra vez.

—Y a mí que te guste —gimo en un hilo de voz.

—Dime que me amas.

Y embiste más profundo.

—Te amo desde el primer día que te vi, Nico. *Ti amo, ti amo…*

Me baja las piernas y vuelve a la posición del principio. Me devora la boca y vuelve a las penetraciones suaves, lentas y arrolladoras que me están devastando.

Su lengua busca la mía y yo se la entrego. Nuestros cuerpos se mueven al unísono, están perfectamente acoplados, hechos el uno para el otro, no hay espacio para que pase el aire. Nos movemos como si bailásemos una balada, pero desnudos y él dentro de mí. Es maravilloso, tanto, que mi excitación está llegando a límites desconocidos.

Me aferro a su cuello, acaparo su boca y le rodeo con mis piernas para que no se despegue de mi cuerpo. Nico se mueve y yo, empiezo a bailar la misma melodía. Ambos nos sincronizamos y cada vez el ritmo aumenta un poco más. Nuestros jadeos son silenciados

por nuestras bocas, pues no nos separamos ni un milímetro. Le agarro el trasero y clavo mis dedos en su carne dura y perfecta. La melodía ya es una bachata donde nuestras caderas aumentan el ritmo y se mueven con más velocidad.

Sudamos a mares y siento que me viene lo más ansiado de este día. Quiero gritar, pero Nico no libera mi boca y su lengua silencia mis gemidos. Se impulsa con más ritmo y mi humedad resbala por mis piernas. No aguanto más. Empiezo a correrme y a moverme como si estuviera poseída por algo, evidentemente por mi marido. Libera mi boca y empiezo a chillar todo lo que me estaba aguantando. Nico arremete ahora con fuerza y gruñe en italiano mientras se corre hasta quedarse vacío y al final cae desplomado sobre mi cuerpo.

Ha sido la hostia. Un polvazo de esos que hacen historia.

Nico se está recuperando y se hace a un lado sin perder el contacto de su piel con la mía.

—¿Quieres que vayamos ahora a la playa? —pregunta casi sin aliento.

Le acaricio la cara y me duele de tanto que lo amo.

—Será mejor que comamos algo y luego, si quieres, bajamos a la playa —contesto igual de cansada.

—Me parece una buena idea.

Nos volvemos a besar y nos quedamos un rato en la cama, mirándonos y amándonos en silencio. Sin decir nada y diciéndolo todo.

—Voy a la ducha, ¿me acompañas? —me invita con una sonrisa que me conozco.

Me río ante su proposición.

—Siempre y cuando me prometas que dejes que me recupere un poco antes de volver a hacer el amor. —Sonrío como una niña traviesa.

Pone la mano debajo del mentón como que se lo está pensando.

—Vale, te lo prometo. La verdad es que necesito comer algo. Estoy desmayado.

Suelta una carcajada y los dos entramos en la ducha sin riesgo de otro polvazo mortal.

Nos vestimos y bajamos hasta la cocina para comer algo. Cuando entramos por la puerta, me quiero morir. Todos están ahí. Mis padres, Elina, Ricardo y su familia, Romano, Francesca, Matteo y su familia. Me quedo de piedra en la puerta agarrada a la mano de mi marido.

—¿Habéis descansado bien? —Me guiña un ojo Bianca.

Quiero meter la cabeza dentro de un agujero en la tierra, han tenido que escucharnos. No hemos sido discretos, que digamos.

—Fenomenal, en esta casa todo es mejor —contesta Nico.

Miro hacia el suelo y el calor que tengo en la cara, es por la vergüenza que siento.

—Sloane, estamos en familia, no seas tímida, aquí todos venimos a pasarlo bien —comenta Ricardo.

Aprieto la mano de Nico y me voy a ir al suelo de la vergüenza que me están haciendo pasar y más, delante de mis padres.

—¿Qué pasa, hija? ¿No te ha gustado la sorpresa que te hemos dado? Francesca y yo pasamos esta mañana por El Refugio solo a disimular. ¿Estás contenta? —pregunta mi madre.

Me sujeto al brazo de Nico y él me coge a tiempo.

—*Cara*, ¿estás bien? ¿Qué te ocurre?

Sus alarmas se encienden de nuevo.

—Llévame arriba, no me encuentro bien, por favor.

Nico me coge en brazos y me sube a la habitación como un cohete. Los de abajo se revolucionan. Oigo a mi madre histérica gritar que llamen a un médico y eso me altera más. Abre la puerta de la habitación y me tumba en la cama, todavía revuelta de nuestra pasión reciente. Nico trae un vaso de agua.

—Gracias por sacarme de ahí abajo.

Me mira desconcertado.

—¿No te ha gustado que viniese toda la familia para pasar un fin de semana juntos? ¿Es eso lo que te ha provocado el mareo? —inquiere molesto.

—No es eso. Me gusta estar en familia y lo sabes. Lo que pasa es que he sentido mucha vergüenza el imaginar que nos han estado escuchando mientras hacíamos el amor. ¡Que están abajo mis padres y mi hermana, Nico!

Empieza a caminar de un lado a otro de la habitación, síntoma de que está molesto y nervioso.

—Eres mi esposa, es normal que follemos y tengamos vida íntima, no son gilipollas —dice enfadado.

Suspiro, cansada de discutir siempre por la familia.

—Por algo lo llaman vida íntima. No me gusta que me oigan chillar y gemir cuando follo contigo. Eso es algo entre los dos, creo que no es tan difícil de entender. No sé por qué te molestas. —Me encojo de brazos.

Viene hacia mí muy serio.

—Eso lo entiendo a la perfección, lo que no comprendo es que te moleste tanto como para provocarte un mareo. Me he llevado un susto de muerte. Eso es lo que me ha jodido, que me escuchen o no, me da igual, lo que no quiero es que tú estés mal.

Me conmueve su preocupación, pero creo que se está pasando un poco.

—Es normal que me maree. Estoy sin comer y llevamos una hora follando. Me llevo la sorpresa del día, pues… el azúcar por los suelos. Si le sumas la dieta que me está dando Máxima… pues claro y en botella —le explico—. No me ocurre nada. No estés tan pendiente de mí. Por eso quiero trabajar y no parecer una inútil o inválida.

Me mira desconcertado.

—¿Es así como te sientes?

Bajo la mirada.

—Pues un poco sí. Todo el mundo tiene su lugar y sus ocupaciones, en cambio, yo parezco la enferma o la inútil de la familia. No quiero que piensen eso de mí. Quiero trabajar y sentirme bien conmigo misma. —Rompo a llorar.

Nico me abraza y me consuela.

—No tenía ni idea de que te sintieras así. Lo siento mucho, *cara mía*. Dejaré que trabajes libremente en El Refugio o en cualquier proyecto que quieras. Me pareces la mujer más inteligente y válida del mundo. Me salvaste la vida, me devolviste a mi hermano y ayudaste a hundir a De Luca. ¿Cómo puedes pensar que eres una inútil?

Me estrecha entre sus brazos y lloro hasta que me quedo si lágrimas.

—¿Y si no puedo tener hijos, Nico? Tú quieres descendencia, pero no me quedo embarazada. Por eso también me siento inútil, porque no puedo darle un hijo al hombre que más amo en esta vida. ¿Qué vas a hacer ahora, Nico? —inquiero.

Nico no me suelta, pero noto que su respiración cambia. Se tensa y su corazón se acelera.

Simplemente no sabe qué contestar. Aunque su corazón lo ha hecho por él y acaba de romper el mío en mil pedazos.

36

No escuches detrás de la puerta

Estoy destrozada porque Nico no tiene el valor de decirme a la cara lo imprescindible que es para él tener descendencia. Sus hermanos ya son padres y solo falta él. Me dice que descanse un poco y que los niños llegan en el momento oportuno. Me quedo con cara de pan mientras sale por la puerta.

—En el momento más oportuno —repito en voz baja sus palabras.

Ni que cayeran del cielo, como la lluvia, en el momento más oportuno y cuando más se necesita.

Estoy de malhumor y nerviosa. El que la casa esté llena de gente, los niños correteando por ahí y mis padres… no puede ser más estresante. Me prometió un fin de semana en la playa para los dos…

Aprieto los puños y miro por la ventana. Todos están en la playa y disfrutan del sol, la arena y el mar. La sangre me sube a la cabeza de la ira.

—¡Y una mierda me voy a quedar aquí encerrada! —exclamo en voz alta.

Pero luego caigo de que no tengo ropa de baño. El maldito equipaje no ha llegado. Me enervo todavía más cuando escucho que alguien toca a mi puerta.

—¿Quién es? —pregunto de mal talante.

—Soy Máxima, tengo tu equipaje.

Doy un brinco de alegría y salgo a abrirle la puerta.

—Máxima, ¡qué alegría que estés aquí!

La abrazo y me echo a llorar sin sentido, o tal vez sí.

Ella me reconforta y luego se sienta a mi lado en la cama y observa en el estado que estoy.

—¿Qué pasa, Sloane? No tienes motivos para estar triste. Todo lo malo lo hemos dejado atrás. Ponte el bikini y sal a disfrutar con tu familia —me aconseja con cariño.

—Me encuentro fuera de lugar —le confieso.

—¿Qué tontería acabas de soltar por la boca?

—Todos están con sus hijos y yo… simplemente no encajo y Nico tarde o temprano se cansará de esta situación y me dejará.

Máxima abre la boca horrorizada por mis palabras.

—No sabes lo que dices. Nico te adora y tampoco sabes a ciencia cierta si puedes o no tener hijos. ¿Te has hecho algún examen?

—No.

—Pues entonces cállate la boca. ¿Y si es Nico el que no puede? Siempre echándonos la culpa a las mujeres —dice indignada.

Me quedo pensando en sus palabras. Nunca he barajado esa hipótesis. ¿Y si tiene razón y es él quien no puede tener hijos?

Abro los ojos como dos faros que inundan de luz el mar de noche. Jamás he pensado esa posibilidad. Ahora me siento menos culpable y quizá deba hablar con él y hacernos unas pruebas.

Le doy un beso a Máxima en la cara muy grande.

—¿Eso a qué ha venido? —Sonríe.

—Siempre me aclaras las ideas, eres la mejor.

Se sonroja y hace un gesto con la mano restándole importancia.

—Ponte el bikini y ve a darte un baño, hace un día precioso.

Asiento con la cabeza y le hago caso.

Me cambio, mientras Máxima me guarda la ropa en el armario. Me hago una coleta, cojo el pareo y las cremas y bajo las escaleras camino de la playa. Oigo gente hablando en el porche y mencionan mi nombre. Me quedo detrás de la puerta escuchando lo que dicen.

—Deja en paz a mi mujer, ya tendremos hijos cuando Dios quiera, aún somos jóvenes —dice mi marido.

—Vas para treinta y seis tacos hermano, tú no tienes problema con la edad, pero si tu mujer no se da prisa, me temo que se le va a pasar el arroz —se burla mi cuñado.

Aprieto las manos tan fuerte, que se me clavan las uñas en las palmas.

—Déjalo en paz, Ricardo. Es su vida y ya tendrán hijos cuando quieran. Yo tengo uno y llevo un mes sin follar, estás muy bien así, créeme, Nico. Las mujeres cuando son madres se olvidan de nosotros —lo defiende Matteo.

—Pues Marlem sigue siendo muy ardiente. Yo no estoy de acuerdo contigo, Matteo.

—¡Dejadlo ya! —Se exalta Nico—. Mi vida personal la gobierno yo y el que tenga hijos o no, no es vuestro problema.

Estoy que me sale el corazón por la boca, no sabía que se hablaba de este tema aparte de nosotros dos.

—¿Estás dispuesto a renunciar a ser padre? —insiste Ricardo.

—He dicho que dejémoste el tema.

—¿Por qué? Tienes miedo a admitir que siempre ha sido tu sueño y que se está esfumando ante tus narices —le provoca Ricardo.

Tengo ganas de salir, pero no puedo.

—Sloane es mi mujer y la quiero con toda mi alma. Si no podemos tener hijos, me da igual, lo que me importa es ella, ¿te queda claro? —Nico responde cabreado, pero sé que no es por la pregunta, sino por la realidad que le están haciendo ver.

—No tengo nada en contra de mi cuñada, yo también la adoro, solo digo que quizá puedas buscar alguna opción fuera y asegurar tu descendencia y seguir con Sloane, siempre se ha hecho así —le sugiere Ricardo.

Nico se calla y eso me parte en dos. Lo está barajando, no me lo puedo creer. No quiero seguir escuchando.

Me doy media vuelta y regreso a mi habitación. Cierro la puerta y no sé qué hacer. No puedo respirar, tengo ansiedad y me encuentro mal, pero no quiero seguir aquí. Necesito espacio, lejos de todo y de todos.

Me cambio de nuevo de ropa y no sé cómo logro hacerlo. Las palabras de Ricardo retumban en mi cabeza «quizá puedas buscar alguna opción fuera y asegurar tu descendencia» y luego el silencio de Nico. No puedo confiar en él. Cada vez que salga de casa estaré pensando si se va con una o con otra a hacerle un hijo.

No puedo.

Vuelvo a mirar por la ventana y ahora están todos en la playa. Nico jugando con su sobrino Carlo. Me rasga el corazón verlo con el niño en brazos haciéndole cosquillas y luego ruedan por la arena haciendo la croqueta. Eso me supera.

¿Cómo he estado tan ciega? No puedo darle lo que más anhela… y yo también.

Y ahora… ¿Cómo salgo de aquí?

Bajo con cuidado las escaleras para que nadie me escuche. Saldré por la puerta trasera y caminaré hasta la carretera principal. Desde allí, llamaré a un taxi e iré a un hotel o a casa de Lara. Tengo que meditar lo que acabo de escuchar. No puedo tener a mi lado a un hombre, sabiendo que un futuro cercano, me odiará por no haberle dado lo que tanto desea. Tengo que dejarlo ir, aunque sea el amor de mi vida.

Miro hacia los lados y tengo vía libre, hasta que entro en la cocina y se me cae el bolso y el alma al suelo. Richard de Luca tiene a Máxima sometida y con un cuchillo en la garganta. Sus ojos son de puro terror y los de él de un loco sediento de sangre.

—Menuda sorpresa dar con el plato principal a la primera —sisea el asqueroso al verme.

Le miro con desprecio y repugnancia. Va muy bien vestido, un poco más delgado, pero parece que no haya pisado la cárcel en su vida.

—Pronto vendrán los demás y terminarán el trabajo que no hicieron en su día —le digo con desprecio.

—Quizá cuando lleguen ya haya terminado. Solo te quiero a ti. Tú eres la causante de todos mis problemas y es cómo voy a joder a los Baresi. Si te hago daño a ti, ellos sufrirán y mato dos pájaros de un tiro. —Suelta una carcajada que me pone los pelos de punta.

—Sloane, corre y avisa a los demás, yo no valgo la pena —susurra Máxima.

Niego con la cabeza.

—¿Cómo has entrado aquí?

De Luca sonríe de nuevo.

—Sigo teniendo buenos amigos. Me han sacado de la cárcel y también me proporcionan información. Por eso sabía dónde buscar —presume, orgulloso de su hazaña.

Temo por Máxima. El cuchillo le roza la piel y empieza a sangrar.

—Esto está lleno de cámaras y los guardaespaldas no tardarán en entrar, es tu fin. —Intento persuadirlo, sin quitarle el ojo de encima

a Máxima.

Vuelve a reírse como el degenerado que es.

—¿Guardaespaldas? ¿Te refieres a los dos que están tumbados ahí detrás en la puerta?

Me llevo la mano a la boca al pensar que han matado a Jason y a Alessio.

—Hijo de puta…

Echo un paso hacia adelante, pero él arrima el cuchillo al cuello de Máxima.

—Tranquila, no están muertos. No tengo nada en contra de ellos, no soy un monstruo.

Se pone serio, como si estuviera ofendido.

—Pues suelta a Máxima, ella tampoco te ha hecho nada. Yo me iré contigo.

—Sloane, no hagas eso —solloza Máxima.

—¡Calla! ¡Hará lo que yo diga! Tengo hombres vigilando la casa y apuntando a toda tu familia. No te queda otra que venir conmigo, *principessa.* —Entrecierra los ojos mientras lo dice.

—Yo no soy tu princesa, rata inmunda —escupo al suelo.

—Ya te enseñaré modales. En la cárcel intentaron doblegarme, pero no sabían que trataban con el gran Richard De Luca. Tú tampoco me has respetado y ahora sabrás lo que es obedecer.

Máxima reacciona y le pisa un pie con toda su fuerza y se libera de él. Las dos corremos por la casa y subimos por las escaleras para intentar avisar a Nico y a los demás. De Luca nos sigue, esta vez con una pistola en la mano.

—Os vais a enterar, cabronas —nos amenaza pisándonos los talones.

—¡Corre, Máxima, está loco!

La cojo de la mano y logramos llegar a mi habitación. Cerramos con llave y le digo a Máxima que me ayude a empujar una cómoda para tapar la puerta y retrasar la entrada de ese desaprensivo.

Salgo a la terraza y empiezo a gritar y hacer gestos con las manos. No me oyen por el ruido del mar. Máxima me imita, pero no obtenemos respuesta.

Nico se da la vuelta y nos ve. Al principio nos saluda, piensa que estamos haciendo eso, pero cuando ve que me encaramo sobre la balaustrada de la terraza, se da cuenta que algo va mal y avisa a los demás. Matteo y Ricardo lo acompañan y echan a correr hacia la casa. Cuando ya están a la altura del balcón, De Luca logra entrar en la habitación y suena un disparo. Nico abre los ojos como dos farolas.

—¡Sloane! —grita y corre hacia las escaleras, seguido por su hermano y Matteo.

Oigo ruidos dentro de la casa, no sé qué pasa. Lo que sí sé, es que tengo a De Luca a menos de tres metros con una pistola cargada en la mano y tengo que pensar deprisa.

—Máxima, sígueme.

Me subo al tejado con cuidado de no resbalarme e intento pasar a otra habitación de la casa. Abajo solo se oyen gritos, tiros y cosas rompiéndose. Máxima y yo gateamos por el tejado intentando escapar del maléfico De Luca.

—Ven, creo que por aquí vamos a dar a la habitación de mis padres —le digo a Máxima.

Saltamos a la terraza y por suerte la puerta está abierta. Mi madre y sus costumbres de ventilar la habitación, aunque esté el aire acondicionado puesto.

Entramos con sigilo y le pido a Máxima que se esconda debajo de la cama y que no se mueva de ahí. No quiere dejarme, pero logro convencerla, así puedo moverme mejor. Cojo un atizador de la chimenea. Hay más gente en la casa, aparte de los míos, supongo que sicarios de Richard De Luca.

Camino lentamente y miro hacia todos los lados. Veo que Jason y Alessio se han recuperado, están repartiendo estopa a tipos vestidos de negro y con pasamontañas. Matteo y Ricardo hacen lo mismo. No veo a Nico ni a De Luca… pero lo oigo.

Sigo el sonido de su voz y entre la rendija de la puerta, veo a De Luca apuntando a Nico con la pistola, pero como siempre, se está regodeando y haciendo alarde de su ego.

—¿Creías que con la cárcel ibas a detenerme? ¡Qué iluso eres, Nicodemo! Eres igualito a tu hermano. Os encoñáis con una mujer y

ya no sois nadie. Bajáis la guardia y aquí estoy yo, sin ningún problema, ni vigilancia… nada —le restriega la falta de cautela que ha tenido.

Nico escupe al suelo.

—¿Qué sabrás tú de nada? Nunca te han querido ni tú has querido a nadie, solo amas el poder y el dinero. Tienes el alma podrida, eres un ser oscuro que debería estar en el infierno, con los de tu calaña.

Nico no se achanta y eso pone furioso a De Luca.

—Creo que ya me he aburrido de tanta cháchara. Tienes razón, el poder y el dinero es más divertido que tú.

Apunta a Nico y salgo de detrás de la puerta como alma que lleva el diablo y le doy con el atizador en las manos. La pistola se dispara mientras él cae hacia atrás.

—Hijo de puta, cabrón, cucaracha…

Empiezo a golpearle con mis puños en la cara y Nico me coge de los hombros y me separa.

—Ya está, ya está. Mírame, ¿te encuentras bien?

Asiento con la cabeza.

Le toco el brazo y está sangrando.

—¡Estás herido! ¡Te ha dado ese hijo de puta! —Me altero muchísimo.

—Tranquila, solo me ha rozado. Me has vuelto a salvar, pero no quiero que vuelvas a ponerte en peligro por mí.

—¿Cuándo se va a terminar esto?

Bajo la mirada y veo a De Luca inconsciente y siento un odio inmenso que no quiero ni deseo en mi mente ni en mi corazón.

—Ya está, te lo prometo.

Me da un beso en los labios y me emociono, aunque me tiembla todo el cuerpo del susto que tengo encima.

Estamos los dos centrados que, por lo menos yo, me olvido del trozo de mierda con ojos que hay en el suelo, pero este se levanta con el cuchillo que amenazaba a Máxima, directo a mi espalda, entonces es cuando Nico levanta la cabeza y le dispara con su propia arma hasta dejarla vacía. Me tapo los oídos y me aferro a su pecho.

Richard De Luca cae muerto en medio de la habitación.

—¡Dios mío! —sollozo.

Mi marido va hacia el cuerpo y le da con el pie para cerciorarse que está muerto.

—*Vai con il diavolo* —le dice que se vaya con el diablo en italiano y luego escupe sobre su cadáver.

Regresa a mi lado y me besa en la cabeza.

Máxima aparece y mira el cadáver como un bicho. Escupe encima de él y lo maldice como hizo Nico.

—No me encuentro bien. Esto es demasiado. —Me llevo las manos a la cara.

—Sloane, no quiero que te preocupes más. Te prometí no volver a este mundo, pero hoy tenía que hacer una excepción. Ya nunca más mi amor.

Lo miro, veo la sangre en su brazo y el estrés me puede. Caigo redonda en sus brazos.

Cuando recobro el conocimiento, estoy en una ambulancia con oxígeno. A mi lado está Nico con el brazo vendado y mis padres a punto de darle un colapso, sobre todo a mi madre. Veo policía por todas partes y revivo lo vivido cuando me secuestró De Luca. Rompo a llorar y me da ansiedad. Las pulsaciones se me aceleran y Nico me mira impotente.

—Cariño, tranquila, ya pasó todo. Tienes que tranquilizarte —me dice con preocupación en los ojos.

—¡Atiendan a mi hija, por favor!

Oigo a mi madre chillar.

Un médico acude de inmediato y me toma la tensión y pone mala cara.

—Señora Baresi, voy a tener que ponerle un tranquilizante, tiene la tensión por las nubes y además mucha ansiedad.

No me cuenta nada que no sepa.

—¿Qué le ocurre? —se interesa Nico.

El médico me inyecta algo para tranquilizarme y le contesta a mi marido.

—Está conmocionada y le ha generado un ataque de ansiedad. ¿Ella es propensa a tener estrés? —le pregunta a Nico.

Suspira y me mira con pena, cosa que no soporto. Todavía no estoy tan sedada para no darme cuenta de lo que hablan y veo.

—Sí. Pasó por un trauma y estuvo a tratamiento a causa del estrés. Pero ya se había recuperado, estaba genial…

El médico asiente y me mira.

—Esto va a suponer un paso atrás, pero con ayuda psicológica y paciencia lo superará.

Ya me toca las narices. Me arranco la máscara de oxígeno ante la mirada de sorpresa de los dos.

—No necesito ningún psicólogo, lo que necesito es que dejéis de hablar de mí como si no estuviera presente. Me estáis poniendo nerviosa vosotros.

Logro decir a pesar de la fatiga que siento.

—Cariño, lo siento, solo estaba preocupado por ti, no pretendía…

Veo la frustración en sus ojos, sufre por mí de verdad. Lo está pasado realmente mal.

—Yo me llevo a mi hija a casa, este no es un ambiente sano para ella —grita mi madre fuera de la ambulancia.

Nico se pone tieso y a la defensiva, ese hombre tan guapo y fuerte del que me enamoré. Sale de la ambulancia y se dirige a mi madre.

—Alma, quiero a tu hija más que a nadie en este planeta. Es mi mujer y se vendrá conmigo al menos que ella no decida hacerlo. Te respeto y te quiero mucho como suegra, pero no me pongas en contra de tu hija, por favor.

Se lo dice de una manera que hasta mi madre asiente y cierra la boca.

Yo le pido al médico que me suelte y me deje ir.

—Señora Baresi, no está en condiciones de irse, debería esperar al resultado de los análisis que le hemos hecho y pasar esta noche en el hospital —me recomienda el médico.

Nico entra en la ambulancia como un rayo.

—De mi mujer me ocupo yo. Envíe los resultados a mi casa o llámeme.

Le da su tarjeta y me ayuda a bajar de la ambulancia.

Mis padres siguen allí y con la ayuda de mi marido me acerco y los abrazo. Mi hermana también se une.

—No os preocupéis. Solo ha sido un susto, pero ya por fin se terminó —sollozo.

—Casi te cuesta la vida —lloriquea mi madre.

—Alma, nuestra niña es fuerte, ese cretino no hará daño a nadie más. Nico se ha ocupado de él y cuidará de Sloane. No puede estar en mejores manos, mi amor —la reconforta mi padre.

—Gracias, papá.

Los suelto y regreso con Nico. Este le estrecha la mano a mi padre y le da las gracias por confiar en él.

Miro hacia la casa precintada por la policía y dentro siguen examinando y recabando pruebas. Miro a Nico asustada.

—¿Te pueden inculpar por asesinato?

—Ha sido en defensa propia. Ha entrado en nuestra casa con matones y han agredido a Jason, Alessio, a ti, a mí… ¿Quieres que siga? —Esboza una sonrisa para tranquilizarme.

—No entiendo cómo ha podido huir de la cárcel después de estos años.

—Con ayuda y sobornos. Tenía amigos hasta en el infierno y buscaba venganza. Ahora ya tiene lo que se merece.

Acaricio su brazo vendado.

—¿Te duele? Podría haberte matado —sollozo solo de pensarlo.

Nico me abraza sin importarle que le duela el brazo o no.

—Lo único que me duele es verte mal a ti. No me ha matado porque tú me has salvado, siempre lo haces. Mi chica del Bronx ha salido de nuevo a defenderme y eso hace que me enamore más de ti.

Me besa y me estremezco. Las lágrimas empiezan a manar de mis ojos sin permiso, no puedo controlarlas. Nico se separa y me mira preocupado.

—¿Qué pasa, Sloane?

—Nada, solo quiero ir a casa y olvidarme de este día. Estoy cansada y el médico me ha pinchado un tranquilizante y está haciendo su efecto.

—Ven aquí.

Vuelve a rodearme entre sus brazos y es el lugar más mágico donde me quedaría siempre, oliendo su aroma y arropada por su calor especial. Siento que me mareo a causa de la medicación y me tambaleo.

—No te preocupes, amor mío, te tengo y no te soltaré nunca.

—Llévame a casa —logro decir.

No sé de dónde saca la fuerza con su brazo herido, pero me coge en brazos y me lleva hasta el coche. Lo veo y también veo a Jason que viene corriendo en su ayuda, pero los ojos se me cierran de nuevo para entrar en un sueño donde solo hay paz y nada más.

37

No más secretos

El sol me da en la cara y despierto dolorida y con la cabeza atontada. Miro el reloj y son las once. No me creo que haya dormido tanto. Es como si hubiera pasado una noche de juerga y borrachera, pero no es así. Me viene todo de golpe a la memoria y no tengo ganas de levantarme. La realidad es difícil de admitir cuando es dura y te tienes que enfrentar a ella… y yo no quiero.

Nico no está, supongo que ha salido por lo ocurrido ayer en la casa de la playa o…

—¡Maldita sea!

Me doy toques en las sienes y me levanto de mal humor.

Ya estoy dándole vueltas a la cabeza a lo que oí ayer detrás de la puerta antes de que irrumpiera en la casa De Luca. No me quito las palabras de Ricardo aconsejando a Nico que se busque a una mujer fuera para que le dé un hijo. Lo peor, el silencio de Nico.

A esto me refería, a sentirme celosa, desconfiada y con miedo a que mi marido esté con otra mujer. No puedo soportarlo, aunque ayer Nico parecía estar asustado al verme mal, o pensar que podía perderme.

—¡Agggg! Esto es horrible —grito en la habitación sola.

De pronto oigo pasos y abren la puerta de mi habitación sin llamar. Es Máxima y las dos nos miramos sorprendidas.

—¿Por qué no llamas antes de entrar? —le pregunto un poco alterada.

—Te he oído gritar y pensé que necesitabas ayuda. Me he asustado, perdona. —Baja la cabeza avergonzada.

Me fijo en la herida del cuello y me siento culpable por hablarle tan mal. No tengo un buen día. Me acerco y la abrazo.

—Perdona, Máxima, tengo los nervios a flor de piel. No he pensado que tú también tienes que estar igual que yo o peor.

Ella me devuelve el abrazo.

—No te preocupes, no ha sido fácil para nadie y menos para Nico, que fue quien lo mató. ¡Ojalá lo hubiera hecho yo! —dice con rabia.

Me separo y me muevo inquieta.

—¿Dónde está Nico? Me he despertado y no estaba en la cama —disimulo mi curiosidad.

—Ha ido a primera hora a la comisaría con Romano Marchese y los demás. Yo también tendré que ir a declarar al igual que tú. Me ha dicho que no te preocuparas de nada, que solo era burocracia y papeleo, como la otra vez. —Esboza una tímida sonrisa.

—¿Tú estás bien? —inquiero.

—He pasado por cosas peores, créeme. Ahora Nueva York y el mundo está más seguro.

—Otro vendrá a ocupar su lugar. Los malos nunca se extinguen, se reproducen como los virus, matas uno y sale otro nuevo. Pero hay que seguir adelante —suspiro intentando poner buena cara.

—¿Te preparo algo?

—No tengo hambre.

—Tienes que comer, si no te volverán a bajar las defensas. Haz un esfuerzo —me anima.

—Vale, pero no me hagas jugos de espinacas y porquerías de esas. Hoy no.

Máxima sonríe.

—Vale, hoy tiramos la casa por la ventana. —Sonríe feliz y yo me relajo.

—Dame diez minutos que voy a ducharme a ver si me despejo.

Máxima se va y voy hacia el baño.

El agua cae sobre mi cuerpo y es una delicia. Me calma los músculos doloridos y empiezo a relajarme. Me lavo el pelo y la espuma del champú resbala por mi piel.

—Bonita estampa por la mañana.

La voz de Nico me sobresalta. Me giro y está desnudo en la puerta de la ducha. Las pupilas se me dilatan al verlo, es como admirar una obra de arte, sigue estando en forma y muy apetecible.

—Me has asustado.

Se acerca y me acorrala contra la pared.

—No es mi intención, precisamente.

Me besa el cuello y el agua nos moja y empiezo a ponerme muy tonta, a pesar de que esa desconfianza no se va del todo.

—Máxima está preparándome algo de comer, no tengo tiempo para esto ahora.

Intento esquivarlo, pero él me agarra de las nalgas y me aprieta contra su cuerpo. Noto lo duro que está contra mi sexo y el agua sube tres grados de temperatura.

—Le he dicho a Máxima que se espere y que prepare comida para dos, porque saldremos con mucha hambre —susurra en mi oído.

Nico se restriega contra mi pubis y empieza a besarme el cuello lentamente hasta llegar a mis labios.

—Te puedes hacer daño en el brazo —digo en un hilo de voz.

Mete un dedo en mi coño y doy un respingo. Gimo cerca de sus labios y mi excitación sube en la escala de Richter al máximo.

—Mi brazo y mis dedos funcionan a la perfección.

Ataca mi boca y nos besamos con pasión. Nunca he amado a nadie como a él, ni lo habrá.

Acaricio su espalda y bajo mis manos a su trasero prieto y lo acaricio. Me encanta lo duro que está y lo masajeo. Nico sigue masturbándome y mi mano se desliza entre el agua y cojo su polla. Se le escapa un gemido dentro de mi boca y se tensa. Está muy excitado y empiezo a masturbarlo, lo mismo que él me hace a mí. Es un placer sentir su polla en mi mano, notar cómo se desliza y sentir como su piel se retrae y vuelve al sitio, calentándolo cada vez más.

Conozco a mi marido y sé que el juego de manos es más bien para las cartas. Enseguida me abre las piernas y ahora es él quien coge su polla y se pone en la posición más cómoda para guiarla hacia mi sexo y penetrarme.

—*Dio*… —gimo al sentirlo entrar en mí.

Nico me levanta por las nalgas y lo rodeo con las piernas. Le encanta ponerme así, él macho italiano que se folla a su mujer por todo lo alto.

Me aferro a su cuello y me besa mientras embiste sin piedad. Es glorioso y satisfactorio. Siento toda su polla, hasta el último centímetro, entrar en mi coño y aprieta con fuerza su pubis contra el mío, para que no pase ni el aire. Me llega hasta dentro, hasta lo más profundo de mi ser y es maravilloso. Sabe moverse, no cabe duda.

—Cómo me gustas, te deseo a todas horas, *ti amo*…

Y embiste de nuevo.

Gimo a cada embestida y mi espalda toca la pared de la ducha. Ya tengo el callo hecho de las veces que me ha follado aquí.

—Nico, Nico…

Pero Nico está fuera de sí. Embiste y me taladra con su polla y estoy al borde del orgasmo. Hace tiempo que no lo veo tan apasionado.

—*Ti amo, ti amo*… —repite una y otra vez.

De pronto me baja y se separa de mí. Me quedo bloqueada, pero dura un segundo.

Nico se pone de rodillas me abre las piernas y su boca acapara todo mi sexo. No tengo tiempo a reaccionar. Suelto un grito de puro placer preorgásmico. El agua sigue cayendo sobre nosotros y verlo a él comiéndome el coño con el pelo y su cuerpo mojado, es una imagen no apta para mujeres cardiacas.

Le pongo las manos en el cabello y me restriego sobre su boca. La lengua me perfora por dentro. Es una intrusa que invade mi vagina y lo lame todo, volviéndome loca de placer y llevándome a un precipicio de locura divina, al que estoy a punto de saltar de cabeza.

—Nico, Nico —gimo de nuevo.

Pero Nico está ocupado comiéndome entera y no puede contestar.

Mi pecho arde y me presiono las tetas. Bajo con mis manos aplacando el fuego que me recorre las entrañas. Ahora está en mi estómago. Me muevo frenéticamente sobre la cara de mi marido. Mi vientre es un volcán y ya no puedo más…

Agarro su cabeza, contoneo mis caderas y mientras su lengua lame mi clítoris, el volcán estalla y tengo mi orgasmo.

—Nico, Nico, Nicooooo.

La lava del orgasmo llega a su boca y él se la traga. Quiero librarme de él, pues estoy saciada, sensible y cansada, pero él

todavía no.

Se levanta relamiéndose y con los ojos vidriosos.

—Cada vez sabes mejor. Me vuelves loco, *cara mía* —sisea excitado.

Me besa y noto el sabor de mi sexo en mi boca. Luego se separa y me da la vuelta. Quiere su recompensa y hay que dársela.

Pongo las palmas de las manos en la pared, él tira de mí lo justo para poder penetrarme y empieza a embestir de nuevo. Ahora todo lo siento mil veces más. Puedo notar hasta las venas de su polla hincharse dentro de mí a cada embestida. Sus testículos golpeándome en el coño, el sudor impregnado mi cuerpo, a pesar de que nos caiga el agua de la ducha. Es algo especial, íntimo.

Nico aumenta el ritmo y se aferra a mis caderas. Llega su gran momento, le toca a él, pero hace una parada inesperada y me susurra al oído.

—*Mia per sempre*.

Se me eriza la piel al escucharle.

Entonces reanuda sus embestidas y algo se enciende en mí. Estoy loca de amor por este hombre y sé que moriría por él.

—*Ti amo*, Nico.

Y me folla con virilidad, amor, pasión y fuerza. El cóctel perfecto para que yo me encienda y me moje hasta el punto de que cada una de sus embestidas es el chispazo de un fósforo a punto de prender la llama. Y otra embestida, y otra, una más y…

—Diossss.

Otro orgasmo en forma de llama me regala este hombre que a su vez le viene a él.

Bombea con una fuerza que, por un segundo, pienso que voy a traspasar la pared. Su pubis contra mi culo golpea con brío hasta que él se corre y noto su esencia correr por mis piernas abajo, mezclándose con el agua. Ojalá prendiera algo dentro de mí en vez de irse por el desagüe.

Nico reposa sobre mi espalda y me incorpora. Me abraza y me besa el cuello mientras me toca las tetas doloridas por el polvo.

—Eres lo mejor que me ha pasado en la vida. Doy gracias a Dios por haberte encontrado en El Refugio —dice casi sin aliento.

Me dan ganas de llorar porque él es todo lo que he soñado y siento un miedo atroz si me deja.

—Nico, ¿qué pasa si no puedo darte hijos?

Sé que no es el momento, pero si no lo suelto, reviento.

Noto que se tensa y eso me mata. Salgo de la ducha y me pongo el albornoz y una toalla en la cabeza. Él sale desnudo y viene hacia mí desconcertado.

—¿A qué ha venido eso? Acabamos de tener un momento maravilloso y lo rompes sin motivo. Ya hemos hablado de ese tema. Hay tiempo, ya vendrán. Estás sometida a mucho estrés. Solo es eso.

Levanta las manos decepcionado.

—Os oí ayer en la playa —confieso.

—¿Qué coño oíste? No tengo ni idea de qué me estás hablando.

Niega con la cabeza y me mira con cara de interrogación.

—Cuando estabas con Romano, Matteo y Ricardo. Hablabais de que tú no tenías hijos y si yo no podía tenerlos, tu hermano te sugirió la posibilidad de tenerlos con otra mujer, que eso se hacía en la familia. —Rompo a llorar.

—¿Y?

Lo fulmino con la mirada.

—¡Te callaste! La otra vez que hablamos del tema, también te callaste. Eso significa que no lo descartas. ¿Por qué pierdes el tiempo conmigo?

Ahora lloro a mares.

Nico abre los ojos, totalmente sorprendido.

—Sloane, pocas veces me he molestado contigo, pero si escuchas conversaciones ajenas, escúchalas hasta el final.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando mi hermano me dijo eso, me callé por no reventarle la cara. Luego le contesté que, si debía tener un hijo sería contigo o con nadie. Esa fue mi respuesta.

Ahora quiero que la tierra me trague. Le he fallado.

—Lo siento, Nico. Tengo mucha presión sobre este tema. Lo que más deseo es tener un hijo contigo y al ver que pasa el tiempo y no

me quedo embarazada, me asusto y tengo un miedo atroz a que me dejes —le digo la verdad al fin.

A Nico se le pasa el enfado y me abraza. No puedo parar de llorar, pero me siento mejor al contárselo.

—Cariño, yo soy feliz contigo y no necesito nada más. Olvídate del tema, en cuanto lo hagas, seguro que pasa el milagro, y si no ocurre, nos tenemos el uno al otro. Eso es lo más importante. Quiero que te quede claro.

Lo miro con adoración. Jamás pensé que Nicodemo Baresi tuviera un corazón tan grande.

—Gracias.

Me da un beso en los labios.

—No dudes nunca en hablar conmigo. Así funcionaremos siempre, pero si nos escondemos los sentimientos, no iremos a ninguna parte.

Asiento con la cabeza.

—Te lo prometo. No más secretos.

—Vamos a comer algo y ponte algo cómodo, me apetece ir a pasear con mi mujer al parque.

—Estamos en agosto, Nico.

—Nos pondremos a la sombra.

Me da un beso y se viste unos vaqueros, zapatillas de deporte y una camiseta de manga corta blanca. No puede estar más guapo. Me quedo mirando embelesada. Se da cuenta y suelta una carcajada.

—¿Todavía no te has vestido?

—No puedo, me distraes.

Viene hacia mí y me abre el albornoz.

—O te vistes o te follo de nuevo, tú eliges.

—No me lo pones fácil, Baresi.

—Señora Baresi, ¿se me está insinuando?

—¿Yoooo?

Estamos tonteando cuando el móvil de Nico suena.

—Salvada por la campana.

Va hacia la habitación y lo coge de encima de la cama. Yo sigo a lo mío y voy hacia el armario a escoger qué ropa me pongo. Nico bien

hacia mí con cara de preocupación y el móvil en la mano.

—¿Qué ocurre? —pregunto.

—Es el doctor de ayer, quiere hablar contigo, que a mí no puede darme los resultados de tu analítica cuando tú estás capacitada para recibirlos y no sé qué chorrada más de confidencialidad.

Me pasa el móvil.

—Hola doctor, soy Sloane Baresi.

—Señora Baresi, ya tengo los resultados de su analítica, no sé si prefiere pasarse por el hospital y que le dé aquí los resultados.

Me está dando mal rollo el médico este.

—¿Es que ha salido algo mal? —inquiero.

Nico se pone tieso y en alerta.

—No, no, tranquila. Es que me parece algo frío comunicarle esto por teléfono y de todas formas va a tener que venir al hospital.

Ahora sí que estoy nerviosa.

—¡Déjese de rodeos y dígame de una puta vez qué hay en esa analítica! —Exploto y Nico se asusta.

El médico, por el contrario, se ríe.

—Ya veo que las hormonas están haciendo su trabajo. Señora Baresi, está usted embarazada. Enhorabuena.

El teléfono se me cae al suelo y me quedo paralizada. Luego me tambaleo y Nico me sujeta asustado.

—Sloane, por Dios, ¿qué pasa? ¿Qué te ha dicho ese médico?

Está preocupado y no sabe qué hacer.

Me lleva con cuidado hasta la cama y me sienta. Se pone delante de mí en cuclillas y me dice cosas, pero yo no lo escucho. Estoy en *shock* todavía.

—¡Dime algo o llamo a una ambulancia! —grita y me saca de mi trance.

Le miro y acaricio su cara con lágrimas en los ojos.

—Cariño, fóllame ahora todo lo que puedas, porque en unos meses no podrás hacerlo —bromeo.

Me mira sin entender lo que digo hasta que cae en la cuenta y se le agrandan los ojos. Se pone en pie y me mira emocionado.

—¿Estás embarazada? —pregunta con miedo.

Asiento con la cabeza, pues no puedo hablar de la emoción.

Se lleva las manos a la boca, luego echa el pelo hacia atrás y al final llora de la emoción. Me levanta de la cama y me abraza con fuerza.

—Te lo dije, te lo dije —repite como un loro.

—Y ahora te creo —sollozo.

—Ahora sí que vamos a formar nuestra propia familia, la auténtica, la de verdad. Has cumplido todos mis sueños, no puedo pedir nada más. Gracias, mi chica del Bronx.

Y el que la sigue la consigue.

Nota de la Autora

Sé que os gustaría que la historia siguiera y siguiera, pero los personajes han llegado hasta dónde tenían que llegar. Nico y Sloane están felices con su hijo, seguro que tienen más. Cada personaje ha cumplido su función, unos más que otros, pero todos importantes, si no, esta historia no podría haberse hecho.

No os quedéis con mal sabor de boca, es un final feliz. No me gusta escribir segundas partes, solo he escrito una y esa salió bien, en realidad fueron dos, pero las uní en un libro.

A lo que iba, que me lío y después me olvido de lo que os quiero decir. Vosotros ahora, sois quienes decidís cómo continuar esta historia con vuestra imaginación. Esa es la magia de soñar e inventar lo que uno quiere y desea. Seguro que fantaseáis con los personajes… Yo lo hago.

Espero que esta novela os haya hecho disfrutar, pasar un buen rato, sacar de vuestra mente malos pensamientos, subir la libido y jugar con vuestra pareja, lo que sea, pero siempre bueno.

No puedo gustar a todo el mundo, ni todas mis historias ser buenísimas, pero lo que hago, lo hago con pasión y mucho amor.

Gracias por leerme.

Amanda Seibiel.